

ANTARCTICA

ACTIVIDAD MUNDIAL

PANORAMA DE LA



N.º 20

SEGUNDA EPOCA

DIRECCION GENERAL
DE INFORMACIONES Y CULTURA

Director General:

ANIBAL JARA

Secretario General:

DOMINGO DURAN N.

Jefe del Departamento de Publicaciones:

LEOPOLDO CASTEDO

PUBLICA LA REVISTA MENSUAL

ANTARTICA

PANORAMA DE LA ACTIVIDAD
MUNDIAL

REDACTORES Y TRADUCTORES:

OSCAR VILA L., RAUL BARRIENTOS.

Gonzalo Rojas.

Tito Castillo.

Armando González.

Juan Alberto Morales.

Noticiero artístico y viñetas:

ISAIAS CABEZON.

Títulos: *Fernando Saragoni.*

Portada: *Mauricio Amster.*

Secretario del Departamento:

COLABORADORES:

Pablo Garrido

Neftali Agrella

Angel Cruchaga Santa Maria

Salvador Reyes

Alejandro Lipschütz

Tomás Lago

Carlos Lavín

Julio Arriagada Herrera

Enrique Bunster

Juan Uribe Echeverría

Gréte Mostny

Enrique Cordovez.

Manuel Guerrero.

Julio Moncada.

Reinaldo Lomboy.

Lautaro Yankas.

Juvencio Valle.

Suscripción:

Seis meses	\$	54.—
Un año	"	106.—
Dos años	"	190.—
El ejemplar	"	10.—

Toda la correspondencia debe dirigirse a

Jefe de Publicaciones de la

DIRECCION GENERAL
DE INFORMACIONES Y CULTURA

Alameda Bernardo O'Higgins 528

Santiago. CHILE.

SUMARIO EN LA PAG. 2.

5/6

Walterio Millar

DOS ACUARELAS

DE BERNARDO O'HIGGINS

Emil Ludwig

LA CONQUISTA MORAL DE ALEMANIA

Charles De Gaulle.

MI PROGRAMA DE GOBIERNO

Alonso Reyes

POSICION DE AMERICA

Alejandro Lipschütz

LAS RAZAS ABORIGENES DE AMERICA

Moisés Poblete Troncoso

EL TRABAJO COMO DEBER SOCIAL

Aldous Huxley

QUE SOMOS

Pedro Humberto Allende

LA MUSICA CHILENA EN 1944

7

Carlo Storza

HACIA UNA NUEVA ITALIA

André Siegfried

ANVERSO Y REVERSO DE FRANCIA

Owen Latimore

LA VACA SAGRADA DEL JAPON

Hermann Rauschning

UN FINAL APOCALIPTICO

R. Tsiolkovsky

NAVEGACION INTERPLANETARIA

Leona Albertis Watersug

EVOLUCION DE LA ANESTESIA

Alexei Tolstoi

KATIA

Desiré Delaux

CESAR FRANCK Y SU ESCUELA

8

Ayax

ROOSEVELT

Rubén Azócar

ARCHIPIELAGO DE CHILOE

Frederick Puckle

CONVERSACIONES DE GANDHI CON JINNAH

Luigi Sturzo

EL VATICANO Y EUROPA

Pierre Blanchar

VENGO DE PARIS

C. Casanueva Vergara

EL DERECHO DE ASILO

Y LOS CRIMINALES DE GUERRA

J. R. Morales

UN ENTREMES PERUANO DEL S. XVIII

Ludwig Marcuse

HITLER Y NIETZSCHE

9

Salvador Reyes

ANTOFAGASTA, LA CIUDAD RECIA

Julio Arriagada Herrera

SALITRE Y COBRE

Thomas Mann

EL FIN

Bernardino Vila Allaga

EL SENTIDO DE LA LIBERTAD

Julien Benda

LA PAZ Y EL IDEAL CRISTIANO

Dr. Henry C. Wallich

RELACIONES ECONOMICAS

ENTRE ESTADOS UNIDOS Y SUDAMERICA

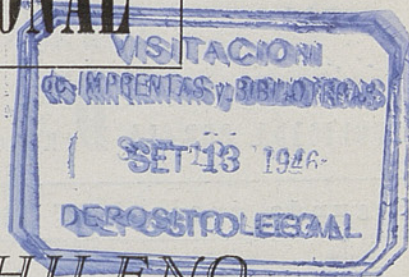
Jack Fleischer

CONVERSION DEL REICH

A LA DEMOCRACIA

CRONOLOGIA DE LA GUERRA

VIDA NACIONAL



UN GRAN CHILENO

A veces ocurre que un pueblo tiene muchas figuras entre las que escoger a sus héroes, y algunos de ellos pasan inadvertidos cierto tiempo, en razón de los conflictos espirituales que suscita el choque de las generaciones. Tal parece que ocurre con Vicuña Mackenna. No es que se haya olvidado al hombre, al escritor. Es que sólo ahora parece sobrenadar y venir a nosotros lo que él ha sido y ha significado en ese estupendo despertar del siglo XIX, en Chile.

Una literatura histórica tan descomunal como la de este país justifica, hasta cierto punto, el menosprecio de los eruditos hacia Vicuña Mackenna. Porque, forzoso es señalarlo, los eruditos dicen de él que mentía en sus historias. Pero qué historias. Eso es historia: intuición, interpretación, apasionamiento humano, afectos y desafectos por los personajes que se están describiendo. Cómo no excitarse ante la energía violenta de un Zañartu, el tremendo Corregidor, o ante los encantos de la Esterripa, melómana y cultísima animadora de las tertulias literarias del siglo XVIII.

Vicuña Mackenna fué, como escritor, una de las más grandes figuras del continente. Además, fué un hombre. Unamuno decía de Barros Arana que todo lo que tenía de pesado como historiador, lo poseía pesante y valiosísimo como hombre. La glosa nos lleva ineludiblemente a juntar en Vicuña Mackenna las dos cualidades.

Porque fué, es sabido, por añadidura y sobre historiador, diplomático, polemista en la prensa y en la tribuna, estadista de talla, legislador, transformador de Santiago (la ciudad está hoy creciendo sobre los moldes por él establecidos). Rubén Darío lo llamó monstruo.

Un raro dinamismo que cristalizó en su descomunal capacidad de trabajo nos ha dejado las muestras de su talento en las densas Obras Completas compiladas por su mejor panegirista, Eugenio Orrego.

Hábil y acertada ha sido la idea de reunir en una sola expresión a Vicuña Mackenna y al libro chileno.

L. C.

ANTARTICA

Panorama de la Actividad Mundial

PUBLICADA POR LA **D**IRECCION GENERAL DE **I**NFORMACIONES Y **C**ULTURA

Segunda época - N.º 20

Agosto de 1946

Sumario

Vida Nacional

Editorial: L. C.: UN GRAN CHILENO	1
Reinaldo Lomboy: PERFIL DE VALPARAISO	3
Antonio Acevedo Hernández: VALPARAISO, SENSACION PICTORICA	7
Julio Arriagada Herrera: VALPARAISO ANTIGUO	10
Lautaro Yankas: QUILLOTA, UN OASIS	16
Enrique Bunster: BOMBARDEO DE VALPARAISO	21
NOTICIARIO ARTISTICO	37

Política del Mundo

Max Lerner: ¿SOMOS UNA NACION SIN HISTORIA?	41
Phillip K. Hitti: LOS CONFLICTOS DE LOS PAISES ARABES	51

La Marcha del Tiempo

Ernesto Pereda: LA TRAGEDIA DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL..	61
Salvador Reyes: LA Balsa de la Medusa	69

Filosofía y Ciencias

Grete Mostny: EXPEDICION ARQUEOLOGICA EN LA PROVINCIA DE ANTOFAGASTA	81
Bruce L. Melvin: LA CIENCIA Y EL DILEMA DE LA HUMANIDAD	89
Federico Greve: EL TERREMOTO	94

Artes y Letras

Juvencio Valle: JULIO ORTIZ DE ZARATE	98
Tomás Lago: JULIO ORTIZ DE ZARATE	100
Julio Moncada: NICOLAS GUILLEN, SON DE CUBA	102
Nicolás Guillén: NOCTURNO DE LOS MUELLES, CANTO NEGRO.....	104
Faustino Jorge: ENRIQUE AMORIM	105
Angel Cruchaga Santa María: EVOCACION DE FEDERICO GANA	109
K. Grigoriev: LA PINTURA ESPAÑOLA EN LA LITERATURA RUSA	112
LOS LIBROS	115
BIBLIOGRAFIA	117

VALPARAISO

Reinaldo Lomboy

PERFIL DE VALPARAISO

El marino que, tras largos días de navegación, cruza desde el Sur, frente al escarpado farellón de la Punta de Curaumilla, sabe que Valparaíso le aguarda a siete millas de distancia. Como buen hijo del Puerto y como buen hombre de mar, anticipadamente disfruta de la alegría que en tierra le aguarda: el hogar, las amistades fuertes que nunca se olvidan, los rostros, las calles, los cerros, las cosas, todo aquello que está dentro de él y cuya imagen se va precisando

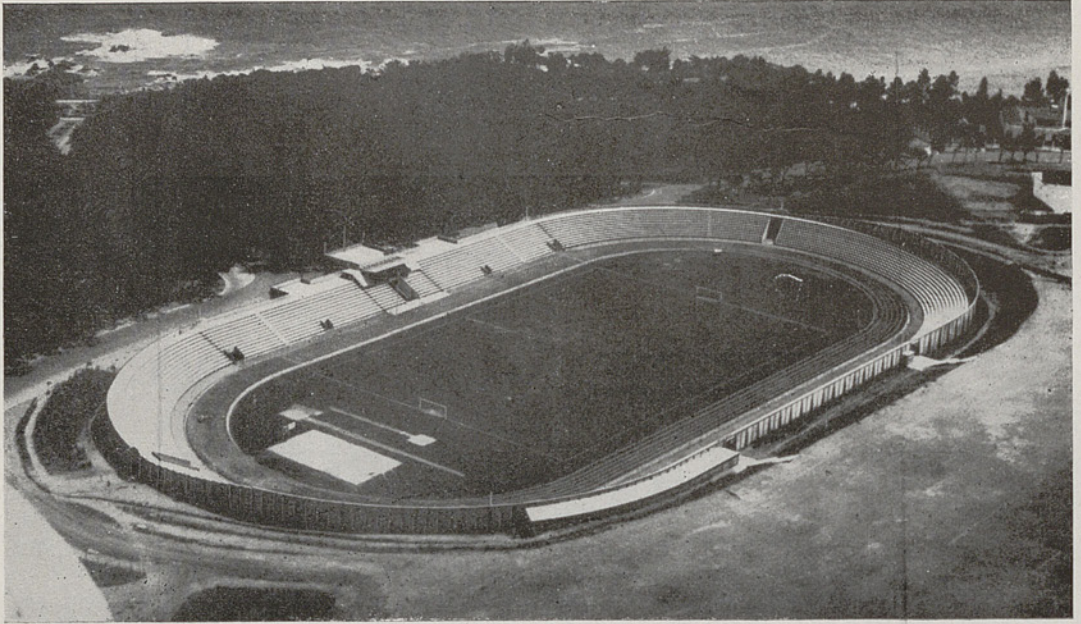
en sus retinas a través del recuerdo. Como semejante alegría necesita de expansión, lo más probable es que palmotee la espalda de un compañero y exclame: "¿Qué te parece? ¡Al fin vamos a ver a Pancho!"

Pregúntese a cualquier marino chileno, en cualquiera parte del mundo, lo que "Pancho" representa, y no habrá uno solo que ignore el significado de ese diminutivo cariñoso. "Pancho" es el Puerto de Valparaíso. Como segundo en importancia de todos los



VALPARAISO.—Panorama.

Foto Zig-Zag.



Estadio Valparaíso.—PLAYA ANCHA.

Foto Zig-Zag.

puertos del litoral del Pacífico americano. Valparaíso no podía tener un nombre familiar más acertado que éste, creado por los marinos. Si el puerto de mayor categoría es San Francisco de California, este otro, el principal de los nuestros, no es sino un San Francisco poco, muy poco menor: por eso, "Pancho".

Y así le llaman desde aquellos ya distantes y románticos días en que el transhumante Pérez Rosales partía desde aquí a buscar el oro que había hecho su fabuloso reventón en tierras californianas. Tiempos muy otros y muy bellos (como acaso considerarán los de hoy los cronistas de mañana) para el puerto que tantas mudanzas ha experimentado desde aquel 3 de septiembre de 1543, en que Pedro de Valdivia lo declaró "puerto para el trato de esta tierra y ciudad de Santiago".

Mudanzas, las del puerto, realizadas unas por la mano del hombre, obligado por las circunstancias de un progreso creciente; y otras, por las fuerzas de la naturaleza, como aquellas que han ido trasladando el desembarcadero de un lugar a otro. Aun hay quienes recuerdan que el desembarcadero, a fines del siglo XVIII, estaba por allí donde

más tarde se levantaron los Tribunales de Justicia; luego más al Sur, para asentarse, finalmente, allá por el año de 1864, en el lugar en que todavía se mantiene y del cual ya no podrá moverse: como que está constreñido a la inmovilidad por la barrera que le ponen el molo de abrigo y los espigones de atraque.

Valparaíso, el Puerto, es en sí la síntesis y la expresión de todos los 4,297 kilómetros cuadrados de esta provincia y de sus 209.945 habitantes, por mucho que esta afirmación pese y duela a la maquillada belleza de Viña del Mar y sus balnearios, o a los centros industriales de La Calera, con sus cerros calcáreos, o a los de Quillota, Limache, Llay-Llay y Casablanca. Porque todo va a desembocar al Puerto, todo va a servir la finalidad de la vida porteña, que recibe el torrente productor como un tónico, pero que a la vez, así fortalecido, entrega a las otras ciudades comprovincianas parte de su vigor.

No se crea, por esto, que los demás pueblos no tienen calidad, ni hermosura ni tradición. Quillota y sus frutas, recogidas en el valle que fertiliza el Aconcagua; sus industrias y sus tradiciones, como esa Proce-

sión del Pelicano, incorporada al folklore nuestro como una de las más típicas. Desde el siglo XVIII se viene realizando cada Viernes Santo, y en tal ocasión sale en hombros de los fieles la urna trabajada por un lego franciscano, que le dió la forma de un pelicano, para recordar la leyenda del ave que para dar vida a sus hijos se desgarró a picotazos el pecho y los riega con su sangre.

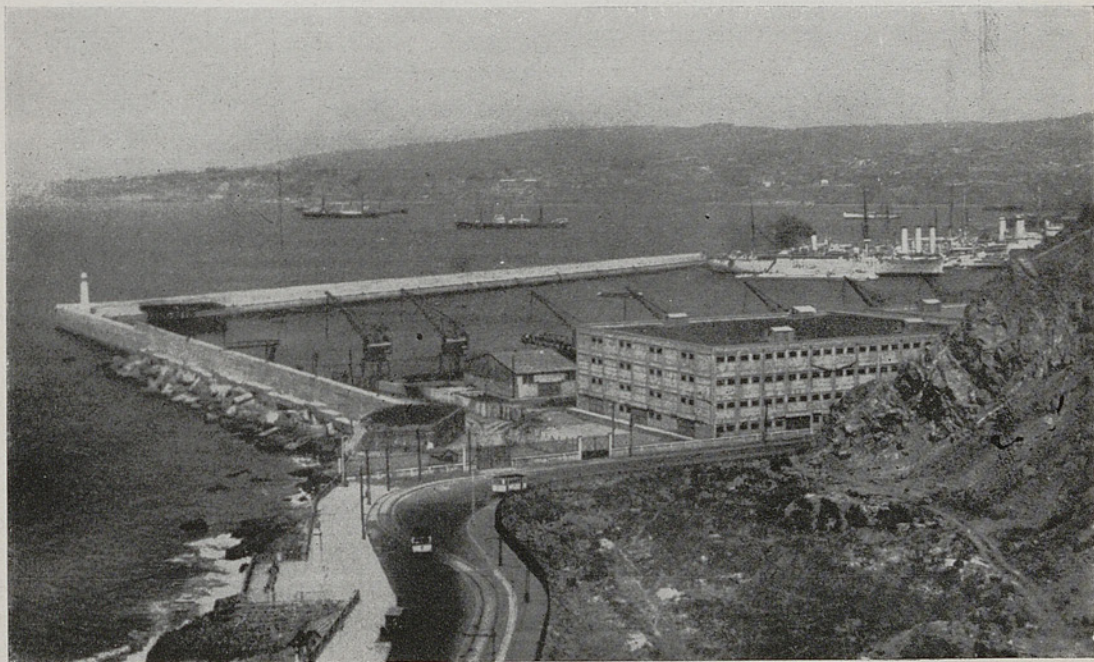
Limache y Casablanca y todas las ciudades, de rápido crecimiento, todas tienen su fisonomía definida. Y no solamente estos centros de renombre, sino poblados de rural apariencia, como Olmué, Ocoa, Nogales, y aquellos otros que hincan su existencia en tiempos remotos y conservan el aspecto bonachón, hospitalario del Chile de ayer: Puchuncaví, uno de los más bellos pueblos rústicos de todo el país, con gentes que tanto saben cultivar la tierra como lanzarse mar afuera en la viril faena de la pesca, pues con sólo caminar siete kilómetros ya están al borde mismo de las playas de Quintero o de Horcones; Dumuña, Pachacama, Pucalán, Pochay, Los Loros, Purutún, en todos los cuales la existencia se afirma en la

agricultura o en la minería, entre los cerros costeros, los valles verdes o las estribaciones andinas.

El agua rige el destino de toda la provincia de Valparaíso. El agua de su mar y el agua de su río. El Aconcagua, después de bajar de los Andes, de dar su nombre a otra provincia y hacer de ella una de las más fértiles de Chile, entra a Valparaíso por Quillota, y da fecundidad a todos los campos del Norte de la provincia, en una extensión de 60 kilómetros, antes de ir a desembocar al mar, junto al balneario de Concón.

Por las vecindades de este lugar sucedieron acontecimientos que cambiaron el curso de la historia de Chile entero. Aquí, en Concón Medio, en las serranías de Torquemada, un 21 de agosto de 1891 chocaron las fuerzas balmacedistas con los ejércitos de la oposición, desembarcados el día anterior en Quintero, los mismos que el 28 de agosto pusieron fin a la guerra civil en La Placilla, a 14 kilómetros de Valparaíso.

Pocas provincias cuentan, como Valparaíso, con un dominio territorial tan extenso. Como que su jurisdicción alcanza a las tres islas de Juan Fernández y a la remota



VALPARAISO.—Bahía.

Foto Zig-Zag.



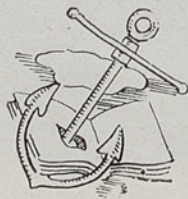
Paseo 21 de Mayo.—VALPARAISO.

Foto Zig-Zag.

Isla de Pascua, por allá por la tangente de la Oceanía.

Como primer puerto de Chile, Valparaíso tiene una prestancia indiscutida y una personalidad inconfundible. Las planicies, ensanchadas allí donde el Almendral conserva su fisonomía antigua, no bastan a la pujanza de la vida porteña. Y ella asciende a los cerros, se cuelga precariamente de los faldeos y, por las noches, enciende luminarias que dan al viajero que llega por mar el espectáculo impresionante de una orgía de luces, formando conos y poniendo telón de fondo circular a la bahía. El juego de las luces indica la vida nocturna del puerto. Los guiños de los reflectores, comunicando órdenes a los barcos de guerra, desde los fuertes; el débil destello de las luces de posición de las embarcaciones en el servicio de taxis marítimos desde tierra al di-

que y a los barcos surtos en la rada, son la expresión de la activa e interminable vida del puerto, a cuyos malecones todo va a desembocar. La tónica de la vida porteña está en el mar; por el mar ha crecido y ha progresado; desde el mar le llega ese hálito de cosmopolitismo, esa cualidad de comprensión y tolerancia de sus gentes que han superado la etapa de pueblo chico, de aldeón sometido a la pequeñez de una existencia en que todos se preocupan de todos. Aquí no: aquí el torrente de vida de otras tierras llega con las tripulaciones, con los viajeros de remotos países, con una exuberancia de actividad que da el carácter y el sentido a este Valparaíso, hoy de nuevo férvido de movimiento, más que nunca asentando su realidad de cabecera de la provincia y de primer puerto de Chile.



Valparaíso, sensación pictórica

BORRACHERA DE LUZ, de color; multiformidad de detalles simultáneos, VALPARAISO es una armonía que canta ritmos presentes, que grita, que llama y que, sacudiendo los nervios tensos, parece integrarse y desintegrarse ante la visión que lo contempla y que trata de sentirlo.

¡El color del puerto!

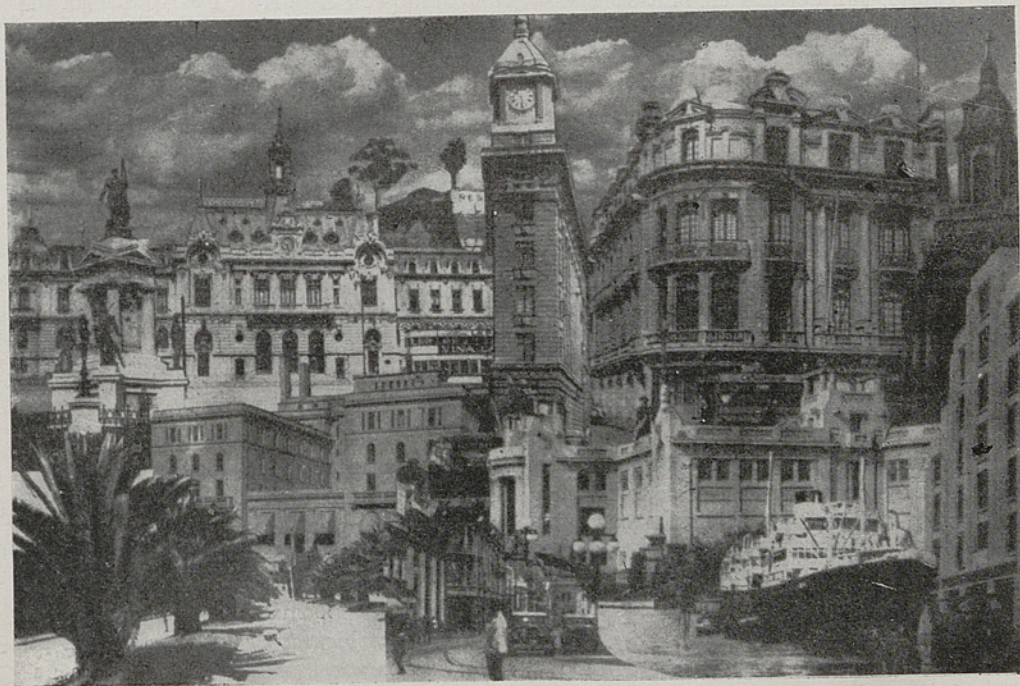
Tierras rojas, cual llamas dormidas; acantilados de piedras soñadoras de eternidades; quebradas huidizas, verdes de hierbas estremeadas de brisa, trágicas de anécdotas, misteriosas de voces que se derraman como claves que llegan fragmentadas al oído y se arrastran a los pies de los cerros germinados de poblaciones.

¡El color del puerto!

Color de jardín violento de matices; color enloquecido de paisajes borrachos; rumba frenética bajo el sol; arco iris despedazado; abigarramiento insospechado fisonomiza los cerros...

A veces la lluvia, derramadora de cristales y notas, lo aleja; parece que lo distancia, que se lo lleva; y la bruma, polvo fino, transparencia de tinieblas, suele envolverlo en su misterio fugaz, escondiendo sus sonrisas.

Los cerros vistos de... repente dan la idea de grandes plantaciones de hogares que hacen pensar en los frutos maduros. Hogares de millares de estructuras marcan la sensación de la mal llamada *escala social*. ¡No



Mosaico de la ciudad de Valparaíso.

Foto Zig-Zag.



Foto Zig-Zag.

Avenida Pedro Montt.—VALPARAISO.

cantan algunos? ¿Otros, no lloran? ¿No hay un silencio de tragedia en los de más allá?

Desde la arquitectura que se hace cruz en un templo, suntuosidad en muchas mansiones, bienestar en otras, hay que llegar a las que parecen haber sido —porque dan la impresión de estar volcadas del revés— construidas por aves marinas perezosas o despreocupadas.

Sobre los muros, sobre la tierra, sobre los árboles, que son un conjunto de transiciones de lo que podría ser sobriedad, vibra el color que el sol —creador incomparable— descubre y valoriza, traspasándolo de emoción que no estremece, que no daña, que deja solamente en la sensibilidad la impresión de un diamante que viajara por los nervios y abriera las ventanas que dan al más fino silencio.

Cerros colocados en disposición regular, como obedeciendo a un sentido de composición decorativa vastísima, cargados con sus edificios de matices sin miedo, perfectamente pictóricos, esperan la paleta de un pintor con pupilas de horizonte, que acaso se esté forjando.

Una luz voluptuosa —pues sabe de besos de oro y fuego— llena la realidad pictórica porteña y obra dentro del sentir de los

maestros del impresionismo. Valparaíso es un inmenso motivo impresionista. ¡Qué poca cosa es el "Boulevard", de Pissarro, comparado con el puerto! Puerto que un día llenará el hambre de altura de los pintores que allí esperan la llamada de la fama auténtica. Ya lo están mirando; antes no lo habían visto. Tal vez a ellos les pasaba algo así como a los campesinos, que nunca han visto el paisaje, por ser parte —ellos mismos— de su belleza.

Valparaíso —voy a incidir— es:á lleno de motivos pictóricos; las pupilas se colman de ellos: no hay detalle que no lo sea. El puerto llama, quiere ahogar la voz de Francia, tiene imágenes propias y las quiere entregar.

Y el mar...

Mar verde, copa inmensa de ajeno, de viajes, copa inmensa rayada de rutas. Está allí con sus olas incansables, sus tempestades, sus fiestas que sólo conocen y comprenden los marineros, flores de hombres que viajan y que no escriben ni pintan, sino que viven los poemas no interpretados de las olas y las locuras de los mástiles sin piratas y sin amores, estrangulados en las narraciones sentimentales.

Sobre el mar —fuera del mar— el ho-

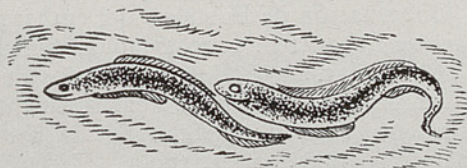
rizonte, arco cambiante, intangible, arco en fuga, miraje eterno, símbolo de lo inalcanzable, cerco del deseo que no se sacia. (El deseo es como un camino que mil veces concluye, que mil veces nace.)

No hay fuentes en los cerros de Valparaíso. Ninguna luna da a la luna tema para un romance. Pero las fuentes, los espejos de las églogas, están, seguramente, en los corazones, en las pupilas, en los labios que se tiñen de atardeceres para crear besos eternos.

El puerto entero, con su color, con su multiformidad, es un anfiteatro estático ante el milagro del mar.

Y cuando cae el crepúsculo y el mar se incendia y las barcarolas surgen en las almas

capaces de quitarse las túnicas del presente, el puerto muestra maravillosamente dibujadas las ondulaciones de sus alturas. En esa hora única en que hasta las casas se desdibujan para formar masas uniformes que se unen en la creación de un gran todo inconsútil, las vaguedades de la tarde llenan la vida con sus tonos violeta, malva, oro, rosa, que se van fundiendo en una orquestación de tonos inexpresables —los suspiros del color—, en esa hora única en que las luces del puerto empiezan a medrar y que producen la sensación de un inmenso “colmenar de luciérnagas”, pasa sobre las cosas algo como la voz de una plegaria máxima, en que unieran sus voces a las palpitaciones de las vidas humanas, tierra, cielo y mar.



VALPARAISO

ANTIGUO

No se podría escribir la historia de la Colonia y de las guerras de Arauco sin esbozar la de la antigua Concepción. Tampoco podría trazarse la del progreso material del país en los primeros tres cuartos de siglo de vida independiente sin hablar de esa ancha puerta de la prosperidad de la nación que es Valparaíso.

No hay adelanto que entonces no deje su estela en las aguas de su bahía o un rastro en su puerto acogedor. Es verdad que hay períodos que son de celeridad, como los de la Gobernación de Portales, del embarque hacia el oro de California y la Intendencia de Echaurren. Pero también es cierto que en ningún lustro desde 1818 hasta 1890 dejan de producirse algunos de esos destellos que han de alumbrar el cielo del progreso nacional. Posteriormente ocurre sin duda lo mismo; pero eso aun no ha cruzado el pórtico de la historia ni ese marco romántico de lo que llamamos Valparaíso antiguo.

Valparaíso vió salir en 1818 el primer coche elegante y la primera carroza de bellas líneas que viajaban por los caminos. Eran los carruajes que O'Higgins había mandado para conducir a Santiago a la esposa de Lord Cochrane y a sus hijos. Sería un viaje como el que María Graham nos relataría años después. En 1848, cuando la fiebre del oro de California movilizó por Valparaíso a los 30,000 chilenos que corrían a la aventura y vió pasar a otros tantos millares que venían con el mismo rumbo de otros países, aquel tránsito caminero se acrecentó. En 1851 un equipo de coches de cuatro ruedas inició el tránsito regular entre Valparaíso y Santiago, con aurigas profesionales, que para venir a estas tierras habían dejado los ómnibus de Nueva York.

En 1851, apenas transcurridos seis años desde que Morse había unido por red telegráfica a Washington con Baltimore, el mismo hilo, tendido por primera vez en la América del Sur, acercaba a Santiago y Valparaíso. En 1866, extendida la línea desde Lota hasta Caldera, "El Mercurio", diario que había visto la luz en Valparaíso en 1827, iniciaba su servicio de corresponsalías por telegramas en el país. Con "El Mercurio", el más antiguo diario de la América

Latina, se había abierto también en Valparaíso la primera librería que hubo en Chile.

En 1822 había surcado las aguas porteñas el primer vapor, el "Rising Star", en el cual Lord Cochrane, María Graham y otros invitados harían un hermoso viaje hasta Quintero. En 1840 salían de Valparaíso los primeros vapores de la marina mercante nacional. Y en 1853, el "Valdivia" mostraba a los porteños el primer vapor chileno que tenía hélice.

Fué Valparaíso la primera ciudad que obtuvo el beneficio del giro postal, servicio que creó Francisco Solano Astaburuaga en 1868, antes que lo hicieran la mayoría de los países del mundo. Entre el Puerto y Santiago corrieron por la vía férrea, en 1875, las primeras ambulancias postales.

El tranvía urbano, que apareció en Santiago en 1857, anduvo por las calles porteñas en 1863, años antes que en España y 10 antes que en Lille, la segunda ciudad de Francia que tuvo ese servicio.

Cuando Víctor Daroch presentó en la Exposición de 1856 aquella colección de fotografías panorámicas del país, que, según los críticos, hacía sentirse al observador "como transportado a los mismos sitios", hizo notar que Valparaíso había sido su mejor fuente de inspiración y que desde allí había iniciado su provechoso viaje hasta Nacimiento. El arte fotográfico tuvo en el Puerto especial desarrollo, y ya estaba en su apogeo cuando en 1870 un fotógrafo porteño anunciaba que su máquina "dejaba con cara de ángeles a los que tenían cara de demonio".

Valparaíso fué la primera ciudad de Sudamérica que contó con bomberos voluntarios. Nació su cuerpo en junio de 1850, con las bombas a mano que entonces estaban en uso. En 1866 ese cuerpo apagó cien incendios y dió ánimo a los habitantes con pruebas de heroicidad bajo la granizada del bombardeo.



Vista del Cerro Concepción.—VALPARAISO.

Foto Zig-Zag.



Foto Zig-Zag.

Plaza Sotomayor, desde el Paseo Yugoslavo.—VALPARAISO.

En 1830 la rada había visto entrar al velero "Globo", que llevaba a Francia 1,508 sacos de salitre, que era la primera partida que se exportaba. Era uno de los envíos que habrían de ayudar al campesino de Europa en sus tierras y al soldado francés en sus conquistas de la Oceanía.

En 1865 vió pasar hacia la cuesta del Melón, donde se hacían trabajos camineros, las primeras carretillas de mano que se utilizaban en el país y que habrían de multiplicar el rendimiento del obrero.

Entre los años 1827 y 37 miró zarpar los veleros que iban a Australia con el trigo chileno, que reemplazaría al perdido con las malas cosechas de Nueva Gales, y que traerían en retorno el primer ganado merino. Y nuevamente, en 1852, cuando las minas de oro atraieron hacia allá la afluencia de mineros que hasta entonces se llevaban las de California, los veleros chilenos llevaron, además de 2,000 aventureros, la harina de nuestros molinos y otros productos agrícolas.

El 23 de mayo de 1857 Valparaíso vió partir por el camino de sus cerros el más extraño convoy. Eran dos locomotoras de chimeneas en forma de pera que tomaban la carretera a Santiago arrastradas por 25 yuntas de bueyes y que llegaron 20 días después —con banderas chilenas sobre las máquinas y escarapelas tricolores en las testas bovinas— al corazón de la capital. Eran las locomotoras que desde el 15 de septiembre de aquel año arrastrarían el ferrocarril al Sur.

Aquel mismo año, en las noches de fiestas patrias, una estrella se encendió en Playa Ancha. Era el primer faro de la costa del Pacífico. Lo inauguraba la Municipalidad de Valparaíso, presidida por el alcalde Matías López, el mismo que reabrió la Escuela Naval, habilitó el Hospital de San Juan de Dios y dió impulso a los veleros que zarpaban en gira comercial para Australia.

El 14 de septiembre de 1863 partía de Valparaíso, con el Presidente José Joaquín Pérez y numerosa comitiva, el primer tren que unía el Puerto a Santiago. En diciembre del mismo año el convoy, que hasta entonces llevaba coches abiertos y sólo con toldo los destinados a señoras, empleaba los primeros vagones cerrados. Era en esa misma línea donde por primera vez en América del Sur correrían años más tarde los primeros coches-dormitorios.

Valparaíso fué la segunda ciudad que tuvo alumbrado a gas. Copiapó había dado el ejemplo. El 18 de septiembre de 1856 estaba con alumbrado



Foto Zig-Zag.

Viña del Mar.—VALPARAISO.

la mitad de la población porteña. Poco después el mechero de gas ardía en Santiago.

En 1882 la luz eléctrica iluminaba la capital. Dos años más tarde Valparaíso contaba con mil luces. Fué en esa misma época que vió en su bahía el primer buque alumbrado con energía eléctrica. Era el "Santa Rosa", que dejó una estela luminosa en el Puerto.

El primer chorro de agua que salió por cañería saltó en Valparaíso en 1852. Vinieron después algunos servicios intermitentes. Pero Santiago debió el suyo, en 1866, a Valparaíso, pues las cañerías tendidas en la capital fueron en parte obra del esfuerzo porteño, que las desembarcó durante el bloqueo.

Aunque los primeros ensayos técnicos de comunicaciones telefónicas se

habían realizado entre Santiago y San Fernando, fueron las líneas que unieron a la capital y el Puerto, en 1885, las primeras de uso práctico y público. Se inició la comunicación con una pieza ejecutada en Valparaíso en concertina y que se oyó claramente en Santiago. Al año siguiente se podía hablar de domicilio a domicilio entre ambas ciudades.

Tres años antes Valparaíso mostraba el primer ascensor en América, sobre el cerro Concepción. Era la obra de Liborio Brieba, un inventor y novelista.

En 1843 Juan Mouat, el mismo que proyectó el ferrocarril de Copiapó a Caldera, el primero de la América Latina, fundó sobre el antiguo Castillo de San José el primer observatorio de la costa del Pacífico. En aquel año ya habían llegado a las fábricas porteñas algunos motores a vapor, y en 1864

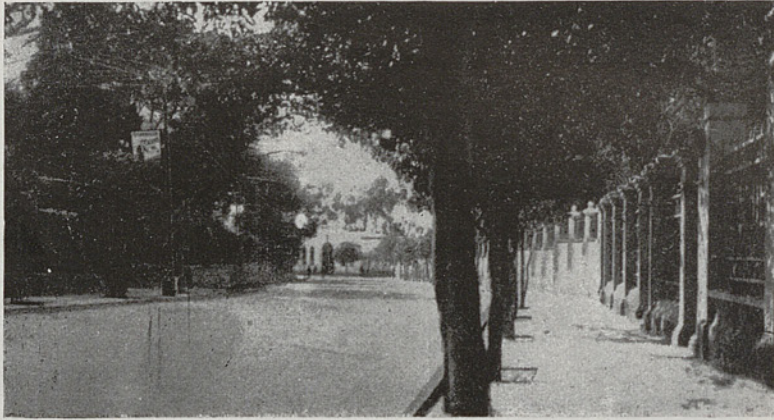


Foto Zig-Zag.

Avda. Gran Bretaña y Cuartel Regimiento Maipo N.º 2.—VALPARAISO.

“El Mercurio” hacía funcionar con uno de ellos, fabricado en el Puerto, la primera rotativa.

En Valparaíso se fabricaron pianos desde 1835. Uno de sus expertos, el norteamericano Lick, dejó el negocio en 1848, para volar a California en busca de oro. La suerte le sonrió, y este habitante porteño fué después el famoso millonario Lick, que donó el observatorio que lleva su nombre en California y que es uno de los más famosos del mundo.

En 1843 el doctor Nathaniel Cox abrió en la Quinta Polanco el primer sanatorio particular, una especie de avanzada a la medicina preventiva. En 1848 Juan Duprat creaba uno de los más importantes astilleros en el Puerto. Fué en la provincia de Valparaíso donde se abrieron los primeros canales de riego y otras obras hidráulicas, después del antiguo canal de Maipo santiaguino. La importación del azúcar y la refinación tuvieron allí su más importante desarrollo, así como numerosas industrias, entre las cuales ocupan muy importante sitio las fundiciones. También se formaron allí los primeros bancos y las primeras compañías de seguros.

Y a este valioso aporte del progreso chileno y americano hay que agregar el paso por aquella puerta al mar de los contingentes de 30,000 hombres que

fueron al oro de California, de los 10,000 que levantaron a Chañarcillo, de los 20,000 que engrandecieron a Caracoles, de los 25.000 que fueron a tender los rieles al Perú, de los 7,000 que lucharon y murieron en el primer ensayo del canal de Panamá y de esos millares de chilenos que se desparramaron por el oro de Australia, por la minería de México, por el primer ferrocarril entre océanos en Panamá, y por esa jornada homérica de la red ferroviaria que unió el Pacífico y el Atlántico a través de los Estados Unidos.

Cada chileno sabe que Valparaíso está vinculado estrechamente a cada faceta del progreso nacional, y su importancia continental en el Pacífico está escrita en el libro de ruta de todas las naves y en el recuerdo de todos los hombres de empresa y marinos del mundo.

J. A. H.



Foto Zig-Zag.

Punta Duprat.—VALPARAISO.

QUILLOTA, un oasis

En el choapino que bosqueja sobre el mapa la provincia marítima de Valparaíso, corresponde al departamento de Quillota el retazo donde la gama jugosa de los verdes consigue su propia sinfonía y madura su acento vernáculo, todo lo cual infunde densidad a la geografía provincial.

Nada semejante a este cuenco de la tierra chilena, ceñido oasis donde el aire entraña ya una madurez potencial y la luz anuncia la quietud de esos viveros de molicie de la leyenda miliunanochesca con que habrán soñado muchos chilenos que ignoran su vecindad turbadora a escasos kilómetros de Santiago. Por lo demás, acaso es mejor que la ignoren; así la enervante Quillota siempre tendrá cabida para quienes logren la suerte de descubrirla, si no de conquistarla.

Si el aventurero —el chileno es un caminante de la esperanza— viene desde Valparaíso, tendrá que ensanchar sus ansias y dar brío a sus ojos apenas divisa ese largo y mullido corredor de verdura que es la explanada de Lima-che, anuncio del bíblico valle de Quillota, una vez traspuestos los paredones y faldeos de San Pedro. Y si se descuelga desde las torvas risqueras, erizadas de cactus y pintadas de rebaños caprinos, que flanquean los barrancos de Llay-Llay, sólo tiene que cerrar un poco las narices y encoger el pecho a su paso por La Calera, para abrirlos cuanto se merece el aire que de súbito empieza a embriagar las venas del curioso viajero.

Quiero decir con esto que no son muchas leguas en contorno las de este verde retazo; pero es tal la jugosidad que satura el verde de ramazones y frutos y la tibieza es de tal plenitud y densidad, que su hechizo encuentra vías secretas y muy sensibles para alcanzar sin demora la entraña forastera. Entre el río Aconcagua, que en esa parte corre paralelo y pegado al poniente, y los cordones orientales, negrea el humus de las tierras que aguardan la segunda siembra del año —;no hay alguna vez tercera cosecha?—, y en las huertas amuralladas con adobón se teje la maraña de rama y pulpa —chirimoya, palta, lúcuma, papaya—, con leve pelusa de polvo de los caminos y de la oxidación del aire profundo.

Muchos ignoran la importancia lograda por Quillota como centro geográfico, militar y político, desde los tiempos mismos del descubrimiento de Chile. Se conoce el hecho de que don Pedro de Valdivia, al descender desde el Norte en su ruta zahorí, pasó por el callejón de Quillota, llamado Calle Larga, y allí fundó una ciudadela o fuerte armado con adobón y torva esta-

cada, mucho antes que asomara con sus huestes en el valle del Mapocho. Tan excitante y pródigo le pareció el sitio, que no tardó en exaltar su importancia en relación con las minas de oro de Malga-Malga; organizó allí el primer centro poblado con sentido económico y militar. "Queda, pues, establecido — dice Vicuña Mackenna después de precisar la historia de los orígenes de Quillota— que es la más antigua ciudad de Chile y que en un tris estuvo que no hubiera sido la capital del reino, porque es casi seguro que si Valdivia no hubiera apartado para sí propio aquel dominio, se lo habría dejado al rey su amo".

Antes de continuar esta nota sobre tierra tan cálida y sazónada, cabe hurgar en los gratos y sabrosos alcances de la etimología del nombre Quillota. Se afirma, y yo creo que en esto pesan razones, que la palabra ha sido formada con elementos quichuas que expresan, como todas o casi todas las voces geográficas nativas, las características del lugar. Quillota se descompone en *chille*, primitivo nombre de su río, y en *llod*, que expresa lo húmedo; elementos que en el correr del tiempo se amalgamaron, ganando una madurez y una claridad de fruto logrado. Es conveniente decir, en apoyo de tal alcance etimológico, que la vega de Quillota, en mayor proporción que otros terrenos bajos de Chile, se hace notar por su excesiva humedad, a tal punto que en algunos sitios, hacia el poniente de la ciudad, sobre la suavísima vega que termina en el río, el agua brota a los primeros golpe de barreta. Ni los reumáticos, pues, ni los resentidos de los bronquios en cualquiera de sus grados, deben pensar en una restauración orgánica estimulada por la tibia sombra de los huertos quillotanos. Y sí, desde luego, los cardíacos y los acongojados por un sistema nervioso en desorden. Es obvio que los erotomaníacos encontrarán en una tierra semejante el estímulo regresivo, aunque mayores beneficios para tal dolencia nadie podría predecirles sin riesgo de errar lastimosamente. En cuanto a los normales, nada podría adelantarles, ya que un clima esencialmente magnético, como el de Quillota, podría quizás, atacar las raíces del inestable equilibrio humano. . .

No sé por qué sugestión secreta se me ocurre hablar ahora de la fruta voluptuosa, y por extraña paradoja, fresca, que ha hecho de Quillota una tierra famosa y deseada: la chirimoya. La lengua quichua, que tiene tantas inflexiones ricamente expresivas, nos ofrece esta voz de sugerente corporeidad. Chirimoya se formó de *chiri*: frío, y *moyu*: seno de mujer. Y desde luego, la espléndida fruta tiene mucho de eso.

Lo curioso es que Quillota se ha hecho notable en la geografía nativa gracias a una fruta que llegara allí por vía de la amistad, después de recorrer miles de kilómetros sobre el mar. Lo admirable está en el hecho de su aclimatación superada, de su identificación en el concentrado humus de la vega. La chirimoya quillotana es distinta de aquella que nos llega de La Serena, por ejemplo, y muy diferente de la peruana. Se ha hecho quillotana y no cabe duda de que hay razones para sentirse orgulloso de una de estas muestras soberbias que pesan hasta tres kilos y cuya pulpa tierna obedece a la ansiosa presión de nuestros dedos, a través de la fina y suave piel gris verde.

Allá por 1780, más o menos, un marino trajo una planta de éstas a un amigo y éste la enterró con la conformidad del criollo que espera todo o nada. Y fué todo. La planta encontró el impulso y los frutos empezaron a doblar las ramas. Después de esto el oasis de Quillota se llenó de huertos fragantes donde el chirimoyo, doblegado y sostenido en emparrado, es el regalón. Una

pequeña arboleda —veinte plantas quizás— da para buen vivir a una familia. Pero he ahí que más allá del espacio que antes señaláramos, el chirimoyo no arriba. Al otro lado del río no se planta, y menos aún traspuestos los esteros de San Pedro y Purutún. El chirimoyo es de vida larga; algunos quillotanos hablan de bellos y frondosos patriarcas que procuraron buenas fortunas a sus dueños y que a los sesenta años no pensaban en abatirse.

Los otros árboles que contribuyen a dar su expresión fecunda a Quillota son: el lúcumo, traído desde las tierras propicias del Norte, La Serena, Copiapó, Illapel, etc.; y el palto, de origen peruano, y cuyo fruto también tiene acá sabores que los entendidos apuntan con ufanía. Su tipo de zona semitropical lo da Quillota al no acoger plantas como el café y el plátano, que se dan difícilmente y en condiciones lamentables.

En cambio, junto a la chirimoya, fruta simbólica, nacen, crecen y maduran, venidos de todos los climas y fundido en el moreno metal de la raza, los tipos de mujer más interesantes. No importa la sangre originaria, italiana, inglesa, francesa, suiza, alemana, que se haya vaciado en la vertiente criolla donde el indio acecha como la propia fuerza del humus, porque el tipo femenino que ilumina sus calles y que florece en sus casas y jardines, logra una sazón, una luz y una intimidad que sólo el aire puede difundir.

Complemento visual de Quillota, y sobre el cual se destacan sus huertos y sus mujeres, es un cerro bajo, de graciosa comba, que se levanta en una de sus orillas y que los lugareños estiman, aunque esta simpatía no haya significado para el cerro mayor beneficio, pues sigue igual desde que Valdivia le dió la primera ojeada. Es el cerro Moyaca, y su nombre encuentra sus orígenes en la conjunción de *moyu*: seno, y *co*: agua. Este cerro está ligado a un episodio que desde mucho tiempo forma parte de la tradición quillotana: un día se encontró en una cueva que existe en el Moyaca a un individuo medio loco o loco entero, esquelético y sombrío. Nadie sabía de dónde vino hasta allí. Lo llamaron el Loco Eustaquio. El loco en cuestión halló, en uno de sus paseos por el cerro, un hábito de fraile y se lo puso. La gente acaso no hubiese hecho mayor caso del insano si un día cualquiera un huaso borracho y bien montado no hubiese querido divertirse con él, laceándolo y arrastrándolo hasta despedazarlo. Desde entonces la gente envolvió el suceso en velos sentimentales y luego, un escritor local, Zorobabel Rodríguez, alteró la historia, haciendo intervenir el amor desesperado en la muerte del Loco Eustaquio.

Hemos desgajado un poco de la historia quillotana en contacto con su tierra paradisíaca. Nos falta completar esta expresión, y para ello debemos hablar de los caudales humanos que originariamente cuajaron una voluntad y un espíritu en la vida de sus gentes.

Siendo la ciudad más vieja de Chile, su vida empezó regida por la espada y la cruz. Tales fuerzas fueron trabajando la mente de cada habitante y sus proyecciones futuras. Así se plasmó una sociedad rígida y recia en lo mundano, ferviente y absoluta en lo espiritual. Con el tiempo aflojó la espada por natural evolución, y entonces la Iglesia entró a actuar a sus anchas en clima favorable. Como todas las ciudades viejas de Chile y de América Latina, Quillota refleja una entraña religiosa que sólo en los últimos diez años empieza a debilitarse por causa de la irrupción en los dominios de su vida activa —industria, comercio, agricultura intensiva— de sangre nueva, orientada principalmente hacia el trabajo generador de nuevos valores, y de nueva moral.

“Las iglesias de Quillota son antiguas, mediocres y pobres”, decía Viña Mackenna allá por 1877, y esta afirmación vale para los años presentes. Podían haber sido las mismas tristes construcciones de los tiempos de la Conquista. Esto no ha impedido a la población de Quillota encontrar en su humilde penumbra el consuelo para sus dolores mundanos, y más que eso, el fuego para resistir durante siglos los lentos avances del pensamiento racionalista. Naturalmente, este arraigo religioso ha impedido la oportuna evolución de la vida en lo material, y las propias leyes de beneficio nacional impuestas por el Estado y orientadas hacia la higiene y la comodidad, han sido resistidas. Por fortuna la ley se ha impuesto, y hoy día se puede ir a Quillota y respirar un aire mejor que hace años, amén de disfrutar de las comodidades a que tiene derecho el hombre civilizado. Respecto de las iglesias de Quillota debemos decir que deprimen por su mal gusto y su abandono exterior. He ahí la Matriz, con su torre cercenada que llama a la caridad de los fieles; San Francisco, Santo Domingo, La Merced.

Si en Quillota las crónicas señalan personajes que merecieron los honores del recuerdo ardiente por su religiosidad, tales como la Beata Benavides, el fervor y el azar han dado realidad a una fiesta aun más historiada, que luego cobró relieve nacional por su impresionante originalidad. Hablo de la Procesión del Pelicano, momento culminante en las fiestas de Semana Santa que allí se celebraban con grandioso boato hasta comienzos del presente siglo. La Procesión del Pelicano corresponde a la procesión de la Vera Cruz que se efectúa en Santiago y en otras ciudades de Chile.

La idea del Pelicano nació en la mente afebrada de un lego de San Francisco a quien una dama encomendara la tarea de buscar un sustituto del toscocajón en que año tras año ponían el cuerpo de Cristo para la fúnebre ceremonia. Demoró varios meses el lego, pero al fin los quillotanos pudieron contemplar un enorme pelicano en cuyo dorso abierto cabía muy bien el divino cuerpo. La leyenda asegura que el lego no sobrevivió a su obra.

La Procesión del Pelicano salía desde la Matriz hacia San Francisco y estaba eslabonada por andas simbólicas que expresaban la pasión del Señor. Estas andas, de impresionante presencia, eran: el Profeta Elías, la Cruz del Calvario, la Verónica, el Lonjino, las Tres Marías, el Pelicano, y, finalmente, la Virgen de los Dolores, cuya doliente belleza impresionaba a justos y pecadores. Todas las andas llevaban personajes vivos, y si no todas, casi todas, lo que contribuía al patetismo del espectáculo.

El momento de la aparición del Pelicano era sobrecogedor y digno de las viejas edades milagreras. “El ave milagrosa, concreción de la fe de un humilde lego de San Francisco, surgió en el pórtico, gigantesca y radiante, leve y trémula, como si viniera del horizonte mismo y detuviese aquí su vuelo. El pueblo, en adoración, tuvo un suspiro quedo, gimiente, humilde, y cayó de rodillas sobre las losas de la plaza y las piedras de las calles. La visión del Pelicano colmaba las almas con su poder benéfico y los corazones, tras la emoción suprema, latían sosegados, fecundados, dichosos. Los ojos se alzaron otra vez y se regalaron en la contemplación del pájaro sagrado, que mostraba a los fieles el sacrificio de su corazón abierto, el pico todavía hundido en él, en medio de una gran mancha de sangre que contrastaba con la albura del plumaje. Esta imagen del cruento sacrificio que inspira la obra del lego de San Francisco y que el pobre había bebido en los poetas ignaros, incidía en la propia imagen del Cristo que entregó su vida por los hombres. Con los años la leyenda y los milagros del Pelicano fueron un solo y mismo espíritu surgido del cielo” (1).

(1) “La Ciudad Dormida”, de Lautaro Yankas, Edit. Orbe.

La historia patriótica encuentra en Quillota elementos de grandeza y motivos de meditación para la generación actual. Ya en vísperas de la llegada del ejército libertador, la paz quillotana se alteró con la ejecución del maestro de escuela Hernández, quien tuvo la audacia de profetizar el triunfo patriota. Luego, todavía en los umbrales de Chacabuco, los quillotanos, resueltos a todo, atacaron a la guarnición española y la derrotaron para salir en seguida a reforzar las huestes chileno-argentinas. "Quede, por tanto, constancia —dice un historiador— de que Quillota se levantó por la patria, el 10 de febrero de 1817, dos días antes de Chacabuco." Más tarde, en 1837, Quillota merecía los honores de ser el cuartel general de la Expedición al Perú. El ministro Portales estaba en visita para inspeccionar las tropas. El 4 de junio, mientras el ejército estaba formado en la Plaza, Portales fué hecho prisionero y, al día siguiente, ejecutado. Todos recuerdan, sí, que el cabecilla del motín sucumbió después con siete de sus compañeros, y su cabeza fué mostrada a todo el mundo clavada en un palo. ¡Verdaderamente, la tierra quillotana fustiga la sangre con extraña violencia!

A modo de broche punzante, diremos que el primer gobernador de Quillota y de su valle fué el historiado capitán Gonzalo de los Ríos, abuelo de la satánica Catalina de los Ríos.



Bombardeo de VALPARAISO

(Monografía de la guerra con España.)

En el curso de su historia, Valparaíso ha sufrido cinco ataques desde el mar. Los cuatro primeros acontecieron durante la Colonia, cuando no era más que un caserío; y fueron sus ejecutores dos corsarios ingleses y dos holandeses: Drake (1578), que desvalijó el único navío al ancla y saqueó la iglesia; Hawkins (1594), que capturó y luego incendió tres bajeles con su carga; Noort (1600), que hizo otro tanto y pasó a cuchillo a las tripulaciones; y Spilbergen (1615), que bombardeó la población, quemó la única nave surta y desembarcó para combatir a la guarnición local. El quinto ocurrió en 1866, cuando la República contaba medio siglo de existencia y cuando Valparaíso ya era un floreciente emporio mercantil, con 80.000 habitantes y una flota internacional de 100 barcos albergada en su bahía. Esta vez los atacantes fueron españoles, no ciertamente bucaneros, pero sí, incomparablemente más temibles, con su fuerza de modernos buques blindados.

Nadie recuerda hoy estos hechos, porque lo curioso o pintoresco no cabe en la enseñanza, ni se consigna casi en los libros, y

la gente vive y muere ignorando lo mejor de la crónica patria.

El bombardeo del 66, en particular, contiene todas las características de un acontecimiento digno de memoria. Por algo fué que tuvo repercusión mundial, habiéndolo registrado las revistas europeas en sendas informaciones, sin contar con que el insigne Pérez Galdós lo incluyó en la serie de sus "Episodios".

Esta "guerra con España" fué un conflicto con dos combates navales, dos capturas y una lluvia de bombas sobre una ciudad inerme. Por parte de los agresores fué una aventura desgraciada; los agredidos salieron de ella con su entereza y su sentido del humor templados a fuego, y con la experiencia de que aun luchando sin armas, pueden resistirse los golpes, e incluso, devolvérseles...

* * *

Ninguna cuestión o diferencia existía entre España y Chile; nada que pudiese justificar el drama en que iban a verse en-

vuelos. Origen de la contienda fué un sueño descabellado: ni más ni menos que el de la restauración del dominio de la América. Plan que ya estaba en vías de realización, pues habíase anexado la República de Santo Domingo, y que pretendía proseguirse con la reconquista del antiguo Virreinato del Perú.

España sufría una de esas crisis morales de las que no están exentas ni las más nobles naciones. Ocupaba su trono la reina Isabel II, de 22 años de edad, mujer tan débil de carácter como pobre de ilustración, en cuyo Gobierno había sentado plaza una gavilla de aventureros y militarotes engraidos por su triunfo en la guerra carlista, y en las manos de quienes ella era un instrumento. Repartido el poder entre tales audaces, el país rodaba hacia la anarquía y la ruina, mientras las altas clases contemplaban el desquiciamiento con una alegre indiferencia. "Madrid —dice un escritor—, era un avispero donde triunfaban los ambiciosos y los intrigantes." En un ambiente así, no es raro que el proyecto de reivindicación haya parecido factible. La tentativa, en todo caso, serviría para distraer la atención popular o para producir esa cohesión artificial que necesitan los regímenes espurios.

La reina tenía una vaga idea de lo que era el mundo americano; tan vaga, que no sabía dónde estaba situado Valparaíso, puerto a la sazón de mayor importancia que San Francisco. Por eso, tal vez, puso su firma en el decreto que ordenaba el apresto de una escuadrilla de *cuatro buques*, como vanguardia de una expedición preliminar sobre el Pacífico.

Esta zarpó de Cádiz, en agosto de 1862. La componían las fragatas "Resolución" y "Triunfo", y las goletas cañoneras "Covadonga" y "Vencedora", todas a vapor, con un total de 86 cañones y 1.400 hombres. Venía a su cargo el general Luis Pinzón, militar de mano dura, que había ganado su fama en Marruecos, donde impusiera la ley de la violencia, y que profesaba a los criollos un espontáneo desprecio. Aparentemente, no traía intenciones belicosas, y para acentuar esta impresión había embarcado consigo a un grupo de seis hombres de cien-

cia, que pretendían estudiar la flora y la fauna indianas...

Pero la ilusión no engañó a nadie. La fauna indiana sospechó de inmediato sus verdaderos propósitos —porque el rumbo de la política madrileña estaba a la vista—, y de uno a otro extremo del continente los gobiernos y los pueblos pusieron a la expectativa.

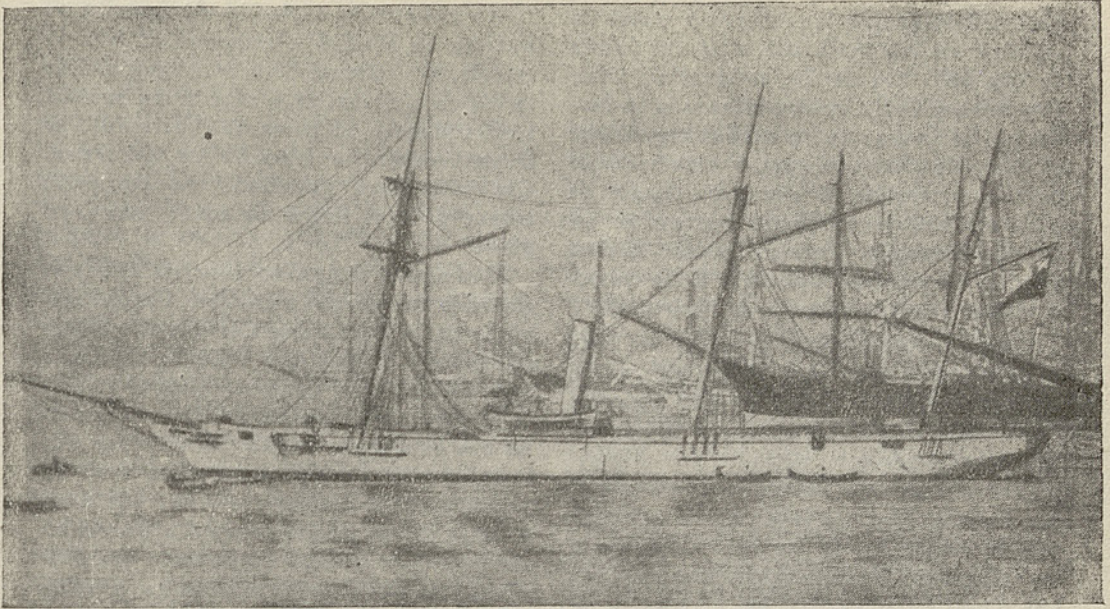
* * *

El expedicionario hizo escalas en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires. Presentado como visitante de paz, fué recibido con los honores protocolares, y el emperador don Pedro II y los Presidentes Berro y Mitre departieron con él en términos de cortesía. Estas entrevistas devolvieron la tranquilidad a los países del Atlántico, pero aumentaron la inquietud en los del Pacífico, por la declaración de Pinzón de que su meta era el Callao.

No pasó allí directamente. Una mañana, corriendo el mes de mayo del año 63, la "Resolución" apareció espectacularmente en Valparaíso, adonde aportara sin ser vista en la noche anterior. Esta llegada nocturna tuvo visos de mal presagios. Lo cual no impidió, empero, que la recepción fuera hospitalaria, y los festejos cordiales. La sociedad porteña, fué en romería a visitar los buques, y luego, en tierra, no escatimó sus atenciones. Hubo un baile en el Teatro de la Victoria, una misa en la Matriz, donde predicó el capellán de la expedición, y un banquete de 170 cubiertos. Se "estrecharon lazos", como hoy se dice: algunos oficiales se prendaron de las señoritas nativas, y veintitantos marineros desertaron para radicarse en el país. La única nota lamentable vino a darla el propio Pinzón, cuya lengua se desató en el banquete, diciendo que la amabilidad chilena no le parecía sincera; lo que molestó la dignidad nacional, y fué la comidilla de los comentarios.

Al darle la despedida, los porteños han debido decirle *hasta pronto*; tan evidente parecía que sus buques iban a volver.

El inquietante huésped había tomado, entretanto, buena nota de ciertos pormeno-



La goleta "Covadonga", uno de los buques que España envió al Pacífico, y que protagonizó con la "Esmeralda" el combate de Papudo.

res que le interesaban: Valparaíso apenas tenía un fuerte para su defensa, y toda la flota naval de sus mares eran dos barcos (corbeta "Esmeralda" y vapor "Maipú"), que estaban a medio tripular y con su artillería depositada en un pontón.

* * *

El arribo de la escuadrilla al Callao cargó de electricidad la atmósfera del Perú. Se hallaba ese país en situación muy distinta a la de Chile, primeramente porque su independencia aun no había sido reconocida, y luego, porque entre Madrid y Lima existían viejos agravios y reclamaciones, tales como el mal tratamiento dado a los súbditos españoles y la negativa de devolver los bienes que les fueron confiscados durante la guerra de emancipación. Hay que advertir también que la República estaba hondamente dividida y que un apreciable sector de la aristocracia seguía siendo adicta a la madre patria. Los planes hispánicos basábanse en el aprovechamiento de todas estas

circunstancias, y especialmente la última, que permitiría —pensaban allá— recuperar el virreinato mediante un simple golpe de Estado. Con tal finalidad llegaba Pinzón, y sus instrucciones eran las de provocar la ruptura, por una parte, y de estimular a los realistas, por la otra. En este trabajo iba a ser ayudado por una nube de espías destacados de antemano, y por los "emigrantes" que Isabel había estado mandando para acentuar la españolización del país. La Quinta Columna es un recurso venerable por su antigüedad...

Pero el español era observado a su vez por la diplomacia y el espionaje chilenos, porque Chile conocía o adivinaba sus propósitos, y estaba dispuesto, por razones de defensa propia, a apoyar a los patriotas peruanos. Fué esta política suya la que lo arrastró a la beligerancia efectiva, siendo lo probable que, de haberse desentendido del conflicto, ninguna parte le hubiese tocado a él.

Tras breve permanencia en el Callao — donde dejara tendida su red de intrigas—, Pinzón realizó un cruceo por todos los países de la costa, hasta México, para reco-

ger una impresión de conjunto sobre la realidad americana. Llegó a la conclusión de que sólo dos de las antiguas colonias, Argentina y Chile, habían alcanzado su madurez; las demás aun no estaban capacitadas para regirse por sí mismas, y eran víctimas de la peor especie de anarquía. Aparte de esto, sus mutuas relaciones atravesaban un período tensísimo: Perú y Ecuador estaban por irse a las armas; Bolivia y Chile mantenían una candente disputa de límites, etc.

Comprendiendo cuán propicia era esta situación para sus fines, el general volvió al Perú resuelto a apurar su tren belicoso. Desde entonces tuvo el concurso de un personaje expresamente enviado por Madrid para el objeto —el Comisario Extraordinario Salazar Mazarredo—, quien amenazó con la ocupación de las islas Chinchas si no se pagaban las indemnizaciones exigidas. Las Chinchas contenían los grandes depósitos guaneros peruanos, y eran explotadas por el monopolio del Estado; ocuparlas significaba privar a éste de la mayor de sus fuentes de ingresos.

Ante la negativa del Gobierno, Salazar ordenó a Pinzón trasladarse a las islas con sus buques. No bastaron a impedir el atropello las protestas de la prensa limeña ni la advertencia del Ministro español en Santiago, señor Tavira, de que Chile haría causa común con el Perú. El 10 de abril de 1864, la "Resolución" y la "Triunfo" tomaron posesión militar de las covaderas.

Así se lanzó el guante de desafío, y la cuestión entró a esa fase prebélica en que las soluciones pacíficas se tornan imposibles.

El Perú comenzó a artillar sus puertos y encargó a Inglaterra un par de acorazados. Chile, su aliado tácito, inició una campaña periodística en contra de las pretensiones isabelinas y en pro de la unión de los vecinos del Pacífico. Para dar el ejemplo, pidió y obtuvo de Bolivia el olvido momentáneo de su problema limítrofe. Un Congreso americano reunido en Lima, echó finalmente las bases para una alianza eventual entre los países amenazados.

* * *

No obstante la violencia del proceder de Pinzón, en Madrid le acusaron de falta de energía, y el general cayó en desgracia. Ello lo obligó a renunciar y a pedir un sucesor. Para colmo de su ruina, la "Triunfo", su buque-bandera, se incendió en circunstancias misteriosas, quedando la escuadrilla trunca y en el riesgo de sufrir una sorpresa.

El hombre designado para reemplazarlo era nada menos que don José Pareja, Ministro de la Guerra hasta la víspera, e hijo del general realista que halló la muerte a raíz del sitio de Chillán. Aunque nacido en el Perú, don José despreciaba a sus gentes con entusiasmo, como odiaba a los chilenos, por el fin que entre ellos tuvo su padre; y venía dispuesto a saldar con unos y con otros las cuentas que creía tener pendientes... Con él llegó un refuerzo que convirtió a su flotilla en una escuadra inexpugnable: las fragatas "Berenguela", de 36 cañones; "Blanca", de 37; y "Villa de Madrid", de 46, a más de un convoy de transportes armados; división a la que pronto vino a unirse la "Almansa", de 50, y por último la "Numancia", de 40, que era uno de los barcos más grandes y fuertes del mundo, con sus 7.500 toneladas, su máquina de 1.000 caballos, blindaje de 13 centímetros y andar de 15 nudos. A proa y popa tenía una figura en relieve que simbolizaba la aspiración de su país: el león español sujetando el globo terráqueo entre sus garras.

Respaldado por semejante fuerza, Pareja se lanzó en un franco programa de tropelías, buscando la humillación del orgullo nacional peruano. Ante su amenaza de arrasar el litoral, el Presidente Pezet tuvo que resignarse al pago de tres millones de duros. Tesoro que no aplacó, por otra parte, al cobrador, porque los diarios madrileños criticaron la modestia de sus exigencias y fijaron en una suma diez veces mayor las reparaciones que debieron haberse pedido.

Pero el pueblo no acompañó a Pezet: le sindicó de traidor a la patria, y un movimiento estalló para derribarlo.

Fué entonces cuando los chilenos empezaron a apoyar materialmente la causa peruana. Un decreto del Gobierno declaró el carbón contrabando de guerra, dejando a la escuadra gaditana en la precisión de movili-

zarse a la vela. Por otro lado, una partida de cien voluntarios embarcados en el yate del millonario Urmeneta, llegó con armas, víveres y dinero para cooperar a la revolución y a la defensa del Perú. La efervescencia popular desbordaba en todo el país: el muelle del Callao fué teatro de un asalto del gentío a los marineros españoles, con balances de muertos y heridos por ambos bandos. Pezet cayó, y el nuevo régimen, creado por Canseco, se dispuso a enmendar el error del anterior.

Por esos mismos días ocurrió un acontecimiento que vino a acabar de comprometer a Chile en la contienda. Tavira, amigo del país y sincero pacifista, fué destituido por "ineptitud", y el furibundo Pareja entró a sucederlo en calidad de Plenipotenciario.

Montado en la "Villa de Madrid", presentóse en Valparaíso en resuelta actitud de enemigo. La prohibición del combustible y la aventura del yate, eran, a su juicio, actos hostiles contra España; y, por tales ofensas, mandó a La Moneda una nota ultimátum, con estas tres exigencias: 1.^a Saludo de 21 cañonazos al pabellón de su nave; 2.^a Indemnización de 3.000.000 de reales por la negativa de darle carbón; y, 3.^a Envío de un embajador a la Corte para presentar excusas.

Pero en Santiago no había un Pezet que aceptase tales insolencias. Gobernaba don José Joaquín Pérez, carácter inmutable y patriota, a quien nadie ni nada intimidaría. Por otro lado, el provocador había tenido la falta de tino de enviar su nota el 17 de septiembre, de manera que ésta llegó a la capital el 18, en plena celebración de las Fiestas Patrias. El alma nacional ardió de coraje, y el Presidente, interpretando su sentir, contestó al reto con una inmediata declaración de guerra.

Como primera medida militar, Pareja notificó el bloqueo de los puertos mayores: Valparaíso, Coquimbo, Caldera, Herradura, Tomé y Talcahuano. Sólo se exceptuaron los de Papudo y San Antonio, que eran insuficientes para el servicio. Ello fué un terrible golpe para la Marina Mercante del país, que en gran parte quedó paralizada. ¡Precisamente cuando alcanzaba su mayor desarrollo y superaba a todas sus congéneres de la América del Sur, contando 272

naves con 63.000 toneladas, y 2.800 tripulantes, que llegaban a California, a Europa, a Australia, al Asia y a la Polinesia!

Pero, a la larga, Pareja también iba a resultar bloqueado, dada la dificultad en que estaría de procurarse sus elementos. No se ha dado el caso de una campaña tan mal planeada; y es indudable que entre sus organizadores no hubo un solo estratega, y aun podría decirse, ni un cerebro dotado de sentido común. Como si no bastase con ello, parece que en Madrid mandaban todos, porque en cada correo recibía el general directivas distintas: retirarse, mantenerse, contemporar, no ceder un punto. Consecuencia de esto, fué que resolvió prescindir de sus superiores y proceder por su propia inspiración.

Por su parte, el Gobierno chileno empezó ordenando la movilización de su "escuadra", aunque más no fuese para ponerla en salvo. Juan Williams Rebolledo, comandante, demoró sólo doce horas en instalar los cañones de la "Esmeralda" y el "Maipú"; y, sin esperar a completar sus dotaciones —pues una porción estaba en tierra celebrando el Dieciocho—, se hizo a la mar amparado por la noche. Es fama que pasó casi encima de la fragata enemiga, y Pareja cometió la bisonada de subestimar su capacidad, dejándolo alejarse sin hacer amago de ir a interceptarlo. ¡Muy caro, y a muy corto plazo, tendría que pagar este exceso de confianza!

La otra medida de Pérez fué destinar un agente especial ante el Gobierno de los Estados Unidos, para la adquisición de armas y buques con que organizar la resistencia. La elección recayó en el escritor Vicuña Mackenna, el hombre idóneo para tal empresa. También él debió pasar bajo las barbas del bloqueador, introduciéndose de contrabando en la bodega de un vapor inglés, "entre sacos de nueces y galletas de mar", para viajar hasta el país en el que Chile tenía puesta su esperanza. Simultáneamente se daban instrucciones al Ministro en Inglaterra para que negociase allí la compra secreta de un blindado, el que debía despacharse a Chile con bandera y tripulación inglesas.

* * *



La población de Valparaíso evacuando la ciudad en la víspera del bombardeo. Obsérvese el hombre que va tocando su guitarra, en el extremo inferior izquierdo. (Dibujo del natural, por P. Blanchard, en "El Correo de Ultramar".)

La suerte había reunido en la "Esmeralda" a un grupo de jóvenes, que, andando el tiempo, serían la más ilustre generación de héroes que estos mares hayan producido: Prat, Condell, Latorre, Uribe y Thompson. Llevándoles a su bordo, el buque inmortal no pudo menos de iniciarse con una proeza electrizante. Navegando el 26 de noviembre a la altura de Papudo, avistó a la "Covadonga", que merodeaba en imprudente soledad, y fué en su persecución para provocarla a combate. El encuentro se produjo tan cerca de tierra que los paisanos del lugar pudieron presenciarlo desde los cerros costeros. Más veloz y poderosa, la "Esmeralda" cerró el paso a su contraria y jugó con ella a su antojo, acribillándola con sus fuegos y reduciéndole su personal en una cuarta parte. Ferry, el comandante español, lloró

de ira al sentirse impotente, pues el orgullo hispánico creía a los americanos incapaces de apuntar un cañón. Estos que tenía delante no erraban un tiro, y era él quien no podía acertar los suyos, porque se los esquivaban por anticipado. Al cabo de media hora de lucha, el desgraciado marino tuvo que rendirse, y el pabellón de la reina descendió sobre la cubierta ensangrentada. En un postrer intento de burlar a sus vencedores, trató de hundir su nave; y cuando Oxen, el ingeniero de la "Esmeralda", llegó a bordo de la presa, tuvo el tiempo justo para evitarlo, cerrando las válvulas, que habían sido abiertas.

Así la flota española quedó con un buque menos, y la chilena con uno más. "Esmeralda" y "Covadonga" se hicieron aliadas para siempre, y no transcurrirían si-

no catorce años hasta el día en que juntas diesen a la patria una de sus fechas más hermosas.

El país fué sacudido por el entusiasmo, y el Gobierno decretó el ascenso de todos los oficiales de la corbeta. La capital y los pueblos de tránsito se embanderaron al paso de los 127 prisioneros, mientras las clases pudientes, en un gesto magnánimo, colectaban ropa y víveres para auxiliarlos.

Williams, desconocido hasta la víspera, saltó al pedestal de la gloria. Su nombre fué aclamado en la prensa, en las calles, en el Congreso, y su figura y la de su barco aparecieron en reproducciones iluminadas en los escaparates del comercio.

Pareja no supo del suceso hasta tres días después, de manera que no se explicaba esas banderas y músicas militares que habían irrumpido en Valparaíso. Vino a imponerse de la derrota por un ejemplar de "El Mercurio", que, accidentalmente, llegó a sus manos. El relato de la acción venía precedido de un comentario en que se le propinaban los peores calificativos, incluso, el de inepto, por no haber sabido combinar medios de comunicación con sus buques dispersos. Fué éste un golpe tan tremendo para su vanidad, que le dejó anonadado. Un héroe, en su lugar, habría salido en persecución de los captores —diez veces más débiles que él—, para devolverles la afrenta; pero su resolución fué de otra índole. Se encerró en su cámara y pasó el día escribiendo unas cartas con mano trémula. En una de ellas pedía perdón a su Gobierno; en otra, decía adiós a sus parientes; en la última, ordenaba a sus oficiales sepultar su cadáver fuera del mar territorial del país que tanto odiaba.

Al atardecer se tendió en su litera, vestido con el uniforme de gala, y se dió un tiro en la frente.

* * *

El suicidio del jefe, y su motivo, agrietaron la moral de los expedicionarios. La alegría y el complejo de superioridad desaparecieron de sus ánimos, sucediéndoles un sentimiento de pesadumbre y los primeros

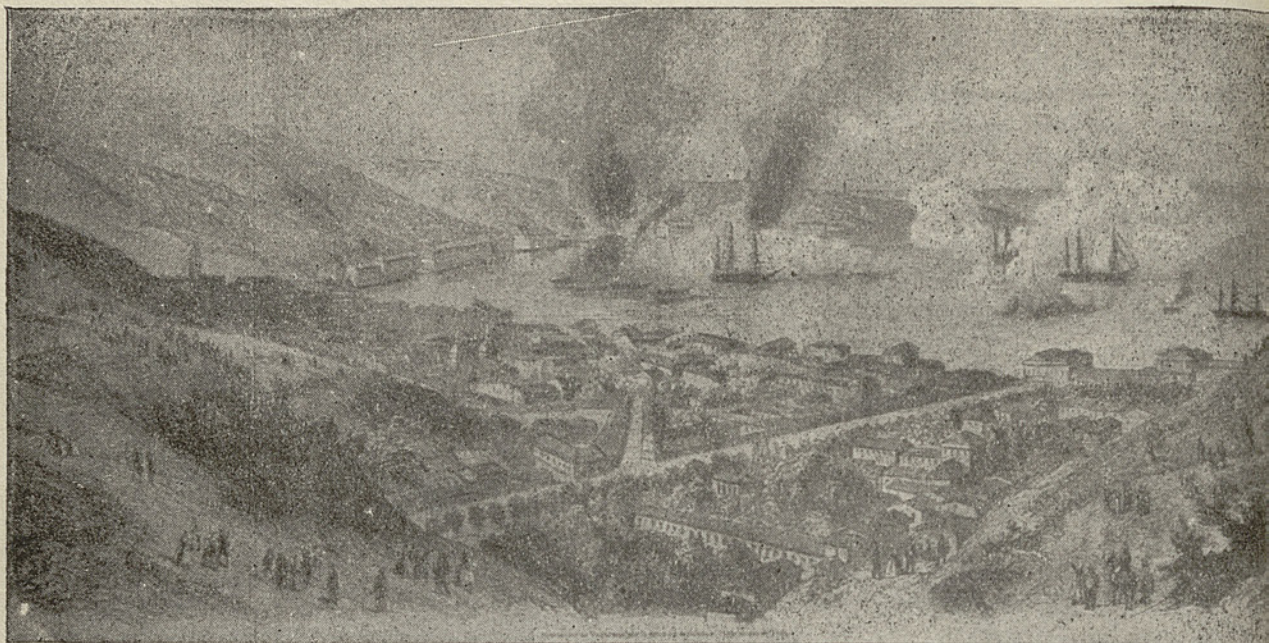
síntomas del cansancio. La patria estaba lejos, y más lejana todavía la posibilidad de que este pueblo indómito cediese a sus exigencias... Con todo, tuvieron suficiente entereza para ocultar la desgracia en los primeros momentos: la bandera de la "Villa de Madrid" siguió en el tope, y nadie supo en tierra lo que había ocurrido.

Sólo cuando la sepultura se hubo consumado, el nuevo almirante, Méndez Núñez, dió cuenta del hecho al Cuerpo Diplomático. Creyendo que el extinto aun estaba insepulto, el Gobierno tuvo el gran gesto de ofrecer a Méndez la facilidad de depositarlo en el Cementerio porteño, hasta que pudiera ser repatriado. A cada paso comprobaban estos españoles que la joven nación era más viril y más culta de lo que ellos se imaginaron. Para no ser menos hidalgo, el almirante contestó en una fina nota de agradecimiento.

Don Casto Méndez Núñez era un gallego de 43 años, de porte regular pero imponente, y famoso por su sobriedad y valentía. No fué culpa suya el que tuviera que ser personero de una mala causa.

Su primera iniciativa, la de circunscribir el bloqueo a Valparaíso y Caldera, pareció el anuncio de una política apaciguadora; pero su decisión siguiente deshizo esta creencia. Deseando cuanto antes vengar lo de Papudo, dispuso una escuadrilla con dos de sus buques más ligeros, la "Blanca" y la "Villa", y la mandó a perseguir a su enemiga. Coincidió su determinación con recientes órdenes de la Península, en el sentido de procurar una rápida victoria, ya fuese por la diplomacia o por la fuerza.

La división zarpó a fines de enero del año memorable, e iba comandada por Alvargonzález, el mejor de los capitanes de la escuadra. (Méndez Núñez se había trasladado a la "Numancia", su nuevo buque insignia, que permanecía anclado frente al Cerro de la Cabritería.) La "Villa" y la "Blanca" navegaron ansiosamente hacia el Sur, y el 7 de febrero encontraron a la "Covadonga" (cap. Thompson), en la isla Abtao, canal de Chacao... Pero, con la sorpresa consiguiente, descubrieron que no estaba sola. Junto a ella formaba la escuadra peruana, que acababa de reunirse después de burlar la vigilancia de sus costas. Estos



El bombardeo de Valparaíso, 31 de marzo de 1866, tal como lo vieron los vecinos desde la cumbre de los cerros. Al fondo, los almacenes de la Aduana ardiendo. (Dibujo de M. E. Charton, en "El Correo de Ultramar".)

aliados providenciales contaban con el "Apurimac", de 40 cañones; la "Unión" y la "América", de 16; y el "Lersundi", de 2. Por desgracia, estaban todos con sus máquinas en mal estado y apenas si podían moverse dentro de sus posiciones. Williams se hallaba en Ancud con la "Esmeralda", y vió aquella escena con el anteojo; pero no se hizo presente, tal vez, por no creerlo necesario. Al balazo de desafío de Alvargonzález contestó inmediatamente el peruano Manuel Villar, que tenía el mando de los americanos. Estos llevaban la ventaja naval —5 unidades contra 2—; pero los españoles la compensaban con el poder de su artillería: 83 cañones contra 76. Fué una batalla a corta distancia y sin evoluciones. El propósito de los peninsulares era forzar la entrada del canalizo para arrinconar a sus adversarios contra la tierra: pero el cerrado fuego que recibían no les dió ocasión de acercarse. Por otra parte, estaban sin saberlo, sobre un banco de arena, y de haber logrado avanzar, habrían tenido una varada funesta. Se cambiaron 1.300 cañonazos: lo sufi-

ciente para atronar la comarca durante dos largas horas. Los buques patriotas tuvieron dos muertos e ínfimos daños, al paso que los atacantes perdieron 35 vidas, amén de muchos heridos. Finalmente una andanada destruyó el timón de la "Villa", y otra le produjo una inundación. Sin gobierno y en el peligro de hundirse, hubo de retirarse remolcada por su consorte. La resaca llenó la playa del maderamen de este barco: mamparos, puertas y tablas arrancadas por las balas; prueba de la gravedad de sus destrozos. De todos los buques aliados, sólo la "Covadonga" pudo perseguirlo en su retirada, y así escapó Alvargonzález de una derrota que pudo haber sido completa.

* * *

El nuevo contraste enfureció a Méndez Núñez hasta el punto de hacerlo salir en persona a caza de los vencedores. No cabía en su mente el que éstos pudiesen enfrentar

con éxito a sus poderosos navíos, y deseaba darles de una vez un correctivo ejemplar...

Pero, al llegar a Abtao, no encontró ni sus rastros, e inútilmente les buscó después por todos los puertos australes. Williams Rebolledo no volvería a exponerse en esta lucha desigual: tenía instrucciones de aguardar el arribo de los refuerzos que se esperaban del exterior. Todo lo que Méndez pudo hacer fué capturar un transporte, el "Paquete de Maule", que conducía un destacamento de 130 hombres de tropa, los que mandó a España, para canjear más tarde con los prisioneros de Papudo.

Regresó exasperado, y en la convicción de que ya no procedía más que una cosa: propinar a chilenos y peruanos un castigo final, y retirarse. En lo cual concordaba con el sentir de sus oficiales, que aspiraban a ver terminado un conflicto en que no había honra ni provecho.

El castigo consistiría en arrasarse Valparaíso y El Callao, mediante un bombardeo con todos los buques de la expedición.

Probablemente (al menos respecto de Valparaíso), la idea más inhumana que haya concebido un militar; idea, sin embargo, explicable, dentro de la vorágine de desaciertos a que él y sus antecesores fueron lanzados por sus gobernantes.

Al entrar al puerto, comprobó que el único fuerte que defendía la ciudad había sido desmontado, para significar que ésta *no debía* ser atacada. Por otra parte, habían llegado dos escuadrillas extranjeras, una yanqui, de cinco unidades, y la otra inglesa, de tres, con el evidente propósito de proteger los intereses de sus connacionales en la contingencia que se veía venir. La opinión dominante era que los norteamericanos impedirían cualquier desmán de los españoles, en nombre de la Doctrina Monroe; y por ello fué que, al presentarse en tierra sus jefes, el comodoro Rodgers y el general Kilpatrick, el pueblo les siguió por las calles, vivándolos.

Pero ni una ni otra circunstancia bastarían a aplacar a Méndez Núñez, quien advirtió, en términos de ultimátum, que lo único que podría restablecer la paz sería la aceptación de las tres condiciones de Paraja..., más la devolución de la "Covadonga". Demandas que hacían el desastre inevitable,

porque un país que se respeta prefiere dejarse destruir antes que aceptar una humillación gratuita, y, lo que es más, devolver una presa de guerra. El señor Covarrubias, Ministro de Relaciones, no quiso dejar dudas sobre este último punto: "Un buque de guerra capturado en buena lid, no se devuelve. El Gobierno de Chile no puede restituir la "Covadonga", suceda lo que suceda. Nuestra República no ha traficado ni traficará jamás con su gloria."

Pero lo que acabó de sacar de quicio al almirante, fué la tranquilidad, y hasta la indiferencia, con que aquella gente tomaba sus amenazas. Valparaíso afrontaba el bloqueo sin dar señales de decaimiento, no obstante los severos daños causados a su economía. Sus vecinos, entre los que había millares de damnificados, se arrebataban las revistas humorísticas, para saborear las caricaturas con que los Coke de la época ridiculizaban a don Casto y su reina.

Los dos jefes norteamericanos, secundados por el inglés, contralmirante Lord Denman, iniciaron gestiones para hacer desistir al gallego de su decisión de bombardear. Viéndole empeinado, Rodgers le hizo la advertencia de que no podría permanecer impasible ante la destrucción de una ciudad indefensa y llena de extranjeros. Sin inmutarse, Méndez Núñez le contestó que ninguna consideración en el mundo le impediría cumplir las órdenes de su Gobierno.

Extremando su buena voluntad, Kilpatrick hizo una última tentativa ante La Moneda; pero el Presidente Pérez era otra roca inmovible, y el general volvió con un rechazo sin apelación.

En virtud de lo cual, el almirante envió un manifiesto al Cuerpo Diplomático, anunciándole que el 31 de marzo la plaza estaría bajo el fuego de sus cañones.

Rodgers y Denman fueron entonces a visitarlo en tono conminatorio. El inglés declaró que su país reprobaba aquella destrucción y que tomaría medidas para impedir la. El yanqui dijo que ésta era también su posición, y que se opondría por la fuerza al bombardeo. Contestándoles a los dos por junto, Méndez Núñez manifestó: "Ustedes son dueños de hacer lo que les parezca. Yo no tengo otro amo que mi Gobierno."

* * *

El marino español alcanzó la grandeza de un héroe clásico. A miles de leguas de su patria, solo, odiado, colocado entre dos potencias superiores, nada pudo apartarlo de su ley suprema: el cumplimiento del deber.

Creendo que aun era posible doblegarlo, Denman y Rodgers echaron mano de un recurso extremo: en la víspera del día fatal colocaron sus buques alrededor de la escuadrilla de Cádiz, con las baterías destapadas, e hicieron todos los aprestos de rigor para un combate... La respuesta de Méndez fué inmediata: mandó que sus barcos descubrieran también sus carronadas y apuntasen sobre aquéllos. Sólo entonces sus colegas cedieron, vencidos por ese carácter de hierro, y optaron por desentenderse de lo que iba a ocurrir. Sus países estaban en paz con España, y no podían hacer más sin ir a un estado de guerra injustificable.

Así cómo la suerte de Valparaíso quedó sellada. Absolutamente indefenso, como un ser atado de brazos, tendría que soportar esta prueba sin más auxilio que el de su estoicismo. No había tiempo de montar el fuerte, ni de dar aviso a la Marina, cuyo paradero, para colmo, se ignoraba ese día. Menos aun podía esperarse de la misión de Vicuña Mackenna, malograda por la indiferencia del Gobierno norteamericano o por su deseo de no enemistarse con Madrid. Hasta la fecha, sólo se habían obtenido promesas, y el agente especial informaba que "en lugar de una nación generosa y consciente de la justicia de nuestra causa, sólo hemos hallado un pueblo desmoralizado por la grandeza de sus intereses materiales"...

Pero la inminencia de la desgracia no abatió el orgullo nacional. Nadie pidió ni intentó pedir clemencia al bombardeador. Tampoco se perdió la serenidad colectiva: el vecindario evacuó la ciudad en perfecto orden, y se instaló en los cerros, donde pasó la noche, a la espera del espectáculo del día siguiente. La única reacción especial fué de enojo contra los neutrales, a los que se acusaba de no haber sido bastante enérgicos. Cuando Rodgers y Denman ofrecieron sus tripulaciones para colaborar con la policía y los bomberos, el Intendente Lira les con-

testó que no era esa la ayuda que necesitaba. El pueblo, por su parte, se opuso a viva fuerza a que las mercaderías inglesas y yanquis fuesen sacadas de la Aduana, estimando que lo justo era que se destruyesen. La indignación alcanzó aún peores caracteres en la capital: el Ministro de Inglaterra fué expulsado del Club de la Unión, y el propietario de la casa que habitaba, lo obligó a abandonarla en un plazo perentorio.

* * *

Amaneció el 31 de marzo, que era Sábado de Gloria. Al mirar a la ciudad con su antejo, Méndez Núñez vió algo que ha debido conmoverlo: millares de banderas colgaban de los balcones de las casas o flameaban en sus astas, como en un último gesto de entereza o de devoción patriótica... La suposición de que el almirante se conmoviese, no es gratuita, porque en su parte oficial califica el bombardeo de "triste deber", y se declara "profundamente afectado" por haber tenido que atacar a "una población que no se defiende".

Por otra parte, los propios historiadores hispánicos condenan esta iniquidad, empezando por el ilustre Novo y Colson, que dice: "Fué un acto cuyo recuerdo debe entristecer siempre a la Marina española."

A las 7.50 las escuadrillas y los buques de comercio salieron fuera de la bahía, quedando la flota gaditana en el centro, con la excepción de la "Berenguela", que fondeó frente a Viña del Mar, para cuidar del convoy.

A las 8, la "Numancia" disparó dos tiros con pólvora, en señal de que la acción empezaría dentro de una hora.

Cuarenta y cinco minutos después se tocó zafarrancho, y los cinco navíos, con sus cañones reluciendo al sol, comenzaron a evolucionar. Es del caso advertir que sus comandantes y dotaciones habían oído misa y comulgado, de manera que estaban en olor de santidad.

La evacuación de los pobladores no había sido completa: voluntarios y curiosos recurrían a la expectativa los barrios próximos al mar; y es tradición que un mendigo

ciego, y seguramente sordo, de la calle de San Juan de Dios, se instaló como todos los días en la esquina donde ejercía su oficio. Inútil es decir que el ferrocarril y los carritos de sangre estaban suspendidos; pero, en cambio, funcionaba el telégrafo, cuyo impávidos operadores mantuvieron al país en constante información de los hechos. Sus mensajes, teñidos de la pasión contemporánea, son preciosos boletines para la historia. El primero fué recibido en Santiago, a las 9.20, y decía:

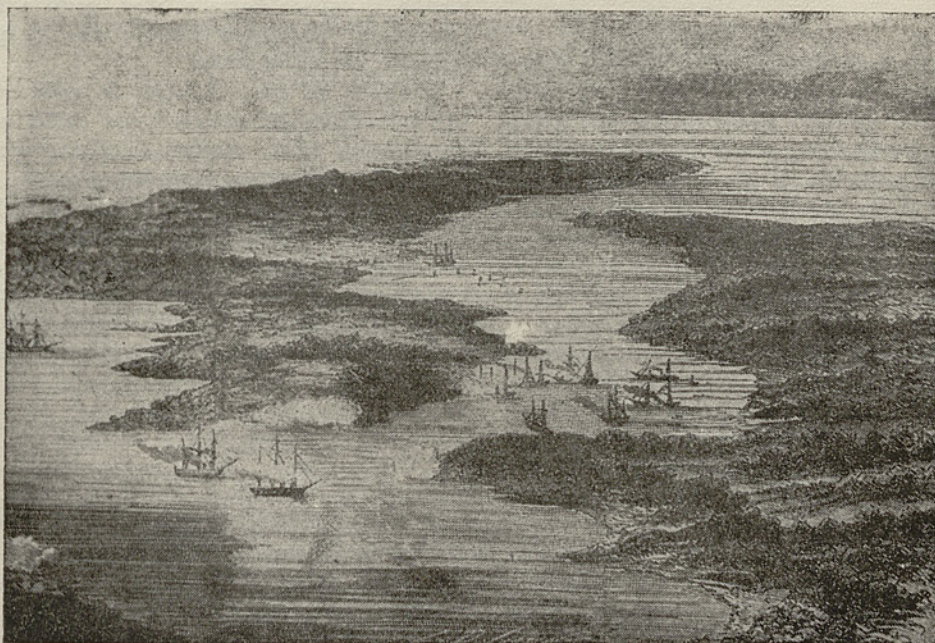
“Los godos a esta hora (8.45), están tocando a zafarrancho y echando vivas a su execrable reina. Esperamos por momentos el primer bombazo.”

* * *

Este sobrevino a las 9.15, cuando la “Numancia”, desde las afueras de la rada, ordenó a los otros buques romper el fuego.

Se hizo el bombardeo a la menor distancia posible de los objetivos —desde 700 a 1.200 metros—, para que ni un proyectil

se perdiese. La cercanía de los cañonazos, agregada a la configuración de los cerros, que multiplicaba sus ecos, ensordecía el ámbito y hacía retemblar la tierra. La “Blanca” tiraba contra la Aduana; la “Vencedora”, contra la Bolsa y la Intendencia; la “Resolución”, contra el ferrocarril. Esta última apuntaba tan mal que metía sus granadas en un convento situado detrás de la estación. El almirante hubo de ordenarle que se retirase, para mandarla en seguida a batir el recinto aduanero. La “Blanca” se trasladó a su vez cerca de la “Vencedora”, y juntas las dos se ensañaron sobre la Intendencia. Una de sus balas se incrustó en la esfera del reloj del frontis, que quedó para siempre marcando las 9.20. Hoy se le conserva en el Museo Histórico de Santiago, como una de sus más raras curiosidades. La bala se halla embutida hasta la mitad entre el III y el V. El minuterero está tocándola, señal de que el mecanismo no sufrió con el golpe y siguió funcionando hasta que la manecilla se encontró con el obstáculo... A esa misma hora, una bomba de la “Vencedora” atravesó la Bolsa, edificio de construcción frágil, y fué a estallar en un almacén que había a su espalda.



El combate de Abtao, en el canal de Chacao, donde los buques chilenos y peruanos rechazaron a la escuadrilla española. (Grabado de “El Correo de Ultramar”, de París, 1866.)

A las 10 empezaron a verse los primeros incendios, cuyas fogatas propagaba la brisa matinal. El blanco predilecto era la Aduana, atacada con toda clase de proyectiles, desde la bala rasa hasta el cohete incendiario, y en cuyo interior millones de pesos de mercaderías reducíanse a humo y escombros. Las llamas pasaron a los patios, y, finalmente, a los malecones de madera, que ardieron como leños.

Cuando la "Resolución" cumplió allí su tarea, se dió a evolucionar de un extremo a otro de la bahía, para repartir sus disparos por toda la ciudad. Yendo y viniendo, atacó la estación, el cuartel de artillería y los barrios del Almendral y del Barón. Este era el buque más temible, precisamente a causa de la incompetencia de sus artilleros, porque sus tiros mal apuntados hacían estragos hasta en los lugares que por convenio debían respetarse y que enarbolaban bandera blanca: templos, hospitales y refugios. Sus "balas locas" alcanzaron a los cerros, con el peligro de barrer el gentío que se guarecía en sus quebradas.

* * *

Desde esas alturas, miles de ojos deben haber oteado al horizonte en la esperanza de que la escuadra aliada hiciera una aparición providencial... Pero no estaba escrito que así ocurriese, y los atacantes pudieron proseguir su atentado en perfecta impunidad. Como para hacerlo más devastador, se ordenó a la "Berenguela" dejar su fondeadero de Viña y venir a sumar su fuego al que vomitaba el resto de la escuadrilla.

A las 11 los seis buques cañoneaban al unísono, amenazando arrasarse el barrio del *plan*. Un incendio producido en la calle de la Planchada (hoy Serrano), convirtió el sector comercial en una conflagración. Fomentadas por el viento, las llamas corrieron por ambos lados de la calle, hasta rodear la plaza de la Municipalidad; y, desde allí, repartiéndose en todas direcciones, invadieron las de Cochrane, Blanco y Clave, en una extensión de varias manzanas, hasta llegar al pie del Cerro Cordillera. Su humareda semejaba la de un volcán, y al confundirse

con la de la Aduana —que era otra pira dantesca—, cubrió casi un tercio de la población, y la hizo invisible desde el mar. No pudiendo elegir sus blancos, los cañones comenzaron a disparar al azar; y ésta es la razón de por qué salieron dañados el hospicio, la Matriz, la Merced, el Buen Pastor, San Ignacio y la Recoleta, del Barón, cuyas torres denunciaban cada impacto con el tañir de sus campanas.

Barriadas enteras se sacudían y crepitaban por las explosiones y los derrumbes. No se sabe, con todo, qué fué más impresionante: si la magnitud de la destrucción o la imperturbable calma de los vecinos. Si alguna vez se comparó a los chilenos con los ingleses, seguramente ha sido por esta flemma ante el peligro. "Militares, bomberos y demás —transmitían los telegrafistas—; se pasean despreciando las balas de los miserables." El populacho, por su lado, no perdía la ocasión de divertirse en medio del desastre. "La gente del pueblo —decía otro mensaje—, recorre las calles con las balas en las manos y juega a la pelota con ellas, desafiando la muerte." De estos rasgos de humor participaban hasta los bomberos, siendo típica la anécdota del voluntario que, volviendo el trasero hacia el mar, gritó a los españoles: "¡Apunten aquí!"; por lo que hubo de ser amonestado.

Símbolo de esa voluntad de resistencia fué la bandera del fuerte, izada como una provocación en la cumbre del Cerro Artillería. Incesantemente dispararon contra su asta, tratando en vano de traerla al suelo. Un tiro de la "Villa de Madrid" logró por último cortar uno de los vientos que la sostenían; pero, el palo, aunque quedó inclinado, no cedió, y la insignia siguió tremolando entre el humo, el fuego y la metralla.

* * *

A las 12 menos cuarto, una señal de la "Numancia" mandó cesar el ataque —el "castigo", como se le llamó en España—, y los navíos se retiraron a sus ancladeros.

El bombardeo había durado dos horas y media, y se estima que se gastaron en él 2.500 proyectiles. De éstos, 61 tocaron a



La Reina Isabel II (1840-1908), bajo cuyo reinado sobrevino la guerra entre España y la alianza chileno-peruana. (Retrato conservado en el Museo Histórico Nacional, Santiago.)

la Intendencia, que aparecía agrietada como a raíz de un terremoto; 19, a la Bolsa, que quedó casi demolida; 5 a San Ignacio; 4 a la Merced; 3 a la Matriz. De los almacenes de la Aduana sólo salvaron las murallas, en las que las grietas y perforaciones eran incontables. Centenares de familias quedaron sin hogar ni medios de vida. Las bajas habían sido mínimas: 4 muertos y 8 heridos; pero las pérdidas en edificios y valores se calcularon en \$ 14.000.000, de 45 peniques (arriba de 600 millones de hoy).

¡La mayor ruina que Valparaíso experimentara desde el día de su fundación!

Contemplando este cuadro desolador, Méndez Núñez no ha podido sentir la satisfacción de una victoria. En cambio, sus víctimas sí pudieron jactarse de un triunfo legítimo: el de haberse vencido a sí mismas. Porque a la virilidad con que se sobrepu-

sieron al terror —y consta ello en los partes oficiales y en todas las relaciones de la época—, siguióse la elevación moral con que el pueblo y sus autoridades se condujeron después de cesado el fuego. La reacción que hubiera sido más humana y más lógica —la de la venganza en las personas de los súbditos españoles—, no tuvo lugar. Temiendo que tal ocurriese, el Intendente les había hecho reunir en un cuartel para protegerlos, y mandó a la policía montada vigilar sus domicilios y negocios; pero nadie intentó siquiera ofenderlos, y la jornada acabó sin que se registrase un solo acto de vindicta. (1)

(1) En Santiago, por curioso contraste, el Gobierno alcanzó a dictar un decreto de expulsión en masa, y algunas tiendas de españoles fueron saqueadas.

Es en momentos como éstos cuando la idiosincrasia de una nación se manifiesta con todos sus rasgos originales. Por sorprendente que parezca, la ira de aquellas gentes se apagó junto con las llamas de los incendios; y lo que es más genial todavía, trocóse luego en un movimiento de regocijo popular. Casi podría decirse que el día más funesto de la historia de Valparaíso terminó con una fiesta. Pero, entiéndase bien: no una fiesta de exaltación patriótica, ni de desagravio público. ¡Nada más, y nada menos, que una fiesta de alegría pura! Olvidados al parecer de la ofensa extraña y del desastre propio, los vecinos recorrían la ciudad confraternizando, prestándose ayuda y cambiando bromas. Bandas de música desfilaban por las calles o tocaban en los paseos sus retretas habituales, rodeadas de un gentío compacto. Removiendo los escombros de sus hogares, el pueblo buscaba las balas que los habían destruido, para guardarlas como reliquias o para venderlas como preciosa mercancía.

No quedó tampoco la cicatriz del rencor; y es característico el caso del comerciante que en vez de retirar el espejo de su salón, hecho añicos por un proyectil, pintó sobre él este rótulo: "Recuerdo del bombardeo. 31 de marzo de 1866".

* * *

La consecuencia más lamentable de la guerra, con todo, no fué la destrucción producida en tierra, sino el inmenso e irreparable daño causado a la Marina Mercante, sostenedora hasta entonces de la economía del país. Su imponente flota, condenada a la inmovilidad por el bloqueo, habíase desorganizado en los puertos, y en gran parte debió venderse a viles precios a armadores extranjeros. Y lo que es más grave: se perdieron entretanto los mercados de ultramar, con tanto esfuerzo conquistados. En Australia, en California, en la Oceanía y en la India, los productos chilenos habían sido desplazados, y no volverían ya a recuperar sus privilegios.

Chile había dejado de ser la gran potencia naviera del Pacífico.

* * *



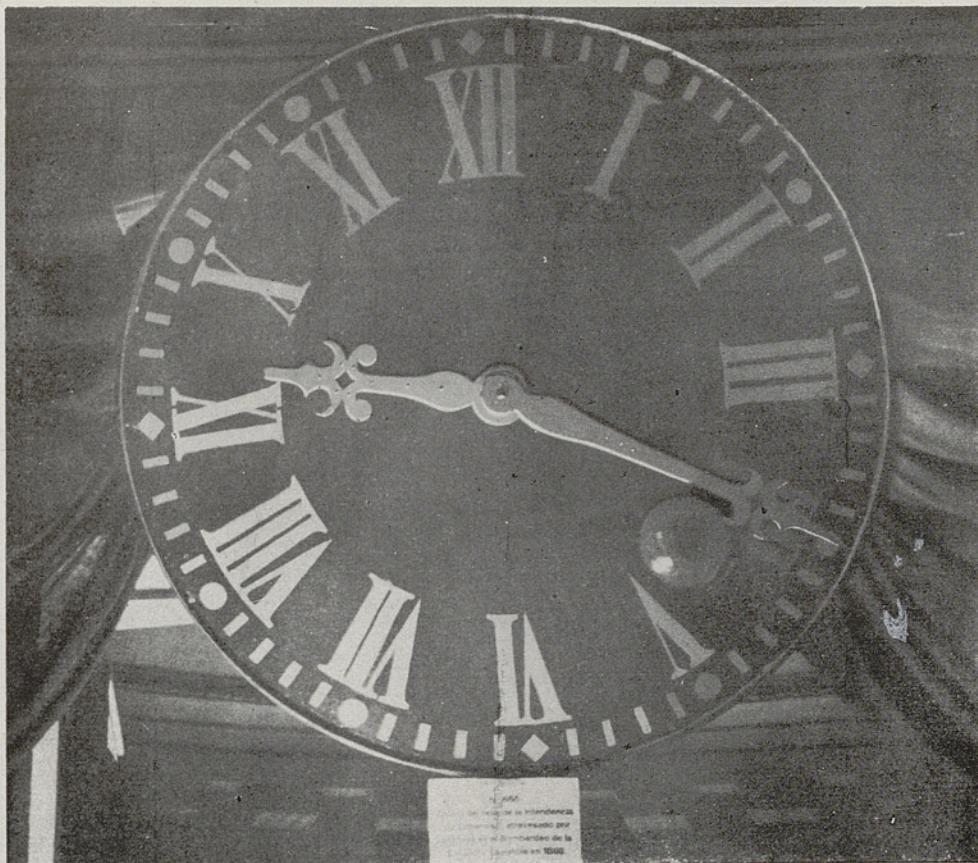
Don Casto Méndez Núñez,
comandante de la escuadra española en el Pacífico.

Almirante D. Casto Méndez Núñez (1824-1869), jefe de la Escuadra que bombardeó Valparaíso y el Callao.

Cumplida su ingloriosa obra, el almirante español se alejó de estas costas para ir a acometer en las del Perú parecida hazaña: el bombardeo del Callao.

Repetiéronse allí las mismas circunstancias de Valparaíso: la ausencia de las fuerzas navales nacionales, la neutralidad de yanquis y británicos, la negativa del Gobierno a someterse.

La sola novedad fué que la plaza había sabido pertrecharse, y que al romper sus fuegos la escuadrilla, obtuvo la inmediata respuesta de los 76 cañones de que estaba artillado el puerto. Aquí, por fin, tuvo Méndez Núñez la ocasión de pelear como bueno, dando y recibiendo, de igual a igual. Dirigidos por el Ministro de la Guerra, los peruanos derrocharon pericia y valentía, y durante seis horas sostuvieron un combate espectacular. Hubo en los fuertes y en las calles 2.000 heridos y un centenar de muer-



El reloj de la Intendencia de Valparaíso, con la famosa bala incrustada en su esfera, tal como se conserva en el Museo Histórico de Santiago. (Foto Carlos Charlin.)

tos, entre éstos el propio Ministro; y en los buques, otras tantas bajas mortales. El solo almirante recibió ocho heridas, y hubo de entregar el mando a su segundo. Sus naves llegaron a silenciar la mayor parte de las baterías terrestres, pero fueron a su vez retribuidas con largueza. Casi todas salieron perforadas, y una de ellas, la "Berenguela", se retiró incendiándose.

A todo esto, las dotaciones sufrían los estragos del escorbuto, a causa de la nutrición deficiente; de suerte que la cesación de las hostilidades y la vuelta a la patria, ese mismo día ordenadas, festejaronse a bordo con trasportes de contento. Las marinerías, y muchos oficiales no habían logrado entender del todo el objeto de aquella odisea. La juzgaban del mismo modo que hoy la juzga la historia...

La expedición regresó seccionada en dos

divisiones: una por la ruta de Polinesia, con escala en Tahití; la otra, por la vía del Cabo de Hornos, con etapa en Río de Janeiro. Travesías desastrosas en que la enfermedad segó más vidas que la pólvora, y cuyo término señaló para España una fecha de duelo.

* * *

Por esos mismos días —¡demasiado tarde!— zarpaba para Chile el blindado encargado a Inglaterra, con el que Williams Rebolledo soñó desafiar a la "Numancia". Habíanle dado el nombre de "Tornado", y era una poderosa corbeta a vapor, de gran andar y con cañones del mayor calibre de la época. Se había pagado por él 15 millones



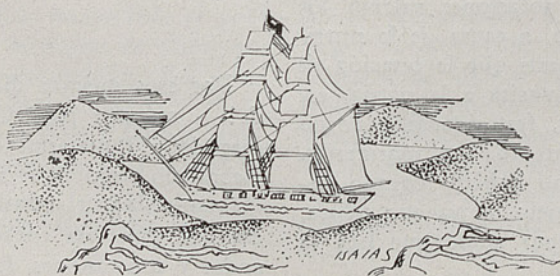
El blindado chileno "Tornado", capturado por la fragata española "Gerona" cuando venia rumbo a Chile, a la altura de la isla de Madera. (Grabado de "El Correo de Ultramar".)

de pesos: precio de mercadería prohibida. Conforme se conviniera, venía bajo bandera inglesa, y tripulado por británicos y portugueses... Pero no alcanzó a llegar a su destino. Navegando a la altura de la isla de Madera, el 21 de agosto, le salió al encuentro la fragata "Gerona", que estaba al acecho, y sin más que un cañonazo a foguero le hizo detenerse para capturarlo como presa de guerra.

Fué la última acción militar de la con-

tienda. La reina, ciertamente, no devolvió el trofeo; pero, un tiempo después, influida por mejores consejeros, quiso hacer olvidar lo pasado y envió una embajada diplomática. Todavía hizo más: obsequió su retrato al Gobierno, como simbólico presente de paz.

Valiosa obra de arte que se conserva en el Museo de Santiago, colgada al lado del reloj famoso, como para recordarnos quién lo mandó agujerear.



NOTICIARIO ARTISTICO NACIONAL

Exposiciones

BENITO REBOLLEDO CORREA

En la segunda quincena de julio fué inaugurada en la Casa Eyzaguirre la exposición de cuadros presentada por el maestro Benito Rebolledo Correa. Emitir un juicio sobre su obra sería repetir lo que sobre él se ha dicho en los últimos veinte años de vida artística nacional. El maestro Rebolledo representa, dentro de su escuela realista, el más alto exponente que cuenta Chile en la actualidad, constituyendo cada una de sus exposiciones una fiesta de color y de perspectiva.



Foto Baltasar Robles.

Juan Fco. González (óleo)

◆
WALDO VILA

En la Sala del Ministerio de Educación, y auspiciada por el Grupo Plástico de la Alianza de Intelectuales de Chile, fué inaugurada, el 29 de julio, la exposición que presentó el pintor Waldo Vila. El poeta Angel Cruchaga Santa María, Presidente de la AICH, enjuicia la obra de Waldo Vila con los siguientes conceptos:

"La obra de Waldo Vila entraña transparencia, dominio de los matices que circundan las cosas y de las cuales toma relieves originales, definidos y armoniosos.

"El paisaje nativo enciende en Vila sus rasgos severos, y el campo, las flores y las figuras humanas adquieren una sugerencia espiritual que trasciende y comunica su colorido que ya toca un motivo criollo con escenas de nuestro Chile o vuela su gracia en panoramas o estelas murales en donde las estaciones del año apresuran su curso.

"Waldo Vila lleva a sus telas la ecuanimidad del pintor que traduce con nitidez su concepción del mundo y lo ubica sinceramente dando a los objetos la categoría propia sin robarles el áureo prestigio que les pertenece.

"A su actual exposición ha incorporado Vila algunos poemas de liricos nuestros, ilustrándolos con viñetas que poseen una luz especial que nace de los versos creándoles un clima de renovada dulzura.

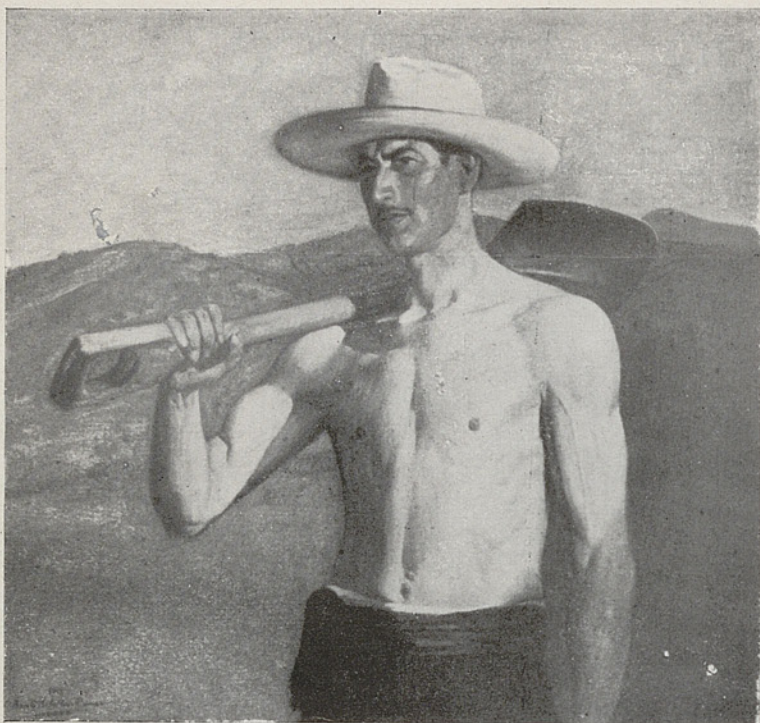
"Vila ha conseguido establecer contacto entre su temperamento y la mirada acuciosa de los observadores que están ante la maravilla del arte en actitud de esperanza y amor.

"La Alianza de Intelectuales de Chile para Defensa de la Cultura, en esta hora de claridad en que se inaugura una exposición de Waldo Vila, lo saluda con la emoción que despierta un artista que vive sintiendo el calor de nuestra tierra y buscando en ella el impulso para fijar el destino de su alma, con la

Benito Rebolledo Correa (óleo)

Foto Luis Robles.





Benito Rebolledo (óleo)

Foto Lu's Robles.

dignidad y el respeto de los que ansian entregarse a una labor de perennes contornos.”

◆
SUSANA MARDONES

El 8 de agosto, y auspiciada por el Grupo Plástico de la Alianza de

Intelectuales de Chile, fué inaugurada la exposición de cuadros de la nueva pintora Susana Mardones. Su obra llamó extraordinariamente la atención, mereciendo comentarios contradictorios. Romera dijo de ella: “En Susana Mardones tiene la pintura chilena una de sus voces más puras. Ella realiza por medio de la pintura un canto profundo a la belleza”. El poeta Juvencio Valle hizo

su presentación en el mundo del arte con las siguientes palabras:

“Sorpresivamente, sin ruidos ni avisos, se abre hacia el interior una puerta poderosa, y, como un día llovido, aparece el canto patético, mudo y desvelado de Susana Mardones. Los helechos ojeros, los maderos vestidos de niebla, los ríos extraterrenales. Pongo nombres cotidianos a los fluidos elementos de este mundo, pero, con toda propiedad, donde yo digo helechos, bien pudiera decir plumas desmesuradas. Los maderos pueden convertirse en concreciones metálicas, los ríos en silenciosos cometas dormidos. Con este dúctil material de creación, la mente en juego puede construir y reconstruir los más hermosos monumentos. Que en este cielo envolvente y singular nadie podría asegurar que ha visto morir o detenerse el tiempo.

“Me gusta dormirme en estos húmedos ámbitos. Irme de viaje por ese universo nuevo, tan aéreo y tan religioso. Para desenvolverse y orientarse dentro de él, más que brújulas y cuadrantes, se requieren ojos sabios y absortos, alas vehementes y desplegadas. Es de rigor estar bien posesionado de lo que es el alba, conocer desde raíz a copa los secretos imponderables de la luz, saber respirar y crecer en un clima que es como de acuario celeste. Los más seguros pobladores de este mundo suspendido vendrían a ser los peces y los ángeles. Peces árgos, horizontales y despeinados. Angeles como árboles trasnochados y temerosos.

Creación sin destino conocido, sin huellas subrayadas, sin estaciones de arribo. Océano solemne, caído y levantado, en perpetua demanda de amanecer. Una floresta sobrenatural de algas voladoras hace denso el aire de este universo marino y fluvial. Con medio pie en el agua y medio cuerpo en el cielo, ahogándose y levantándose, andan aquí las bellas cosas creadas. El agua es casa, el aire es alimento. La música y la poesía se juntan y se invitan a caminar costado a costado. Andan de paseo por cielos difíciles. Allí una cascata desbocada, aquí un ángel semicaido, y, de repente, una luna en cinta tumbada en un precipicio. (Hablo de memoria, apoyándome en vivas iluminaciones.) Naturalmente, aquí, en todo esto, se mueven los colores, pero ellos no se nombran; trabajan solos, tirados para adentro como las raíces que subterráneamente hacen el arco iris de la flor.

“El noble teatro se mueve en forma de sueño discontinuo a deshora y al margen del mundo civil. Un desorden impresionante nos acompaña: nadie ha barrido las hojas del parque, nadie ha levantado puentes de



Autorretrato. Julio Ortiz de Zárate (óleo)

Waldo Vila (óleo)

Foto Lu's Robles.

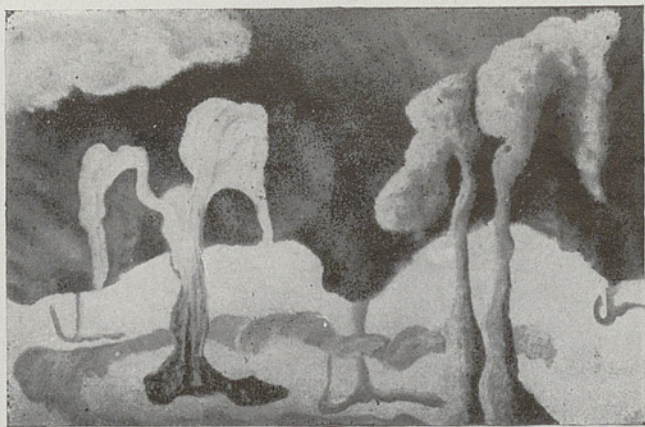


plata para el viajero distinguido: los ríos se atraviesan con el agua a la garganta; nadie sopea aquí la fruta expuesta en el mercado, y la cesta se llena sin control hasta las asas.

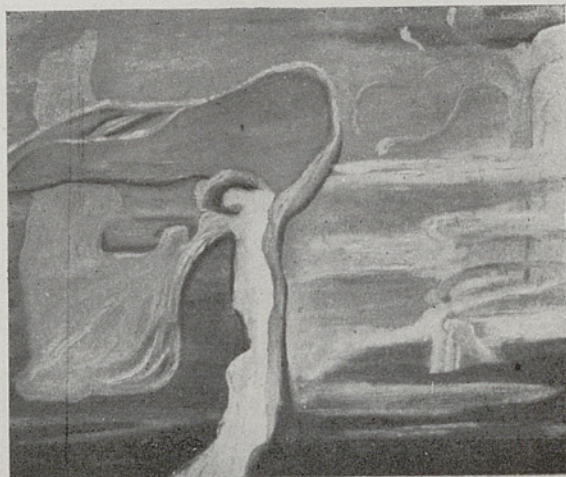
"Os invito a cerrar los ojos por un momento: arranquemos así de sus viejas posesiones a cuanto elemento tradicional y gastado se enseñorea sobre la tierra. Y, ya limpios y puros y libres de tanto humo antiguo, entremos al trémulo mundo de Susana Mardones. Descansarán nuestros ojos y nuestro espíritu agradecerá la fiesta."

JUAN FRANCISCO GONZALEZ

Santiago cuenta con una nueva Sala de Exposiciones. El señor Joaquín Almendros, propietario de la Librería Séneca, inauguró en el segundo piso de su establecimiento una sala de grandes proporciones, que ha pasado a ser, sin duda, la mejor que hay en la ciudad de Santiago. La primera exposición que dió vida a la nueva Sala fué presentada a mediados de agosto, exponiéndose 70 cuadros de la obra del pintor chileno Juan Francisco González, que dentro del panorama de la pintura chilena contemporánea se destaca como el maestro indiscutido de la actual generación de plásticos. Acerca de este gran impresionista, un crítico dijo lo siguiente: "Su personalidad avasalladora, pura, sin vinculaciones, rompió todos los moldes. Fué un enamorado del color y dibujó con el color, construyó con el color, desbordándose a veces, despreciando el detalle insignificante, sumergiéndose en el juego de sus sienas o de sus rojos que llegaban hasta una transparente lividez. Su asombrosa vitalidad le proporcionó el fuego con que alimentaba su lucha de revolucionario, el primer gran revolucionario del arte en nuestro país".



Susana Mardones (óleo)



Susana Mardones (óleo)

Waldo Vila (óleo)

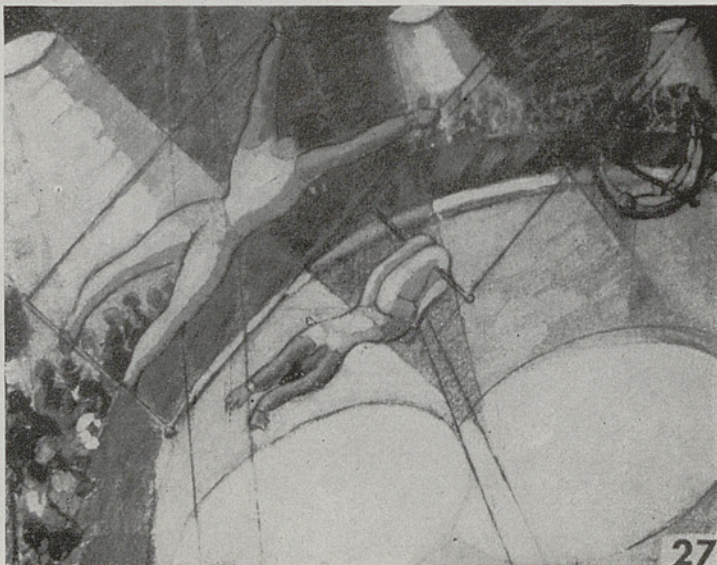


Foto Luis Robles.

POLITICA DEL MUNDO

Max Lerner

Somos una Nación sin Historia?

Los comentaristas de la historia de Estados Unidos se regocijan repitiendo la clásica observación de Crèvecoeur de que "el norteamericano es un hombre nuevo que actúa guiado por principios nuevos". Podríamos agregar que si bien es cierto que el norteamericano fué un hombre nuevo cuando Crèvecoeur escribió sus "Cartas de un Agricultor Norteamericano" en el siglo XVIII, hoy, a mediados del siglo XX, ya no es tan nuevo.

Ya no es un experimento social. El norteamericano es hoy un éxito en todos los niveles de la riqueza, el esplendor y la fuerza. Se ha convertido en el hombre arquetípico del Occidente. Doquiera que la historia vierte nuevo metal fundido en el campo del progreso industrial y los standards de vida, toma inevitablemente como molde al norteamericano. El imperialismo más alto que practica es el de la atracción. Donde no se le admira se le envidia; hasta sus enemigos le rinden el homenaje de la imitación. "Algo hay en el "americanismo", dice el intelectual alemán posterior al movimiento nazi. "Hemos practicado el capitalismo, la democracia social y el nacional-socialismo. Debemos ensayar ahora el "americanismo". En todas las partes del mundo las gentes se vuelven casi de un modo automático hacia el modelo norteamericano. Naturalmente, lo que más les atrae es el éxito de los norteamericanos. A esto se agrega que en Estados Unidos las cosas grandes no han aplastado la libertad y que la democracia sobrevive de algún modo aun en medio del cálculo de las utilidades materiales.

Lo norteamericano no se limita a una nacionalidad. Para el mundo es un sistema económico y social, un tipo fundamental de acción y vida que difícil-

mente puede ser traducido a otros tipos. (Rusia, gran rival de Estados Unidos, se ha convertido también en un sistema social y económico, fuera de los límites de la mera nacionalidad.) En pocas palabras, Estados Unidos se ha transformado en una civilización, una de las más grandes y brillantes de la historia. Esa civilización quedará como un símbolo duradero de la actividad humana por mucho tiempo después de haber desaparecido como realidad viviente.

Sin los medios de las armas y la colonización, nunca se había efectuado antes una conquista tan rápida de la imaginación y los sueños mundiales. Es una prueba de la sorprendente congruencia íntima entre los principios básicos de la civilización norteamericana y el espíritu del hombre moderno. El trasplante inicial a Estados Unidos de capitales y potencial humano fué seguido de la emigración desde Estados Unidos de capitales, inteligencia, ideas y recursos económicos y militares. Esas dos migraciones hacia y desde Estados Unidos no han hecho más que fortalecer la influencia norteamericana. Después de haber absorbido las mejores fuerzas del mundo para formar las suyas propias, Estados Unidos está fusionando ahora su mejor poderío con el del mundo.

No todo eso se ha efectuado voluntariamente. Los primeros embajadores de la influencia norteamericana fueron los ingenieros, los gerentes comerciales, los inversionistas y los promotores de nuevas actividades prácticas. Todos ellos aspiraron ansiosamente a trabajar para acumular utilidades. Los últimos embajadores fueron los técnicos de la Ley de Préstamos y Arriendos, las fuerzas armadas, las tropas de ocupación. El primer grupo fué de capitalistas; el segundo, de militares. Los primeros fueron explotadores voluntariosos con ansias de actividad; los segundos, libertadores de mala gana. Los primeros salieron como hombres de negocios, como recolectores de riquezas; los segundos, como políticos, como emisarios de la fuerza.

Pero la historia no ha visto nunca un espectáculo igual de emisarios de la fuerza que se sintieran más deseosos de verse libres de su cometido. En efecto, los soldados norteamericanos, atraídos por el vacío de la anarquía desde los lugares más distantes del mundo, lo que más desean es verse libres de sus tareas. En el caso actual no se trata de jinetes de las estepas asiáticas que miran al mundo como un botín. Se trata de muchachos de carácter amistoso y un poco alegres provenientes de las principales ciudades de Estados Unidos, inclinados a cortejar a las muchachas, visitar los sitios interesantes y obsequiar barritas de chocolate y raciones a los niños. Todos ellos lo único que en el fondo desean es regresar a sus ciudades. Sueñan con volver con más vehemencia que Ovidio cuando estuvo en el destierro y se imaginaba los encantos de la vida en Roma.

Una civilización que tiene tal poder de atracción de su juventud hacia su propia alma es, sin duda, una civilización cuyos principios creadores no se han marchitado aún, máxime cuando esa querencia no se debe a ninguna doctrina especial que se adueñe de la conciencia, sino simplemente a los innumerables lazos con que ha cogido las vidas de esos soldados. Algún secreto debe haber, pues, en el crecimiento de esa civilización que se ha convertido en una fuerza mundial. No habría fascinado tanto la imaginación del mundo si no hubiera tenido una llama en su interior.

En la famosa biografía de Lytton Strachey, "La Reina Victoria", hay una escena patética en la que la reina yace en su lecho de muerte y pasa por su conciencia toda la cadena de acontecimientos memorables de su vida. Tratándose de personas, este método es, naturalmente, de meras conjeturas. Victoria pudo haber pensado en algunas cosas que jamás pasaron por la imaginación de Lytton Strachey y a la vez pudo haber dejado de considerar cosas que Strachey había tomado en cuenta si hubiera estado en las circunstancias de la reina. Pero

al aplicarse tales casos de conciencia a todo un pueblo vemos un fondo de memoria histórica que es, simplemente, la suma total de las huellas que la experiencia colectiva ha dejado en los individuos que han participado en ella.

Cualquier norteamericano —sea un infante de marina expuesto a la muerte en Okinawa o un soldado en la matanza de la playa de Omaha— sabe muy poco de historia, y lo poco que sabe lo conoce en forma muy vaga y sin articulación. A pesar de esto esa forma de morir de los norteamericanos ha demostrado que la memoria colectiva es tan real como las balas que los mataron. Lo que ha movido a los norteamericanos a esa muerte es el resultado de una herencia histórica y el conjunto de intereses e ideas comunes. ¿No podríamos decir así que la muerte fué el punto en que la trayectoria de aquella herencia y la trayectoria de la bala se encontraron y cruzaron? Pero de esas dos trayectorias sólo la de la herencia dió significado a la muerte, como lo ha hecho durante las generaciones con tantos muertos y tantos vivos... La bala no pudo realizar eso. Es por esto que la herencia es superior a la bala.

Tal es la naturaleza de la herencia de una civilización: dar a los que mueren y viven dentro del sistema de una civilización el significado que pueda proporcionar la experiencia colectiva. El norteamericano se ha ufano siempre de su individualismo. Pero lo que hace de él un norteamericano es algo más que la suma total de lo que los individuos norteamericanos han hecho en pro de sus beneficios individuales o de sus ambiciones personales o deseos de poderío. Lo que hace está moldeado por lo que sus compatriotas han hecho y a la vez sirve de modelo a lo que ellos hacen. Toda fe activa —la fe que lleva a la muerte y la que hace vivir— es un fenómeno colectivo, la destilación de la memoria colectiva que es la herencia de una civilización.

Pensamos en los sedimentos acumulados de la memoria norteamericana, en los actos llenos de contenido, las ideas vivificantes, las durezas y heroísmos, las degradaciones e injusticias, las fábulas optimistas...



Los viajes de exploración por los mares distantes, la búsqueda de oro, libertad y tierras nuevas para gloria de Dios y enriquecimiento de los monarcas y los terratenientes; los sufrimientos de los primeros colonos en las bodegas de los buques, apestados de escorbuto, disentería y otros males, sufrimientos que habrían de repetirse en los barcos cargados de trabajadores forzados, los buques negreros procedentes de Africa y los pasajeros de cubierta de las inmigraciones posteriores. Los rigores de los primeros establecimientos coloniales ubicados entre el mar y los bosques y cogidos por el invierno y los salvajes. El sueño de una nueva Jerusalén en la costa rocosa; los bosques oscuros, la penetración en lo desconocido; los pájaros salvajes cruzando el cielo, los pavos silvestres de 40 libras, los venados, las grutas, las maderas, los rompe-huesos y las águilas; los campos rojos de frutillas; los maizales de los indios y los campos de tabaco; las pieles de castor, nutria, almizclero y vulpeja. La dignidad de los jefes indios con sus rostros pintados, las tierras compradas a ellos por unas pocas herramientas viejas; los recodos y vivezas de las leyes agrarias británicas, la expoliación de un pueblo; los establecimientos coloniales construídos con troncos, las vigiliás solitarias, el terror apareciendo de las obscuridades selváticas, las masacres y mondaduras de cráneos, los prolongados cautiverios. Los comienzos del gobierno y de la educación; las pequeñas comunidades teo-

cráticas incrustadas en las comarcas salvajes; las inclinaciones metafísicas que cruzaron el océano transformadas ahora en creencias demoníacas y brujerías; las apariciones satánicas, el constante vivir dentro de un invisible mundo malféfico; el pietismo, las escrituras dominando todos los ámbitos de la existencia; los sermones terroríficos, los himnos litúrgicos, las apasionadas arengas de los "resurgimentistas", los almanaques con sus homilias.

Y más tarde los primeros comienzos de una conciencia norteamericana. Las raíces ahondándose en la tierra de América; las nuevas escuelas surgiendo en lo que antes fué territorio salvaje; abogados haciendo derroche de argumentos no sólo en favor de sus clientes, sino también de las colonias; editores poniendo en letras de molde rayos y truenos contra los gobernadores y jueces. La construcción y armadura de buques; la aparición de los primeros fabricantes; el comercio con Barbados; las ciudades creciendo resueltamente; los muelles y almacenes. Voces rebeldes se levantaron contra los terratenientes patricios y los comerciantes adinerados; prueba de que la libertad debe arrebatare a las tiranías del país y a las del extranjero; jóvenes dirigentes norteamericanos buscando los fundamentos de la teoría del gobierno; el nuevo fenómeno de una sociedad de artesanos y agricultores libres que procuran darse su propio destino y se oponen a todo yugo. El manojito de volantes caldeados y violentos: "los impuestos sin representación" ciudadana, la rotura de los cajones de té en aquella pintura satírica de Griffin's Wharf y el lanzamiento al mar de su contenido por conocidas personas en esa tranquila noche de Boston. Luego aquella voz plutarquiana que se oyó en Virginia: "¿Es tan amable la vida o tan dulce la paz como para que la compremos al precio de nuestras cadenas y esclavitud?"; los ejercicios de los jóvenes en las aldeas y el primer derramamiento de sangre en Lexington. La declaración clara y firme: "Sostenemos estas verdades como evidentes por sí mismas". El pequeño y abigarrado ejército tiritando de frío en sus alojamientos de invierno, sin alimentos, sin paga, sin esperanzas en aquella prolongada guerra; "éstos son los tiempos que ponen a prueba las almas de los hombres"; la dignidad y fortaleza moral de Wáshington; la lucha en los cerros desde las Green Mountains hasta las Carolinas; las victorias británicas sin botín, las acciones de los guerrilleros, los diplomáticos norteamericanos solicitando ayuda a las cortes europeas, la rendición de Cornwallis. La nueva república libre en este continente.

Después de conquistada la libertad, el proceso de formación de la nacionalidad; los soldados revolucionarios que producían la desunión al regresar a sus hogares y otras diversas dificultades; los fundadores del Estado reunidos en Filadelfia, las diversas variantes de los debates y las transacciones; la firma de la Constitución; Franklin diciendo con gracia: "Es la aparición, no la puesta del sol"; tres hombres escribiendo sobre la firma del Publio en las hojas federalistas no sólo sus argumentos en favor de la ratificación, sino las bases inmortales de la libertad y el poderío político y de la sociedad humana; la Carta de los Derechos promulgada por insistencia del pueblo; Wáshington pasando a caballo bajo arcos triunfales para ser el primer Presidente de los Estados Unidos de América; los nuevos estadistas y los primeros grandes papeles del Estado; la aldea estrechada por el Potomac que fué después la capital; Abigail Adams, primera dama de la nación, poniendo a secar sus ropas lavadas en la inconclusa sala de audiencias de la Casa Blanca. La agudización de sus diferencias raciales, la lucha entre los grandes propietarios y el norteamericano corriente, entre el "populismo" y la "aristocracia de la riqueza y el talento"; la aparición de los partidos políticos: "Vuestro pueblo, señor, es una gran bestia"; la lucha contra las leyes para sancionar la sedición; la marea de las con-

vicciones democráticas, la República derivando hacia una democracia. La "revolución jeffersoniana"; "todos somos federalistas, todos somos republicanos". La enorme adquisición de nuevos territorios con la compra de la Luisiana; los jóvenes Halcones de la Guerra, el heroísmo de las pequeñas fragatas norteamericanas en el mar; el firme desafío de Mr. Monroe a las potencias europeas.

El triple movimiento de penetración hacia el Oeste; la máquina y el surgimiento de la democracia. El avance continuo de los exploradores, misioneros y colonos; y la flota de embarcaciones de las praderas, cada una de ellas con precioso cargamento humano; el peligro y belleza constantes de la vida; los grandes ríos torrentosos y llenos de barro; las barcazas y los vapores; el sueño de los mormones; los hombres rudos del Oeste distante; el oro de los establecimientos de Sutter; Frémont atravesando las montañas para penetrar en el Valle del Sacramento; la competencia de los vapores de pasajeros hasta San Francisco. El "Destino manifiesto"; un continente formado.

Las nuevas fronteras de la astucia; el avance de la máquina a través del espíritu norteamericano; la inventiva y los primeros inventos norteamericanos; las fábricas festoneando los muelles y salpicando las praderas; las muchachas de las factorías de Lowell, los niños obreros de las minas; el rendimiento de las ricas tierras sometidas a las máquinas agrícolas; las grandes distancias vencidas por los ferrocarriles y las redes telegráficas; el surgimiento de las ciudades espléndidas, riquezas inimaginadas surgiendo de la tierra; las máquinas y las manos del hombre; la primacía del escritorio. El nuevo hombre de la calle, afirmativo, entrando a la Casa Blanca con sus botas llenas de barro al inaugurarse el gobierno de Andy Jackson; la lucha del viejo Hickory contra los Bancos; la casa propia y las escuelas libres y la lucha de los obreros por conseguirlas; la supresión de las restricciones al sufragio. La histeria de la Convención de los partidos; el espíritu de clan de los campesinos irlandeses aplicado al funcionamiento de la maquinaria del progreso; el intelectual norteamericano dueño de sí mismo analizado por Emerson; Thoreau en la cárcel de Concord; los cuentos dorados de Hawthorne; Melville tras Moby Dick por las aguas llenas de ballenas de la conciencia norteamericana; los fermentos de la revolución social con sus raíces distantes en Bacon y Shays y realizándose con el pensamiento de Jefferson de que "el árbol de la libertad debe ser regado con la sangre de los patriotas"; la rebelión de Dorr en Rhode Island; la estancia de Brook y los sueños de la perfectibilidad y fraternidad humanas: Walt Whitman en el ferry de Brooklyn contemplando sus cuadros de la democracia.

La sombra de las cadenas de los esclavos cayendo sobre el alma norteamericana; los días de los grandes oradores del Senado; la brillante intervención de Hinton Helper en "La crisis pendiente"; el ferrocarril subterráneo y el golpe a la puerta en la noche de lluvia; el heroísmo de Frederick Douglas y Harriet Tubman; las rivalidades por Kansas y las luchas por el dominio de ese territorio; los abolicionistas. "Seré áspero como la verdad, intransigente como la muerte, y seré escuchado." John Brown en el arsenal del ferry de Harper; los debates con Douglas; "una casa dividida contra ella misma no podrá tenerse en pie"; la búsqueda de fuerzas dentro de su propio espíritu por Lincoln en momentos en que se enfrenta a la división del país; el tren presidencial pasando por entre una multitud hostil en Baltimore. El sueño de los confederados en una república griega a base de la esclavitud en las costas del Golfo de México; la lucha de los hermanos. Choques, disturbios y quema de fardos de algodón en los puertos del Sur. Lincoln revista largas filas de camas de hospital; las bromas pesadas para ocultar los pesares del espíritu. "El mundo muy poco se dará cuenta de esto ni lo recordará por mucho tiempo"; la liberación de los

esclavos; dos soldados en Appomatox. "Sin malicia para con nadie"; la trayectoria de la bala de Booth; la trágica máscara de la muerte; "cuando florezcan los lirios del pórtico". Los duros y sombríos rostros de la minoría blanca de las Legislaturas del Sur; el loco entusiasmo de los libertos; las violencias en el Senado; los temibles bandoleros de las regiones apartadas del Sur; la herencia trágica.

La aparición de los "señores bandoleros"; los nuevos imperios de las finanzas; Estados Unidos en manos de los capitanes de la industria; la influencia sorprendente de la fortuna; el poder sentado en la cúspide de un montón de monedas; las ásperas energías de la explotación capitalista; los torrentes de ganancias surgiendo del petróleo y el acero, los ferrocarriles y los bosques madereros. La doctrina de que los dueños de algo son los tutores de los que no tienen nada; los compromisos oropescos de ser rico; las "distinguidas" vidas disipadas; la alegre confianza del hombre que se debe a sí mismo; los frontispicios de piedra oscura de la Quinta Avenida; el culto de las dimensiones y la magnificencia; los excedentes de la vida norteamericana.

Las corrupciones de la "edad dorada"; la compra y venta de las promesas norteamericanas; la masa cada día más alta de las ciudades; las alternativas del auge y las crisis; la sucesiva sobrepresión de la prosperidad económica y los días de malos negocios; la amenaza de las cifras de desocupados; la insurgencia populista; el individuo andrajoso que cree que con eliminarse la suciedad quedarán al descubierto los errores del progreso norteamericano; el martirio de Altgeld; "el águila olvidada"; el joven Billy Bryan procedente del Río de la Plata; la política científica de Mark Hanna; la única pasión de Henry George; los sueños de Bellamy en una utopía socialista; el torrente de inmigrantes hacia la tierra prometida; "vuestras masas cansadas, pobres y abigarradas"; el fin de las tierras disponibles; el cierre de las puertas a los inmigrantes; la disminución de las oportunidades; Ignacio Donnelly y los Caballeros del Trabajo; Sam Gompers dirigiendo la palabra a una asamblea de obreros de las fábricas de cigarros; los actos de violencia, los estampidos de la dinamita por el país; el crecimiento de la justicia democrática. Los imperialistas regresando victoriosos de la "guerra de Mr. Hearst" para ser aniquilados por la de Mr. Dooley; los Rough Riders desafiando a los "derrochadores de las grandes riquezas"; Holmes ante la Corte Suprema poniendo fin a un proceso con una frase; Brandeis el "abogado del pueblo"; los polisílabos corrosivos de Thorstein Veblen; el "nuevo nacionalismo" de T. R. (Theodore Roosevelt); la "nueva libertad" de Woodrow Wilson.

Estados Unidos en una época de conflictos guerreros. La larga sombra de Sarajevo. Desfiles, embarques, grandes esperanzas, la lucha y la muerte en tierras extranjeras. La sangre y la riqueza norteamericanas esparcidas por Europa y volviendo la marea de la guerra en favor de la primera Coalición. El idealismo norteamericano y los "14 puntos"; un ex profesor de Princeton desembarcando en las playas europeas y aclamado por los públicos de Europa para ir a sentarse en la Sala de los Espejos del palacio de Versalles como árbitro del orden mundial; Wilson en su tren en el Oeste; el asesinato de la Liga de las Naciones, máscara de la muerte; un gran pueblo inevitablemente sorprendido por su propio desamparo; la ilusión de la normalidad en un mundo cuyas limitaciones han sido borradas; cacerías sin control; regreso de Stefens de Rusia diciendo: "he visto el futuro y funciona bien"; sus aplausos a Henry Ford. La vida norteamericana como conjunto de megalomanías; el arte de vender; el auge de la radio; las estaciones atiborradas de gente; las cate-drales del cine; las mujeres enlutadas ante la tumba de Valentino; la ambición

y la violencia por todas partes; el frenesí de las especulaciones bursátiles; la manía de adquirir cosas para nada.

Los muros tambaleantes de una Jericó bursátil; la Gran Depresión; la "batalla de los llanos de Anacosta"; los "Viñedos del Odio"; el cierre de los Bancos; un Presidente paralogizado encendiendo de nuevo los fuegos de la voluntad colectiva norteamericana; "a lo único que tenemos que temer es al temor mismo"; el redescubrimiento de la fuerza de las virtualidades democráticas, los nuevos límites del control; la batalla por la nueva política; "recién comenzamos a luchar". La Gran Guerra constitucional; el símbolo de George Norris; la acción de la T. V. A.; los campos son ricos todavía. El nuevo monstruo cruza por todos los países de la Tierra; Estados Unidos está en un principio demasiado preocupado con sus propios males; se yergue después en toda su altitud; la Segunda Gran Coalición y su victoria; la cifra y la recordación de los muertos; la tumba de Hyde Park; la Carta de las Naciones Unidas; la bomba atómica; el soldado norteamericano vagando como Ulises por los países distantes, pero siempre volviendo a mirar a la patria de sus añoranzas.

El lector en medio de su confusión comentará: "Pero eso no es historia; es puro imaginismo". Y tendrá razón. Es, si usted quiere, el memorándum de una historia no escrita de la psicología norteamericana. Pero es un memorándum que no tiene el carácter de un tratado, sino de un escenario. Un memorándum en que los temas elegidos son imágenes porque se les considera pasajes de una memoria colectiva norteamericana. Y pues toda memoria no es otra cosa que puro imaginismo, lo que registra no son "fuerzas" y "factores", ni un progreso continuo, sino episodios, lemas, instantes dramáticos, situaciones críticas. No se trata, por lo tanto, de una historia científica, sino de algo que se agrega a la historia de las "imágenes" norteamericanas. Si es cierto que —como lo dijo Carl Becker en su discurso como Presidente de la Asociación Histórica de Estados Unidos— "todo hombre es su propio historiador", ésas son entonces las cosas que mueven a todos los hombres cuando piensan y actúan emocionalmente —casi instintivamente— como un norteamericano.

Vistas así las cosas, cuán insensata aparece la pregunta de si los norteamericanos son un pueblo sin historia. Yo oí por primera vez esa acusación hace años cuando estaba en vísperas de graduarme en la Brookings School, en Wáshington. Escuché eso de labios de un joven profesor galés especialista en historia agraria de Rumania, hombre inmensamente erudito. Agregó ese profesor que leía los "Sonetos" de Shakespeare cada vez que atravesaba el Atlántico. (¿Lo dijo quizás como una puya para subrayar su superioridad y para demostrar cuán hondo había penetrado en su propia tradición inglesa?)

Esas mismas denuncias de que Estados Unidos no tiene historia las he oído muchas otras veces y siempre con el mismo tono de sorna. Se ha dicho eso más sutilmente que cuando el reverendo Sydney Smith escribió sus famosas palabras en la revista de Edimburgo en 1820, ("En la cuarta parte del mundo, ¿quién lee un libro norteamericano?, ¿quién concurre a ver una pieza teatral norteamericana, o mira una estatua o un cuadro norteamericano?"); pero el espíritu de la observación es el mismo. Los norteamericanos —se nos dice— no son como los pueblos europeos o asiáticos, que están cargados, saturados de historia. Los norteamericanos son ahistóricos; un pueblo sin histo-

ría tiene por fuerza que carecer de tradición. Carecerá de sabiduría o perspectivas, de ventanas interiores abiertas al alma nacional. Carecerá de una rica trama íntima, de fibra, de complejas motivaciones y nostalgias del espíritu. No será un árbol antiguo y abundante de follaje, con sus raíces muy hondas en la rica tierra del pasado, sino una hilera de trasplantes apresurados y superficiales que apuntan a un cielo desierto y desagradable.

Cuando Thomas Hardy fué invitado a Estados Unidos contestó:

*Quisiera conocer las nuevas costas
cuyos días de esplendor aun no llegan
y que se ufanan de estar libres
de aquella larga cadena de lágrimas
que los pueblos viejos en tragedias
han dejado en los años y los siglos.*

Naturalmente, será fácil rebatir la acusación negando su importancia. Existe el famoso despropósito de creer en el norteamericano autodidacto que tendrá más bien descendientes en lugar de haber tenido abolengo. Existe también la observación, visible cuando se mira el desarrollo del progreso norteamericano, de que Estados Unidos bien puede no abarcar mucho tiempo, pero sí trata de cubrir más y más espacio. Frente a eso se señala el hecho contundente de que si los norteamericanos no tienen historia en su detrás, la están haciendo en la actualidad. Podrá describirse todo esto en los términos legales de confesión y defensa.

Pero lo mejor es atacar de frente el argumento. Estados Unidos no carece de historia o tradición. Su sentido del pasado es una parte orgánica de su modelo total de civilización. Lógicamente difiere del sentido de la historia que tiene la civilización europea. Pero definir la tradición como si fuera un hecho exclusivamente europeo es burlarse de su utilidad general como concepto.

Para comenzar diremos que para el Viejo Mundo el sentido del pasado está vinculado a la tierra, la propiedad agraria y la familia terrateniente. Gira alrededor del "distrito" y las antiguas casas familiares, alrededor del "junkerismo" y de lo que Spengler llamó la "sangre y la tierra", alrededor de las antiguas tradiciones que junto con la tierra han pasado sin modificarse de generación a generación. Es digno de notarse de paso que para la sensibilidad inglesa la idea de "distrito" sugiere la de dominio rural de una sola familia en toda una región. Para la sensibilidad norteamericana, por el contrario, sugiere sólo una frase electoral. La relación entre las instituciones del agro y el sentido subjetivo de la historia nunca, que yo sepa, ha sido investigada. Pero Maitland ha dicho que toda la historia constitucional de Inglaterra puede ser resumida como una nota al pie de página de la legislación inglesa sobre la propiedad raíz. Podríamos agregar que el sentido inglés del pasado es, por otra parte y principalmente, el reflejo de la historia constitucional de Inglaterra.

Para lograr tal sentido del tiempo un pueblo ha debido estar enraizado en el mismo sitio durante siglos y aun milenios. Aun más, ha debido mantener sus instituciones políticas y el mecanismo del ejercicio de la autoridad sin cambio alguno. Si esto es llevado muy lejos, tal cultura (como lo demuestra la historia de China) puede pagar por su sentido del pasado el precio del estancamiento social y la corrupción política, precio que no puede ser compensado ni con una literatura o arte vital y duradero.

La experiencia de Estados Unidos ha sido distinta. Hemos tenido aquí una nación formada por inmigraciones transoceánicas y no por establecimientos rurales de siglos de duración. Estados Unidos nunca se ha detenido en su marcha bastante tiempo para adquirir la sazónada madurez de las largas continuidades. Sus elementos demográficos no se han cruzado bastante tiempo para que se produzca una uniformidad racial verdadera o pretendida. Estados Unidos ha sido un punto de cita cultural para los experimentos en la actividad civilizadora del mundo occidental, y esto con la misma seguridad con que las llanuras eurasiáticas han sido un punto de cita geográfico para experiencias en los fenómenos de la conquista y la supervivencia. El nomadismo, que convirtió a los secuaces de Genghis-Khan o los rusos orientales o los jinetes de las estepas asiáticas en marineros terrestres, según la frase pintoresca de Sir John Maynard, se ha trasmutado en el caso norteamericano en un nomadismo sociológico que llamamos "movilidad social". La movilidad, ya sea geográfica o social, disminuye el espesor de los depósitos culturales que deja toda civilización. En Estados Unidos esos depósitos, que son formas tradicionales del vivir cotidiano, han resultado más espesos y resistentes en los Estados del Sur, entre las grandes familias terratenientes de las plantaciones y en las aisladas aldeas de los blancos pobres en las montañas. Tal vez más espesos y resistentes, pero no más característicos del ritmo o la calidad de la tradición norteamericana.

Porque la tradición norteamericana ha crecido mediante el movimiento y no por el reposo. La tradición norteamericana es algo más que una pecha por antepasados; es el sentido de los hechos de los viejos tiempos valorizados como garantía de hechos futuros. Y esto no a causa de una originalidad íntima del material humano de Estados Unidos o de que el norteamericano haya sido el hombre "nuevo" en algún sentido trascendental. Los norteamericanos serían los primeros en considerar una pérdida de tiempo a estas consideraciones. Es cierto que más que cualquier otro pueblo los norteamericanos destilan el fausticismo de toda la tradición occidental. Ellos son un resumen del tremendo apetito de la aventura, del deseo de experiencias nunca satisfecho, cosas que han dado a las naciones de Europa el dominio del mundo por tanto tiempo. Pero el dinamismo de la tradición norteamericana debe buscarse mucho más en las condiciones históricas que en la generación del hombre norteamericano.

Pues es un hecho decisivo que Estados Unidos es la única gran nación moderna cuyos comienzos coinciden con los comienzos de las tres mayores fuerzas del mundo occidental. Esas fuerzas son el industrialismo como una técnica, el capitalismo como forma de organizarlo y la democracia como procedimiento para hacerlo funcionar.

Es por eso que Estados Unidos no tiene una tradición propiamente suya que con algún significado importante haya precedido a estas dinámicas fuerzas modernas. Cuando los primeros colonos ingleses llegaron a las playas del Atlántico trajeron con ellos sus conocimientos en las artes y manufacturas que los ingleses habían estado perfeccionando desde el siglo XVI. Los verdaderos comienzos de una vida colonial norteamericana tuvieron lugar a principios del siglo XVIII. La independencia de Estados Unidos fué proclamada en el año 1776, simbólicamente importante porque Santiago Watt descubrió entonces la máquina a vapor. También en ese año se publicó el libro de Adam Smith "La Riqueza de las Naciones", es decir, el manifiesto más importante del espíritu del esfuerzo capitalista. El centro de la democracia norteamericana está bajo el arco tendido entre el pensamiento de los igualitarios y la revolución de Cromwell por una parte y la Revolución Francesa por la otra.

Debemos presentar el contraste de esto con los pueblos cuyas tradiciones

en sus raíces nacionales y locales se extienden mucho más hacia el pasado: los ingleses, los franceses, los mediterráneos, los rusos de antes de la Revolución soviética, para mencionar algunos. Estos pueblos han tenido que absorber hasta el fondo de sus tradiciones los nuevos acontecimientos, tomando en cuenta que sus tradiciones ya estaban bien consolidadas. Han tenido que descartar todo lo nuevo que no podía amoldarse a las tradiciones.

También debe señalarse el contraste con los pueblos (Rusia hoy día, el ejemplo más importante) cuyas nuevas transformaciones sociales han chocado violentamente con sus tradiciones prerrevolucionarias. Estos pueblos tienen por eso que *redescubrir sus tradiciones nacionales y reabsorberlas en su nueva ideología*, descartando todo lo que en esas tradiciones no se acomoda a la nueva situación.

Debido a su insurgencia como civilización en una hora histórica estratégica, Estados Unidos no ha tenido una necesidad fundamental de acondicionar el presente con el pasado. El resultado ha sido que presenta una continuidad entre la tradición y la cultura, entre el pasado sentido en el recuerdo y la actualidad viviente; una continuidad tan orgánica hasta el punto de ser peligrosamente engañosa y arrullar al observador inexperto en la creencia de que la herencia ni siquiera existe. Pues, cuando no hay una brusca ruptura con el pasado, fácilmente se puede perder el sentido del pasado. Así se explica la denuncia de que Estados Unidos carece de historia, tiro que yerra por completo el blanco.



Los Conflictos de los Países Arabes

Para comprender los problemas actuales del mundo musulmán árabe, hay que lanzar un mirada al pasado. Hasta fines del siglo XVIII no había ni siquiera un barniz de cultura occidental en cualquiera de los países árabes. Bajo el tiránico gobierno otomano, que comenzó a principios del siglo XVI, la vida de las naciones árabes fué estática, semejante en muchos aspectos a los siglos de oscurantismo por los que había pasado Europa. Pero en 1798, Napoleón invadió Egipto. Involuntariamente esa invasión significó una sacudida a los egipcios para que despertaran de su sueño medieval. Junto con sus materiales de guerra Napoleón llevó una imprenta con caracteres árabes que había tomado de Roma. Fué la primera de su clase que llegaba al valle del Nilo, y más tarde llegó a ser la famosa imprenta Bulaq, que todavía es la principal empresa editora de Egipto. El conquistador francés también fundó una especie de Academia Literaria y durante los cinco años que duró su ocupación encendió la chispa intelectual que habría de producir un incendio en ese rincón del mundo árabe.

A Napoleón siguió Mohamed Alí, fundador de la actual familia reinante y padre del Egipto moderno. Mohamed Alí, reconociendo las posibilidades de ese primer rudo contacto entre el Oriente y el Occidente, envió misiones para que estudiaran en Europa e invitó a oficiales europeos, principalmente franceses, para que prepararan al ejército egipcio. Egipto continuaba siendo todavía, nominalmente, una parte del Imperio Otomano. Mohamed Alí siguió el precedente establecido por los turcos otomanos al buscar tales contactos con Europa. En ambos casos el punto de partida de los nuevos sistemas fué el militar. El primer requisito para la nueva preparación militar y técnica fué el idioma. El idioma nuevo, una vez adquirido, se convierte en la llave que abre las puertas de todo un universo de pensamientos, que en ese caso fué el pensamiento occidental con sus ciencias, su laicismo, su democracia y sus otras ideas revolucionarias.

Así fué como Egipto llegó a ser el primero de los países árabes que se inclinaron al Occidente. El segundo país en sentir el impacto de la cultura occidental fué Siria. Pocos norteamericanos se han dado cuenta de que esa in-

fluencia provino de ellos. Irak siguió el ejemplo de Siria. Los intereses culturales de Estados Unidos anteceden en un largo intervalo a los intereses económicos y políticos de esa misma potencia en esos países. Hace 11 años la imprenta de las misiones norteamericanas de Beirut celebró su centenario. En los últimos 125 años se fundaron no menos de un centenar de escuelas norteamericanas en Siria, empleando la palabra Siria en su sentido popular para incluir Siria propiamente dicha, el Líbano, Palestina y Transjordania. Hace cuatro años la Universidad Norteamericana de Beirut celebró su 75.º aniversario.

Las escuelas francesas, que fueron fundadas con anterioridad, compitieron con las británicas y norteamericanas en todo ese período. Los dirigentes ideológicos del Medio Este moderno se graduaron en la Universidad Norteamericana de Beirut, la institución educativa de Estados Unidos más influyente en tierras extranjeras. Trece de los delegados árabes a la Conferencia de las Naciones Unidas en San Francisco fueron estudiantes en esa Universidad. Durante la Primera Guerra Mundial y el período que le siguió inmediatamente la Comisión de Auxilios para el Cercano Oriente reunió entre el público de Estados Unidos no menos de 116 millones de dólares, cifra que no tiene precedentes en la historia de la filantropía particular. Desde entonces los intereses norteamericanos han tomado una nueva forma y han hallado una nueva base para el desarrollo de sus actividades. En 1934 la Arabian American Oil Company inauguró en Saudi Arabia la mayor empresa norteamericana al recibir de ese país una concesión petrolera por 65 años. Otra concesión fué otorgada al Saudi Arabian Mining Syndicate, organizado por Mr. K. S. Twitchell.

Las inversiones actuales de aquella empresa petrolera, que en su mitad pertenece a la Standard Oil Company de California, ascienden a 100 millones de dólares, y su personal norteamericano es de 1.100. Se espera que tanto sus capitales como su personal aumenten grandemente en la década siguiente. En 1944 fué designado ministro norteamericano ante la corte de Saudi Arabia el coronel William A. Eddy, que nació en el Líbano y habla perfectamente el árabe.

Puede llamarse occidentalización al despertar de esos pueblos, pero los árabes prefieren hacer un distinguo y lo llaman "modernización". En parte no es más que la adopción de ideas, instituciones y técnicas europeas y norteamericanas. Pero en los territorios árabes no se trata de una occidentalización en el sentido que a esta palabra dieron los turcos partidarios de Kemal Pachá, es decir, una ruptura completa con el pasado. Los árabes adoptaron ideas occidentales, pero las modificaron para acomodarlas a sus propias predilecciones y necesidades. La transición de Turquía desde la Edad Media se efectuó con una velocidad de relámpago. Vale la pena observar que ninguna gran "reforma" de las emprendidas por Mustafá Kemal —por ejemplo, la supresión del fez y el velo, el matrimonio civil, la confiscación de los bienes religiosos— fué adoptada por ninguno de los Estados árabes. Solamente en Irán, el vecino oriental y correligionario de los árabes, se imitaron esas transformaciones radicales, pero de un modo moderado y con poco éxito. El promotor de esa occidentalización de Irán fué el Shah Reza Pahlawi. Los árabes quieren ser modernizados, pero sin perder su alma árabe.

En los países árabes el conflicto de la civilización moderna con la cultura musulmana tradicional ha producido inquietudes intelectuales, económicas y sociales. Las dificultades abarcan todos los campos de la vida y han afectado a todas las instituciones y organismos. La economía y la industria primitivas del Oriente árabe, dependiente del lento trabajo manual, comenzaron a sentir

la competencia de las importaciones fabricadas a máquinas y en forma científica. Una economía que se disloca desquicia también el orden social y ambos procesos reaccionan sobre la vida y el pensamiento políticos. Entre los 50 millones de personas que hablan árabe, dispersas desde Marruecos en el Oeste hasta Irak en el Este, esas inquietudes se manifiestan primero en explosiones del nacionalismo árabe y después en muchos problemas concretos creados por un anhelo de independencia nacional. Examinemos algunos de los aspectos generales del nacionalismo árabe antes de ocuparnos de ciertos problemas específicos más agudos que afectan las relaciones de las potencias occidentales con esos nuevos Estados árabes.

El moderno despertar de los árabes producido por esos estímulos del Oeste ha tenido sus comienzos como un movimiento puramente intelectual con su centro en el estudio del idioma, la historia y la literatura árabes. Esos conocimientos han hecho comprender a los árabes nuevamente que hubo una época, entre mediados del siglo VIII y principios del XIII, en que el árabe fué el idioma de los avances progresistas en el Asia occidental, el Norte de Africa y el Suroeste de Europa. Durante ese largo período los pueblos de idioma árabe controlaron un imperio más grande que el de Roma en sus mejores días. Han comprendido otra vez que su civilización fué la más alta de Europa. Fueron la ciencia y los conocimientos árabes los que, habiendo asimilado la tradición griega, llevaron la luz a Europa en las obscuridades de la Edad Media. Los nombres de las estrellas, los números y palabras como álgebra, alquimia y arabescos son testigos de la deuda del Occidente moderno al Oriente árabe. El redescubrimiento de las glorias pasadas del mundo árabe y los hechos brillantes de su pueblo pasan del campo intelectual al político. La mirada al pasado alienta la mirada al porvenir. Esta implica un mundo árabe unido. Así nació el nacionalismo árabe.

Los campeones del nuevo movimiento fueron en su mayoría libaneses cristianos educados en instituciones norteamericanas. Su ideología fué abrevada en fuentes norteamericanas y puso su acento en la tolerancia internacional y la libertad contra los controles extranjeros. (El nacionalismo turco, que se produjo después, tomó su ideología de la Revolución Francesa con su énfasis en el patriotismo y la fraternidad.) Entre todos los conceptos nuevos y extraños introducidos por el impacto del Oeste, el del nacionalismo, con su acentuación en el laicismo y los valores materiales, fué, sin duda, el más dinámico y el más peligroso. Iba contra los ideales y tradiciones más caros del Islam, que no reconocen la nacionalidad y dividen el mundo en dos reinos: la "morada de la paz", que comprende a todos los musulmanes, y la "morada de la guerra", que comprende a los no musulmanes. Según esta doctrina, los judíos y cristianos que viven en un Estado musulmán están bajo la protección de ese Estado, y consecuentemente, en el reino de la paz, aun cuando ellos no puedan gozar de todos los derechos ciudadanos. En su universalismo religioso, su teocracia política y soberanía exclusivista, el Islam participa de las mismas características que distinguieron a la cristiandad medieval.

Frente al caso de elegir entre la nueva doctrina del nacionalismo y la posibilidad de continuar indefinidamente sujeto al imperialismo occidental, la juventud musulmana, principalmente la educada en instituciones europeas y norteamericanas, no tuvo dificultades en seguir los dictados de su conciencia.

Los de más años abrazaron la nueva doctrina a regañadientes y quieras que no. Los ultraconservadores sostenían, y lo sostienen aún hoy, que el Islam es el único nacionalismo digno de un musulmán. En Egipto se llegó a una transacción en 1923 cuando la Constitución del país garantizó la completa libertad religiosa, pero manteniendo el principio de que "la única religión del Estado es la islámica". Irak reconoció también al Islam como la religión oficial del Estado en la Constitución de 1924. La República Siria, cuya minoría cristiana es más influyente y relativamente más numerosa que las del Egipto e Irak, hizo del Islam la religión del Presidente en la Constitución de 1928. Más allá aun ha ido Líbano, que fué el primer país que se declaró República y que tiene una mayoría cristiana. Por su Constitución de 1926 separa por completo su Estado de su religión y garantiza una libertad completa en la creencia y la práctica religiosas.

Después de 1860 se concedió la autonomía al Monte Líbano, a pesar de que nominalmente era una parte del Imperio Otomano. Aun antes, durante el período de ese imperio, había gozado de un *status* de semiindependencia. La reacción libanesa ante los estímulos del Occidente cristiano se apresuró con el hecho de que miles de sus hijos emigraron al Nuevo Mundo, desde donde mediante su correspondencia y sus visitas periódicas mantuvieron la llama de la independencia y la libertad. Los libaneses fueron, pues, los *pioneers* del movimiento nacionalista árabe.

El nacionalismo árabe arrancó de una amplia base: la de que todos los pueblos árabes son una sola nación. Sin embargo, pronto este naciente movimiento panarábigo se halló frente a una serie de problemas locales. En Egipto la valla principal fué la ocupación británica, que comenzó en 1882. Las aspiraciones nacionalistas de Egipto corren parejas con las del movimiento panárabe y se centralizan en su oposición a la dominación británica. En Siria el nacionalismo árabe insurgió contra el dominio otomano y la turquificación, y más tarde, después de establecido el mandato francés en 1919, contra el régimen francés. Líbano, también bajo el mandato de Francia gozó de un *semi-status* de nación. En Palestina el nacionalismo árabe se ha desarrollado en forma de una hostilidad contra el mandato británico y el sionismo. En este país el nacionalismo tomó también un matiz local. En el extremo oriental de la Arabia fértil o la media luna árabe, que se extiende desde el extremo del Golfo Pérsico hasta el Sinaí y pasa por Irak, Siria, Líbano, Palestina y Transjordania, surgió el nacionalismo iraqués en 1920, en lo principal como una reacción contra el imperialismo británico. La pequeña Transjordania, que nunca tuvo una historia independiente, fué amputada del territorio sirio en 1921 por los británicos y convertida en un nuevo Estado como un paracheque para proteger a Palestina, bajo el mandato de Gran Bretaña, contra los asaltos de los beduínos.

En la península árabe Hedjaz y Najd, sumados hoy a Saudi Arabia, se segregaron del Imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial. Lo mismo hizo el Yemen. Saudi Arabia y el Yemen habían estado geográficamente aislados y culturalmente lejos de las influencias occidentales. El Yemen se halla actualmente mucho más aislado que Saudi Arabia.

Fué así cómo entre las dos guerras mundiales los distintos territorios árabes, unidos hasta entonces bajo el dominio otomano, se dispersaron y convirtieron en Estados diferentes y seudonaciones distintas. Entre todos ellos, Egipto, Irak, Líbano y Siria adoptaron el sistema parlamentario a la manera occidental, siendo elegidos sus miembros y habiendo una Constitución escrita.

Los mandatos francés y británico, tras haber alentado, con escasa habilidad

desde luego, el nacionalismo árabe de tipo regional en los territorios orientales, hicieron todo lo posible por evitar que sus respectivas regiones constituyeran una estructura unificada. Francia estaba resuelta a que Siria y Líbano continuaran bajo su esfera de influencia: Gran Bretaña insistía no menos en que Irak y Transjordania continuaran bajo la influencia británica. Se les ofrecieron también facilidades a los grupos alawita, maronita, druso, asirio y sionista, para que intentaran movimientos separados. En resumen, se alentaron los separatismos provinciales, pero se obstaculizó la formación de una nacionalidad única. Las potencias apoyaron todos los torcidos intereses separatistas y crearon artificialmente nuevos intereses.

Mientras tanto, esas mismas potencias mandatarias descuidaron aplicar los remedios para impedir las desventajas económicas provenientes de la fragmentación del Asia Occidental árabe, que en otros tiempos había constituido una sola unidad. Pero el error mayor estuvo, sin duda, en el campo moral. La repetida recurrencia al empleo de las armas para sofocar las revueltas en Irak, Siria y Palestina destruyó su prestigio a los ojos del mundo árabe. En Irak las víctimas de la rebelión de 1920, que comenzó entre las tribus y en las ciudades sagradas del credo *shiite* Najaf y Karbala, pasaron de 10,000. Entre 1920 y 1927, Siria fué testigo de muchos disturbios. Damasco, su capital, fué bombardeada en 1926. En Palestina los disturbios que comenzaron en 1921 culminaron en la huelga general y rebelión de 1936, que continuaron hasta el estallido de las hostilidades europeas tres años después.

El gobierno impuesto por la fuerza no es compatible con la autoridad moral sobre los gobernados. Perdida esa autoridad, las potencias mandatarias sólo han podido gobernar por la fuerza. El resultado de las promesas incumplidas hechas a los árabes por Gran Bretaña y Francia durante la Primera Guerra Mundial, y luego la mala administración, fué la actitud resuelta de los árabes de lograr una libertad absoluta y definitiva contra la intromisión europea.

En 1936, Francia propuso un Tratado que entraría en vigencia tres años más tarde. Por ese Tratado Siria y Líbano tendrían su independencia completa. El Tratado fué ratificado por la Cámara de Diputados siria, pero no lo fué por la Cámara francesa. En el otoño de 1941, sin embargo, los Franceses Libres, por medio de su delegado y comandante en jefe de Siria y Líbano, general Georges Catroux, reconocieron en principio la independencia de esos dos Estados del "Levante", como los llaman los franceses.

Antes, el 8 de junio de ese mismo año, el general Catroux dirigió las siguientes palabras a los sirios y libaneses: "Vengo a poner fin al régimen del mandato y a proclamaros libres e independientes. Por lo tanto, en adelante seréis pueblos soberanos con goce de independencia y os hallaréis en condiciones de constituir Estados separados o de uniros en un solo Estado". Pero no se dió ningún paso en ese sentido hasta noviembre de 1943, en que el Gobierno libanés intentó con decisión libertarse de todo vestigio de dominación francesa. Se produjeron disturbios populares que culminaron con el arresto del Presidente de la República Libanesa y algunos de sus ministros, precipitando así el reconocimiento francés de la independencia de Líbano y Siria. Catroux firmó un acuerdo en representación del general De Gaulle, en el que se estipuló que la banca, las aduanas, la educación y la administración del tabaco pasaran al control

del nuevo gobierno independiente, lo mismo que las tropas especiales. Estas están constituidas por nacionales sirios y libaneses bajo el comando de jefes franceses. Pero por desgracia los sirios y libaneses en todo esto no ven otra cosa que una más de la serie de promesas de los occidentales, pues los franceses se negaron a soltar el comando de las unidades militares a menos que se firmara un nuevo Tratado por el que se reconocieran los intereses "preeminentes" de Francia en esas dos Repúblicas.

El argumento de Francia para continuar "interesándose" en esos países descansa en lo que llama "amistad tradicional", en consideraciones económicas y en una política del mantenimiento del prestigio francés. Se dice que la "amistad" se remonta hasta los días de Carlomagno y del Califa Harun-Al-Rashid, corre a lo largo del período de las Cruzadas y recibe su sanción en las capitulaciones acordadas por Solimán el Magnífico al rey Francisco I. Esa "amitié traditionnelle" se centraliza en la minoría católica y maronita del Levante. Entre los principales intereses económicos de Francia se encuentra la propiedad del 23 $\frac{3}{4}$ % de la Compañía Petrolera de Irak, que constituye la mayor fuente francesa de aprovisionamiento de ese indispensable producto. Francia se halla también deseosa de mantener una estación de escala para sus comunicaciones con Indochina. Cree Francia que es necesario el mantenimiento de una política de prestigio para contraponer a la creciente influencia británica en el Cercano Oriente. Por otra parte, Francia tiene que tomar en cuenta la reacción que producirá en sus posesiones del Africa del Norte una renunciación formal a su antigua autoridad en los Estados del Levante. Sin duda, el general De Gaulle no se atreve a explicar a la Francia metropolitana por qué ha tenido que aceptar en 1945 más de lo que la Asamblea Francesa quiso ratificar en 1936.

Pero los sirios y libaneses sostienen que no pueden considerarse independientes hasta que no ejerciten el control completo de todas las fuerzas armadas de sus territorios. También sostienen que no pueden conceder ninguna ventaja a determinada potencia sin perjudicar sus relaciones con las otras potencias. Ni Estados Unidos ni Rusia parecen conceder a Francia una posición de privilegio considerando sólo sus pasados vínculos con esos Estados levantinos. También Gran Bretaña, por intermedio de su representante Sir Edward Spears, apoyó las aspiraciones nacionales de Siria y Líbano en el golpe de Estado del otoño de 1943, pero desde entonces ha hecho un viraje y parece estar lista para reconocer que esos Estados continúen bajo la esfera de influencia de Francia.

La controversia entre Francia y Líbano y Siria llevó a un conflicto armado a fines de mayo, cuando la Conferencia de San Francisco estaba funcionando todavía. La ocasión de ese nuevo conflicto fué el desembarco en Beirut de nuevos contingentes de tropas francesas, entre ellas senegaleses. En Francia se dijo que se trataba sólo de tropas que iban a reemplazar a otras que deberían regresar a la metrópoli; pero el pueblo sirio-libanés continuó creyendo que iban a fortalecer con la fuerza las demandas del Tratado que deseaba Francia. Los choques callejeros se repitieron desde Alepo en el Norte hasta Dar'a en Jebel-el-Duruz y Beirut en el Sur. El centro de la ciudad de Damasco fué bombardeado desde tierra y aire. Después de varios días de contienda Estados Unidos y Gran Bretaña enviaron enérgicas notas al Ministerio de Relaciones Exteriores francés. Los británicos pidieron que las tropas francesas se retiraran a sus cuarteles y ordenaron a sus propias tropas que estuvieran listas para restablecer el orden. Este quedó restablecido, pero el problema espera todavía su solución.

El resto del Oriente árabe y musulmán está dentro de la esfera británica. Esta parte del Levante queda sobre la ruta británica hacia la India y el Asia oriental. Al retirarse formalmente de Egipto —donde el movimiento nacionalis-

ta es más antiguo y más vigoroso que en Siria y el Líbano—, Inglaterra comprometió a su ex protectorado mediante un Tratado de alianza por 20 años. Según este arreglo Gran Bretaña podía tener una guarnición en el Canal de Suez, que es la vena yugular de las comunicaciones imperiales británicas; podía también trasladar tropas por los caminos y ferrocarriles en caso de emergencia, y finalmente, usar con toda libertad los puertos y bases aéreas de Egipto en esos mismos casos. Un Tratado parecido fué firmado con Irak en 1930, cuando se le reconoció la independencia a este Estado. Durante la guerra actual todos los recursos de Irak y Egipto, como los de Siria y Líbano, han sido puestos a disposición de las Naciones Unidas.

En 1941 Gran Bretaña impartió su bendición al movimiento en favor de la unidad árabe cuando el Secretario de Relaciones Exteriores Anthony Eden dijo en la Cámara de los Comunes: "Me parece natural y justo que los lazos económicos y culturales y también los políticos deben ser fortalecidos entre los países árabes. Por su parte el Gobierno de Su Majestad prestará todo su apoyo a cualquier plan que cuente con la aprobación general". Gran Bretaña no tiene nada que temer de una federación o unión árabe. Egipto e Irak están ligados a ella por Tratados; Palestina y Transjordania, por mandatos, y Saudí Arabia, por una amistad que viene desde la Primera Guerra Mundial.

La comisión King-Crane, enviada por el presidente Wilson en 1919 para informarse sobre los deseos del pueblo, comunicó que había mejores sentimientos por Gran Bretaña que por Francia en todos los territorios árabes, excepto en Líbano. Algunos observadores, incluso franceses, van hasta a creer que la Liga Panárabe, de reciente creación, es una iniciativa británica a fin de mantener el prestigio de Gran Bretaña en el Cercano Oriente. Otros ven en esa Liga una valla para contener los avances de la influencia rusa en esa parte del mundo. El hecho concreto es que la solidaridad árabe se presenta principalmente en interés de los propios Estados árabes.

En el pasado el interés de Rusia en el Cercano Oriente surgía de su posición embotellada en el mar Negro y sus deseos de tener puertos de aguas cálidas, a lo que se agregaba su simpatía expresa por la comunidad griego-ortodoxa de Siria. En los años últimos Rusia ha estado lanzando miradas ambiciosas hacia los campos petroleros de Irán y a los mercados que todos los territorios árabes ofrecen a su creciente industrialismo. Todos esos territorios son, además, adyacentes a su zona de seguridad. Hasta hace un par de años Rusia consideraba al sionismo como una fuerza contrarrevolucionaria y un apéndice del imperialismo británico. Su punto de vista actual sobre esa materia es obscuro. La actitud de Stalin de rehabilitar la Iglesia rusa ortodoxa ha tenido la repercusión más favorable en las esferas ortodoxas de todo el Cercano Oriente. Hace poco visitó Moscú el Patriarca griego-ortodoxo de Antioquía. Dirigió luego un mensaje laudatorio para Stalin y su obra a su representante sirio-libanés en Nueva York. El mensaje se publicó en la prensa árabe de esa ciudad. En diciembre de 1944 la Unión Soviética permitió que salieran peregrinos a La Meca, por primera vez desde que se estableció el Estado soviético.

Desde los días del Kaiser Guillermo y de la concesión del ferrocarril de Bagdad, Alemania se dió cuenta de la importancia estratégica del Este árabe como puente entre Europa, Asia y África. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial los dos socios que formaban el Eje en Europa proyectaron un golpe fatal al Imperio Británico mediante la ocupación de ese puente y el establecimiento de un corredor para comunicarse con el socio asiático. Creemos que esta amenaza alemana ha terminado para siempre, pero la lección de las dos guerras mundiales es clara. En esas dos guerras la llave de la supremacía

del mundo ha estado en la posesión del Cercano Oriente. Su importancia geográfica, su historia, sus recursos vírgenes y su debilidad política continuarán haciendo de esa región el centro de la rivalidad de las grandes potencias, un punto hipersensitivo de las relaciones anglo-francesas, anglo-rusas y franco-norteamericanas.



Ha sido también clara la lección aprendida por los nacionalistas árabes en esos intereses y objetivos en conflictos: vieron que ellos no tendrían posibilidad de lograr sus aspiraciones mientras actuaran separadamente por regiones o provincias. Fué así cómo nació, o mejor dicho, resurgió, el Panarabismo. Las Conferencias de la Liga Panárabe celebradas en Alejandría entre septiembre y principios de octubre de 1944 y las del Cairo, de febrero y marzo de 1945, convirtieron a la Unión Árabe en una realidad. Por el lado negativo las fuerzas que apresuran la unión árabe son la oposición a que Palestina se transforme en un Estado judío y a que Francia siga interviniendo en Siria y Líbano. Por el lado positivo la Carta de la Liga Árabe, firmada el 22 de marzo, indica la firme intención de promover la cooperación entre los Estados que la forman, especialmente en asuntos relacionados con la educación, el comercio y las comunicaciones. Los firmantes de esa carta son siete: Egipto, Irak, Saudi Arabia, Yemen, Líbano, Siria y Transjordania. Palestina estuvo también representada, pero como no era un Estado independiente, no firmó la carta. Todos los Estados firmantes, excepto Yemen y Transjordania, enviaron delegados a la Conferencia de San Francisco y forman parte ahora de las Naciones Unidas. Esos son los países que constituyen el corazón y el centro, no sólo del arabismo, sino también del Islam. Su población, ascendente a 33 millones de personas, forma la punta de lanza de una comunidad musulmana de 275 millones dispersa sobre una vasta extensión del Viejo Mundo. En algunos casos, también observadores a las Conferencias, Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y otros territorios árabes; pero su proximidad a Europa, su mezcla de población árabe, berebere y europea y un tipo especial de cultura y vida social hacen de esos países un caso distinto.

La Carta del Cairo señala el sistema de consultas en caso de agresión contra cualquiera de los componentes de la Liga y prohíbe el empleo de la fuerza en caso de controversias entre ellos. Un artículo de la carta autoriza a cualquiera de los Estados asociados para retirarse si lo desea. No hay duda de que esa cláusula fué inspirada por Líbano, el único Estado cristiano de la Liga, a causa de sus temores de verse alguna vez absorbido por la mayoría musulmana de los otros Estados. Todos éstos, excepto Saudi Arabia y Yemen, tienen minorías cristianas. También todos, excepto Saudi Arabia, tienen minorías judías. Pero, naturalmente, el verdadero problema es la Palestina sionista.

Los puntos de vista sionista y árabe han sido tan contrapuestos, que parece imposible una reconciliación. La posición sionista es la más conocida. Los árabes basan su caso en el hecho sencillo de que la tierra les pertenece por derecho de ocupación continua y de asociación cultural que se remonta a miles de años. No se creen comprometidos legal o moralmente por la Declaración Balfour y sostienen que una comunidad judía en Palestina es impracticable e indefendible. El sentimiento más corriente entre los árabes es que la pequeña Palestina, cuya población judía se ha multiplicado por 10 en los últimos 25 años, ha contribuído ya con su parte total en la solución del problema.

Existen en la Liga árabe otros elementos de inestabilidad interna, pero

son relativamente pequeños. Entre las vallas que impiden una cooperación cordial están la variedad de estructuras sociales y los diversos niveles económicos de las distintas comunidades árabes. Por ejemplo, un libanés educado a la manera occidental no cree tener mucho de común con un modesto habitante del Yemen. Otras dificultades internas constituyen todavía las viejas rivalidades dinásticas y las desconfianzas mutuas entre los diversos dirigentes y políticos. Todavía no está liquidada la herencia de pasadas controversias entre la Casa Saudí de Arabia y la Casa Hashimi de Irak y Transjordania. En los años siguientes a la Primera Guerra Mundial el actual y poderoso Ibn-Saud extendió su reino desértico a expensas de Husain, sharif de La Meca. Husain era el padre de Abdullah, actualmente emir de Transjordania y bisabuelo de Feisal II, rey de Irak. La primera duda de Ibn-Saud para firmar el protocolo de Alejandría, en 1944, se debió, probablemente, al temor de que el Levante árabe podría formar un bloque contra su cuadrángulo árabe. Sólo después de su conferencia con el rey Farouk de Egipto, desaparecieron sus sospechas.

Es también un abismo la línea de demarcación entre los jóvenes dirigentes de la comunidad musulmana, progresistas, educados a la moderna, y los mentores aristocráticos, anticuados y semif feudales de la misma, que han gozado de una posición privilegiada durante generaciones. La tensión en ese terreno está entre una clase profesional que surge y una clase terrateniente que decae. Los propietarios de la tierra se encuentran secundados por los teólogos. Algunos de los profesores de las viejas universidades conservadoras, como la de Azhar en el Cairo, concentran el espíritu del antiguo orden. En Egipto, Irak, Siria y Líbano, pequeños grupos de dirigentes, ilustrados y patriotas, imbuídos de ideas modernas, están abriéndose camino hacia el poder, haciendo frente a la oposición de los viejos líderes civiles y religiosos. Los nuevos políticos se interesan por la "democracia", la "legislación social" y los "mejores niveles de vida". Afirman esos políticos que ya no se puede arrojar a la puerta de los amos franceses y británicos la culpa del atraso.

Es interesante señalar que en Líbano las mujeres están pidiendo el sufragio universal. El Congreso Panárabe de mujeres celebrado en Egipto en el otoño último pidió iguales derechos políticos y una mejora en las condiciones del matrimonio y el divorcio. Desde todas partes se escuchan voces que exigen una campaña contra el analfabetismo, la pobreza y las enfermedades. El bienestar económico y social es la meta que se busca en todas partes. La actual guerra, en que todos los sectores sociales, excepto los superricos y los grandes negociantes, han sentido el impacto de los precios altos y la escasez de artículos necesarios, ha venido a apresurar la nueva orientación de los árabes. Ahora que la independencia de Líbano y Siria está virtualmente asegurada y que la Liga de los Estados Arabes está funcionando, los problemas políticos derivarán hacia lo social y lo económico. Las operaciones del Centro de Abastecimientos del Cercano Oriente, organización británica con sede en el Cairo y con cooperación norteamericana, sirvió para fortalecer la unidad económica fundamental de los países árabes. En el actual período de escasez los diversos países de la Liga se han combinado mediante ese Centro para constituir una sola unidad de abastecimientos y distribuirlos de acuerdo con las necesidades de cada uno, siguiendo un proceso regular.

La falta de experiencia es algo que estorba los esfuerzos de los intelectuales que tratan de mantener abiertos los caminos de las nuevas ideas, de establecer la cooperación económica y de hacer funcionar parlamentos y Constituciones según los modelos occidentales. Necesitan simpatía y ayuda práctica desde el extranjero. Nuevamente podemos notar que pocos norteamericanos

se dan cuenta de cuán importante es el papel de las ideas norteamericanas en el despertar de los países árabes, y cuán firmemente creen los árabes que Estados Unidos los ayudará para integrar su economía y su vida en un mundo mayor.

Por razones de historia y geografía, el Oriente árabe está condenado a ser un campo de prueba del orden mundial de postguerra. Sin duda que las intrigas de las grandes potencias en el Cercano Oriente se intensificarán apenas se separen los siete aliados de la Liga o apenas cualquiera de ellos pierda sus derechos de gobierno propio. Hay todavía otro peligro si fracasa el movimiento hacia las ideas liberales: la posibilidad de que todos los árabes musulmanes caigan dentro de la corriente panislamista. El Panislamismo es reaccionario, de ideas medioevales y fundamentalmente hostil al Oeste cristiano. Su gran ideal es convertir todo el mundo a su fe; su objetivo más próximo es unir a todos los mahometanos bajo la bandera de la religión. Recurre a los instintos crudos de las masas, y si tuviera éxito, pondría en peligro a todas las instituciones occidentales en el Cercano Oriente y quizás llegaría a ahogar todos los aspectos superficiales de la occidentalización.

•

He aquí, pues, los tres hechos cardinales en la vida contemporánea del Oriente árabe, tal como se ven en Egipto, Siria, Irak y Líbano: el impacto de la cultura occidental, la insurgencia del nacionalismo árabe y el crecimiento de la acción Panárabe, que ha tenido su desenlace en la nueva Liga Árabe. Alrededor de estos hechos gira la mayor parte de los sucesos. En ellos se concentra la mayoría de las aspiraciones y problemas árabes. Los tres hechos están relacionados entre sí y son en el fondo interdependientes. A medida que los problemas vienen siendo resueltos en forma más completa, aquellas aspiraciones se van realizando también más plenamente. En el pasado los árabes contribuyeron grandemente al enriquecimiento cultural del mundo. Ahora están tomando de nuevo su sitio en el desfile de pueblos democráticos progresistas.



LA TRAGEDIA

de la

Civilización

Occidental

LA

MARCHA

DEL

TIEMPO

I EL MAL DEL SIGLO:

- a) El hombre frente a los acontecimientos.
- b) Optimismo y pesimismo.
- c) Incapacidad de los gobernantes.

II EL PROBLEMA DEL PROGRESO:

- a) El hombre.
- b) Las instituciones.
- c) La técnica.

III UN MUNDO NUEVO:

- a) La educación democrática.
- b) Predominio del espíritu.
- c) La paz universal.

El siglo XX se nos presenta pródigo en acontecimientos trascendentales, de tal diversidad y en tan rápida sucesión, que necesariamente debemos aparecer, lo queramos o no, o como actores efectivos o como observadores juiciosos del drama mundial y sus lógicas consecuencias. Son, sobre todo, las jóvenes generaciones las que tienen la obligación ineludible de meditar atentamente acerca de las causas que producen sucesos al parecer inevitables, y que ocasionan cambios esenciales en las sociedades.

¿Cómo se inicia este siglo, en qué estado de espíritu, en qué atmósfera moral vive el hombre, y qué visión tiene del mundo y del futuro?

Prescindamos por un instante de las tendencias y doctrinas que separan a los hombres, y elevemos nuestra vista para contemplar a la sociedad humana bajo un aspecto más general, más amplio.

Entre las ideas comunes que caracterizan el clima de la sociedad y que daban el verdadero tono a toda la vida colectiva, figuran dos, que, en términos sencillos, podríamos formularlas así: "mañana será mejor que hoy" y "mañana será más o menos como nosotros lo queremos".

En esta concepción optimista de la vida, es claro que el hombre contaba con poner en juego su voluntad y su inteligencia, sobre todo

la inteligencia organizada, que es la que indica a la voluntad los medios y objetivos en toda empresa.

Ahora bien, entre estas dos ideas, simplistas, si se quiere, oscila una noción que podríamos esbozarla más o menos en estos términos: "este mejoramiento del mañana es inevitable. Puede que falle la voluntad del hombre y su inteligencia cometa errores, pero esas fallas o estos errores son pasajeros en la vida evolutiva de la colectividad. La naturaleza, particularmente la naturaleza social, tiende espontáneamente a ciertos cambios, a ciertas transformaciones, que pueden acercarnos a nuestro ideal soñado".

Así, pues, la concepción común de la vida ofrecía una mezcla muy notable de libertad y de necesidad. El hombre actuaba libremente frente a las cosas y frente a los hombres, y los sistemas antagonicos aparecían suavizados si no reconciliados por una región intermedia, que a todos complacía, dentro del libre optimismo en que todos se desenvolvían.

Los marxistas, por ejemplo, y los que habían sufrido profundamente su influencia, no deseaban conceder a la libertad de la acción individual, a la iniciativa creadora de la razón, el mismo valor que los socialistas idealistas de tradición francesa. Pero, al fin y al cabo, estos antagonismos de doctrina se disipaban hasta cierto punto en la atmósfera social de la época, y existía, por lo demás, para el hombre de la calle, una aspiración socialista en la que las ideas: "mañana será mejor que hoy" y "mañana habrá de ser como nosotros lo queremos", lograban conciliarse, aunque parezca esto un tanto increíble, con la noción de un cambio social dirigido por las leyes tradicionales de la economía.

¿Cuál es el origen de estas ideas colectivas del comienzo del siglo? No nacieron, naturalmente, con él; son más bien herencia directa del siglo XIX. "Mañana será mejor que hoy" es la fórmula de la fe en el progreso, producto legítimo del admirable siglo XIX, y que el siglo XX recogió e hizo suyo. En todos los actos del gran siglo XIX se rinde culto a la fe en la voluntad razonada del hombre, cuyo único privilegio consistiría sólo en querer aprovechar en su propio beneficio la doctrina de la evolución natural.

Tales eran las felices disposiciones del espíritu colectivo al iniciarse el siglo. ¿Cuánto tiempo iba a durar esta excelente salud espiritual de la humanidad? Apenas si una treintena de años, pues al empezar el siglo su cuarta década ya se advertían en todas partes nuevos síntomas anunciadores de un cambio de clima espiritual, y en todos los sectores de la comunidad de Occidente se nota un nuevo estado de ánimo frente a los acontecimientos, que ya se manifiestan amenazadores.

El hombre se sentía dominado por una especie de desaliento un tanto fatalista al querer escrutar el porvenir del mundo. Jefes de Estado,

ministros, dirigentes políticos, intelectuales, periodistas influyentes, y todos los que piensan libre y juiciosamente, ya no aparecían optimistas. Todos, sin excepción, llevan en su espíritu la concepción pesimista del lúgubre destino de la humanidad, ante la inminencia de la catástrofe a que se vería inevitablemente precipitada.

Todo el mundo repetía: "Vamos a ser precipitados a una nueva guerra". ¿Qué podemos hacer para evitarla? ¿Qué medios eficaces podrían emplearse a fin de no vernos envueltos en ella? La neutralidad, proclamaban los gobernantes que se creían más discretos y reflexivos, es la única medida que podrá salvar a nuestros pueblos de la mayor de las calamidades.

En los países democráticos de Europa, tanto gobernantes como gobernados aparecían dominados por un común y justificado temor a la guerra, y por un convencimiento fatalista de que nada ni nadie podría evitarla. Por eso no hubo este entusiasmo loco, contagioso, desbordante de otros tiempos; y las muchedumbres esta vez despedían entristecidas más bien a los soldados que partían al frente de batalla a cumplir una tarea pesada e ingrata, pero necesaria. Y los hombres del pueblo, los trabajadores, corrían a enfrentarse al enemigo con la única esperanza, ¡y ojalá no les resulte fallida!, de poner término para siempre, ofreciendo el sacrificio generoso de sus vidas, a la peor de las desgracias que han afligido a los hombres de todos los tiempos.

Esta decepción general, este mal del siglo, trajo aparejado el cambio, o, mejor dicho, la substitución de las dos ideas directrices de que ya hemos hablado por otras dos, que empiezan a dominar toda una nueva época, dando una nueva orientación a los espíritus y poniendo una nota de pesimismo en los actos de los hombres y en la visión de los acontecimientos del futuro.

A la idea "mañana será mejor que hoy" debía sustituirla la idea "lo que nos espera será, probablemente, peor que todo lo que hasta ahora hemos conocido"; y la idea "mañana será más o menos como nosotros lo queremos" aparecía substituida por la exclamación desalentadora: "¡Qué podemos hacer! ¡El destino es más poderoso que nosotros!"

Existió una timidez casi supersticiosa, la misma timidez con que en la historia de los pueblos podemos explicar tantos acontecimientos extraños. Este retorno involuntario al que ya suponíamos desprestigiado fatalismo histórico explica, por otra parte, el dominio fácil e incontrolado ejercido por los gobiernos totalitarios sobre las masas fanatizadas, que no veían más que en la guerra la solución a corto plazo de todos sus problemas.

Este fatalismo, esta especie de hipnosis colectiva, era, quizás, la única actitud espiritual común que pudiera advertirse entre estos dos grupos de pueblos (democráticos y totalitarios), y que, irremediablemente, los empujaba a la

guerra más desastrosa de los siglos, a la pérdida irreparable de tantos y tan valiosos tesoros de la civilización occidental.

Todo el mundo llegó a la convicción de que la historia se hacía sola, con prescindencia absoluta del hombre y contra su voluntad, al presenciarse la sucesión pasmosa de sucesos inexorables.

¿Habrá logrado encontrar la humanidad en esta guerra, que, por suerte, acaba ya de terminar, el remedio heroico que la cure de este mal del siglo? Pesimistas hay que pretenden que el fatalismo se enseñorea aún sobre los pueblos, y con una especie de patológica pasividad intelectual y moral proclaman ya la reanudación a corto plazo de inevitables calamidades de todo orden. Hay, por otra parte, ciudadanos que adoptan una actitud de pasiva y fatalista resignación, y hablan de revoluciones violentas, de sangrientas guerras intestinas, que, al asolar al mundo entero, pudieran ser el preludio de la tan ansiada paz universal.

Es justo recordar en esta ocasión, y a fin de destacar el prestigio moral incontestable de América, el espíritu genial y de vastos horizontes de Franklin Délano Roosevelt, ese gran Presidente de Estados Unidos y ese buen ciudadano del mundo. Su inteligencia esclarecida, su voluntad inquebrantable, orientada siempre hacia los más nobles y universales idealismos, su fe razonada y contagiosa en el triunfo seguro de la Verdad y la Justicia, enfrentáronse resueltas contra este

mal del siglo de la civilización occidental, e hicieron posible la victoria y la paz que ahora nos aprestamos a celebrar jubilosos. ¡Gran adelanto de la dignidad humana, apóstol grandioso de la paz y la fraternidad universales, recibid la bendición de Dios y la gratitud de todos los hombres de buena voluntad!

Recordemos también a esos hombres de todas las razas y creencias, venidos de todas las latitudes de la tierra, que, siguiendo la inspiración luminosa de Roosevelt, trabajaron con ardor y optimismo en la Conferencia de San Francisco, en su noble anhelo de dar al mundo una Carta Fundamental que rijan los destinos del género humano y asegure la paz del futuro.

Terminada la guerra y obtenida la victoria de las armas, es necesario ganar también la paz y vencer el pesimismo fatalista que ha dominado a los espíritus. No vamos a caer tampoco en el mal opuesto y ser víctimas de un confiado e indolente optimismo. No podemos ser tan ingenuos para admitir la creencia de que la derrota militar de los totalitarismos pueda curar radicalmente a la sociedad contemporánea del mal que parecía destruir sus centros vitales. Porque debemos admitir, mal que nos pese, que el fascismo, el nazismo y el militarismo japonés no son sino manifestaciones mórbidas, relativamente externas, de una causa más profunda, de una causa que la derrota militar total de estos sistemas políticos no puede extirpar en forma absoluta.

EL PROBLEMA DEL PROGRESO

A mediados del siglo XVIII comienza ya a producirse un fenómeno extraordinario, a cuya naturaleza esencial no se le ha dado aún la necesaria importancia. Y es tal la trascendencia de este fenómeno, que ya estamos presenciando, alarmados, sus graves efectos, efectos que en un futuro no lejano podrían significar peligros incalculables para la humanidad, mucho mayores, por cierto, que los que pudieran representar, por ejemplo, el propio militarismo, el imperialismo o el socialismo totalitario, que resultarían ser sólo meros episodios en la historia del mundo.

Es a mediados del siglo XVIII cuando empieza a cobrar importancia en Europa el dominio de la técnica moderna, como consecuencia del avance de las ciencias teóricas a partir del siglo XVI, y teniendo como base el perfeccionamiento interno y espontáneo de ciertos oficios tan inofensivos y útiles como los de herrero, cerrajero y otros parecidos.

Con el transcurso del tiempo la técnica ha ido alcanzando un desarrollo verdaderamente asombroso, y puede decirse, sin ninguna exageración, que en menos de dos siglos las condiciones materiales de la vida y los instrumentos

de trabajo en general en los países fuertemente industrializados han cambiado y se han perfeccionado más que en los últimos 4 ó 5 mil años.

No habría por qué inquietarse del prodigioso cambio de ritmo observado en la curva que marca el progreso de la técnica, si no tuviéramos que admitir la relación de equilibrio que, necesariamente, debiera existir entre dicha curva y otras de igual importancia, en lo que podríamos llamar una mejor y más armoniosa evolución del género humano.

De esa falta de equilibrio en los factores esenciales del progreso humano habremos de ocuparnos en seguida, con esa amplia libertad con que, en la democracia, se enfocan y se estudian serenamente todos los problemas.

Cuando un enfermo está afectado por una grave dolencia, es preferible que no piense en su mal; y si es atendido por un médico hábil y consciente de su misión, es seguro que el paciente se salva. En el plano de la vida colectiva, cuando el enfermo, vale decir la sociedad, es despreocupado e indolente, y el médico, hábil o no, es responsable de todo, tal sistema se llama absolutismo o dictadura. El desenlace

de los últimos acontecimientos nos da perfecto derecho para proclamar el fracaso rotundo de tan desacreditado sistema. El hombre, en los tiempos que vivimos, necesita formarse una idea exacta acerca de los problemas humanos, de la marcha de los acontecimientos, de la dirección y volumen de los posibles peligros que lo amenacen. Este otro sistema se llama democracia, y pese a todas sus humanas imperfecciones, es, seguramente, el único que podrá librar al mundo del caos en que nos encontramos.

Al observar la evolución de la humanidad desde la prehistoria hasta nuestros días, notamos tres factores esenciales, tres curvas, si así podemos decirlo, que van indicando el progreso del mundo a través de las edades: la curva de la naturaleza humana, la curva de las instituciones y la curva de la técnica.

Al hablar de la naturaleza humana nos referimos a la naturaleza humana individual, al hombre término medio, con sus tendencias, sus aptitudes y el mecanismo de sus reacciones innatas. Es lógico que a esta naturaleza que el hombre trae al nacer se agrega una segunda naturaleza, que es el fruto de la educación, y también una mentalidad, que es un conjunto de ideas, de dogmas, de prejuicios, etc., que pueden, naturalmente, modificar en sentido favorable o desfavorable las reacciones instintivas o los dictados de su carácter primario. Sin embargo, los sabios nos dicen que ni la educación ni la mentalidad son hereditarias, y que ellas no se incorporan a la naturaleza individual del hombre al nacer. Por lo tanto, la educación y la mentalidad del hombre individualmente considerado son del dominio exclusivo de las instituciones.

La palabra instituciones debemos tomarla en un sentido muy amplio. Se trata, en buenas cuentas, de todo lo que los hombres en sociedad han creado para organizar y perpetuar su vida colectiva, a fin de que el individuo pueda fácilmente adaptarse a ella. Debemos considerar además todo ese clima moral e intelectual que la sociedad crea o pretende crear alrededor del hombre, y que se llama cultura.

En las instituciones habrá que incluir, en consecuencia, no sólo las estructuras políticas, económicas o jurídicas, que rigen las relaciones de los hombres entre sí y las de los pueblos, sino también las costumbres; y, dominando todo este conjunto, las creaciones superiores del espíritu como la filosofía, la literatura, el arte, la ciencia pura sin aplicación práctica, y también la religión.

Ahora se podrá comprender mejor por qué tanto la educación como la mentalidad han de ser sólo el producto directo de las instituciones.

La técnica, por último, no necesita casi ser definida. Es todo aquello que el hombre, que vive en sociedad, ha inventado a través de las edades para mejorar las condiciones materiales de su vida y aumentar su poder sobre la naturaleza exterior, desde las herramientas rudimen-

tarias que creara el hombre de las cavernas hasta el poderoso avión actual, las maravillas de la radio y la televisión y la desintegración misma del átomo, principio científico cuya primera aplicación práctica en la bomba atómica ha causado en nuestro espíritu un justificado sentimiento a la vez de asombro y de terror.

La curva de la técnica, o, mejor dicho, la curva del poder del hombre sobre la naturaleza, ha representado un mayor y más efectivo aumento de poder, más que un mejoramiento real de la condición humana y un mayor bienestar social. Y este poder de la técnica ha sido, desgraciadamente, en la mayoría de los casos, objeto de monopolio casi exclusivo de una ínfima minoría, desprovista en absoluto del sentido filosófico de la vida.

Desde los tiempos más lejanos de la historia hasta mediados del siglo XVIII estas tres curvas habían seguido un desarrollo más o menos paralelo.

La curva de la naturaleza humana, considerada en su exacto valor, aparece, por lo general, desde hace cuarenta o cincuenta mil años, como una línea recta, casi horizontal, ligeramente ascendente. Es casi seguro que el hombre de aquellos tiempos debe haber sido como cualquiera de nosotros, aun desde el punto de vista psicológico, y debe haber poseído las mismas aptitudes cerebrales, los mismos mecanismos de reacciones emocionales y las mismas posibilidades de control voluntario. No creemos haber ofendido la autoridad indiscutida del antropólogo al pretender mantener esta afirmación. Es claro que la mentalidad de tal hombre debe haber sido, indudablemente, inferior a la nuestra, por la estrecha visión que poseía del mundo, como consecuencia de la limitación de sus conocimientos, por el débil uso que hacía de su razón y también por las crueles y absurdas supersticiones que oscurecían su espíritu.

La curva que marca el progreso de las instituciones registra un carácter ascendente, mucho más acentuado que la de la naturaleza humana. Es justo reconocer que en general, y a pesar de ciertas regresiones locales o temporales, se ha producido en los últimos milenios un apreciable mejoramiento en los sistemas políticos y jurídicos, en las costumbres, en las relaciones de los pueblos, y la cultura misma ha ganado en riqueza y profundidad. Naturalmente, este progreso de las instituciones ha ejercido una relativa y saludable influencia en la naturaleza individual del hombre.

Hasta la primera mitad del siglo XVIII la curva de la técnica tuvo un lento y apenas perceptible ascenso. Pero a partir de esa fecha cobra un ritmo diferente y empieza a apartarse cada vez más de las otras dos. Su ascenso es repentinamente rápido, y cada cuarto de siglo su rapidez se acentúa en forma asombrosa, como si una progresión aritmética de razón casi infinitesimal se transformara súbitamente en progresión geométrica de razón cúbica.

Desde hace menós de dos siglos se destaca esta nueva fase de la evolución humana, y así comprobamos, no sin asombro, que el poder del hombre ha crecido en proporciones verdaderamente gigantescas, y este poder, sin lugar a dudas, seguirá creciendo indefinidamente. Sin embargo, este mismo hombre, este "homo sapiens", este animal superior cuyo ingenio va dominando gradualmente el mundo y sus fenómenos, no ha podido o no ha querido comprender, en su pasiva indolencia moral en que vive, que el control que sobre su inmenso poder material han ejercido la propia naturaleza humana y las instituciones o los recursos combinados de ambas ha sido siempre débil y su aumento ha sido si no imperceptible por lo menos ineficaz.

Nosotros, contemporáneos de esta tragedia de la civilización occidental, asistimos sólo al comienzo de esta era completamente nueva, caracterizada por la rápida ruptura del equilibrio más o menos aproximado que habíase mantenido a pesar de todo, desde la prehistoria, entre estos tres principales factores de la evolución humana.

Este equilibrio aproximado tuvo una importancia especial en los períodos de catástrofes de graves crisis del pasado, cuando la humanidad empleaba todo su poder para destruirse a sí misma, y para destruir lo que pacientemente había creado. Mientras el poder de la técnica no jugó un papel preponderante, las guerras y sus consecuencias no pasaron más allá de ciertos límites, por largas o sangrientas que ellas fueran. Así la guerra de 30 años, en el siglo XVII, no fué más desastrosa que la guerra de 100 años, de los siglos XIV y XV.

Pero en el momento en que la curva del poder material del hombre comenzaba su vertiginoso ascenso hubiera sido indispensable que las otras curvas hubieran tenido también un ascenso análogo, es decir, que tanto el perfeccionamiento del hombre como el de la organización colectiva de la humanidad hubieran igualmente acelerado su ritmo de progreso. Pero, desgraciadamente, no hubo tal progreso; y así el volumen, la violencia, el efecto destructor de las catástrofes, adquirieron rápido crecimiento sólo por el hecho de que una humanidad cuyo control sobre la propia naturaleza del hombre no había prácticamente aumentado, se encontraba provista de un poder inmenso que se multiplicaba de generación en generación.

El estado actual de la humanidad frente al enorme poder material que posee podría compararse a la situación trágica en que hubiera encontrarse un niño que hasta los cinco años hubiera jugado sólo con caballos de madera, con muñecos de goma y, cuando más, con un triciclo, y apenas un mes después recibiera para que jugara con igual libertad y a su entero capricho una pistola, varias bombas, un barril de pólvora y una serie de instrumentos cortantes y punzantes.

Ahora bien, si no lográramos un mayor perfeccionamiento individual del hombre y si las instituciones no afianzaran el progreso real que de ellas se espera, la humanidad podría presentar, sin lugar a dudas, el desconsolador panorama siguiente: 1.º Nuevas combinaciones de fuerzas, quizás imprevisibles, serían capaces de producir, como antes, una nueva conflagración. 2.º La nueva catástrofe tendría que ser, lógicamente, mucho más grave que la actual, y su poder de destrucción sería tanto mayor cuanto más largo fuera el intervalo de tregua a que nos hubiéramos entregado, confiados en una paz duradera. 3.º La humanidad, al no poder soportar seguramente sino una guerra más, dado el formidable avance de la técnica, presenciaría diezmada y horrorizada la pérdida total de todo lo que el ingenio del hombre ha creado sobre la tierra, incluso el poder mismo de la técnica, esa especie de monstruo gigantesco y enigmático. Entonces las tres curvas del progreso humano habrían vuelto así a recuperar el equilibrio con que aparecían en la prehistoria.

La tragedia actual del género humano se identifica con el problema N.º 1, que debieran encarar los dirigentes políticos del mundo, sobre todo en estos momentos en que los máximos esfuerzos de previsión se agrupan para alcanzar una paz efectiva y estable. ¿Podrán estos dirigentes encarar este problema básico a fin de buscar la urgente y sabia solución que requiere? ¡Ojalá los máximos conductores del mundo mantengan la necesaria clarividencia y puedan encontrar la solución suprema a este supremo problema de todos los hombres! Nosotros, que deseamos ardientemente que el hombre encuentre el remedio a este mal aparentemente sin remedio, y que a todos debe preocuparnos, queremos recordar que también en tiempos de paz este acelerado progreso de la técnica engendra rápidas perturbaciones en las condiciones del trabajo, produciéndose de este modo un evidente antagonismo entre la técnica de origen científico y la libertad. Y lo curioso es que este problema parece encontrar siempre su más fácil aunque no su mejor solución, en el despotismo. Y así podría darse al caso de un régimen que hubiera resuelto ese antagonismo, y que a pesar de que exhibiera o pretendiera exhibir su etiqueta democrática, no fuera sino una simple dictadura totalitaria.

Alguien ha dicho a este respecto que si la tiranía totalitaria en un país determinado es capaz de resolver con los métodos que le son propios estos conflictos emanados del progreso técnico, a la Humanidad se le presentaría este dilema: o permitir que se extienda al mundo entero la dictadura totalitaria para salvarlo de una total destrucción material, o salvar la libertad, resignándose entonces a la pérdida de la civilización. Así, uno de los dos males nos preservaría del otro.

Tal razonamiento, según nuestra opinión, es absolutamente inadmisibles y sin mayor consistencia, después de haber asistido durante más de

seis años a esta tragedia espantosa, a esta lucha cruenta y heroica por la libertad del hombre. Por otra parte, si bien es cierto que los regímenes totalitarios suelen ser contagiosos en su pretendida domesticación universal de las masas, no lo es menos cierto que son totalmente incapaces de soluciones universales en su concepción del mundo y del hombre. Tenemos muy fresco aun el ejemplo del exacerbado nacionalismo racial y militarista de Alemania y el Japón.

Dado el actual estado de cosas en el mundo — y pese a nuestro deseo de sobreponernos a todo pesimismo—, no podríamos sino reconocer que, a menos que se hiciera un máximo esfuerzo para dominar y encauzar sabiamente el curso de los acontecimientos, nuestra civilización veríase precipitada posiblemente a una crisis profunda, con la pérdida inevitable de la libertad y todo lo que ella representa para la dignidad del hombre.

Si intentamos enfocar el problema desde nuestro propio punto de vista esencialmente democrático, debemos dejar establecido como principios fundamentales: 1.º, que si miramos con espíritu filosófico sólo el bien del género humano, el progreso siempre creciente de la técnica científica no puede ni debe ser detenido; 2.º, que si queremos que el progreso técnico represente única y exclusivamente un bienestar cada vez mayor para el hombre y contribuya en gran parte a su liberación espiritual, es de imprescindible necesidad procurar un mayor perfeccionamiento individual por medio de las instituciones, que deben también perfeccionar sus sistemas y sus métodos. Sólo así podremos restablecer el equilibrio necesario y estable entre los factores esenciales que producen este avance inconcebible y eterno que es el progreso del mundo.

Al querer encarar el perfeccionamiento del hombre, debemos declarar que no es tarea fácil mejorar la naturaleza humana. Desde luego sabemos que en el hombre término medio de nuestros días permanecen, casi como antaño, inmutables los instintos, las pasiones, la aptitud a las desviaciones y a los contagios mentales, que engendran las psicosis colectivas, causa directa de las grandes catástrofes de todos los tiempos.

A pesar de todo, no somos pesimistas y creemos en la perfectibilidad del espíritu humano. Llegará un día en que el poder ilimitado de la inteligencia dirigirá la serena voluntad del hombre por los senderos seguros de la anhelada fraternidad universal.

Ahora bien, ¿qué pueden y deben hacer las instituciones para contribuir al perfeccionamiento del hombre y a la mejor organización de la sociedad?

Desde luego, en la organización de las Naciones Unidas se advierte ya una mejor comprensión de los hombres dirigentes y una posible colaboración de los pueblos.

Unidos al parecer frente a los sufrimientos comunes y dominados por un común temor a una nueva guerra, han redactado una Carta Magna, cuyo respeto depende más que de la

buena fe de los pueblos de las sanciones que la fuerza habrá de imponer a los delincuentes.

Se mantendrán dicha organización y la unidad de propósitos que ella proclama tanto tiempo como pueda mantenerse la unidad de las naciones, sobre todo la cohesión entre las grandes potencias, piedra angular de esta Gran Asamblea de Naciones.

La educación, francamente democrática, debe acentuar más que nunca su labor principalmente espiritual y civilizadora. Junto con proporcionarle al individuo una herramienta que le procure la satisfacción de sus necesidades materiales, debe cultivar su espiritualidad, por el empleo de la razón y el libre examen, noblemente orientados hacia un respeto absoluto a la dignidad humana, hacia una mayor comprensión entre los hombres, hacia una cooperación cada vez más estrecha entre los pueblos.

En lo que se refiere a la influencia que las religiones en general pudieran y debieran ejercer para mejorar al individuo y a la sociedad, hemos considerado preferible exponer a la libre consideración de los oyentes el pensamiento de Jules Romains, el escritor y pensador francés quizás de más clara y libre visión de nuestro tiempo.

No niega Jules Romains, hablando de la religión cristiana en relación con la crisis de Occidente, la belleza moral que contiene la doctrina de Cristo. No obstante, lamenta la ineficacia del cristianismo en el perfeccionamiento del hombre, a pesar de su dominio espiritual de casi dos milenios, ejercido sobre la comunidad occidental. Y agrega: Lo que no ha podido hacer la religión en tantos siglos y en épocas sobre todo en que su influencia sobre la sensibilidad humana era totalmente reconocida y aceptada, ¿cómo espera ahora que en pocos años pueda hacer algo útil y salvador?

Las gentes de la época merovingia, dice, eran cristianos fervientes, en cuyo espíritu no había aflorado aún el menor indicio de escepticismo, y creían en los castigos eternos, terriblemente representados en su viva imaginación. En la Edad Media y aun en el siglo XVI las personas aparecían dominadas por la influencia incontrollada de la religión cristiana. Pues bien, los hombres de todas esas épocas fueron los actores, los cómplices o los testigos indolentes de las peores atrocidades cometidas, y junto a los hermosos sentimientos y a las bellas lecciones morales que surgen de sus evangelios, ellos le procuraron a la naturaleza humana las más horribles manifestaciones de barbarie.

Si no llegaron a producir, continúa Jules Romains, una catástrofe capaz de haber sepultado toda una civilización, fué porque no poseían aún los recursos bélicos que la técnica moderna ha puesto ahora al alcance del hombre.

Hay escepticismo en los espíritus, ha disminuído la fe religiosa. ¿Habrá que imputar, en justicia, a esta causa todas las desgracias de la hora presente? Y agrega el pensador francés: Todos sabemos que ni la Inquisición, ni la San Bar-

tolomé, ni las masacres, ni los suplicios atroces de que fueron víctimas los disidentes ingleses, ni las guerras y persecuciones han sido jamás obra del escepticismo. Y así, en nuestro tiempo, Hitler se parece mucho más a Savonarola que a Erasmo, y un verdugo de Buchenwald, el apocalíptico campo de concentración en Alemania, está muy distante de Voltaire y sí muy cerca de Torquemada, el terrible obispo español, por cuyo fanatismo perecieron miles de sus víctimas en la hoguera.

El temor de Jules Romains en un intenso despertar de la fe religiosa y las posibles consecuencias que toda mística exacerbada puede producir en la sociedad, despertando odiosidades, más que pacificando y purificando los espíritus, quizá tenga su justificación si consideramos con juicio sereno y objetivo la realidad de nuestro tiempo. En países esencialmente religiosos, místicos si se quiere, como España, Italia, Alemania y Japón, la influencia del dogma político, unido a veces al dogma religioso, hizo tabla rasa de la dignidad individual, esclavizó el espíritu humano, convirtió al hombre en el verdugo del hombre e hizo posible la mayor tragedia que ha conocido la historia.

El espíritu del hombre se entristece al tener que llegar necesariamente a tan desalentadora conclusión, y en medio de este caos moral y frente al mal de nuestro siglo y de nuestra civilización, exclama esperanzado: ¡Llegará, sin embargo, un día en que será posible crear una poderosa fuerza espiritual que, abarcando el mundo

entero, pregone por fin la reconciliación de todas las razas y creencias, y cobren entonces hermosa realidad las redentoras palabras del hijo del hombre: "Amaos los unos a los otros"!

Mientras tal aspiración sea sólo un bello sueño de los idealistas, los hombres haríamos bien en intensificar nuestros esfuerzos, tendientes al cultivo de las ciencias morales, consideradas como verdaderas ciencias y no como vagos estados sentimentales, o como credos religiosos o como meros sistemas filosóficos. Teniendo como punto de partida un mejor conocimiento del hombre, individualmente considerado, y un mejor estudio de los problemas que surgen en sus relaciones con los demás hombres, la psicología y la sociología habrían de ser los más sólidos auxiliares de estas ciencias morales que, con métodos renovados, lograrían edificar una nueva moral, una moral razonada y consciente de la finalidad que persigue, basada sólo en una inmovible base científica, en la evolución ascendente de nuestro espíritu en su progreso eterno e indefinido. Una moral, por fin, que, sin ofrecer recompensas ni castigos, impulsara sólo el perfeccionamiento espiritual del hombre como medio seguro y eficaz de destruir los prejuicios, los odios, las incomprensiones, verdaderas taras ancestrales que dificultan y retardan el amor y la paz en la gran familia humana. La educación estaría llamada a desempeñar esta tarea, de tan amplias proyecciones, de tan profundo significado humano y de tan incalculables y positivos servicios para la pacificación espiritual de la humanidad.

UN MUNDO NUEVO

Los hombres, en su vehemente anhelo de crear un mundo mejor, aparecen como inadaptados que luchan por formar un pensamiento nuevo para un mundo también nuevo, que pueda surgir de este desorden, en el que una mentalidad humana casi primitiva aparece supeditada por un enorme progreso material. Y el único responsable de todo esto es el espíritu humano, incapaz todavía de organizar pacíficamente el mundo. El problema es, por lo tanto, esencialmente espiritual, y la solución debe ser lógicamente del mismo orden.

Toda tentativa de organizar el mundo del futuro, según un orden puramente material, está condenada al fracaso. El desorden no está en la naturaleza de las cosas, sino en el espíritu humano, que no es capaz aun de dar una vida armoniosa a las sociedades.

Esta lucha que libran los pueblos democráticos no debe tener como móvil la defensa de un determinado régimen político, sino más bien el deseo de que prevalezca en el mundo una nueva y más humana concepción de la vida. La lucha

es, en consecuencia, del hombre contra el espíritu del hombre, de ese hombre que, en su anhelo inconsciente casi de fundirse en un todo orgánico, constituye la masa, espiritualmente amorfa, y exige siempre lo absoluto. El dilema de la hora actual no puede ser otro que: "o la libertad democrática" o "la vida monocorde de las masas", sin iniciativas ni originalidad, cuyas características sobresalientes de obediencia irreflexiva, de imprevisión, de total despreocupación del futuro, son la causa directa y la razón de existir de todos los regímenes autoritarios y de sus inevitables excesos ulteriores.

Al contemplar las masas sin pensamientos definidos, casi alucinadas, que en las grandes concentraciones públicas esperan ansiosas y confiadas la voz de orden de sus caudillos, llegamos a pensar que el totalitarismo ha conseguido la unificación misma del pensamiento, la esterilidad absoluta del espíritu. Para ellas parecen no tener ningún valor las palabras "libertad", "derechos del hombre", "paz", tan sagradas para los pueblos democráticos. No basta con haber derribado

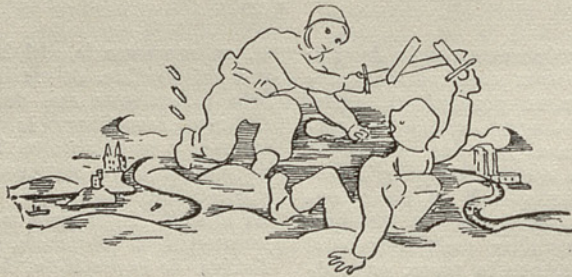
a los dirigentes de las dictaduras y destruido su poderosa fuerza militar. El virus del totalitarismo subsiste latente y con tanta vitalidad como antes en el espíritu de los pueblos que lo cultivaron y fortalecieron. He ahí el problema que las naciones democráticas tendrán que encarar. Porque el aspecto de la lucha que parece no haber terminado es más grave que lo que nos imaginamos. La democracia triunfante en la guerra —y aunque esto parezca paradójal— podría fracasar en la paz, y quizás llegar a desaparecer si no fuera capaz de organizar el mundo de acuerdo con su idiosincrasia espiritual.

La democracia debe representar para los pueblos en cierto modo un sistema educacional, que jamás podrá por la fuerza imponerse definitivamente en el mundo; debe conquistar con la realización de sus principios esencialmente humanos y universales el espíritu de todos los hombres.

La democracia, al predicar la más amplia libertad, permitirá a todos los hombres y a todos los pueblos alcanzar sus más caros anhelos de progreso y afianzar definitivamente la paz, ese sentimiento evocador de infinitas esperanzas, esa fuente inagotable de las más nobles realizaciones.

La libertad, este inapreciable don del hombre, y que desgraciadamente para la mentalidad de millones de nuestros semejantes sigue siendo aún, según la expresión de Lenin, un simple prejuicio burgués, debe ser mantenida y definida con lealtad y valentía, en nombre y para bien del género humano.

En esta cruzada, que el genio superior de Roosevelt iniciara por la libertad del hombre y la paz del mundo, está contenida la semilla del árbol grandioso, a cuya sombra apacible y bienhechora habrá de cobijarse la futura hermandad de todos los pueblos.



Aventuras y tragedias del mar.—

La Balsa de la MEDUSE

En 1795, mientras los ejércitos de la República francesa preludivan las victorias imperiales que no tardarían en venir, los numerosos realistas emigrados en Inglaterra vivían días de inquietud, tratando de buscar la manera de asestar un golpe mortal al detestado gobierno de su patria. Por fin, el conde de Artois, futuro Carlos X, ayudado por un grupo de nobles, entre los cuales se encontraban no pocos oficiales de marina que habían servido a las órdenes de Suffren, de La Motte-Picquet y de La Pérouse, obtuvo la ayuda de la Gran Bretaña para organizar una expedición militar contra la República.

Inglaterra, interesada en apoyar las luchas intestinas de Francia, organizó generosamente la expedición, poniendo a la disposición de los rebeldes 100 naves de transporte, además de las armas y los pertrechos necesarios. El comodoro Warren escoltaba el convoy con dos navíos, cuatro fragatas, dos corbetas, dos cutters y cuatro cañoneras. El vicealmirante Cornwallis, al mando de 15 barcos de línea, tenía por misión proteger el desembarco.

El 16 de junio de 1795, esta flota se encontró con la escuadra francesa mandada por el vicealmirante Villaret, a 18 millas al Oeste de la isla de Groix. La escuadra francesa se componía de 21 navíos y 27 fragatas y corbetas.

Siete días más tarde, después de diferentes escaramuzas, la batalla se trabó con resultados desastrosos para los franceses. A su regreso el vicealmirante se quejó de la indisciplina e ignorancia de los oficiales a sus órdenes. Varios de esos oficiales fueron condenados por el tribunal de marina, no sin que el propio Villaret fuera también acusado y criticado duramente.

Al fin, los emigrados, después de haber tentado varios desembarcos, pudieron poner una parte de sus fuerzas en tierra: mil quinientos hombres, bien armados y pertrechados, desembarcaron en la isla de Quiberón, bajo las órdenes de D'Herville. Unidos a los *chouanes*, es-

tas fuerzas de invasión iniciaron su campaña victoriosamente; la bandera del rey, con sus flores de lys, flotó algunos días en Carnac, sobre los despojos de la guarnición que había sido masacrada. Pero estos triunfos no iban a durar largo tiempo: Hoche, a la cabeza de fuerzas republicanas, libró batalla a D'Herville en Saint-Barbe y aniquiló los mejores batallones rebeldes. Los sobrevivientes, desorganizados y desmoralizados, culparon a D'Herville de la derrota. Este, ya sin esperanza, se hizo matar en el combate. Lo sucedió en el mando Puisaye, quien, no logrando mejorar la situación y viendo todo perdido, huyó a refugiarse en uno de los barcos ingleses que cruzaban frente a la costa, impotentes para defender a los invasores fracasados. Los jefes de éstos se mostraron como hombres sin carácter y sin condiciones de mando.

Hoche hizo muchos prisioneros. Entre ellos se hallaba un oficial de marina de poca graduación y sin ninguna personalidad, el vizconde Hugues Duroy de La Chaumareys. Como todos los que habían tomado parte en el golpe de mano contra la República, este noble cambió, en el momento del proceso, su natural orgullo en una mansedumbre sorprendente. Acusado de traición a la patria, declaró que él no era emigrado, que su propósito había sido siempre respetar la República contra la cual jamás se había levantado en armas. Estas mentiras permitieron que salvara su cabeza el futuro comandante de la fragata *Méduse* y que en la historia marítima el nombre de Duroy de La Chaumareys quedara como el más tristemente célebre.

La historia de la *Méduse* bastará para dejar maltruchas las convicciones de aquellos que afirman que el hombre (ese animal superior) es fundamentalmente bueno y que la civilización lo ha despojado, hasta las raíces, de su ferocidad primitiva. Los que gustan de sacar conclusiones morales de los hechos históricos podrán sin esfuerzo observar en el caso de la *Méduse*,

que el destino preparó su tragedia nada más que con el material *hombre*, dejando completamente de lado la furia de los elementos naturales. La *Méduse* era una espléndida fragata y su viaje se realizó enteramente bajo un cielo azul y al impulso de vientos favorables. El destino dejó que los hombres actuaran solos, que corrieran a su pérdida por su propia voluntad, y para que nada faltara en el cuadro, la inconsciencia y la estupidez fueron preludio de la cobardía, de la ferocidad y de la abyección.

Luis XVIII, apenas llegado al trono, se ocupó en favorecer a los realistas que regresaban de la emigración, colocándolos en los mejores puestos, sin atender a su capacidad, sino a la importancia de sus nombres. Para esta tarea, que debía asestar a la marina francesa golpes fatales, encontró un colaborador excelente en el vizconde de Bouchage, su Ministro de Marina, para quien resultaba un placer expulsar a los marinos de la República y del Imperio, con objeto de substituirlos por los emigrados. Estos, en su destierro, habían permanecido alejados de la vida del mar durante largos años.

Así, cuando en 1816 se trató de enviar una expedición al Africa Occidental, con el fin de tomar posesión de las colonias senegalesas que los ingleses acababan de devolver a Francia de acuerdo con el tratado de 1814-15, se designó como jefe de la expedición el importante señor Duroy de Chaumareys, elevado de golpe a la categoría de capitán de fragata. Ya hemos visto cómo Chaumareys, uno de los lamentables héroes de Quiberón, había salvado su cabeza —para desgracia de la marina de Francia—, gracias a sus cobardías y mentiras.

La flota se compuso de la fragata de 14 cañones la *Méduse*, nave capitana, mandada por Chaumareys; de la corbeta *Echo*, de la gabarra *Loire* y del brick *Argus*. Una mañana de buena brisa y cielo despejado, exactamente el 17 de junio de 1816, la flota aparejó en la isla de Aix, rumbo al Senegal.

A bordo de la *Méduse* viajaban el gobernador de la colonia, coronel Julien Schmaltz, acompañado de su esposa y una hija, numerosos técnicos, hombres de ciencias y militares que tenían la misión de organizar la nueva colonia, y 300 hombres de tropa.

La *Méduse* era un fino velero y nada hacía presumir en aquella espléndida mañana del 17 de junio, que su nombre iba a quedar como la evocación de la más siniestra aventura marítima de todos los tiempos.

Entre los viajeros iba un tal Richefort, oficial que no formaba parte de la dotación del barco y que había pasado diez años prisionero en los pontones ingleses. Este Richefort que, según parece, había conocido en su juventud a Chaumareys, se acercó al capitán desde el momento de embarcarse y le colmó de halagos y alabanzas. Chaumareys, ignorante y vanidoso, no encontró nada mejor que dejar la suerte de la *Méduse* en manos de su amigo, librándose así de una preocupación. Richefort afirmaba

conocer las costas del Senegal como la palma de su mano.

Así el destino iba colocando en su sitio cada uno de los personajes del drama que había preparado.

La *Méduse* cortaba el mar azul con su fina proa; el capitán y su consejero paseaban por el puente de mando comentando los acontecimientos de la corte; el gobernador Schmaltz, en su cabina, hacía números, estudiando la mejor manera de explotar la colonia en provecho de su bolsillo; la oficialidad de la nave celebraba conciliábulos para criticar a Chaumareys, cuya impericia era manifiesta, y en el entrepuente los 300 soldados celebraban el viaje con cantos y bromas.

Mucho se ha escrito sobre el drama de la *Méduse*. Algunos autores afirman que esos soldados formaban una partida de forajidos reclutados entre la canalla de todos los ejércitos; otros, por el contrario, sostienen que eran individuos de tropa ni mejores ni peores que los que en aquellos tiempos buscaban en la guerra una manera de vivir. Lo cierto es que, buenos o malos, fueron ellos los que proveyeron la mayor cantidad de víctimas para el drama.

La incapacidad del capitán se puso de manifiesto apenas comenzado el viaje: a consecuencia de sus malas maniobras, la *Méduse* no pudo franquear el paso entre la isla de Oleron y la de Ré y toda la escuadra tuvo que anclar allí para esperar vientos más favorables. Dos horas después se aparejó de nuevo y la *Méduse* logró esquivar penosamente el banco de Antiochas. El viento cambió bruscamente y fuertes ráfagas del Oeste amenazaron arrojar los navíos a la costa. A las 10 horas, los oficiales de la nave capitana se dieron cuenta de que la ruta seguida, navegando a la bolina, los llevaba derecho sobre el arrecife conocido con el nombre de Roches Bonnes. Después de mil dificultades se logró sortear el peligro y alcanzar alta mar.

Los oficiales, que miraban ya con malos ojos a su jefe, pudieron, después de este primer día de navegación, apreciar su incompetencia y su porfía. Desde ese momento se estableció un divorcio absoluto entre Chaumareys y sus hombres. Estos, vejados por la actitud del noble y por el favoritismo que mostraba hacia Richefort, se propusieron abandonarlo a sus propios recursos.

Sin embargo, la navegación continuó sin otros contratiempos, a pesar de que la oficialidad no dejó de comentar desfavorablemente un hecho extraordinario: a partir del cabo Finisterre, la *Méduse* empezó a distanciar cada vez más el resto de la escuadra. La *Loire* y el *Argus* no tardaron en perderse de vista y sólo la corbeta *Echo*, rápido velero, comandado por el capitán de fragata Cornet de Venancourt, continuó en la estela de la *Méduse*. La oficialidad de Chaumareys no se explicaba por qué razón el navío jefe abandonaba así el resto de la escuadra ni a qué obedecía esa navegación desordenada.

Los supersticiosos que iban a bordo y que se hallaban ya bastante inquietos, sufrieron un rudo golpe la mañana del 23, cuando un grumete de 15 años cayó al mar. Se señaló el accidente a la *Echo*, pero la corbeta no pareció haberse dado cuenta de ello. En realidad, la señal debía haber sido apoyada por un disparo de cañón que no pudo hacerse a causa de que la pólvora se hallaba en el fondo de la cala. Se quiso remediar esta negligencia poniendo la fragata al paio y echando un bote al mar. Pero fué ya demasiado tarde: el bote regresó sin haber encontrado al muchacho.

El 26, Chaumareys ordenó aferrar velas, pues, según sus cálculos, la fragata se encontraba en las proximidades de Madera. El infalible Richefort afirmaba que era necesario navegar con grandes precauciones para evitar el arrecife llamado Ocho Rocas, señalado en las cartas entre los 34°-45' Norte y los 34°-30' Sur. Sin embargo, sólo en la tarde del día siguiente los vigías señalaron la isla, lo cual vino a demostrar que el comandante había cometido un error de 30 millas.

El 29 se declaró un incendio. La negligencia del panadero fué causa de que el fuego prendiera en el entrepuente de la fragata. Se logró dominarlo, pero a la mañana siguiente volvió a prender, con tanto ímpetu que se hizo necesario destruir el horno para evitar que lo consumiera todo.

Por fin la *Méduse*, a la cual la *Echo* vino a reunirse, fondeó en la bahía de Santa Cruz de Tenerife y el 1.º de julio dobló el Cabo Blanco, festejándose entonces el paso del Trópico a la manera de aquellos tiempos: un marinero se vistió de indígena y en la cubierta de la fragata tripulantes y pasajeros realizaron una cantidad de farsas.

Chaumareys, aconsejado por su inseparable favorito, se aventuró en el peligroso golfo de San Cipriano, a la vista de tierra. Algunos autores afirman que si la fragata no encalló en ese momento, fué gracias a la energía del oficial de cuarto, Lapeyrère, que, contraviniendo las órdenes del capitán, ordenó cambiar el rumbo. Otros atribuyen a los oficiales Coudin y Griffon el haber evitado la catástrofe.

Por la noche, los vigías de la *Méduse* distinguieron luces a babor: era la *Echo* que, viendo a la nave capitana aventurarse equivocadamente en aquellos peligrosos parajes, trataba de ponerla sobre aviso. Chaumareys y su amigo consideraron superfluo hacer caso de semejantes señales y continuaron adelante. Al amanecer se vió la *Echo* navegando a estribor de la *Méduse* y pronto se perdió de vista.

Los pasajeros y oficiales que conocían los peligros del golfo de San Cipriano hicieron repetidas advertencias al capitán y, ante la indiferencia de éste, se lamentaban asegurando que corrían a la muerte. Chaumareys, entregado en absoluto a la opinión de Richefort, respondió a todas las advertencias ordenando navegar al Sudeste.

La maniobra inquietó de tal manera a los oficiales Maudet y Lapeyrère, que subieron al puente de mando y pidieron enérgicamente que se cambiara de ruta. Chaumareys, deseoso de quitarse de encima a los nerviosos muchachos, ordenó echar la sonda. La profundidad se mostró suficiente y el viaje continuó con la completa satisfacción del capitán y de su amigo.

Sin embargo, los menos conocedores de las cosas náuticas notaban que el mar ya no era azul, sino de un color amarillento, y que a la ola profunda de alta mar había sucedido una ola larga y baja que se arremolinaba a veces en embudos arenosos.

Hacia mediodía, el oficial de cuarto, Maudet, tomó la altura y espantado corrió a dar cuenta al capitán de sus observaciones: según él, la fragata se encontraba ya sobre el banco de Arguin. Chaumareys se echó a reír y ordenó al importuno que despejara el puente de su desagradable presencia. Pero el oficial no cedió y ordenó echar la sonda. Cuando el marinero anunció dieciocho brazas, Chaumareys palideció, corrió desatentado de un lado a otro y por fin ordenó aferrar algunas velas de babor y lanzar otra vez el plomo. Esta vez, el grito del marinero anunció la condenación de la nave:

—¡Diez brazas!

—¡A la capa, a la capa! —aulló desesperadamente el comandante.

Pero era ya demasiado tarde: la fragata se estremeció al rozar el banco de arena con su quilla, luego sufrió un choque formidable y quedó inmóvil.

El sol, desde un cielo sin nubes, iluminaba el mar tranquilo; la naturaleza contemplaba cómo el que se cree su rey se destruía por sí mismo.

Maudet, furioso, gritó a su jefe:

—¡Ved a dónde nos ha conducido vuestra porfía!

Mientras el joven marino se permitía este desahogo bien explicable, el pánico y la confusión empujaban a los pasajeros de la fragata de proa a popa y de babor a estribor. La gente de las cabinas imploraba la clemencia de Dios y los 300 soldados, menos metafísicos, juraban y amenazaban a Chaumareys y a su consejero.

En medio de esta confusión, se vió un cuadro de estoicismo: el gobernador Schmaltz, su esposa y su hija se habían reunido y, con las manos entrelazadas, contemplaban serenamente la batahola. Se diría que el gobernador pensaba en aquel instante que sus vidas estaban aseguradas. ¿No había allí 300 infelices que podían perecer para que la gente de importancia se salvara?

Era la mañana del 2 de julio, a la hora de la alta mare, de modo que no había esperanza de que la *Méduse* pudiera reflotar por sí misma. Chaumareys consultó a sus oficiales, y después de haber logrado tranquilizar un poco al enloquecido pasaje, se empezaron a intentar algunas maniobras para desencallar. Se empezó

por aligerar la fragata, arrojando al mar las gavias y las vergas; los mástiles fueron cortados y siguieron también el camino del agua; pero como la nave no zafaba, se dieron órdenes para arrojar la artillería y la carga pesada. En ese momento, el gobernador, saliéndose del cuadro de estoicismo que con tanto cuidado había compuesto, se adelantó lleno de majestad y declaró que en nombre del rey prohibía ese despilfarro vergonzoso; para él, lo importante era salvar lo que representaba francos. Se obedeció, como era natural, a la voluntad del señor gobernador y se buscó otro camino de salvación: el día 3 se fondeó un ancla a proa y se trató de virar sobre ese punto de apoyo con ayuda del cabrestante, pero el ancla cedió. Se fondeó entonces otra de serviola por medio de una chalupa. Sea porque fué mal enganchada o porque el fondo no tenía resistencia, esta ancla fué también arrancada. Otras dos corrieron la misma suerte.

Al día siguiente se celebró una nueva conferencia, pero en ésta, el gobernador Schmaltz tomó la directiva. El pusilánime Chaumareys se mostró incapaz de juzgar por sí mismo las posibilidades que existían de salvar las vidas confiadas a su honor de marino. En realidad, Chaumareys no había comandado jamás la *Méduse*: primero su gobierno había estado en manos de Richefort; ahora caía en las de Schmaltz.

El gobernador, cuya ignorancia de las cosas del mar y cuya petulancia superaban aún las de Richefort, declaró que era necesario abandonar el barco. La oficialidad no fué capaz de oponerse a tan absurdo propósito: todo el mundo se plegó a la voluntad del poderoso gobernador. Como los botes no eran suficientes para embarcar los 400 pasajeros de la *Méduse*, Schmaltz propuso construir una balsa y él mismo dibujó el plano. La idea pareció excelente a todo el mundo y el gobernador se retiró del consejo más convencido que nunca de sus capacidades innumerables.

Al día siguiente se empezó la construcción de la balsa conforme al plano de Schmaltz; los dos masteleros de gavia fueron colocados paralelamente para formar los costados; en el interior y en el mismo sentido se colocaron cuatro vergas, tan largas como los masteleros. Este conjunto longitudinal fué enlazado por cinco palos principales que sobresalían más o menos tres metros de cada lado y que harían la balsa completamente impropia para toda maniobra. Infinidad de maderos fueron clavados sobre la armazón para formar una sólida cubierta. Con objeto de dar a esta absurda construcción un vago aspecto marinerío, se colocaron en un extremo dos vergas de juanete, formando una especie de proa. Mal que bien se instaló una arboladura con el juanete y el sobrejuanete. La balsa medía veinte metros de largo por siete de ancho. Schmaltz inspeccionó la construcción y se declaró perfectamente satisfecho.

El destino seguía moviendo sus piezas metódicamente para que la tragedia se consumara. Entre los oficiales de la *Méduse* no hubo uno capaz de increpar a Chaumareys y recordarle que el deber de un capitán es no abandonar su nave mientras ésta se mantenga a flote; no hubo uno capaz de hacer ver a esos ignorantes que la idea de construir una balsa para embarcar en ella 150 personas era un disparate, pues tan enorme máquina no podría ser remolcada con mar tranquilo y con mar gruesa se convertiría en un peligro para las otras embarcaciones. Chaumareys, hombre sin carácter, elevado a su puesto por favoritismo, no sabía ni podía hacer nada. Había permanecido 25 años alejado del mar y en ese momento no pensaba sino en salvar su piel. Jamás pasó por su cabeza la única idea salvadora: la de permanecer a bordo de la *Méduse* y enviar a San Luis de Senegal una de las chalupas en busca de socorro.

Antes de abandonar la fragata se intentó un último esfuerzo: se arrojaron al mar numerosos sacos de harina, barriles de agua y sacos de pólvora, pero se guardaron siempre los cañones y la carga pesada, de acuerdo con la voluntad de Schmaltz. Luego se fondeó un ancla a proa y otra a babor para tratar de hacer que el casco se deslizara sobre la arena. Bajo el esfuerzo unido de todos los hombres, la *Méduse* efectuó un ligero movimiento de babor. La esperanza duplicó las fuerzas de cada uno, y la fragata, deslizándose más o menos doscientos metros, puso su proa a flote. Algunos se creyeron liberados; pero pronto se dieron cuenta de la esterilidad de sus esfuerzos: la nave se hallaba ya muy cerca de una de las anclas y era inútil continuar tirando de ella, pues no se habría obtenido más que arrancarla. Descorazonados, pasajeros y tripulantes abandonaron los cabrestantes y la *Méduse* volvió a quedar inmóvil.

Para liberar la nave habría sido necesario aligerarla de la artillería y de la carga pesada y fijar una espía a mucho mayor distancia; pero Chaumareys y Schmaltz eran incapaces de actuar con eficacia y los oficiales incapaces de oponerse a sus torpes decisiones. La disciplina de a bordo estaba desquiciada; todos se mostraban nerviosos y deprimidos; se daban órdenes y contraórdenes. Faltaba allí un verdadero hombre de mar cuya energía y serenidad habrían resuelto los problemas que para los favoritos de Luis XVIII eran insolubles.

Al caer la tarde del día 4, se consideró que la nave estaba completamente perdida. Los jefes dieron la orden de que al amanecer la *Méduse* fuera abandonada. Los ecos de esta orden despertaron inquietudes y recelos. Al llegar al entrepuente donde se encontraban los 300 soldados, la agitación prendió con rapidez. Un inmenso coro de voces coléricas subió hasta las cabinas y pronto el puente se vió invadido por los soldados en franca revuelta.

Los autores que se han ocupado de este ca-

so, presentan a esos hombres como una banda de facinerosos, y al afanarse en describirlos así, parece que trataran de convencer a los lectores de que no hay mucho que lamentar la pérdida de tales bandidos. La verdad es, sin embargo, que se trataba de un cuerpo colonial como todos los de la época. Si formaban parte de él no pocos aventureros, ellos estaban sometidos a un despotismo cruel más que a una disciplina razonable, pues la Revolución no había modificado esencialmente el viejo régimen militar. Los jefes, pertenecientes todos a la aristocracia, parecían convencidos de que constituían una raza superior; no veían en sus soldados más que una tropa de bestias que podían enviar al sacrificio sin ningún escrúpulo.

Los terribles bandidos que nos presentan algunos autores se mostraron, sin embargo, bastante razonables y se dejaron, al día siguiente, embarcar en la siniestra máquina ideada por el coronel Schmalz. He aquí cómo se procedió para evacuar las 400 personas que viajaban en la *Méduse*:

En la gran chalupa de 14 remos embarcaron el coronel Schmalz, su mujer, su hija y varios funcionarios con sus equipajes, el teniente Reynaud, los subtenientes Chaudiere y Berbontin y el comandante Poincignon. Aquella chalupa que hubiera podido contener mucho mayor número de náufragos, sólo fué ocupada por 35 con objeto de que el señor gobernador dispusiera de espacio.

La chalupa mayor, también de 14 remos, fué ocupada por el subteniente Lepeyre, el secretario Picart, su mujer, sus seis hijas y otros miembros de la administración colonial. Total, 42 personas.

La chalupa del comandante, de 12 remos, fué ocupada por 28 personas, entre las cuales se contaban Chaumareys y el aspirante Rang.

La chalupa de 8 remos fué ocupada por 25 personas, al mando del teniente Maudet.

La yola recibió al ingeniero Chasteluz y 13 pasajeros más.

Finalmente, la última chalupa, que se encontraba en mal estado y había sido reparada de prisa, recibió 45 personas, al mando del teniente Espiaux.

La idea era que las chalupas remolcaran la balsa, en la cual debían embarcarse 152 personas. Las tripulaciones de las chalupas deberían ir a la balsa a hacer sus comidas, para lo cual ésta iba a ser abastecida suficientemente. El comando de la balsa fué confiado al aspirante de 1.ª clase Jean Daniel Caudin, de 23 años de edad y que sufría de una grave contusión en la pierna.

El embarco empezó a efectuarse en el mayor desorden. Las provisiones, acumuladas desde el día anterior en la cubierta de la fragata, fueron arrojadas en gran parte al mar. Numerosos soldados, aprovechando la confusión, abrieron algunas barricas de vino y, como si presintieran la suerte que los esperaba, se emborracharon, aumentando el tumulto. Atrope-

llándose, los náufragos se precipitaron a la balsa, tan bruscamente que ésta no pudo resistir el peso y hundió sus extremos más de setenta centímetros bajo el agua. Creyéndose perdidos, los desgraciados trataron de ganar de nuevo la fragata. Los gritos de espanto, los aullidos y las injurias atronaban el aire. Muchas personas cayeron al mar y costó grandes esfuerzos salvarlas. Con gran trabajo, los oficiales lograron restablecer el orden y, por fin, la siniestra embarcación recibió su pasaje compuesto de 152 personas.

Entre ellas se encontraba el ingeniero-geógrafo Alexandre Corréard quien, con la colaboración del cirujano de marina J. B. Henri Savigny, redactó más tarde sus recuerdos de la tragedia. Lo más prudente, a partir de este momento, es dejar la palabra al propio monsieur Corréard:

Este cuenta cómo, viendo que la balsa se hundía, los soldados arrojaron al mar las cajas de harina que debían constituir su alimento. Aligerado de este peso, el aparato flotó mejor. En el momento de embarcarse, Corréard interpeló a un oficial que se hallaba aún en la fragata, preguntándole si había puesto en la balsa instrumentos de navegación y cartas.

—Estáis provistos de todo lo necesario —respondió el oficial, cuya única idea era la de salvar su piel.

“Estábamos tan apretados unos contra otros —escribe Corréard, en su pequeño libro publicado en 1817—, que era imposible dar un solo paso; en la parte de adelante y de atrás de la balsa teníamos el agua hasta la cintura. En el momento que nos separábamos de la fragata, se nos arrojaron 25 libras de galleta en un saco que cayó al mar. Lo recogimos con gran trabajo, aunque no formaba más que una masa. Algunos de nosotros tuvieron la sabia precaución de amarrar las barricas de agua y vino y velar por su conservación”.

Mientras la balsa se alejaba, unos sesenta hombres quedaban sobre la *Méduse*. Excitados por el peligro, habían desfondado algunos toneles de vino y se habían emborrachado. Sus saltos grotescos, sus gesticulaciones formaban un espectáculo extravagante. Injuriaban a los que partían, lanzaban aullidos estridentes y producían un tumulto infernal. Algunos pretendieron disparar contra las chalupas. El ingeniero Brédif, que parece haber sido hombre de gran poder de convicción, logró, no sin gran trabajo, que arrojaran sus armas al mar.

El embarco del gobernador dió lugar a una escena grotesca: los náufragos, estupefactos, vieron al importante personaje confortablemente sentado en un sillón que algunos marineros bajaban hasta la chalupa por medio de una polea. Su aire severo, su mirada patricia, su empaque señorial, demostraban que, ni aún en aquellas trágicas circunstancias, un gobernador del rey olvida su rango.

Chaumareys, menos dueño de sí, bajó de

cualquier modo por uno de los cordeles de proa. El buen hombre no estaba en aquellos momentos para solemnidades; su única preocupación era salvar la vida que ya una vez había logrado defender con otra acción cobarde. Al verlo bajar de aquella manera, con los faldones de su casaca al viento, un clamor de burla y de amenaza se levantó de entre los hombres que habían quedado a bordo de la fragata.

El personaje se volvió hacia ellos apostrofándolos:

—Queda establecido que permaneceréis a bordo por vuestra voluntad. ¿Reconocéis delante de testigos que os negáis a abandonar la nave?

Un contra maestre, desde la *Méduse*, gritó:

—Declaro delante de testigos que la fragata hubiera podido ser reflotada si se hubiera sacrificado la artillería y la carga, y que en el estado en que se encuentra, su comandante no tiene derecho a abandonarla.

Terminando de hablar, el contra maestre, que parecía más dispuesto a la acción que a la oratoria, cogió una carabina y apuntó a Chaumareys. Brédif logró arrancarle el arma.

Al fin las canoas desatracaron de la nave bajo la lluvia de injurias que caía sobre el comandante. Este, dirigiéndose a los naufragos que ocupaban la balsa, les gritó:

—Os prometo, señores, que en ningún caso os dejaremos abandonados. Vamos a remolcaros y navegar en conjunto. ¡Viva el rey!

—¡Viva el rey! —respondieron los de la balsa, y uno de ellos enarboló un pequeño pabellón flordelisado en el cañón de un fusil.

Sin embargo, el capitán no se atrevió a alejarse desdenosamente y, dirigiéndose a la gran chalupa, ordenó al teniente Espiaux que volviera hacia la *Méduse* y obligara a todos los que allí quedaban a embarcarse. Espiaux volvió, pues, al casco encallado, pero, a pesar de todas sus intimaciones, 17 hombres se negaron a abandonar la *Méduse*.

La canoa mayor emprendió la tarea de remolcar la balsa, pero bien pronto los marinos se dieron cuenta de que aquello era mucho más dificultoso de lo que habían pensado. En efecto, la enorme construcción se atravesaba en las olas y su peso era tal que apenas se lograba avanzar a costa de enormes esfuerzos. La canoa de Maudet se puso también a la obra, pero no logró mejorar la situación.

El teniente Espiaux, al regresar del casco varado, se dió cuenta de que su chalupa, sobrecargada al extremo, se hallaba en peligro de zozobrar. Pidió socorro, pero nadie, desde las otras embarcaciones, se prestó para aligerarlo ni siquiera de algunos naufragos. Incapaz de gobernar adecuadamente su chalupa demasiado cargada, Espiaux estuvo a punto de chocar con la que mandaba Maudet. Este evitó la colisión cortando la amarra que lo unía a la canoa mayor. Sea porque esta maniobra fué mal interpretada, sea porque Schmaltz se había dado cuenta de que el proyecto de re-

molcar la balsa era imposible, de pronto el gobernador ordenó cortar la espía y se alejó a fuerza de remos y velas a reunirse con la chalupa de Chaumareys, quien, según parece, jamás pensó tomar parte en el remolque. Maudet, viendo esta maniobra, se alejó sin intentar recoger el cable. Sólo Espiaux, a pesar de hallarse en pésimas condiciones de navegación, intentó acercarse a la balsa, pero sus hombres se opusieron, diciéndole que los naufragos, desesperados, harían fuego sobre ellos. Espiaux tranquilizó a su gente, prometiéndoles que sólo se acercarían a una distancia que no ofreciera peligro con el objeto de dar un ejemplo a las otras embarcaciones.

La maniobra de Espiaux no dió ningún resultado: las otras chalupas se alejaban ya velozmente. ¿Qué hacer? La embarcación de Espiaux, cargada casi hasta hacer agua, era impotente para remolcar por sí sola la enorme balsa en la cual 152 personas se apretujaban. No había más que una resolución posible y ésa fué la que el teniente tomó: alejarse también de la balsa.

Los tripulantes de ésta se hallaban estupefactos, sin atreverse a suponer que se les abandonaba. El hecho era demasiado monstruoso para que aquellos infelices pudieran aceptarlo. Viendo las chalupas cada vez más pequeñas en la lejanía, pensaron que habían descubierto alguna nave y que volaban en busca de socorros. Confiados en esta idea vieron desaparecer en el horizonte las chalupas, pero cuando las horas pasaron sin que ninguna vela surgiera, la terrible realidad enloqueció a aquellos infelices. De un golpe se presentó en sus cerebros la imagen del porvenir: los días interminables sobre aquellas tablas quemadas por el sol tropical, el hambre, la sed...

Según parece, quien impuso su energía a bordo de la balsa desde el primer momento fué Savigny. Algunos autores lo han acusado de crueldad y lo muestran como el responsable de los trágicos sucesos que se desarrollaron más tarde. Lo que resulta evidente es que este hombre logró reunir un grupo formado por oficiales, suboficiales, contra maestres de talleres y pasajeros y oponer este grupo, más sereno y disciplinado, a la turba furiosa de soldados. Fué ese grupo, que podemos llamar *dirigente*, el que logró calmar a los infelices a quienes el abandono de las chalupas enloquecía. Después de restablecer un orden precario, se dieron a la tarea de buscar los instrumentos de navegación y las cartas de que se creían provistos. No encontraron nada: los oficiales de la *Méduse* no habían prestado la menor atención a este detalle.

Corréard recordó entonces que uno de los hombres de su equipo poseía una brújula. Fué en su busca y, en efecto, el individuo, que era un jefe de taller, llevaba atada al cuello con una cadenita una brújula diminuta. El encuentro de aquel instrumento hizo renacer

la esperanza en los infelices, ansiosos de cualquier detalle que pudiera mostrarles un vago camino de salvación. Corréard se apresuró a dar la brújula a Coudin; pero el aspirante, que sufría horriblemente a causa de su herida, la tomó en sus manos temblorosas y la dejó caer. El pequeño instrumento se deslizó entre las maderas de la balsa y desapareció en el agua.

Toda aquella gente había dejado la *Méduse* sin tomar ningún alimento, de modo que bien pronto el hambre empezó a hacerlos sufrir. En la primera comida se consumió toda la galleta que existía a bordo. La ración de vino fué fijada a tres cuartos por día. Las horas pasaron lentamente bajo el cielo quemante que hería los ojos, sobre el mar desierto, que a la caída de la noche empezó a agitarse furiosamente. Grandes olas levantaban la balsa y la dejaban caer en sus abismos profundos. No había a bordo un lugar seco y las 152 personas se apretaban unas contra otras, cayéndose y levantándose. Algunos hombres estuvieron obligados a amarrarse para no ser arrastrados por la fuerte marejada.

En medio de la noche creyeron distinguir los fuegos de un navío. La esperanza volvió a renacer y algunos de los más animosos encendieron algunos trozos de madera y dispararon sus pistolas. Pero los fuegos, que acaso no habían sido sino ilusión, desaparecieron.

"Luchamos contra la muerte toda esa noche, aferrándonos a los cordeles que estaban sólidamente atados —escribe Corréard—. Empujados por las olas de adelante a atrás y de atrás a adelante, algunas veces precipitados en el mar, flotando entre la vida y la muerte, gimiendo sobre nuestro infortunio, seguros de perecer; disputando, sin embargo, un resto de existencia a ese elemento cruel que amenazaba tragarnos; tal fué nuestra posición hasta el amanecer. Se oían a cada instante los gritos lamentables de soldados y marineros; se preparaban a la muerte, se daban sus adioses e imploraban la protección del cielo, dirigiendo fervientes oraciones a Dios. Todos hacían promesas, a pesar de la seguridad que tenían de no poderlas cumplir jamás. ¡Horrible situación! ¿Cómo hacerse una idea de ella que no sea inferior a la realidad?"

"Hacia las siete de la mañana el mar se calmó un poco y el viento dejó de soplar con tanta intensidad; ¡pero qué espectáculo vino a ofrecerse a nuestros ojos! Diez o doce desgraciados cuyas piernas habían sido cogidas por las junturas de las maderas no habían podido zafarse y habían perdido la vida. Varios otros habían sido arrebatados por las olas."

Más tarde Savigny (ya se le ve actuando en jefe) pasó la lista y comprobó la falta de veinte hombres.

Las escenas horribles iban a comenzar desde el segundo día. La tripulación de la balsa comenzaba a enloquecer bajo el sol ardiente, privada de alimentos y disponiendo apenas de

bebida. Corréard escribe: "Dos jóvenes grumetes y un panadero, no temiendo darse la muerte, se arrojaron al mar, después de haberse despedido de sus camaradas. La moral de los hombres estaba ya singularmente alterada: unos creían ver tierra; otros veían navíos que venían a salvarnos; todos nos anunciaban con sus gritos estas visiones engañosas".

Sin embargo, el día transcurrió en relativa calma, ya que muchos esperaban aún el regreso de las chalupas. Pero a la caída de la noche el mar se puso tempestuoso y la balsa fué sacudida más violentamente que la noche anterior. Montañas de agua caían sobre los miserables, que se apretujaban en el centro de la balsa, único lugar que parecía sólido. Felizmente el viento soplaba de popa y la violencia de las olas se hallaba amortiguada por la rapidez con que la embarcación se deslizaba. Algunos hombres, arrastrados por el agua, pasaban de la proa a la popa. El hacinamiento de cuerpos en el centro de la máquina era tal, que varios hombres murieron ahogados por el peso de sus compañeros.

Pero la desesperación iba a tomar bien pronto otro carácter: algunos soldados, seguros de morir, quisieron aturdirse y, precipitándose sobre los toneles de vino, bebieron hasta perder la razón. Entonces pretendieron apresurar el fin inevitable y decidieron destruir la balsa. Uno de ellos, armado de un hacha, empezó a golpear las amarras para separar las maderas. Savigny y su grupo, del cual formaba parte, como ya hemos dicho, la gente más serena y disciplinada, resolvieron defender sus vidas hasta el último momento. Se precipitaron sobre el marinero que pretendía cortar las amarras y lo atravesaron de una estocada. Esta fué una señal de lucha a muerte: los soldados empuñaron sus armas y se precipitaron contra el grupo *dirigente*. Corréard dice: "Animados por la desesperación, uno de los rebeldes levantó su arma contra un oficial; cayó inmediatamente bajo nuestros golpes. Esta actitud decidida impresionó un instante a los furiosos, pero no disminuyó su rabia. Cesaron de amenazarnos y de presentarnos un frente erizado de sables y de bayonetas y se retiraron a popa para madurar su plan. Uno de ellos, fingiendo descansar sobre los pequeños baluartes que formaban los costados de la balsa, procuró cortar las amarras con su cuchillo. Advertidos por un sirviente, nos precipitamos sobre él. Un soldado quiso defenderlo y asestó un golpe de cuchillo a un oficial, logrando sólo desgarrarle los vestidos. El oficial se volvió con rapidez y cogiéndolo en sus brazos lo precipitó al mar junto con su camarada.

"Desde ese momento no hubo más luchas parciales: el combate se hizo general. Algunos gritaron órdenes para arriar la vela; una muchedumbre de insensatos se precipitó al instante sobre las drizas y los obenques y logró cortarlos. La caída del mástil casi quebró el mus-

lo de un capitán de infantería que se desplomó sin conocimiento. Inmediatamente los soldados lo arrojaron al mar. Dándonos cuenta a tiempo, lo salvamos y lo depositamos sobre una barrica, de donde fué arrancado por los sediciosos, que pretendieron reventarle los ojos con un cortaplumas. Exasperados con tanta crueldad, no tuvimos más miramientos y cargamos con furia. Sable en mano atravesamos las filas de soldados y muchos de ellos pagaron con sus vidas un instante de perturbación. Muchos pasajeros, en esos graves momentos, desplegaron coraje y sangre fría.

"Después de medianoche la batalla volvió a reanudarse. Los soldados cargaron de nuevo, pero los pasajeros y oficiales, bien armados, resistieron. Los que no disponían de armas empleaban los dientes, y así Savigny recibió mordiscos profundos en la pierna y en un hombro. Los *dirigentes* cargaron a su vez y la balsa quedó cubierta de cadáveres. Muchos hombres cayeron al mar."

Corréard describe aquella escena: "Uno de nuestros obreros fué cogido por cuatro revoltosos que pretendían echarlo al agua. Uno de ellos lo había cogido por la pierna derecha y le mordía cruelmente el tendón por encima del talón. Los otros le asestaban fuertes golpes de carabina. Sus gritos nos hicieron volar en su socorro. Momentos después una nueva carga de los revoltosos hizo caer en sus manos al teniente Lozach, a quien tomaban por el teniente Danglas, que había abandonado la balsa en el momento de dejar la fragata. La tropa detestaba a ese oficial, reprochándole el haber tratado a sus hombres duramente cuando se hallaban de guarnición en la isla de Ré. Las circunstancias habrían sido favorables para que saciaran el furor y la sed de venganza que los devoraba. Creyendo encontrarlo en la persona de monsieur Lozach, pretendían arrojarlo al mar".

Corréard cuenta en seguida cómo lograron libertar al infortunado teniente y las penas infinitas que les costó conservarlo, pues los rebeldes, sin querer convencerse de que no era Danglas, lo reclamaban sin cesar y hacían esfuerzos desesperados para apoderarse de él. Podemos imaginarnos el estado de ánimo en que se encontraría el buen hombre y cómo detestaría en ese momento a Danglas, con quien los otros se obstinaban en confundirlo.

Toda la noche la pasaron los náufragos entregados a la poco piadosa tarea de darse muerte mutuamente. Si el pequeño grupo *dirigente* logró defenderse con éxito, fué porque los soldados, ebrios y enloquecidos, se arrojaron a la lucha sin orden ni control. Para hacer la guerra, aun sobre una balsa, se necesita táctica y disciplina.

Al día siguiente la balsa se encontraba considerablemente aligerada de pasajeros. El sentimiento que hace al hombre diferenciarse de los animales, según algunos moralistas, su solida-

ridad ante el peligro, su bondad fundamental, se habían manifestado ampliamente, como acabamos de ver. A las primeras luces del alba, los sobrevivientes se dieron a la tarea de engordar a los tiburones que rodeaban la balsa, arrojando los cadáveres de sus compañeros.

El día se pasó en medio de grandes angustias. Un señor de nombre Griffon se volvió repentinamente loco y se arrojó dos veces al mar, siendo salvado por los *dirigentes*. Las escenas más extrañas empezaron a desarrollarse al caer la noche. Los náufragos enloquecían a causa de la sed. Nadie mejor que el testigo Corréard puede narrar esas emociones.

"He aquí —dice— lo que monsieur Savigny experimenta al caer la noche: sus ojos se cerraban a pesar suyo y sentía un adormecimiento general. En este estado, imágenes rientes mecían su imaginación. Veía en torno suyo una tierra cubierta de verdes plantaciones y se encontraba con seres cuya presencia halagaba sus sentidos. Razonaba sin embargo sobre su estado real y comprendía que sólo la voluntad podía arrancarle de esta especie de aniquilamiento. Pidió vino a un contramaestre cañonero de la fragata, quien se lo procuró, y pudo así librarse de su estado de estupor. Si los infortunados que sentían los primeros síntomas no tenían fuerzas para combatirlos, su muerte era cierta. Unos se ponían furiosos, otros se arrojaban al mar, dando a sus camaradas sus últimos adioses. Algunos decían: —No temáis nada; parto para buscar socorro y pronto volveré.

"En medio de esta demencia general se vió a algunos infortunados correr contra sus compañeros sable en mano y pedirles "un ala de pollo" o "pan" para calmar el hambre que los devoraba; otros reclamaban sus hamacas para ir, según decían, "al entrepuente de la fragata a tomar un poco de reposo". Muchos se creían a bordo de la *Méduse*, rodeados de los mismos objetos que veían diariamente; otros creían divisar navíos y los llamaban en su socorro, o bien una rada en el fondo de la cual se alzaba una soberbia ciudad."

El mismo Corréard sufrió estas alucinaciones y nos cuenta que se creía recorriendo los campos de Italia. En sus memorias se muestra sorprendido de la presencia de espíritu que tuvo en aquellos momentos para responder a un oficial que le dijo:

—Me acuerdo que hemos sido abandonados por las chalupas, pero no tema usted nada; acabo de escribir al gobernador y dentro de pocas horas seremos salvados.

Corréard, con extraña lógica, respondió:

—¿Dispone usted de una paloma mensajera para llevar sus cartas con tanta rapidez?

Así se pasó la noche, entre gritos de delirio y de horror, mezclados al rumor sordo de las olas que sacudían la balsa furiosamente.

Al amanecer se pudo comprobar que 65 hombres habían perecido. La mayor parte se ha-

bían arrojado al mar empujados por la demencia. Casi todas las víctimas eran soldados; del grupo *dirigente* faltaban sólo dos hombres, pero ningún oficial...

Durante la batalla de la segunda noche se habían arrojado al mar dos barricas de vino y las dos únicas de agua de que los náufragos disponían. No quedaba a bordo más que una barrica de vino, y como los náufragos eran unos setenta, fué necesario ponerse a media ración.

El círculo del horizonte continuaba mostrándose limpio de velas. La única esperanza era que la corriente y el viento arrojaran la balsa hacia la costa. El sol tropical y la sal marina habían irritado espantosamente los ojos de los náufragos; sus cuerpos se cubrían de placas que el agua del mar hacía arder hasta arrancar gritos a los infelices. Cada movimiento les costaba dolores horribles. Como hacía cuarenta y ocho horas que nadie había comido nada, el hambre apretaba de minuto en minuto. En un desesperado esfuerzo, los que aún conservaban un poco de energía trataron de pescar, fabricando anzuelos rudimentarios, pero las lienzas se enredaron en las maderas de la balsa al impulso de la corriente. Arqueando una bayoneta trataron de coger un tiburón, pero el animal mordió la bayoneta y la enderezó con sus dientes.

Y así llegamos al punto culminante de la historia: al episodio que ha dado a la balsa de la *Meduse* su siniestra celebridad. La mayor parte de los autores que se han ocupado del tema lanzan en este momento gemidos lastimeros y piden al cielo piedad para los desgraciados que se vieron en la necesidad de consumir tales horrores. Por nuestra parte, nos abstendremos de tales manifestaciones y dejaremos la palabra a monsieur Corréard, quien con el pintoresco lenguaje de la época da mayor sabor (si es que puede hablarse de *sabor* en estas circunstancias) a las escenas.

"Necesitábamos un medio extremo para sostener nuestra desgraciada existencia —escribe Corréard—; temblamos de horror viéndonos obligados a confesar aquel que pusimos en práctica; sentimos que la pluma se nos escapa de las manos; un frío mortal hiela nuestros miembros y los cabellos se nos erizan. ¡Lector, te suplicamos! ¡No hagas caer sobre estos hombres, abrumados ya por todos los males, el sentimiento de indignación que acaso va a sublevarse en ti; compadécenos más bien y vierte algunas lágrimas sobre nuestra deplorable suerte!

"Los infortunados a quienes la muerte había perdonado en la noche desastrosa que acabamos de describir, se precipitaron sobre los cadáveres que cubrían la balsa, los cortaron en pedazos y algunos los devoraron al instante. Muchos, sin embargo, no los tocaron. Casi todos los oficiales se abstuvieron. Viendo que este horrible alimento había renovado las fuerzas de aquellos que lo habían tomado, se propuso

secar la carne para hacerla más soportable al gusto. Los que tuvieron la suerte de abstenerse tomaron una cantidad mayor de vino. Tratamos de comer las vainas de cuero de los sables y las correas y logramos tragar algunos pequeños pedazos. Algunos comieron trozos de género y otros los forros de cuero de los sombreros a los cuales se había adherido un poco de grasa. Pero fuimos obligados a abandonar estos últimos medios. Un marinero intentó comer sus excrementos, pero no lo logró."

Como el primer deber del hombre blanco es justificar su raza y echar sobre las otras todas las culpas repugnantes, la mayor parte de los que se han ocupado de la balsa de la *Meduse* están de acuerdo en que el que inició el festín de carne humana fué un negro, un soldado llamado Jean Charles (que es posiblemente el que vemos en el famoso cuadro de Géricault, del Museo del Louvre). Si así ocurrió, hay que reconocer que el ejemplo del negro fué seguido sin grandes dificultades por sus compañeros de piel clara.

La noche siguiente fué también terrible, pero los náufragos, libres ya del tormento del hambre, no se acometieron. El agua les llegaba a las rodillas y se aferraban unos a otros para no ser arrebatados por las olas. Al amanecer comprobaron que diez o doce hombres habían muerto durante la noche. Arrojaron los cadáveres al mar, conservando uno solo para alimentarse. Cortaron trozos de carne y la pusieron a secar al sol. Por la tarde una banda de peces voladores cayó sobre la balsa y los náufragos lograron atrapar unos doscientos. Haciendo fuego con un poco de pólvora bajo una barrica, los cocieron y comieron con delicia. Pero doscientos pequeños peces no era mucho para la banda de hambrientos. Se vieron, pues, obligados a agregar al *menu* lo que Corréard, en su lenguaje de la época, llama *vian-da sacrílega*.

El cocimiento hacía menos repugnante la carne humana, pero tuvieron que abandonar pronto este recurso, pues la barrica se inflamó. No quedó otro medio que secar al sol los trozos sanguinolentos.

La noche se anunciaba tranquila, el mar estaba en calma; sin embargo, la fatalidad iba a arrojar aún nuevas desgracias sobre los náufragos.

El único testimonio que existe sobre estos sucesos deriva del pequeño libro de Corréard de que ya hemos hablado, testimonio dudoso para muchos investigadores, los cuales piensan que fué la brutalidad del grupo dirigente la que desencadenó la nueva masacre. Pero, como no tenemos otros documentos, no nos queda más remedio que seguir la narración de los únicos memorialistas. Según éstos, dos soldados, un español y un italiano, fraguaron aquella noche un complot con objeto de apoderarse del dinero y las joyas que habían sido

depositados en un saco común y amarrados al mástil, el cual había sido levantado nuevamente después del primer combate. "La primera señal —escribe Corréard— fué dada por un español que, abrazado estrechamente al mástil, hacía con una mano la señal de la cruz y con la otra sostenía un cuchillo. Los marineros adeptos al grupo de Savigny lo cogieron y lo arrojaron al mar. El criado de un oficial formaba parte del complot; era un italiano salido de la artillería ligera del ex rey de su país. Cuando se dió cuenta de que sus planes habían sido descubiertos, se armó de la última hacha de abordaje que quedaba en la balsa, se envolvió en un manto que llevaba cruzado en el pecho y, yendo hacia la proa, se arrojó al mar por su propia voluntad. Los sediciosos se aprestaron a vengar a sus camaradas; una lucha terrible se entabló de nuevo y de una y otra parte se combatió desesperadamente. Bien pronto la horrible balsa estuvo sembrada de cadáveres y cubierta de una sangre que debía haber sido vertida por otra causa y por otras manos".

Los amotinados volvieron a pedir la cabeza de Danglas, quien, como hemos dicho, no se encontraba a bordo. Lozach, que maldecía semejante confusión, se lamentaba de no poder convencer de su error a los enemigos de su colega.

En el tumulto de la lucha, la única mujer que había en la balsa, una valiente cantinera que había hecho numerosas campañas, acompañando a los soldados franceses durante 20 años, fué arrojada al mar. Coudin, a pesar de los tormentos que le provocaba su herida, logró salvarla, pero la infeliz había sufrido tales lesiones, que ya no se podía esperar que viviera largo tiempo.

En la mañana del 10 de julio no quedaban en la balsa sino treinta naufragos. "El agua del mar —dice Corréard— nos había arrancado casi completamente la piel de las extremidades inferiores; estábamos cubiertos de contusiones o de heridas que, irritadas por el agua salada, nos arrancaban a cada instante gritos agudos, de suerte que, a lo más, veinte de nosotros eran capaces de tenerse en pie y de marchar."

Ese día murió un cadete de marina de 12 años, llamado León, el único inocente entre aquel rebaño de bestias feroces. El muchacho, a pesar de su corta edad, había demostrado gran valor; el año anterior había hecho una campaña en las Indias. El hambre y el sufrimiento lo enloquecieron y se puso a correr de un extremo a otro de la balsa, llamando a su madre, hasta que cayó muerto.

El mismo día, los *dirigentes* tomaron una decisión, que ha motivado a los historiadores muchas frases de condenación, pero que, después de los sucesos que hemos narrado, no puede parecerse extraordinaria. Savigny y los otros se dijeron: "Tenemos a bordo muchos

agonizantes que no podrán salvarse. Para mantenerlos algunas horas más tendremos que sacrificar el poco líquido que nos queda. Dándoles de beber, disminuimos la ración nuestra y no logramos sino prolongar los sufrimientos de ellos. Lo mejor es matarlos desde luego".

La resolución era práctica; el razonamiento, lógico. ¿Para qué dudar más? Siempre quedaba la excusa de que se había querido abreviar los tormentos de los infelices. Savigny dió la orden de proceder. Algunos afirman que fué el mismo negro Jean Charles, ayudado de dos marineros, quien se entregó a la tarea de arrojar al agua a los enfermos y heridos considerados incurables, mientras los civilizados hombres blancos volvían púdicamente los ojos para no ver la repugnante faena.

Monsieur Corréard, cuyos sentimientos humanitarios no dejan un instante de manifestarse en su libro, hace gala una vez más de su retórica florida: "Volvimos los ojos —dice— y vertimos lágrimas de sangre sobre la suerte de los infortunados. Entre ellos se encontraban la pobre cantinera y su marido. Los dos habían sido gravemente heridos en los diferentes combates: la mujer se había quebrado un muslo al ser cogida en la armazón de la balsa y el marido padecía de una herida profunda en la cabeza causada por un sablazo. Todo anunciaba el próximo fin de ambos. Teníamos necesidad de creer que, apresurando el término de sus males, nuestra cruel resolución sólo disminuía en algunos instantes la duración de sus existencias.

"Esta mujer, esta francesa, a quienes militares —militares franceses— daban el mar por tumba, se había asociado durante 20 años a las gloriosas fatigas de nuestro ejército; durante veinte años, sobre los campos de batalla, ella había llevado a los valientes recursos necesarios o dulces consuelos. ¡Y ella..., en medio de los suyos y por mano de los suyos!... Lector, que tiembles al grito de la humanidad ultrajada, recuerda, al menos, que eran otros hombres, compatriotas también, camaradas, quienes nos habían colocado en esta espantosa situación..."

Este arranque lírico de monsieur Corréard le ha valido el ser acusado de hipócrita: sus jeremiadas sobre la suerte de la cantinera han caído muy mal a muchos lectores y comentaristas. Algunos afirman que el último motín que hemos relatado no fué tal motín, sino una reacción de defensa de los soldados ante las horribles ejecuciones que ordenaba Savigny. Según algunos sobrevivientes relataron, los que habían dictado las sentencias se abrazaban y hacían el signo de la cruz cada vez que los verdugos arrojaban al mar una nueva víctima.

La tarea no resultó, sin embargo, tan fácil como se creyó. Así, por ejemplo, el carpintero Lavillet no pareció en absoluto dispuesto a permitir que Savigny abreviara sus sufrimientos. Cuando los verdugos se acercaron para tra-

tar de arrojarlo al mar, Lavillet cogió a uno de ellos y lo ahogó, abrazándose a él y manteniéndole la cabeza bajo el agua; luego, arrojándose contra el otro, que estaba armado de un sable, le arrancó el arma y le partió el cráneo de un sablazo. Viéndolo tan resuelto a defender su vida, Savigny y los oficiales ordenaron que lo dejaran tranquilo.

El noveno día se produjo un acontecimiento extraordinario: una mariposa blanca vino a posarse sobre la balsa. Fué acogida con gritos de delirio como el anuncio de que la tierra se hallaba próxima. Sin embargo, algunos tripulantes, más prácticos, pensaron que el diminuto animal era comestible y trataron de atraparlo. La mariposa, después de haber permanecido un instante sobre el maderamen, emprendió el vuelo y desapareció.

Durante todos esos días el alimento estuvo constituido, naturalmente, por la carne humana. Los memorialistas no insisten sobre el particular, pero su discreto silencio no puede engañarnos. Cada día nuevos cadáveres quedaban tendidos sobre las maderas barridas por las olas, de tal manera que la despensa estaba siempre bien surtida. Los trozos sangrientos que se ponían a secar en las drizas eran renovados constantemente. Reuniendo sus fuerzas, los más capaces construyeron en el centro de la balsa una especie de plataforma para preservarse del golpe del oleaje. Es imposible dejar de sonreír cuando leemos en las memorias de monsieur Corréard esta deliciosa frase: "En ese nuevo teatro nos dispusimos a esperar la muerte de una manera digna de franceses y con una completa resignación".

Los naufragos podían creer que habían pasado ya por todas las torturas y todos los horrores, pero aun les faltaba algo: el líquido se había terminado por completo. ¿Qué hacer? Dejemos la palabra a los memorialistas: "Una sed ardiente, renovada durante el día por los rayos de un sol implacable, nos devoraba: ella fué tal, que nuestros labios desecados sorbían con avidez los orines que hacíamos refrescar en pequeños vasos de hierro blanco. Los recipientes eran colocados en lugares donde había un poco de agua de mar para que se enfriaran con mayor rapidez. Repetidas veces ocurrió que el vaso era robado al que lo había preparado. Se le devolvía a su dueño, pero después de haber bebido el contenido".

¿Asquerosos? ¿Horribles? En casos como éste los adjetivos no tienen ninguna importancia. Si queremos reflexionar sobre la condición humana encontraremos de sobra motivos en estas líneas que agrega Corréard: "Monsieur Savigny pudo establecer que los orines de algunos eran más agradables que los de otros para beber. Un pasajero no pudo jamás decidirse a tragarlos y los daba a sus compañeros. No tenían, verdaderamente, un gusto desagradable".

Así transcurrían los días sobre la balsa de

la *Medusa*. La vida y la muerte habían perdido sentido para aquellos hombres. Algunos se bañaban a la vista de los tiburones que rodeaban la embarcación; otros se colocaban en la parte delantera donde corrían grave riesgo de ser arrebatados por las olas. Un día un oficial encontró entre las junturas de las tablas un pequeño limón. Tuvo que compartirlo en el acto para que los demás no lo asesinaran. Otro día un pasajero se permitió hacer un chiste.

—Si el brick viene en nuestra busca —dijo—, ojalá que tenga ojos de Argos para descubrirnos.

Hacia alusión al nombre del navío.

El día 16, creyéndose cerca de tierra y pensando que la balsa era ingobernable, los naufragos resolvieron construir otra más pequeña con la cual pudieran alcanzar la orilla. Animados por la esperanza pusieron manos a la obra y lograron fabricar una armazón que tenía ligeramente el aspecto de cosa navegable. La proveyeron de un pequeño mástil y una vela. Antes de embarcarse tuvieron la precaución de someter a prueba su estabilidad. Un marinero pasó a ella, pero al querer ir de la proa a la popa la embarcación se volcó. Los naufragos vieron que su proyecto era impracticable y lloraron de rabia y de impotencia.

Pero el día siguiente les trajo una alegría delirante: un navío apareció a la vista de la balsa. Bien pronto pudieron distinguir su arboladura en detalle y pudieron darse cuenta de que se trataba de un brick. Inmediatamente empezaron a hacer señales con pedazos de tela amarrados en la extremidad de maderos. Uniendo los esfuerzos de todos ayudaron a un hombre a subir a lo alto de un mástil y a agitar un pequeño pabellón. Unos creían ver que el navío se acercaba, otros que cada bordada lo llevaba más lejos. Estos últimos estaban en lo cierto, pues al cabo de un momento desapareció.

De nuevo les abrumó la certidumbre de que estaban condenados irremisiblemente a perecer sobre aquella armazón que las olas arrojarían a la costa demasiado tarde.

Aquel día fué angustioso; los naufragos se hallaban tan deprimidos que levantaron una especie de tienda para protegerse del sol, y bajo ella se echaron como bestias que han perdido toda energía para defenderse.

Dos horas más tarde, el contraestre cañonero de la *Medusa* salió de la tienda. Apenas había sacado la cabeza fuera, prorrumpió en un grito delirante:

—¡Salvados, el brick está sobre nosotros!

En efecto, el *Argus* se encontraba a una media milla de la balsa con todo su velamen desplegado, gobernando para aproximarse lo más posible. Los naufragos saltaban y gritaban en un delirio de alegría. El brick se puso al parir a estribor de la balsa y echó una canoa al mar. Los 15 únicos sobrevivientes de los 152 que

Chaumareys y Schmaltz habían embarcado en la siniestra máquina fueron trasladados al navío.

Sin embargo, el *Argus* no disponía del confort necesario para atender a aquellos hombres extenuados y enfermos. Se les colocó como mejor se pudo en el entrepuente. Por la noche estalló un incendio que estuvo a punto de carbonizarlos a todos. Esta última mueca del destino adverso enloqueció a los infelices. Un capitán de infantería quería arrojarse al mar para ir a buscar, según decía, su billetera. Costó mil penas contenerlo. Otros sufrieron también accesos de locura. Felizmente, el peligro se conjuró y el *Argus* continuó rumbo a la costa de África.

El 19 de julio echó el ancla en la bahía de San Luis y desembarcó los quince sobrevivientes de la balsa en la cual habían vivido doce días infernales.

En San Luis los naufragos fueron conducidos al hospital, establecimiento miserable en que los enfermos eran completamente abandonados. Los dos subtenientes Lozach y Clairet, el sargento mayor Charlot, el contraamaestre cañonero Courtade, el carpintero Lavillet y el soldado negro Jean Charles no tardaron en sucumbir.

El cirujano Savigny volvió a Francia en septiembre e hizo una exposición de los sucesos al Ministerio de la Marina. El asunto produjo escándalo y acarrió la dimisión del Ministro Bouchage.

Corréard regresó igualmente a Francia e instaló en París una librería a la cual llamó *Au Naufrage de la Méduse*. El nombre no le trajo suerte y el pobre hombre sufrió una serie de procesos.

Otros naufragos regresaron también a su patria; algunos se instalaron para siempre en África.

El gobernador Schmaltz no había olvidado que a bordo del casco de la *Méduse* habían

quedado 17 hombres y 90.000 francos pertenecientes a la colonia y, aunque los hombres le importaban poco, se interesaba vivamente por recuperar el dinero. Por este motivo ordenó que la goleta la *Colomba* partiera en busca de la suma. La goleta intentó dos salidas, pero tuvo que regresar a puerto a causa de los vientos contrarios. En la tercera tentativa tuvo más suerte, y el 25 de agosto, es decir, después de 52 días de que la *Méduse* había sido abandonada, llegó hasta ella. El casco se encontraba más o menos en las mismas condiciones en que se le había dejado. Los individuos que habían permanecido en él habían empezado a reunir todos los víveres que existían a bordo. Después de cuarenta y dos días de espera, viendo que nadie venía a socorrerlos, doce de ellos construyeron una balsa y abandonaron la nave. No se volvió a tener noticias de esa embarcación ni de sus tripulantes. Otro hombre, que no quiso embarcarse en la balsa, pretendió ganar tierra algunos días más tarde y para ello se metió en una caja de gallinas. Logró navegar en su extraña embarcación, pero cuando se hallaba aún a la vista de la *Méduse* se hundió.

Los cuatro que quedaron a bordo, lejos de unirse para luchar juntos contra la desgracia, se apartaron, metiéndose cada uno en un rincón y amenazándose con los cuchillos cada vez que se encontraban sobre cubierta. Cuando la *Colomba* llegó a salvarlos, uno de ellos acababa de morir de inanición.

El gobernador coronel Schmaltz, culpable de tantos errores y desgracias, continuó disfrutando de su opulenta situación.

Hugues Duroys, vizconde de Chaumareys, sufrió un proceso; fué degradado y condenado a tres años de prisión por haber faltado al honor del marino. Vivió algunos años en Bellac, gracias a un pequeño empleo que Luis XVIII no tuvo el valor de rehusarle. Murió en 1817.



FILOSOFIA Y CIENCIAS

Grete Mostny

EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA *en la* PROVINCIA *de* ANTOFAGASTA

Durante los meses de octubre y noviembre del año recién pasado se efectuó una expedición arqueológica al Norte del país, bajo los auspicios del Museo Nacional de Historia Natural, la Universidad de Chile y la Dirección General de Informaciones y Cultura (*). El objeto era el estudio de los restos culturales de los antiguos pobladores de la región.

La zona que queda comprendida entre el río Loa superior y el Salar de Atacama era el centro de la antiquísima civilización de los atacameños o likan-antai, quienes —en el transcurso de su desarrollo— ocuparon, no sólo el Norte de Chile, hasta el río Copiapó, sino también parte del Perú, de Boli-

via y del Noroeste argentino. Ellos eran agricultores, pero también pescadores y cazadores, fabricantes de cerámica y tejidos, y de objetos de metal; domesticaban las llamas y viajaban con ellas por grandes distancias, canjeando sus productos o materias primas por otras que les faltaban.

Además, eran constructores de ciudades, y era la finalidad de esta expedición ver y estudiar tres de éstas, de las cuales se tenían noticias, y que, en parte, estaban ya descritas por autores anteriores.

El punto de partida era Calama, situado en el río Loa, y el primer sitio de interés arqueológico, la ciudad atacameña de TURI, a unos 80 kilómetros de Calama, en la Vega de Turi. Esta ciudad ocupa una serie de pequeñas colinas; sobre la más grande se en-

(*) "Antártica" N.º 15, Nov. 1945.

cuentra la mayor parte de los edificios, y un muro de circunvalación los protege contra invasiones. Afuera del muro están los corrales, o, por lo menos, parte de ellos, porque algunos recintos grandes adentro de la ciudad servían, probablemente, para el mismo fin. Las casas están construídas de piedra; se distinguen varios tipos de murallas —de bloques grandes, otras de piedra pequeña, murallas dobles con el intersticio relleno con piedra suelta, pircas, etc.—, pero todo el material de construcción es de origen volcánico y de color negruzco, lo que da a la ciudad un aspecto sombrío. Las casas mismas son pequeñas, raras veces poseen más de una pieza; muchas de ellas tienen en un rincón una pequeña construcción rectangular, que había servido de silo para guardar cosecha. Pero los silos no son tan característicos para Turi, como lo son para otra ciudad, Lasana. En cambio, se encuentran muchas construcciones circulares, que parecen, según su forma, ser intermediarias entre torres y hornos. Tenían originalmente techos abovedados y pequeñas entradas a ras del suelo. En general, no se encuentran aisladas, sino en grupos; llama la atención una de ellas, donde seis de estas torres forman una pequeña plazuela redonda. Los intersticios entre ellas están cerrados por murallas, dejando abierta solamente una entrada de un lado. En la mayor parte de estas torres se encuentran restos de osamentas humanas, lo que hace suponer que fueron usadas como sepulturas. Pero es difícil decir si este uso era el original al cual estaban destinadas las construcciones —porque parece más bien que el cementerio se encontró en una de las colinas afuera de la ciudad—, o si eran silos, y su uso como sepulturas era secundario.

La cúspide del cerro principal está ocupada por una gran plaza, sin edificios, con excepción de una enorme casa de adobes, que los vecinos llaman "la iglesia". Dos lados de la plaza están formados por el muro de circunvalación, y la única entrada que ella tiene es por este muro, desde el "Camino del Inca". Contra la ciudad está cerrada, no obstante que una de las calles principales asciende en línea recta del pie del cerro hacia ella.

La construcción de la casa de adobe —

una invención traída del Perú—, su entrada directa del Camino del Inca y su aislamiento del resto de la ciudad dejan suponer que el espacio para la plaza y la casa misma fueron creados por los incas, destruyendo construcciones más antiguas, que se encontraron originalmente en este sitio. Los ejércitos incásicos podían entrar a la plaza directamente desde el camino, sin necesidad de cruzar la ciudad con sus calles angostas, donde hubieran estado expuestos a la buena o mala voluntad de los habitantes; cerca de la plaza, pero afuera del muro, quedan restos de otros dos edificios, de dimensiones más modestas, también construídos de adobe.

Los otros cerros —todos más pequeños que el cerro principal— poseen también construcciones de piedras, semejantes a las de la ciudad; en muchos de ellos se encontraron restos de huesos humanos, sin que haya sido posible encontrar una sola tumba intacta. La ciudad misma está también muy destruída, en parte por los temblores que perjudicaron los muros hechos en técnica de pirca y en parte por las actividades de buscadores de entierros o turistas.

Saliendo de Turi hacia el Norte, para alcanzar el Paso de Paniri y el río San Pedro, se encuentra en la Vega de Paniri otra ciudad antigua, de la cual no había noticias hasta ahora. Nos referimos a ella con el nombre de CUPO, por llamarse así un sitio vecino. La situación y construcción de Cupo son parecidas a las de Turi y otras ciudades atacameñas; es decir, se encuentra situada en los lados de un cerro, al cual se puede defender fácilmente en el caso de una agresión; desde su cumbre se tiene, además, una magnífica vista, que abarca toda la región y deja saber anticipadamente cualquier movimiento sospechoso, tan pronto que pasa por el horizonte. Las casas están construídas de la misma manera y del mismo material que las de Turi, pero ocupan solamente un lado de la superficie del cerro; el otro está cubierto de terrazas de cultivo. Debido al olvido en el cual la ciudad de Cupo ha caído, y su aislamiento, solamente interrumpido por algunos pocos indígenas que pasan con sus llamas, el sitio no presenta el cuadro de devastación que presentan Turi, Lasana y San Pedro de Atacama.

Por las razones de no haberse podido prever el descubrimiento de Cupo, y con esto la necesidad de una prolongada permanencia en el lugar, no se ha podido efectuar ningún estudio, sino el más superficial de las ruinas, y todo trabajo más a fondo tiene que quedar postergado hasta una nueva expedición.

Cruzando el desierto de Atacama, en dirección Suroeste, desde Calama, se llega al pueblo de San Pedro de Atacama. Después de haber bajado por los cerros de la Sal al valle del río Atacama, y a unos tres kilómetros de llegar al pueblo mismo, se encuentran las ruinas del Pukará o Fortaleza de San Pedro de Atacama. Los cerros de la Sal están formados de piedra roja arcillosa, y esto es también el material de construcción de las ruinas. Se levantan en un cerro, que es casi inaccesible, salvo de un solo lado. Y este lado está fortificado por varios muros paralelos. El cerro carece de vegetación, y muchas veces los constructores del pukará tuvieron que crearse un espacio en donde poner sus casas, cavando terrazas en la roca. Se encuentran muchas casas donde la pared trasera está formada por la roca viva, y solamente las paredes laterales y la frontal están edificadas por piedras sueltas, mantenidas en su lugar por una especie de argamasa. También hay grupos de casas, donde la pared de una servía al mismo tiempo de pared a otra, formándose de esta manera bloques que, en el caso de una penetración de las defensas exteriores, eran relativamente fáciles de defender. Es característica para la Fortaleza de San Pedro una serie de construcciones semicirculares, que forman terrazas sobrepuestas. Son accesibles de un angosto camino que las bordea y tienen una sola entrada. Estas construcciones se encuentran a lo largo de dos hendeduras —son muy poco profundas para llamarlas quebradas— y servían, probablemente, también a la defensa de la ciudadela.

En varias ocasiones se encontraron construcciones subterráneas, las cuales fueron usadas como silos. En las casas mismas se encuentran silos semejantes a Turi y Cupo. En el interior de algunas casas se han encontrado en las paredes, nichos pequeños, como para guardar algún objeto. A veces un cántaro de greda, puesto en la pared, daba la

forma al nicho. Las puertas de las casas fueron hechas con piedras trabajadas y canteadas crudamente; en ningún caso se conservaron los dinteles, no obstante que los muros se conservan en algunas partes hasta tres metros de altura. No siempre da la puerta directamente a la pieza principal —y en la mayoría de los casos, la única—, sino a veces se encuentra en el interior de la casa, y a uno o dos pasos de la entrada, una pared que prohíbe avanzar derecho y obliga, al que entre, dar una vuelta alrededor de ella antes de encontrarse en la pieza principal. Esta cortina de piedra tenía, probablemente, la finalidad de romper la fuerza del viento. En el piso de las casas se encontraban —generalmente en uno o varios rincones— sepulturas. Ahora todas están excavadas por curiosos, y solamente fragmentos de restos humanos demuestran su anterior existencia. También se encontró un gran recipiente de greda cocida, enterrado afuera de una casa, y es probable que éste fuera una vez la sepultura de un párvulo. Tomando en cuenta la extensión de la ciudadela, el número de sepulturas es muy pequeño. En cambio, se encuentran extensos cementerios en todo el valle del río Grande o Atacama, y parece que cada ayllu de San Pedro de Atacama poseía el suyo propio. Levántase ahora la cuestión de si la gente que cultivaba los campos vivía siempre en el pukará, o si se retiraban a él solamente en el caso de un peligro. Dados la considerable distancia de parte de los campos de cultivo de este último, la dispersión de los cementerios y el pequeño número de sepulturas adentro del recinto del pukará, parece más bien probar que la ciudadela no fué continuamente habitada, salvo, quizás, por una pequeña guarnición, cuya obligación era de protegerla, y solamente en caso de peligro la población del valle se refugió en ella, abandonando sus habituales habitaciones al lado de los campos, y que únicamente personas que murieron durante estos tiempos fueron sepultadas bajo el piso o afuera de las casas.

A 10 kilómetros al Norte de San Pedro de Atacama se encuentran las ruinas de otro pueblo prehispánico: Catarpi. Este pueblo fué ya mencionado por Eric Boman (1), pero sin que este autor hubiera dado detalles. La situación de Catarpi es parecida a

la de todas las ciudades atacameñas, es decir, es una construcción del tipo de ciudadela. Está situada en una altura en la ribera del río Atacama, casi inaccesible del lado del río, y separado del macizo de los cerros de la Sal por una quebrada, de manera que los costados del E. y O. no necesitan mucha vigilancia y defensa. El acceso relativamente fácil es por el costado Norte, que es el más vulnerable del pukará. También del lado Sur hay la posibilidad de un ascenso, pero ya mucho más difícil, y, debido a su estrechez, sirve solamente a un reducido número de gente al mismo tiempo.

Contrario a San Pedro de Atacama, el pukará de Catarpi no fué construído con la piedra arcillosa roja de los cerros de la Sal, que forman el paraje de fondo, sino con piedra rodada del río. La arcilla fué usada como argamasa. Y a veces se usó tanta argamasa y tan poca piedra, que se puede casi hablar de paredes de arcilla. La construcción que llama más la atención es un complejo de cuatro grandes plazas o patios, circundados con altos muros; dos de estas plazas tienen 20 metros de largo cada una; están en comunicación entre sí por una entrada de 5,5 metros, que está tapiada con piedras de río, formando una pirca sin argamasa. Es posible que esta pirca haya sido levantada en tiempos posteriores a la construcción de las plazas. En la esquina Sureste de la primera plaza quedan los fundamentos de una casa, 5 por 4 metros, aproximadamente; el resto del recinto no demuestra haber contenido edificaciones. Igualmente parece que el lado Este de la segunda plaza ha sido ocupado por construcciones, de las cuales no quedan más que unos indicios de fundamentos. En el lado Sur, el muro de la plaza queda interrumpido en varios puntos, formándose de esta manera entradas a algunas casas de una sola pieza cada una. A través de una de estas casas se llega a otro complejo de plazas, más pequeñas que las anteriores. Originalmente había una entrada directa de la segunda plaza a la tercera, pero ésta fué tapiada. Es un rasgo que llama la atención en Catarpi: las puertas tapiadas. Mientras que la última mencionada fué rellenada con piedras del mismo tamaño como la muralla, distinguiéndose en nada de la construcción de la muralla, las otras puertas fueron ta-

piadas con piedra de diferente tamaño, y en técnica de pirca, es decir, sin argamasa entre las piedras. Bien puede ser que estos cambios fueran hechos en tiempos posteriores a la construcción del conjunto, quizás en tiempos muy recientes, puesto que Catarpi sirve hasta hoy día como tambo para los viajeros indígenas y sus llamas. También la cuarta plaza da acceso a varias casas, en parte construídas en sus lados Sur y Oeste, en parte en el interior de la plaza. Solamente en una casa pudieron observarse tres pequeñas ventanitas, a 80 centímetros sobre el suelo. Miran hacia el río y servían quizás a la defensa de la ciudadela de este lado, ya protegido por la naturaleza del sitio.

A más o menos 500 metros de Catarpi se encuentra otra población antigua, parecida en su situación y construcción a la primera, y separada de ésta por una quebrada. Esta ciudadela no fué visitada por nosotros, y parece que tampoco anteriormente a esta expedición.

Bajando de Catarpi al río por el lado Sur, se pasa por una cueva natural, la cual contenía osamentas humanas y, por lo menos, 14 cráneos. El contenido de la cueva ha sido revoltijado muchas veces, y los huesos fueron, en parte, robados o llevados como recuerdo, de manera que en su estado actual ya carece de interés.

Viajando de San Pedro de Atacama hacia el Sur y virando hacia el Este unos doce kilómetros, antes de llegar a Toconao, se llega a un oasis con su riachuelo y abundante vegetación, que se llama la Quebrada de Zapar. En ella hay unos pequeños campos de cultivo, con la casa del dueño al lado. Atravesando la quebrada y subiendo al otro lado por rocas sin vegetación, se llega al pueblo prehispánico de Zapar. Otra vez impulsamos el nombre del paraje a las ruinas, puesto que hasta ahora no han sido nunca mencionados, y eran conocidos solamente a unos pocos vecinos de Toconao. Debido a la dificultad del acceso, esta ciudadela atacameña no ha sufrido tanto por el vandalismo de los turistas como sus hermanas menos afortunadas, por encontrarse más cerca de poblaciones modernas. De más está describir la situación de Zapar, porque no se distingue de la de San Pedro o Catarpi: sobre

un promontorio de difícil acceso y fácil de defender, y encima de los campos cultivables que alimentan a la población. Utilizando el material disponible en la región, las construcciones son de piedra grisácea, poco trabajada, con excepción de los dinteles y marcos de las puertas. Igual como en Cupo, no se pudo hacer nada más que un examen muy cursorio, debido a la falta de tiempo, puesto que no se había previsto el descubrimiento de la ciudad. Es de pocas dimensiones —más o menos 30 casas—, pero mejor conservada que San Pedro, a la cual se parece por su construcción. En algunos casos se conservan hasta los dinteles de las puertas, y en varios silos, el techo; especialmente este último hallazgo es de importancia, porque, habiendo sido el techo de construcción liviana, no se ha conservado ni en San Pedro, Turi, Cupo o Catarpi. Este techo consistía de palos de algarrobo, puestos a través de dos muros; encima fueron puestas ramas delgadas y entretejidas, y todo cubierto con una capa de barro. Si el silo era pequeño, su techo era sencillamente una piedra laja. El silo no faltó en ninguna casa. En el piso de las casas había restos de sepulturas, pero el cementerio de Zapar no fué descubierto por nosotros.

Un hallazgo curioso fué el descubrimiento de una piedra de 1,8 por 1,7 metros —parte de la roca viva—, en la cual se encontraron hendeduras artificiales, tal como se pueden producir frotando con otra piedra. Estas hendeduras tienen la forma de un rectángulo, con las esquinas redondeadas, y cada una mide entre 24 y 28 centímetros de largo por 16 centímetros de ancho. Algunas hendeduras se encuentran dispuestas en series de a tres o cuatro, otras están aisladas. Es difícil conocer el uso o finalidad de esta piedra. El objeto arqueológico al cual más se parece es la piedra de tacitas, que se encuentra de Coquimbo hasta la provincia de Cautín. Tiene la piedra de Zapar de común con la piedra de tacitas la elaboración de excavaciones artificiales en una piedra de roca natural. Se distingue de las piedras de tacitas por la forma de dichas excavaciones; mientras que en las piedras de tacitas la excavación fué hecha por fricción circular, dando como resultado un cono negativo, las excavaciones en la piedra de Zapar

fueron producidas por fricción en sentido longitudinal, resultando una cuveta de poca profundidad. Latcham (2) considera las piedras de tacitas como especie de altares sobre los cuales se depositaron ofrendas a los númenes; Uhle (3) las considera como morteros comunales. La situación de la piedra frente a la entrada a las ruinas y al final del único posible acceso a éstas deja libertad para aplicar ambas explicaciones.

La última ciudad visitada fué la de Lasana, situada en el valle del río Loa, sobre una pequeña colina y a 11 kilómetros de Chuquicamata. De todas las ciudades, Lasana es la más grande y la más interesante, y a la vez la que más ha sufrido por las actividades de turistas. Nichols, en su publicación de 1929 (4), habla de tres muros concéntricos de defensa. Latcham (5), en 1936, ya encuentra solamente uno, y éste casi destruído, porque han usado sus piedras para la construcción de un puente sobre el río Loa. Rydén (6), en 1939, da cuenta que han desaparecido también las casas cerca del muro, las cuales describe Latcham, y nosotros, en 1945, hemos podido comprobar que la destrucción ha avanzado hasta el mismo corazón de la ciudad. Si la destrucción continúa en esta medida, en unos cinco años más no quedará ni una sola piedra in situ, de lo que el arqueólogo sueco Rydén describe como "one of the most interesting relics found in South America".

La situación de Lasana es otra vez la típica de un pukará o fortaleza. Donde se levanta la colina sobre la cual está construída Lasana, el valle del río Loa tiene 600 metros de ancho y sus bordes están formados por la planicie del desierto de Atacama, que se levanta unos 50 metros sobre el lecho del río. La anchura del valle indujo a los antiguos, como a los modernos vecinos del valle, utilizar este espacio para el cultivo de sus plantas alimenticias. La ciudad misma queda inaccesible del lado del río y protegida por muros —que han desaparecido últimamente, como ya hemos dicho— contra posibles ataques o invasiones. Parece que el centro o núcleo más antiguo de la ciudad se había encontrado sobre la cima del cerro, es decir, en la parte que forma ahora el lado Sur. Con el tiempo y, quizás, el número crecido de habitantes, se juntaron nuevos

edificios, el muro defensivo fué corrido hacia el pie del cerro, y cada metro cuadrado de terreno fué aprovechado, hasta tal punto que en algunas partes nos encontramos con casas de dos pisos. La parte Sur, esto es, la parte más antigua, está construída con piedra menos bien labrada que la parte Norte. Además de las construcciones a ras del suelo, se aprovecharon también cuevas en la roca—sean naturales o excavadas artificialmente—, para aumentar el espacio; este espacio fué usado para guardar la cosecha de maíz; para este mismo fin servían también los silos, de los cuales cada casa tiene por lo menos uno. Son construcciones rectangulares, casi cúbicas, de aproximadamente un metro por lado, y con una pequeña ventanita o puerta, a veces a ras del piso, y a veces algo más arriba. A menudo el piso del silo se encuentra sobre un plano más alto que el de la casa, pudiéndose comprobar hasta un metro de diferencia entre los dos niveles. Cuando el silo estaba lleno, se tapó la ventanita con una piedra laja, para evitar el derrame de su contenido. Todos los silos ya han sido abiertos previamente, y ninguno tenía techo, por haberse efectuado el saqueo a través de éste. Solamente en un rincón de la ciudad se encontró, debajo de un montón de escombros, un silo que había sido empezado a excavar a través de la ventanita, por encontrarse el camino al techo obstruído por un montón de piedras que se había caído de una pared cercana. El peso de las piedras caídas había tenido por efecto la destrucción y el hundimiento del techo; no obstante, pudimos comprobar que éste consistía en unas piedras lajas cubiertas con una capa de barro. El contenido del silo, que, con excepción de una pequeña parte cerca de la ventanita, no había sido tocado, consistía en una gran cantidad de hojas de maíz, algunas pocas mazorcas y una peineta compuesta típica atacameña. Esta última entró, seguramente, por casualidad en el contenido del silo.

Las casas forman varias angostas calles que, a veces, se ensanchan en plazoletas. Para no perder demasiado espacio en calles, hay, a veces, escaleras que conducen al techo de una casa, para dar acceso a otra que se encuentra sobre un plano más alto. Estas escaleras son, o del tipo corriente como acos-

tumbramos edificar hasta ahora en nuestras casas, o a veces sencillamente piedras lajas, una encima de otra y en alguna distancia entre sí, que sobresalen de la pared y que permiten un ascenso vertical, de manera que no se gasta ningún espacio en la construcción de un plano inclinado. En general, es esto una de las impresiones más fuertes en Lasana: el aprovechamiento minucioso de cada centímetro de terreno.

Parte de las casas de Lasana poseen ventanas. Pero son tan pequeñas que, seguramente, no han servido para esclarecer las piezas; a lo máximo han producido una semi-oscuridad. Considerando que la mayor parte de la población pasaba el día entero al aire libre, ocupándose en trabajos de agricultura o con la caza, sus habitaciones tenían como función principal darles abrigo durante la noche, que en estas alturas (casi 2,500 metros) son bastante heladas. Y para este fin entró bastante aire también por estas ventanas pequeñas. En parte estas ventanas servían también de troneras para la defensa (igual como en Catarpi y San Pedro). Latham (5) dice que las casas más cercanas del muro exterior—que ahora han desaparecido— estaban provistas de ellas, y Nichols afirma lo mismo del muro de defensa. De interés particular son algunas ventanas en forma de cruz. Dos de ellas se encuentran en un muro que da a una pequeña plaza. Otro se encuentra en el gablete de una casa, y este último está a demasiada altura para haber servido de tronera. Esta casa es, además, la única en Lasana que tiene un techo de dos aguas, y este detalle era, posiblemente, una añadidura posterior, quizás ya durante el tiempo de la conquista; pero la ventana en forma de cruz parece haber sido un elemento arquitectónico prehispánico. Según Latham, las ventanas de Lasana son las más antiguas de toda la América del Sur y las de construcciones incásicas en el Perú fueron hechas en imitación de las ventanas de Lasana. Hemos encontrado ventanas parecidas a las de Lasana en el pukará de San Pedro. Allí también se encontraron en casas en el margen de la ciudadela y mirando hacia afuera, sirviendo, probablemente, a la defensa. En Turi faltan ventanas, o, por lo menos, no queda ninguna. En Catarpi se encontraron tres ventanitas en una

casa, en el borde de la terraza fluvial que forma el terreno sobre el cual se encuentra la ciudad; estas ventanas miran hacia el río, es decir, en la dirección de la cual una invasión era posible. En general creo poder afirmar que las ventanas de las ciudades prehispánicas chilenas no tenían las funciones que se adscriben a las ventanas modernas, sino que eran más bien troneras y servían a la defensa.

Lamentamos que por falta de tiempo no hayamos podido levantar un plano de la ciudad de Lasana; sería esto un trabajo de urgencia debido al rápido progreso de destrucción al cual está expuesto este monumento de la antigüedad, y debido al enorme interés que tiene Lasana en el marco de la prehistoria no sólo chilena, sino sudamericana.

Cerca de Lasana se encuentra el pueblo de Chiuchiu, y a tres kilómetros de él, un antiquísimo cementerio indígena. Originalmente este cementerio consistía de por lo menos un centenar de tumbas, que ahora están todas excavadas o saqueadas. Leves hendiduras circulares en el suelo indican dónde habían estado. Buscando entre ellas por un sitio donde ensayar una excavación, hemos tenido la suerte de dar inmediatamente con una tumba no violada. Tenía la forma rectangular de 0,80 por 1 m. de lados y 0,70 m. de profundidad. Perteneció a un personaje de alta posición social, según el rico ajuar encontrado en la tumba. La momia principal se encontró en posición acullillada, envuelta en tejidos multicolores de lana y con un gorro de piel de vicuña y plumas de papagayos en la cabeza. Además estaban sepultado con él los cadáveres de dos mujeres. La mujer vieja tenía el cráneo separado del resto del esqueleto, mientras que la joven estaba intacta, encontrándose a su lado un paquete con dos criaturas. Tanto las mujeres como las criaturas estaban desnudas, pero entre el contenido de la tumba había una pequeña camisa, quizás de propiedad de uno de los niños. Alrededor del dueño de la tumba se encontraron su arco con las flechas, bolsas con harina de maíz, pescado desecado, vainas de algarrobo, otras bolsas vacías, un pequeño recipiente de madera, un tubo y una tableta para aspirar rapé, y varios otros objetos más. No

se encontró ninguna pieza de cerámica. La decoración de las flechas y de la tableta demuestran influencias de la cultura de Tiahuanaco (600-900 d. c., según Max Uhle). Las plumas del gorro provienen probablemente del Beni, y el pescado del Océano Pacífico. Demuestran claramente que el tráfico y el trueque en esta época abrazaron regiones extensas a través del continente.

Muchos objetos de este cementerio han encontrado el camino a varios museos, tanto en las Américas como en Europa. Pero, generalmente, provienen de excavaciones hechas sin criterio científico, por aficionados o negociantes de antigüedades, y por esta razón tienen solamente un interés relativo. El conjunto de objetos que proviene de esta tumba tiene la ventaja de presentar una unidad y de pertenecer todos a una misma época; a mano de este pequeño grupo de objetos va ser posible datar objetos parecidos, que se encuentran en otras colecciones.

Queda como último lugar de interés arqueológico que fué visitado por la expedición la región de Taira, en el curso superior del río Loa, aproximadamente 40 kilómetros al Norte de la estación de Conchi y a más o menos 3.600 metros de altura. El río forma un cañón de 50 metros de profundidad y de no más de 300 metros de ancho. Para llegar al sitio donde se encuentran los petroglifos hay que bajar de la planicie al río, atravesarlo y subir otra vez a unos 30 metros en la ribera oriental. Allí se encuentra, en un pequeño plano, una cueva transformada en silo, con una pared de pirca, y en la pared del cañón que sube perpendicularmente están grabados y pintados los petroglifos. Lo que llama la atención son grupos de llamas, hombres con arcos, que aparentemente son cazadores, otras figuras humanas vestidas con camisas largas, que probablemente también participaron en la caza; además, hay dibujos geométricos y otros curvilíneos, cuya significación no está clara. Los dibujos son incisos, formando un relieve y pintados con color ocre y amarillo. El área cubierta por los dibujos comprende alrededor de 20 metros. La terraza, frente a la pared del cañón, está cercada con una baja muralla de pirca, que una vez fué semicircular, y de la cual quedan todavía los dos segmentos laterales. Dos grandes bloques de

piedra que se habían caído de arriba están igualmente cubiertos con petroglifos, en su mayoría figuras geométricas incisas sin orden ninguno. Igualmente algunas piedras de menor tamaño tienen petroglifos en su superficie.

A unos 500 metros más al Sur de este primer grupo se encuentra un segundo, a la misma altura que el primero, es decir, a unos 30 metros sobre el lecho del río. Igualmente tiene una pequeña terraza en frente, y los motivos se parecen a los del primer grupo.

La primera vez que se publicaron estos petroglifos fué en el libro del Dr. Rydén (6), quien los visitó en 1938 y los publicó en 1944. Anteriormente se tuvieron noticias de ellos; Uhle y Latcham (7) las mencionan, pero no existe ninguna reproducción gráfica anterior al libro de Rydén.

Es difícil decir por qué razón los atacameños ejecutaron estos dibujos. En el camino a los petroglifos por el valle del río Loa se encuentran restos de antiguas construcciones. En el trecho entre los dos grupos de petroglifos se encuentran en una parte en tanta abundancia, que se puede hablar de un pequeña población. No han sido estudiados hasta ahora, pero de todos modos dejan constancia de que esta parte del valle había sido habitada. La estrechez del valle, la completa esterilidad del altiplano y lo

abrupto de las paredes del cañón no admitían nunca el cultivo, pero, en cambio, la vegetación del fondo del valle puede haber servido de pasto para las llamas. La cueva transformada en silo sugiere que el sitio sirvió de tambo para los que pasaban con sus rebaños de llamas, haciendo los petroglifos el papel de enseña. Es conocido que uno de los antiguos caminos, los cuales utilizaron los españoles después de la conquista, comunicó Cobija, en la costa pacífica, con Potosí, en el altiplano, pasando por el valle del río Loa, y precisamente por esta parte es donde se encuentran las ruinas y petroglifos. Todavía se ve parte de este camino, cortado en la roca. Pero también existe la posibilidad de que se trata de un antiguo lugar de culto, puesto que dibujos de animales y hombres en actitud de caza tenían casi siempre un sentido mágico.

Era la intención de este relato de pasar revista a una pequeña parte de las antigüedades que existen en una pequeña parte del territorio ocupado por los atacameños, hace muchos siglos, quizás milenios. Quedan en la misma región muchas reliquias más que dan testimonio de su vida y su industria. No hay que hacer otra cosa que ir a buscarlas y verlas para echar luz a los acontecimientos de esta lejana antigüedad e incorporarlas a nuestro tesoro científico de hoy.

G. M.

BIBLIOGRAFIA:

- (1) *Eric Boman*: "Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama"; París, 1908.
- (2) *Ricardo E. Latcham*: "Las piedras de tacitas de Chile y la Argentina"; "Revista Universitaria", Santiago, 1927.
- (3) *R. Latcham*: "La Prehistoria Chilena", Santiago, 1928.
- (4) *H. W. Nichols*: "Inca Relics in the Atacama Desert, Chile"; "American Anthropologist", Vol. 31, Menasha.
- (5) *Ricardo E. Latcham*: "Ruinas Preincas en el Norte de Chile"; Bol. del Museo Nacional de Hist. Nat. Tom. XV, 1936.
- (6) *Stig Rydén*: "Contributions to the Archaeology of the Rio Loa Region"; Göteborg, 1944.
- (7) *Ricardo E. Latcham*: "Breve bibliografía de los petroglifos sudamericanos", Santiago, 1927.



La CIENCIA y el Dilema de la Humanidad

Las leyes físicas empleadas en la producción de la bomba atómica no eran nuevas para los científicos, pero fué necesaria la destrucción de dos ciudades japonesas para revelar a la masa de la humanidad el hecho de que el hombre, hoy, como nunca antes, tiene el poder suficiente para destruirse a sí mismo por completo. La humanidad está ahora sobrecogida por el temor desasosegante de que se ha liberado un monstruo invencible. Pero el investigador del bienestar humano, antes de que Hiroshima fuera destruída, ya conocía esta ansiedad y alarma. Lewis Mumford, meses antes de aquella fecha, escribía: "El hombre moderno es la víctima de los mismos instrumentos que más aprecia. Cada ganancia en poder, cada conquista de las fuerzas naturales, cada aportación científica al conocimiento humano, resulta potencialmente peligrosa, porque no ha sido acompañada por igual ganancia en autocomprensión y autodisciplina. Hemos tratado de alcanzar la perfección eliminando este elemento humano, pues el desproporcionado desarrollo de las ciencias mismas, sólo aceleraría el fin".

De esta cita se desprenden dos preguntas: ¿Sabe la humanidad cómo vivir con el poder físico que posee? ¿Puede la ciencia o el hombre controlar su propio destino, usando métodos científicos?

La crasa evidencia fuerza a una respuesta negativa para ambas preguntas. A la segun-

da guerra mundial, después de una destrucción en gran escala, han seguido la hambruna, el frío y las enfermedades. Los Estados Unidos fueron incapaces de resolver los problemas humanos de pobreza y desempleo, en 1930, que desmoralizaron y afectaron la salud de millones. Fué necesaria la declaración de guerra para que, sólo entonces, pudiera darse empleo a toda la masa de la población obrera, es decir, el desempleo fué conquistado por fuerza de destrucción más que por un esfuerzo constructivo.

América y los científicos americanos tienen por una parte una posición única de poder y por otra una enorme responsabilidad nacional y mundial. Spengler observó características superiores en la sociedad alemana y bajo sus observaciones vaticinó la decadencia de Occidente. Los campos de concentración y los asesinatos científicos premeditados comprueban la gran capacidad que tuvo él para percibir las tendencias. Un temor que domina a los que estudian la civilización es que la depravación alemana pueda ser un precursor de una depravación general hacia la cual esté descendiendo toda la civilización occidental. Para examinar esta posibilidad y ayudar a definir el dilema que se le enfrenta a la ciencia, exponemos primero algunos hechos respecto a las tendencias en la Alemania prehitlerista y en América en el día de hoy, seguidos de algunas sugerencias sobre lo que pueden hacer los científicos.

ALEMANIA PREHITLERISTA

Para el científico, la idea justa sobre Alemania fué que este país encabezó en materia de ciencias a todos los otros, antes de la primera guerra mundial y en el período medio entre las dos guerras. Desgraciadamente los años entre 1933 y 1939 mostraron a los científicos que este país retrocedía del espíritu libre para la investigación científica, hasta convertir a los hombres libres en instrumentos nazis. Algunos de los grandes investigadores huyeron, pero la mayoría —como hicieron las universidades alemanas— quedaron convertidos en arcilla y fueron moldeados por las manos de una moralidad de estado que usaba los métodos científicos para perpetrar crímenes e inflamar el ego de los perpetradores. El filósofo de la degradación, Spengler, no vió a la ciencia como un instrumento al servicio del hombre, sino como un arma para el mantenimiento de la superioridad de unos pocos y como un medio para rutinar y desvalorizar lo individual. Aunque él basó estos hechos en el panorama completo de la Historia humana, no pudo haber osado una tal tesis si no hubiera sentido ya los helados vientos de una vida mecanizada objetiva por un lado, y un miedo subjetivo, una frustración e inseguridad. Hitler montó su máquina regimentada en un pueblo, parte del cual estaba altamente entrenado en los métodos científicos, pero que había perdido la esperanza de empleos seguros y la adaptación en la sociedad. Los alemanes, disciplinados o no, que habían sufrido la inseguridad y frustración, estaban predispuestos a caer en el paso de ganso y a aceptar sumi-

samente la sugestión de perseguir a los judíos o a desistir de cualquier acto si ello estaba "verboten".

Fuera de prejuicios raciales, Hitler creó una raza de odio y una raza de matanza; de la desesperación personal, inseguridad y desorganización social construyó un orgullo individual y un "nuevo orden" social. Con acusaciones, persecuciones, arengas, marchas y canciones, Hitler creó unidad de la desunión, fanatismo de la desesperación, transfiriendo el sentimiento de culpa y fracaso de los alemanes a otros pueblos, y puso a su país en el camino de la destrucción. Todo esto, después de un prominente record de descubrimientos científicos. En relación con este hecho, pregunta Lewis Mumford: "¿No guió durante mucho tiempo Alemania al resto del mundo en filosofía, música, literatura y ciencias? Efectivamente, gran parte de la humanidad estaba tan convencida de lo sano de la civilización, que rechazó creer en la malignidad de las invenciones fascistas o en los resultados horribles que surgieron de ellas".

Después vinieron la loca inflación y la depresión económicas, en las cuales perdieron la seguridad millones de personas de la noche a la mañana. Alemania no pudo resistir el azote de la pobreza y hubo desempleo. Hitler dió trabajo. Se puede observar evidentemente que una punta de lanza —si no la punta de lanza del movimiento nazi— fueron unos cincuenta mil universitarios técnicamente entrenados, que no pudieron encontrar un hueco en la organización económica alemana.

SINTOMAS EN LA VIDA AMERICANA

Sería temerario afirmar que América seguirá inmediatamente el camino de Alemania, pero algunas de las mismas tendencias sintomáticas de destrucción que otrora prevalecieron en Alemania se observan en América. Un eminente economista dijo al autor hace unos tres años: "En 1933 predije a mis amigos alemanes en Berlín lo

que se les aproximaba. Ellos no me quisieron creer. Ahora temo por los Estados Unidos".

Uno de los más característicos de estos signos es el prejuicio de raza que ha comenzado desde la fecha de Pearl Harbor y se ha puesto de manifiesto contra los japoneses nacidos en América, los negros y los

judíos. Sólo unos pocos meses antes del día V se produjeron en California 16 tiroteos contra los japoneses americanos. Agnes Meyer escribió en esa fecha, en el "Washington Post": "Los americanos descendientes de japoneses fueron aterrorizados con disparos y bombas de dinamita; sin embargo, los terroristas fueron exonerados por el jurado, gracias a la declaración: "Este es un país de blancos". El prejuicio, el temor y la avaricia impidieron a las autoridades locales proteger a los hogares de los combatientes que tuvieran familiares japoneses".

Otros tipos de odio raciales han surgido como mala hierba en campo fértil; se ha sabido que en Nueva Inglaterra se han organizado movimientos antijudíos. En algunas ciudades el odio ha sido intensificado contra los judíos y en otros lugares contra los católicos. Los odios raciales acompañados de violencias sirven para definir las características psicológicas de los individuos y los rasgos económicos y sociales de la sociedad. El odio acompañado de celos, de una sensación de inseguridad, de frustración, de desengaño por la vida, de deseos de dominio y de una falta de ideales individuales y colectivos, es la principal enfermedad del espíritu humano. Estos rasgos subjetivos interiores del hombre corren paralelos con la desorganización social. América estaba desorganizada durante 1930, pero no lo sabía. El fracaso, al no poder solucionar satisfactoriamente los problemas humanos de alimentación inadecuada y protección sanitaria, fué un escándalo nacional, que más tarde se reveló por el reconocimiento médico. De diez millones de hombres examinados por los tribunales médicos militares entre el 7 de diciembre de 1941 y el 31 de diciembre de 1943, tres millones seiscientos mil, o sea, más de un tercio, eran físicamente inútiles. Antes de Pearl Harbor, cuando la puntuación física indispensable era más estricta, un 52,6 por ciento de los hombres fueron re-

chazados. Aquellos que durante 1930 estudiaron el problema del número creciente de la juventud, sin empleo y mal adaptada, no se sorprendieron de estos porcentajes aterradores.

Otra de las características de la preguerra fué la amnesia de nuestra sociedad. Los fenómenos predominantes de 1920 fueron el dominio del gangsterismo, anarquía y lucha por el poder, por la suerte y la especulación y una marcada migración del campo hacia la ciudad. Cuando los Estados Unidos se hundieron en la sima de la depresión, todas las medidas de mejoramiento fueron entorpecidas constantemente por los intereses atrincherados y por guardianes bien intencionados del "statu quo". Nuestra verdadera moral débil se reveló más manifiestamente con nuestro rechazo a mover siquiera un dedo contra la agresión internacional, primero en Asia y después en Europa. Nos opusimos al gangsterismo cuando sus depredaciones se extendieron tanto que ningún ciudadano estaba a salvo de ellas; nos levantamos también contra los gangsters internacionales sólo después de que fuéramos atacados.

Aun hay otra posibilidad: los Estados Unidos pueden seguir su curso de inflación y de completa desorganización. Si los Estados Unidos marchan otra vez en un loco festín de compras, ventas y especulaciones, es de esperar que caeremos en otra depresión, en la cual todas las tendencias mencionadas anteriormente, que convergen hacia una sociedad autoritaria, nos derribarán con la fuerza de un alud. Los síntomas de una desorganización social y económica están presentes. Huelgas, gases lacrimógenos, ruptura de compromisos, etc., todo esto son muestras de una desconfianza y miedo crecientes. Si bien estas enfermedades no pueden ser dominadas por los inventos físicos, pueden ser curadas por los métodos científicos.

CIENCIA Y PORVENIR

Lo que suceda en América determinará el destino del mundo. Además, si no podemos resolver nuestros propios problemas, ¿cómo podremos dar ayuda adecuada a las

situaciones difíciles de los asuntos mundiales? Hay dos caminos a seguir: aceptar la destrucción del hombre como inevitable, o afrontar los problemas concernientes a la psi-

ciencia y biología humanas y a las relaciones económicas, políticas y sociales en las esferas nacional y mundial.

La primera de las dos alternativas unida al poder atómico anticipa la inevitable y rápida destrucción del hombre. Esto está de acuerdo con las conclusiones hechas por algunos científicos. Por ejemplo, el doctor Gerrit Miller escribió en "Science", cuando el vulgo ni siquiera soñaba con la bomba atómica: "En su constitución mental, el hombre reúne el tipo de conducta social dominante, que es común a la mayor parte de los primitivos antropoides..., con un genio único y tal, capaz de producir instrumentos para su dominio. Esta combinación puede ser tan racialmente mortal como lo fué el enorme tamaño de su cuerpo para los dinosaurios en el pasado".

Este tipo de conducta social es el dominio o, como lo llama el psicólogo, deseo de dominio. La guerra, el deseo de grandes fortunas, el ansia de sobrepasar a otros (bases de nuestros sistemas políticos, económicos y sociales) son expresiones de esta característica primaria. La ciencia ha puesto en manos de la forma más alta de primitivos el poder de su propia destrucción. Pero, ¿qué puede ofrecer la ciencia al hombre para que se salve a sí mismo? ¿Qué puede ofrecerle al político, al ciudadano americano, que no pudo ofrecer a Alemania? La primera contribución que puede hacer es la filosofía básica que hizo posible a la ciencia, especialmente, la abierta búsqueda de la verdad. En cuanto a los odios raciales, el antropólogo ha mostrado ampliamente que no hay diferencias básicas entre las distintas razas. Por eso los científicos tienen la obligación de ayudar, poniendo este hecho en práctica en nuestra sociedad.

El hombre moderno es un ser anacrónico, pues ha provocado cambios en todo, menos en sí mismo; ha saltado siglos inventando un nuevo mundo para vivir en él, pero sabe poco o nada sobre su propia participación en ese mundo. Si como seres humanos no nos gusta aceptar la destrucción como inevitable, o sentir que el hombre es biológica y psicológicamente anacrónico, sino resolver los problemas social-económicos y social-psicológicos, o controlar las tendencias en estos campos, la ciencia tiene que abrir nue-

vas fronteras y al mismo tiempo aplicar los métodos científicos a sus descubrimientos. Las ciencias físicas, biológicas y sociales han progresado más en los últimos cincuenta años que durante los anteriores cincuenta siglos. El hecho de que el adelanto de la ciencia pueda ser paralelo con el decaimiento moral, individual y colectivo, es suficiente para desafiar cualquier crítica a lo expuesto.

Los científicos puros tienen que ser seres humanos y no reclamar sólo para ellos el derecho de ser independientes en todos los sentidos. Nadie duda de que eso es un requisito imprescindible para el adelanto de la ciencia, pero el mantenimiento de la ciencia pura no exige al científico de aplicar sus propios métodos a los problemas de la sociedad humana. Es la creencia del que escribe que el método científico puede ser usado para planear la era atómica que se avecina. Las eras del carbón, del petróleo, de la electricidad, llegaron sin que fueran anunciadas previamente. Hogben, en su libro "Retrosceso de la Razón", dice: "Entramos atolondradamente a las eras del carbón y del acero, y por eso no tuvimos la menor precaución. Ahora nos encontramos atolondrados ante el umbral de una era de cambios técnicos, que puede tener para nosotros consecuencias más drásticas. El método científico puede ser usado por las ciencias sociales para proyectar una organización económica, política y social en la que se reunirán las necesidades externas del hombre, especialmente en lo que se refiere a los valores humanos, salud, adaptación y seguridad".

Las ciencias físicas, biológicas y sociales no pueden estar por más tiempo divididas. Esto es aplicable a toda clase de problemas, ya sea el desarrollo nutritivo de una semilla, o la cura y prevención en millones de humanos de los defectos físicos, mentales o emocionales. Los defectos de aquéllos, rechazados por el servicio militar, deben ser estudiados por los economistas, sociólogos, psicólogos, dietistas, químicos, así como por los especialistas en la salud pública.

La ciencia, que es la búsqueda de la verdad, se consagra al estudio del universo, en el cual vivimos, "especialmente al estudio de los procesos naturales, por medio de la

observación y el experimento". Pero las verdades que han sido descubiertas a través de la ciencia han sido dirigidas más allá de las humanidades. De hecho, las ciencias naturales perdieron su lugar entre las humanidades cuando las demandas técnicas del moderno institucionalismo hizo que pidieran para ellos un estatuto aparte de todo y distinto de, como suelen llamarlos, otros estudios más humanos, con la esperanza de producir expertos en algún tipo de investigación lucrativa a la edad de veintidós o veintitrés años. Tal vez por razones de alta especialización durante la guerra, la ciencia, por una imperiosa necesidad, haya producido un aumento en la destrucción. Más aún, los historiadores futuros nos dirán cuán cerca estuvo Alemania, por medio de su poder técnico, de llegar a destruir Inglaterra, y de poseer todo el continente europeo.

Con un juicio maduro, los científicos ingleses han determinado que la función de la ciencia es la de servir a la sociedad, pero de otra manera que proveyéndola de máquinas y proyectos para abrir nuevas rutas comerciales. Ellos ven una esfera de actividad y servicio más allá de esos límites. Han visto que no hay lugar de la actividad humana al cual no pueda llegar el espíritu científico. Reconociendo el poder de la ciencia, dicen: Ahora que la ciencia está en camino de ser del conocimiento popular, no podemos fra-

casar... si llegamos a ser ciudadanos equilibrados.

El problema principal de la reconstrucción en la postguerra reside en considerar la vida ordinaria del hombre ordinario. Aquí es donde el ciudadano encuentra a la ciencia, por medio de problemas de ciencia aplicada, que necesita resolver frecuente y urgentemente. Pero el objeto central de la ciencia se pasa a menudo por alto, y es el más importante de todos. Me refiero a los humanos... De acuerdo con los psicólogos, ningún hombre es completo y sano, hasta que no tenga un promedio moral y ético en el cual pueda confiar.

Las responsabilidades de los científicos han sido reconocidas. Ha llegado el tiempo en que cada científico tiene que darse cuenta de cómo su trabajo está relacionado con las condiciones sociales y económicas. Está claro que, si esto se ve en cualquier clase de trabajo, será aún más evidente en la reconstrucción, pues si se quiere que sea de éxito permanente, deberá ser levantada sobre un armazón social tal, que sea capaz de dar a la comunidad todos los beneficios aportados por el trabajo de los científicos. Debemos hacer, pues, de nuestro trabajo en el campo de las relaciones sociales de la ciencia, una fuerza viva de efectividad inmediata y de valor.



EL TERREMOTO

Se ha producido el cataclismo: un terremoto ha destruído varias ciudades, y en todo Chile se ha sentido la trepidación, con más o menos intensidad. La prensa da a conocer con grandes caracteres las primeras y vagas noticias que, poco a poco, dan luz sobre lo ocurrido. Se enumeran los edificios destruídos, se dan listas de muertos y viene el llamado de auxilio. Todo el mundo se lamenta, y está de acuerdo en que en las construcciones futuras debe tomarse en cuenta el efecto de estos cataclismos, que se repiten con tanta frecuencia en nuestro país.

Desgraciadamente, los efectos de los fenómenos sísmicos se olvidan, y muy pronto tratamos de convencernos de que no volverán tan pronto. ¿Será porque el terremoto es un fenómeno terrestre, que se produce inesperadamente, y que en pocos minutos destruye la obra del hombre?

Basta leer las crónicas antiguas para convencernos de que siempre ha habido cataclismos y ciudades devastadas, y que todas las penurias que ha pasado el hombre las olvida, volviendo a construir como antes, para sentir las consecuencias en el próximo terremoto.

El nativo se da cuenta solamente del efecto de un terremoto, y ante estas fuerzas sobrehumanas, busca la explicación en la mitología. La encuentra en leyendas, como la del animal de forma gigantesca, o simbolizada en la figura humana descendiente del dios del mal. Para él el terremoto es un castigo enviado por un Ser Superior y poderoso.

Los chinos creían en un animal que sobre su lomo encorvado soportaba la costra terrestre, y que al estornudar o sacudirse, producía los terremotos. Debido a esa creencia, no tenían minas profundas, pues temían molestarlo o irritarlo.

Entre los araucanos, son numerosas las leyendas que el sabio Dr. Rodolfo Lenz recolectó y publicó en los Anales de la Universidad. En una de ellas se dice que los hijos del trueno fueron encerrados por su padre en el interior de la tierra, y al tratar de salir, se derrumban las excavaciones y producen las trepidaciones de la costra terrestre. Esta explicación tiene semejanza con algunas teorías que se mantienen aún hoy día. Así, por ejemplo, hay sismólogos que creen que los temblores se producen por el derrumbe de grandes cavernas que las corrientes de agua subterránea dejan al disolver ciertos minerales, arrastrando las arenas.

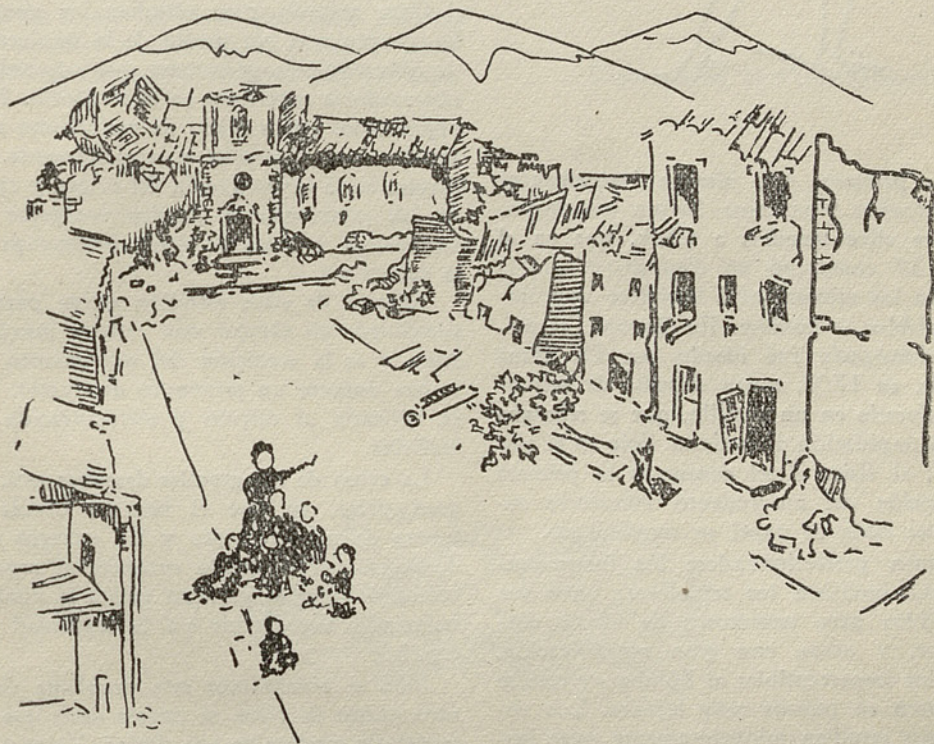
También encontramos a literatos que se han preocupado del estudio de los sismos, y así, el eminente escritor Wolfgang von Goethe, en la segunda parte de su gran obra "Fausto", hace aparecer la figura mitológica de Seismos, el gigante que con sus fuertes hombros empuja la costra terrestre. En uno de los versos hace que Seismos se vanaglorie con ser el autor de la hermosura de la tierra, puesto que las imponentes montañas, con sus lindas quebradas, se han producido por su esfuerzo.

De este modo, el literato explica de una manera sencilla la formación de las monta-

ñas y valles por el solevantamiento de la corteza.

El temblor de la tierra es un fenómeno que viene tan inesperadamente que, encontrando al hombre desprevenido, le hace perder su estabilidad, y al ver que los árboles se estremecen, que las montañas se derrumban y que en las ciudades se destruyen las construcciones, es natural que se busque la manera de predecirlos, para ponerse a salvo. Luego aparecen quienes creen haber encontrado la forma de predecir el

ro que los pronósticos pueden considerarse como tales si se indican con anterioridad el lugar, la fecha, hora y la intensidad del sismo. Sólo de esta manera se puede tomar en cuenta el anuncio. Chile, justamente, es un país que se presta para pronósticos, por la gran cantidad de temblores que se producen en una extensión relativamente pequeña. Con un servicio informativo atendido por doscientos observadores, repartidos en Chile, he podido comprobar que por año se han sentido 400 a 600 temblores, con lo cual



sismo, y la mayoría de ellos basan sus pronósticos en la posición de los astros con respecto a la tierra. Desgraciadamente, son contados los que tratan de verificar sus teorías, tal como lo hizo Falb, de Valparaíso, por los años 1884, y que tuvo la sinceridad de reconocer la falta de base de sus pronósticos.

El sismólogo J. B. Macelwane, en una de sus recientes publicaciones, dice muy cla-

se puede decir que es raro el día en que no anotemos uno.

En todos los tiempos, los terremotos han producido destrucciones sobre la superficie terrestre, y se seguirán repitiendo. Siempre habrá zonas con tendencia a solevantarse y otras a descender, y llegando el momento de sobrepasarse la resistencia de la costra terrestre, ésta se romperá, produciéndose la trepidación que llamamos temblor.



Los primeros que idearon instrumentos para estudiar terremotos fueron los chinos, y entre ellos tenemos a Chok, que en el año 139 construyó un dispositivo que le acusaba los movimientos terrestres aun imperceptibles al hombre. En Europa, el primer sismógrafo fué ideado por De Haut Feuille, en 1705, quien se valía de mercurio colocado en un platillo, que se rebasaba con la trepidación de la tierra. Sólo en el año 1855, el físico Kreil consiguió la primera inscripción del movimiento vibratorio sobre una cinta de papel en movimiento.

Siguen perfeccionándose los instrumentos que inscriben los temblores: unos son empleados para terremotos de efecto destructor, y otros, con gran amplificación, para los imperceptibles al hombre, y que se producen en puntos muy lejanos. Los sismólogos estudian minuciosamente estas inscripciones y descubren que algunas formas de movimiento se repiten; unas son más rápidas, otras de mayor amplitud, y comparando la hora en que se producen estas inscripciones se puede demostrar que en el centro del terremoto se generan ondas que se propagan radialmente en forma semejante al sonido, siguiendo unas por el interior de la tierra, las otras por la superficie. Con la determinación de la hora de llegada de las diferentes ondas a cada estación, podemos calcular la distancia a la cual se encuentra

el epicentro, o sea el foco sísmico, y con la velocidad de la onda, podemos establecer la consistencia del interior del globo terrestre.

Pero al público que lee los periódicos no le interesan estos estudios, y lo primero que desea saber es el lugar en que se produjo y la intensidad. Es mucho exigir del sismólogo poder dar inmediatamente todas las noticias, pues, aunque en pocos minutos ya se tiene la inscripción en los tambores de los sismógrafos, sólo podemos calcular la distancia que han recorrido las ondas, necesitando las inscripciones de varias estaciones para ubicar el epicentro.

Otro método para estudiar los sismos lo conseguimos por medio de la recolección de observaciones personales que comunican observadores repartidos en el territorio. Bien organizado, este servicio da valiosísimo material, que, ordenado sistemáticamente, se emplea en la investigación del origen y causa de los temblores; se pueden comparar las variaciones con las de otros fenómenos de la naturaleza.

Además de estos estudios, existe para el sismólogo un campo más vasto e inexplorado, y es la medición del movimiento terrestre durante un terremoto destructor, para aplicarla al cálculo y estructuración de edificios.

La causa de los grandes desastres está, en gran parte, en que el hombre olvida la fuerza de un terremoto y los estragos que ocasiona, prevaleciendo entonces el aspecto económico que se presenta más a la vista, y volviendo a construir sin la seguridad necesaria.

Pero si observamos este problema desde otro punto de vista, se podría decir que un terremoto moderniza una ciudad. Valparaíso, por ejemplo, mantendría hoy día un aspecto vetusto si la catástrofe del año 1906 no lo hubiese obligado a modernizarse. De los escombros que dejaron los terremotos de Chillán, Concepción y Talca, vemos nacer nuevas ciudades, aunque a paso lento, pero tenemos que reconocer que es una nueva era, una nueva época.

Los sismólogos e ingenieros estructurales de los países que sufren las consecuencias de los cataclismos trabajan activamente para medir los movimientos oscilatorios de los te-

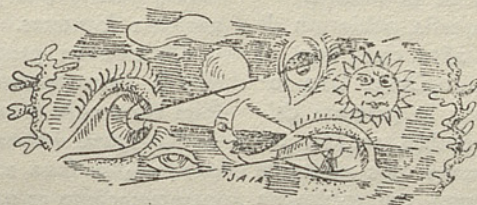
rrerotos y poder establecer las normas de construcción asísmica. Pero es difícil este estudio, pues los terremotos se producen sólo de vez en cuando, y no sabemos fecha, ni menos la ciudad más amagada, y así no estamos preparados para hacer cualquiera observación, pues, siendo tan sobrehumano el efecto que en el momento preciso produce, sólo pensamos en salvar nuestras vidas.

Una de las dificultades que se presentan al estudiar los efectos de un terremoto es que no lo podemos reproducir en un laboratorio, tal como lo hace el hombre de ciencias en las experiencias de Física y Química, que las repite las veces que desea, aislando las posibles causas, hasta presentar claramente el fenómeno. Muchos son los labo-

ratorios de estabilidad en los cuales se ha estudiado, en modelos, el efecto que produce la vibración, pero los resultados no son del todo satisfactorios, razón por la cual se han visto obligados a experimentar en los edificios mismos. Así, por ejemplo, en Norteamérica, la Coast and Geodetic Survey tiene más de 600 construcciones altas y bajas, sometidas a un constante control de vibración para poder establecer la forma y material más convenientes para las construcciones asísmicas. En este sentido, será Chile el país indicado para esta clase de estudios, por su gran sismicidad.

F. G.

Director del Instituto Sismológico.



ARTES Y LETRAS

Juencio Valle

JULIO ORTIZ DE ZARATE

Mientras D'Halmar ejercía de hermano espiritual y a los primeros albores del día, de pie en medio del campo, leía el Eclesiastés, Julio Ortiz uncía los bueyes y se preparaba para romper la tierra con el arado. El era allí el San Isidro labrador, el hermano carpintero, el hermano herrero; en una palabra, el miembro fuerte de la colonia.

Y, sin embargo, en aquella población de poetas ilusos, de veinte años cada uno, el más niño de todos era Julio Ortiz. Una fotografía de ese tiempo nos lo presenta delgado como una espiga. Rubio, rosado, romántico, soñador y con unos ojos azules de señorita ingenua. La fuerza extraordinaria que ponía en sus empresas le venía, seguramente, de adentro. Su alma, como un motor maravilloso, no conocía desfallecimientos.

Tomó parte en la colonia tolstoyana porque ahí había camino para la aventura. Alguien les había conseguido una enorme extensión de tierras cerca de Villarrica, y allí estaban ellos tratando de echar raíces en esas soledades impresionantes. No los llevaba allí un interés material, no pensaban en las posibilidades que la tierra puede ofrecer al hombre para su regalo. No les seducía el latifundio, no querían convertirse en señores feudales. Ellos cultivarían la tierra

y el alma: la meditación y el arado serían sus herramientas más requeridas. Trabajarían su campo con modestia, de sol a sol, y se contentarían con que él les diera lo estrictamente necesario para su sustento. Lo restante de ese dilatado mundo sería para echar a volar los ojos, para darle expansión al corazón, para que la poesía y el sueño no conocieran fronteras.

Vivirían en perpetuo e íntimo contacto con la tierra y con las bestias del campo. Para ellos sería el concierto de los pájaros y de las aguas desbordadas. Sabrían cómo es que hace la luna sus crecientes y sus menguantes; cómo es que la naturaleza construye sus primaveras y sus otoños. En esa tienda levantada al otro lado de las tempestades del mundo, ellos, ardientes gustadores de la vida, estarían, sin embargo, muy cerca de Dios. Su viejo padre Tolstoy les había enviado una tarjeta de adhesión, escrita de su puño y letra. Pero como, desgraciadamente, llegaba escrita en caracteres rusos, cual si viniera en caracteres rúnicos, nadie pudo saber nunca lo que les decía el viejo conde.

Allí todos tenían su tarea señalada. Unos amasaban el pan, otros preparaban el almuerzo, aquéllos limpiaban la simiente, és-

tos pastoreaban los rebaños. Julio Ortiz araba la tierra. Y mientras abría el surco frágante, pintaba problemas azules, hacía arabescos en el aire, soñaba llena de humo la cabeza. Pero un día, de improviso, en medio de tanto sueño desmedido, el Sur se hizo presente con toda la impresionante majestad de su poderío: la lluvia incesante, los vientos furiosos, los indomables elementos de la naturaleza comenzaron a ensañarse contra los improvisados labradores. La frágil casa de madera crujía por sus cuatro costados. El viento silbaba en las cornisas, se aflojaban las tablas, el agua entraba a chorros por las rendijas. Julio Ortiz trataba de poner remedio a los desperfectos: introducía tapones en las murallas, remachaba las puertas, o a grandes zancadas por los charcos hacía canales para desviar el oleaje que amenazaba irrumpir hacia el interior de la vivienda.

Aterrorizados los celestes pobladores, se apretaban entre sí y retrocedían hasta los últimos rincones. La lluvia continuaba un día y otro día, y así, por raeses enteros. El agua arrastrada por el viento simulaba en el aire enormes cordilleras flotantes. No se veía un alma por los alrededores. Unos pájaros oscuros, mudos y solemnes, pasaban muy alto en demanda de los cerros lejanos.

Los tolstoyanos, impresionados, comenzaron a deliberar. Había que emigrar cuanto antes de aquellas inclemencias. Y no sin un dolor muy grande y muy sincero, aquellos locos de veinte años, desmelenados y exánimes, hicieron sus maletas y regresaron a Santiago. Habían partido un día impulsados por unos sueños fantásticos a acometer grandes empresas, y volvían ahora cabizbajos, flacos, desgarrados y con unos deseos muy grandes de dormir en cama blanda, de tomar buen café y pasearse por la Avenida de las Delicias mirando a las buenas mozas de ese tiempo.

Pero no solamente la inclemencia de la región dispersó a los colonos. También tuvo mucha parte en ello la cocina tolstoyana. Los porotos resultaban duros, y apenas echados a la olla la abandonaban, saltando en todas direcciones. El pan era agrio y duro, y muchas veces lo utilizaban de cuña o de tranca para la puerta. Aunque nadie lo confesaba, por orgullo, lo cierto era que el

hambre rondaba día y noche alrededor de nuestros amigos.

Habían fracasado en el intento de dar lumbre y vida a la Ciudad del Arte. Pero el espíritu de aquellos exploradores volvía henchido de una sana y profunda sabiduría. Cuarenta años después, aquella hoguera que el entusiasmo de una juventud encendió en sus espíritus arde todavía. Prueba de ello es que todos sus componentes han sido más tarde grandes artistas. D'Halmar, que vuelto hacia el Oriente saludaba la salida del sol con religiosa unción, ostenta hoy día el Premio Nacional de Literatura. Pablo Burchard, que en aquel entonces le correspondía la ingrata tarea de velar por la limpieza de la vajilla (tarea que él, mañosamente, rehuía echando los platos al fondo de un pozo), tiene hoy el Premio Nacional de Arte.

Julio Ortiz es, indudablemente, uno de nuestros grandes pintores. Pero dejaremos a los técnicos la tarea de valorar su obra, y nos ceñiremos solamente al hombre excepcional que todos conocimos. Cuanto él tocaba con sus manos adquiría de inmediato una clara expresión de belleza: los colores, la madera, el hierro. Iluminaba la materia de sólo rodearla de su pasión y su cariño. En 1916, cuando se organizó en Santiago el Grupo de los Diez, Julio Ortiz se contaba entre ellos. La casa de la calle Santa Rosa, que este grupo construyó allí, fué en mucha parte obra de sus manos. Le gustaba intervenir en todo aquello que fuera un homenaje a la belleza. Su mayor preocupación fué vivir para el arte. Su título de ingeniero, que le hubiera servido para hacerse una vida más fácil, lo relegó al olvido. En sus pinceles únicamente ponía él sus afanes y su orgullo. Viajó largamente, vivió varios años en Europa, poseía una vasta cultura, conocía como pocos los problemas de su oficio.

Su amistad no conoció una sombra. Era transparente y sencillo, como solamente pueden serlo las almas puras y grandes. Constituía una fiesta tenerlo a nuestro lado. Daba su mano grande, y un apretón de ella ya era como el anticipo de un abrazo. Una juventud vibrante, y que a través de los años no sufrió nunca un descenso, alentaba eternamente en él. Por eso su caída fué repentina; cayó de una sola vez, como el capitán poderoso que, en medio de la pelea, cae todo vestido de hierros y armaduras.

Ortiz de Zárate

PARECIA el personaje de un cuadro él mismo. Personalmente tenía el aspecto pintoresco lleno de luz y fuerza de las figuras de los cuadros clásicos: Van Orley o Franz Hals, y es que era un pintor cien por cien. Como todas las personas de su alta categoría espiritual, en su vida no hizo sino perseguir lo que para él era la plenitud del ser. Era un pintor cien por cien y los que lo conocieron saben que no hubiera podido ser sino eso, un pintor. Como hombre civil un ser justo, de ideas generosas, que no rehusó jamás cumplir con su deber, y, sobre todo, no rehusó, mediante artificios de la inteligencia, luchar por la realización de una Humanidad más justa.

Ante la certidumbre de su muerte, lo veo como un héroe de Walt Whitman, exánime, tranquilo, con la majestad de quien ha luchado bajo los mejores símbolos y banderas en pos de una gran causa, y ha caído en el sitio de combate sin desertar jamás. Y eso fué siempre, un hombre de principios, un alma inmaculada, una voluntad poderosa y bien inspirada. Creo que su vida es un ejemplo para los que lo conocieron, un ejemplo del cual pueden sacar innúmeras enseñanzas especialmente los jóvenes de hoy que entran al ideal artístico deslumbrados por el éxito fácil. Contra eso la figura de Ortiz se yergue como una colina de piedra dura. Era el antídoto, casi la doctrina religiosa. No creía sino en lo que satisfacía su conciencia de artista sin concesiones de ningún orden a lo que quedaba fuera de ese control.

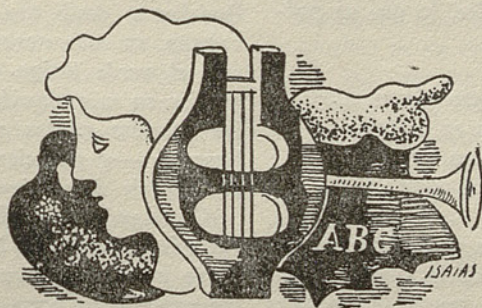
Alumno de Alvarez de Sotomayor, conoció a Pedro Lira, con quien trabajó en sus últimos años. Creía en una pintura completa capaz de satisfacer el gran arte. Su lema de artista eran tres afirmaciones sucesivas: ciencia, conciencia y subconsciencia. No concebía a ningún artista sin sensibilidad poética, pero odiaba la sensiblería porque era ante todo un constructivo, un ordenador. Para él la gran pintura estaba en Rembrandt, Velázquez, Vermeer, Goya, Chardín. Materia pictórica, calidad subjetiva y calor humano. De algo abominaba especialmente y era de las improvisaciones y exageraciones. Para él la pintura era, de todos modos, una disciplina de toda hora a la cual había que entregarle una parte del ser más íntimo.

Profesor de grabado, forjador de hierro, tallador de la piedra, amaba todos los oficios de la materia como amaba a la materia misma con la sensualidad honorable del artesano, la dignidad, la humildad y el orgullo del buen trabajador, que en ella se abstrae y de ella aprende por aproximación de la sangre los secretos de las formas sensibles.

Por sobre todas las cosas era un pintor, no quería ser más que un pintor, lo cual para él era la categoría más alta; y por eso, porque era la plenitud a que su ser aspiraba no hacía concesiones de ningún orden respecto a sus conceptos y nomenclaturas, y de allí esa firmeza suya, esa intolerancia impenetrable en la que muchos vacilantes se afirmaban, firmeza probada en sí mismo, pues sostuvo su propia vida.

Junto a esta conducta afirmativa, estaba su persona social llena de cordialidad humana, simpatía y expansión que atraía y ligaba con el afecto todas las voluntades. Como un clásico de la gran época amaba la vida sin restricciones convencionales, con ardor y pureza de corazón.

Leader de sus compañeros, hermano mayor de sus contemporáneos, jefe doctrinario de su valiosa generación artística, su influencia rectora y la fuerza de sus principios harán mucha falta a la cultura chilena. Amigo querido de escritores y poetas, nuestro tiempo pierde con él una de sus mejores antenas intelectuales.



NICOLAS GUILLEN, SON DE CUBA⁽¹⁾

Hasta nosotros ha llegado, portador de la voz, ya no unipersonal de una poesía y un determinado autor, sino en función de voz múltiple, porque es popular y ardiente y nuestra, Nicolás Guillén. Su poesía no pertenece a aquella poesía de estrecha veda, de cerrado círculo, que debiera llevar el cartelillo: "Sólo para Iniciados". Suponemos que en su tierra natal, Cuba, la poesía de Nicolás Guillén pertenece al ancho espacio de las Antillas, como el aire y el ir y venir de las olas del mar. Suponemos a los niños de Cuba conociéndole y amándolo. Suponemos, también, que en el fondo trágico y sentimental del negro, su poesía está definida y perpendicular a cada hora de la vida de su pueblo.

Porque Nicolás Guillén es un poeta de fibra popular. Y lo que dice, lo que su poética sugiere, es al pueblo.

*"Yo vi a Sabás, el negro sin veneno,
pedir su pan de puerta en puerta.
¿Por qué Sabás, la mano abierta?
(Este Sabás es un negro bueno.)"*

Alienta y vibra y vive y se alimenta de Guillén toda una etapa de la poesía americana. Ya no es la roja poesía, la poesía retumbante del cartelón que se enarbola en bandera. Es la poesía. Es el triunfo de la poesía como arte sobre la conducción de la poesía, como caballo de tiro para arrastrar el carro social. Es la poesía que va en el carro. Es la vida que emerge desde el poeta cubano, reflejando a su pueblo. Una ternura infinita, una humana comprensión vuelca y estremece cada estrofa. ¡Y son tan simples! Nos parece que toda la poesía ha dado una vuelta al universo, para encontrarse en esta sencilla acequia de la poética de Guillén, que, sin parentescos, sin influencias, canta,

danza, amanece entre las páginas de su obra.

Y no podemos decir que en esta poesía se excluye la rebelión. Por el contrario. Seguramente, mucho habrá de buscarse para hallar en otro poeta este acento rebelde, este puro acento de ira, que no se deja llevar hasta el grito, sino que, a través de una decantada lágrima secreta, llega hasta donde el alarido no lo podría.

*"Me duele que a veces tú
te olvides de quién soy yo;
caramba, si yo soy tú,
lo mismo que tú eres yo."*

Carne y voz de Cuba, Nicolás Guillén la interpreta. Porque no sólo es la voz popular. Podríamos decir que la violenta geografía cubana, su mar eterno que azota al tiempo con el verde látigo del oleaje, está fiel y preciso en su expresión poética. Como todos los grandes poetas populares, Guillén ha buscado —y por cierto que lo encontró— el lenguaje de su tiempo y de su gente.

Con razón don Miguel de Unamuno, en carta fechada en 1932, decía al poeta: "No he de ponderarle la profunda impresión que me produjo su libro, sobre todo "Rumba", "Velorio de Papá Montero" y los motivos del son. Me penetraron como a poeta y co-

(1) NICOLAS GUILLEN, OBRAS:

"Motivos del Son", 1930.

"Songoro Cosongo", 1931.

"West Indies Ltda.", 1934.

"España", 1937.

"Cantos para Soldados y Sones para Turistas", 1937.

PROXIMAS:

"El Son Entero".

"Elegías Antillanas".

mo a lingüista." Como anota Unamuno, Guillén es el color y son de Cuba en un lenguaje expresional que no sólo toca aquello autóctono, aquello del mulato y el negro transido y herido y humillado, sino que se transforma en universal lenguaje para expresar directa e indirectamente un humano y común dolor de todas las razas.

Guillén actúa en función de intérprete. Porque este inmenso poeta, que es como un signo de la América nativa, enclavado sobre el sonar de los tres océanos, nos ha dado esa lengua internacional, profunda, quemante y transparente con que construye una poesía de época, de tiempo en marcha.

Puede el quieto musgo subir y ascender por los muros del tiempo. Pueden crecer las ciudades, aumentar el diapasón humano su golpe y su color, pero esta poética, que de por sí ya es una escuela, ya es un índice originalísimo en nuestras tierras, no perderá su condición. En nuestro tiempo —¡tiempo heroico y ardiente en verdad!— se han juntado y unido, se han entrelazado firmemente, la novela y el cuento con la poesía, para dar la imagen de la época. He aquí que Guillén es uno de los timoneles de América. Junto con los valiosos aportes de otros grandes poetas y prosistas de esta generación nacida antes de una guerra y que ya asiste a dos, deberá emerger, victoriosamente, para las futuras generaciones una imagen de este continente, tan fiel, porque afinsa en la popular raíz del canto, y está limando cadenas y elevando la intensa llamarada de la marcha social.

Nicolás Guillén es, indiscutiblemente, un poeta social. En su más puro sentido, en su más elevada expresión. Su poesía —¿o su música?— penetra donde el hijo de la tie-

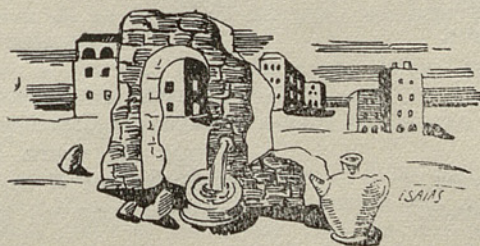
rra labora su destino. Y es entonces cuando José Ramón Cantaliso, exprime su jugo humano —sabemos que el sudor cae de los hombres sobre la faena, como las lágrimas sobre las mejillas— en la encendida cuenca de su canto, que es canto dolorido, pero esperanzado. Y he aquí que este poeta, doloroso, si en verdad los hay, es también el alimentador de la esperanza. Porque de cada uno de sus sonos, de cada uno de sus poemas, es el hombre que se levanta, en ardiente estatura, para subir a pie descalzo por sobre el tiempo.

*"El alquiler se cumplió:
te tienes que mudar;
ay, pero el problema es serio,
muy serio,
pero el problema es muy serio,
porque no hay con qué pagar."*

La tragedia del hombre solo, en lucha contra menguados intereses, la tragedia del pan humilde y tibio y huidizo está en Guillén. Sus ojos han corrido por los bohíos, atravesado maniguas espesas, adonde la ternura está ya en fuga. Porque nada puede tener menos ternura que la miseria, y nada, al mismo tiempo, puede serlo más tierna.

Como los más grandes poetas del mundo, su pueblo es su cimiento. Y de allí que la torre sea tan erguida, tan límpida y tan clara, que hasta los niños estén junto a su voz, atando el hilo azul de un sueño.

Mucho bien hará su paso por Chile. Porque así estará más cerca aún de este pueblo, que le admira y donde sus sonos encuentran la repercusión precisa de la poesía que amamos: la poesía del hombre y hecha para la humanidad.



Nicolás Guillén

Nocturno de los Muelles

Bajo la noche tropical, el puerto.
El agua lame la inocente orilla
y el faro insulta el malecón desierto.

¡Qué calma tan robusta y tan sencilla!
Pero sobre los muelles solitarios
flota una tormentosa pesadilla.

Pena de cementerios y de osarios,
que enseña en pizarrones angustiosos
cómo un mismo dolor se parte en varios.

Es que aquí están los gritos silenciosos
y el sudor hecho vidrio; las tremendas
horas de muchos hombres musculosos

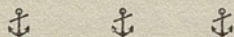
y débiles, sujetos por las riendas
como potros. Voluntades en freno,
y las heridas pálidas sin vendas.

Esta quietud se agita. En este seno
de paz se mueve y anda un grupo enor-
[me,
que come el pan untándole en veneno.

Ellos duermen ahora en el informe
lecho y están aquí. Sueñan acaso
y aquí estalla el espíritu inconforme,

que en la mañana tragará su vaso
de sangre diaria en el cuartón oscuro
y a estrecho ritmo ajustará su paso.

¡Ah, puño fuerte, elemental y duro!
¿Quién te sujeta el ademán abierto?
Nadie contesta en el dolor del puerto...
El faro grita sobre el mar oscuro.



Canto Negro

¡Yambambó yambambé!
Repica el congo solongo,
repica el negro bien negro:
congo solongo del Songo,
baila yambó sobre un pie.

¡Mamatomba,
serembe cuserembá!

El negro canta y se ajuma,
el negro se ajuma y canta,
el negro canta y se va.

Acuememé serembó,
aé;
yambó,
aé.

Tamba, tamba, tamba, tam̄ba,
tamba del negro que tumba;
tamba del negro, caramba,
caramba que el negro tumba:
¡yamba, yambó, yambambé!

ENRIQUE AMORIM

Conozco y quiero a nuestra inmensa pampa, a nuestro campo desolado; he sentido demasiado la tremenda influencia de su sordo poderío, para no dejarme conmovido por el pedido de que saludara hoy, en Chile, a Enrique Amorim. Cuando, para no limitarme a un recuerdo cariñoso y a un saludo amable, me he inclinado una vez más sobre las páginas de sus libros, mis ojos ávidos han sentido no tener tiempo para detenerse y gustarlos, saboreando su lectura. Cada página releída ha sido un recuerdo, una sensación de proximidad a nuestra tierra —la de Amorim y la mía—, porque sólo el accidente de un río las divide y luego se igualan en paisaje y humanidad.

He visto y recordado, apretando los labios, el horizonte interminable, los surcos apenas marcados en el seco pasto de los potreros; las matas de paja brava; las bandadas de teros que ensordecen, al paso de las cabalgaduras; el obsesionante y querido grito del chajá; el árbol lejano, única elevación en el terreno; el penacho curvo de los ñanduses; la siesta monótona y cansada de los vacunos, y, alguna vez, quebrando el silencio o el gritar de los teros o chajaes, el relincho de algún caballo que pone la única nota vibrante en el aire, cortando la isócrona monotonía de todos los demás sonidos. Al recuerdo animal y vegetal de la pampa se suma el de sus hombres y mujeres, sin los cuales el panorama no sería más que el recuerdo de un ocasional y frío admirador del paisaje. Hombres y mujeres sufridos; vidas dolorosas y duras. Amorim en medio del círculo de las montañas que ahora nos rodean, ha hecho revivir, en mí, el tremendo y trágico sentimiento de la inmensidad pampeana.

* * *

América ha dado, a lo largo y a lo ancho, algunas novelas. En el Río de la Plata, apenas si se puede señalar la existencia de este género, en medio de una auténtica y seria preocupación por las manifestaciones literarias.

México nos ha dado "Los de Abajo"; Ecuador, "Huasipingo"; Venezuela, "Doña Bárbara"; Perú, "El Mundo es Ancho y Ajeno"... Es la preocupación por la tierra; el drama del sitio; el drama del lugar; la tierra vinculada estrechamente con el sentido del dominio privado, sea éste personal o comunal. Existe la tragedia del agua, del bosque, de la explotación del individuo; el dolor de una espectral manifestación de la familia; el drama apegado a la tierra, afincado y metido en el lugar; situado sobre un pedazo de tierra, fuera del cual, separado del cual se termina el mundo y concluye el horizonte.

La América llana, la pampa, la América sin indios, sin comunas de campesinos, sin tradición agrícola, no había dado su novela. Y aquí, de paso, señalo que Chile no ha dado la novela del salitre; la novela del minero, esa novela que pueda llamarse la novela de Chile.

Pero sigamos con el Río de la Plata. Sobre el dolor del gaucho y su vida ambulatoria, sobre el paisaje que es su medio, uruguayos y argentinos han escrito páginas perdurables; relatos sentidos, empujados sobre la realidad. Argentina tiene su "Martín Fierro"; Uruguay, el "Viejo Pancho". Son relatos de la vida trashumante; relatos cariñosos, tímidos y rebeldes a un tiempo. Pero es el hombre de la ciudad el que relata; actúa por amor y con sentimiento; se suman en el relato las tradiciones.

las leyendas, las palabras, los modismos, las supersticiones, las voces y los recitados aprendidos, pero no es esto, ni con mucho, la novela de la pampa.

Es que la pampa se escapa. No existe el problema inmóvil del poblado indígena; no está presente la tradición del lugar; no rige la vida la tradición del sitio. El gaucho anda, camina, no se ata a la tierra, al lugar, ni al sitio; lo deslumbra el viaje, el recorrido; lo atraen los animales porque se mueven; se deja dominar por el paisaje en movimiento; lo encandilan los caminos, las huellas que surcan los potreros. Pienso que en todo esto tiene mucho que ver la idiosincrasia y gusto de los antiguos habitantes: hacia el Norte de América, las poblaciones agrícolas, sedentarias; hacia el Sur, la caza y la pesca; estadios más primitivos de la organización social; el nomadismo en acción y lucha.

La novela ciudadana es de todas partes. No tiene carta ni nacionalidad determinada. Intentos de este tipo de novela existen en la Argentina como en el Uruguay. Pero lo que la pampa ha dado son relatos, expresiones vivientes de una sociedad particular, con características propias, con sus leyes, con sus dolores y alegrías. Son relatos los de Ascabusi, los de Obligado, los de Hernández, los del Viejo Pancho, los del prolífico Javier de Viana. Pretenden ser y son, en gran medida, la pintura de un medio al que se rodea del interés de la aventura, la polémica o la anécdota. El campo tentó, de pronto, a los novelistas ciudadanos; los relatores, que habían vivido, sufrido y gozado de la vida de gaucho con amor, fueron sustituidos por aquellos que lo miraron con el ojo del pintoresquismo; los que quisieron recoger la leyenda grata o el material barato.

Aparecieron así los gauchos apatronados, recién llegados de París, perfumados por Coty, con botas fabricadas en Londres; me refiero, por ejemplo, al "Zogoibi", de Enrique Larreta.

Hubo, es cierto, intentos y realizaciones nobles. "Don Segundo Sombra", de Ricardo Güiraldes, es en este sentido la más seria aproximación a la novela del campo, aunque enmarcada aún en los límites del relato. Pero su gaucho es *un* gaucho; es un gaucho idealizado. Es un gaucho con tropilla de un solo pelo; es el retrato de lo que el gaucho *quiere ser*, del sueño de un gaucho, pero no es *el* gaucho corrido, duro para soportar una miseria a la que engaña con yerba; gaucho que pocas veces puede dejar la alpargata; gaucho que monta sobre un apero desvencijado, sujetando los estribos con tientos anudados.

Es difícil concebir al gaucho sin haberlo conocido. Es desconfiado y receloso con quien no pertenece a su medio; vive en permanente guardia. Ya una vez lo robaron y lo engañaron, y no lo olvida. En una segunda memoria permanece firme el recuerdo de los campos sin alambrar; mira con odio y recelo esos terribles alambres que cortan el cuerpo de la pampa, y parecen ponerle límite a su horizonte. En esa segunda memoria vive el recuerdo de las vaquerías y del sagrado derecho a carnear los animales que no eran de nadie. Ya una vez con pretexto del progreso vinieron gentes a apoderarse de la tierra que no reconocía dueño, y así nació el latifundio y la explotación del mensual. El gaucho recela; no quiere al extraño y sólo se entrega a él cuando lo sabe capaz de montar un redomón y sacarlo bueno, o lo ve manejar el pial en los potreros; en su síntesis mental, hombre que monta a caballo y sabe dominarlo a las buenas, no puede ser mala persona...

Pero si he dicho que no existía la novela del campo rioplatense es porque quería agregar que ella comienza realmente con Amorim.

Amorim conoce y siente el campo; lo conoce y lo siente íntegramente: paisaje y hombre. Amorim encuentra la relación del hombre con el paisaje, y sus hombres son reales, verdaderos, vivientes, totales. Es la pampa bárbara y salvaje, y el hombre perdido en su inmensidad, medio hombre y medio animal; uno con el caballo y la tierra; uno con el viento que determina y maneja su humor; uno con la sequía o con la lluvia; uno con el correr de los inmensos ríos combativos. Es la pampa de los caudillos bravíos que dejan en sus hijos huellas profundas, jamás olvidadas. Es también la pampa de los hijos de los conquistadores de la tierra, "hijos de ricos, sin sentido de la riqueza, ricos por fatalidad, como se es jorobado o tartamudo", semejantes a ese Paisano Aguilar "que tenía su alma en el bolsillo".

Es un campo que se identifica con el hombre o la mujer.

“Juliana —dice Amorim en una magnífica página de “El Paisano Aguilar”—, pasiva, bestial, con inocencia de vaca, zalamerías de perra, con sumisión de oveja, con mirada de yegua por parir, estaba en todo lo que veía a su alrededor. En el mate manoseado, en el sobeo de sujetar las tamperas; en un basto tirado en el suelo; en un par de espuelas enlodadas; en la sucia y ahumada puerta de la cocina; en un banquito de ceibo, tatuado de marcas X, señales y cruces. Era el alma de Juliana, encima de cada cosa, entre los arreos del apero, entre un montón de huesos pelados por los perros. Todo pertenecía a su alma, a su olor, a su voz que regateaba, a esa mudéz profundísima del campo, a veces casi mineral. Juliana, el sentido de aquella china era el sentido, el alma total del desierto. En su proximidad exhalaba el tambo, el corral. Ella pasaba a su lado con lentitud de miel silvestre que se derrite en boca de la iguana, con la suavidad del ternero al mamar o el roce voluptuoso de un vacuno en el poste esquinero de una divisa. Poseía aquella mujer todo aquello que es característico del campo, como si estuviera hecha de retazos de una vida animal. Y a su lado desfilaba, pesada y grasosa, la jornada campesina. Las pocas palabras parecían excesivas siempre: La pampa es muda y tan sólo se expresa por hechos grávidos de silencio.”

Y al lado del campo, el pequeño pueblo. Las “Tacuaras” o cualquier otro. Siempre iguales: calles polvorientas; apenas asfaltadas las calles que rodean la plaza principal, lugar obligado de reunión y chismorreó; casas bajas, avejentadas, y alguna nueva o recién pintada mostrando insolencia de nueva rica. De vez en cuando el paso de algún o de algunos peones de las estancias vecinas, o del capataz, o del patrón que quiere lucirse; han galopado o tranqueado largo hasta las afueras; por la plaza y frente a la comisaría pasan al paso o apenas si tranquean, “por respeto a la autoridad”.

Pueblos de vida mínima. La unión entre ellos y el campo es el prostíbulo que se sitúa en los bordes del poblado. A la “Pensión” de misiá Carmen llegan los desechos de las ciudades y los campos, allí se juntan con el gaucho o con el estanciero que camina fuerte, porque lleva algunos pesos en el tirador, o con el pueblerito acomodado que “va de fiesta”. Allí encontraremos a la Cubana, que se enamora del Paisano Aguilar, que enternece, humanizada, arranca de entre sus recuerdos el traje de niña; el traje que no manoseó ningún hombre. Es el campo desierto que se junta al poblado, por la angustia del sexo.

Y las pequeñas cosas del campo; los ojos del baqueano que ven sin mirar. “Aquí ha dormido un venado —piensa Goyo Lanza en la “La Luna se ha Hecho con Agua”... Aquí ha dormido un venado. Para defenderse de la yarrá ha hecho un círculo de baba”. ¡Linda y real figura la de Goyo Lanza, pintada sin inútil romanticismo! Por sobre la cabeza de su padre, un caudillo bárbaro hizo pasar, después de haberlo enterrado de pie, una tropilla de potros salvajes... Goyo Lanza no olvida, pero su recuerdo es silencio; hay una espera reconcentrada. Ya llegará la revolución —piensa—, ya volverá el gaucho a luchar por sus fueros; no es de los que se van para el Norte, a donde no ha llegado el ferrocarril y el “gringo sucio”; espera, y cuida celosamente el tesoro, cuya ubicación le ha sido revelada para que lo utilice en el momento oportuno y alce la “montonera”.

Qué necesidad hay de recurrir al panfleto. Un arte ligado a la vida y a las luchas del pueblo no necesita encogerse y desmerecer por la preocupación de la propaganda. Qué mejor alegato para las justas reivindicaciones de los desposeídos que la íntegra y acabada presentación de sus vidas infortunadas; dejemos al lector sensible que, solo, saque sus consecuencias, si no es capaz o no quiere hacerlo, inútil será que le demos a leer exposiciones especialmente amañadas para causarle efecto.

¡Qué dolor, qué vidas oscuras, qué tremenda miseria hace surgir Amorim en “La Carreta”! Por esos caminos, arrastrándose, van las “quitanderas”, en su prostíbulo ambulante. Historia de las tribulaciones sexuales, del padecimiento moral y físico en un paisaje duro, en un clima áspero. Historia de frontera. Sus personajes viven, ¡qué importa que algún erudito discuta la existencia de las “quitanderas”! Matacabayos, aprovechador de la miseria del circo ambulante, él mismo miserable, y sórdido; las tristes “ecuyeres” que quieren hacer plata con su cuerpo, pero no saben resistirse al amor; el tropero que rescata a su ex amiga, cuando la carreta se detiene en el camino

y se convierte en tienda del turco comerciante. Y esa tremenda aparición, en medio del campo, del indio Ita y sus nupcias con la compañera muerta. Y la muerte de Chiquiño y su visión de la muerta desenterrada; de la muerta por la cual había matado a un hombre; de su muerte que, al morir mientras él purgaba su condena, se hizo poner entre las manos el puñal del rival asesinado. Descripción de huesos y calaveras, de carne y podredumbre, de amor y vida; historia llena del innato sentido romántico del gaucho.

La vocación social de Amorim está en todas sus novelas. En todas ellas se advierte la preocupación por los problemas esenciales del campo, por la superación de las condiciones de vida que produce el latifundio. La rebeldía del hombre de campo asoma a cada instante. No se ha quedado, Amorim, en la superficie pintoresca; ha sabido y querido descubrir y describir el dolor de los cuerpos y las almas.

La última de sus novelas "Nueve Lunas Sobre Neuquén", recién llegada a Santiago, y de la cual sólo conozco algunos episodios publicados en el diario "La Hora", de Buenos Aires, coloca a Amorim en un nuevo plano. Ya no es el campo lo que trae hasta nosotros. Amorim desemboca violentamente en la ciudad. Ha escuchado los relatos de los presos, que durante mucho tiempo han sufrido en el inhospitalario Neuquén las durezas de la cárcel, por no claudicar de sus convicciones ideológicas. No se le escapan los sufrimientos y torturas de los presos políticos. La "partida" ha hecho su irrupción en las ciudades; ya no persigue al gaucho "alzado", que no se avenía con los reglamentos policiales, con la prepotencia del caudillo o con la sedentaria vida del cuartel; ahora persigue a los comunistas.

La nueva "partida", que hace sonar el empedrado de las ciudades, es resbalosa, brutal, cobarde y cínica; el cepo ha sido sustituido por la picana eléctrica; el tiento mojado, que al secarse se hincaba en las carnes, por los fósforos aplicados debajo de las uñas; la guarnición de fronteras por el presidio. Amorim siente el relato y escribe su libro; ha dejado por una vez la pampa, el dolor del gaucho, sus vidas misérrimas, para ocuparse del obrero, del intelectual perseguido y torturado. El "tiempo del desprecio" no rige solamente la vida campesina, hace su obra en las ciudades. Amorim funde así el sufrimiento del campo y el de la ciudad; la lucha del hombre en la soledad del desierto pampeano, con la lucha del hombre entre los bloques de cemento.

Es el diálogo que todos esperamos y deseamos. El diálogo del campesino con el ciudadano. El diálogo de la ciudad y el campo.

El aun no "comenzado diálogo entre el hombre y la llanura" comenzará el día en que el hombre sea dueño de la tierra; en que el mundo deje de ser ajeno. El diálogo entre la ciudad y el campo nos acerca a la ruta que nos lleva a ese destino.



Evocación de FEDERICO GANA

Las virtudes cardinales del temperamento de Federico Gana podrían resumirse en un indiscutible afecto hacia el labriego y a la tierra; aparece en sus cuentos y narraciones aureolado de fuerza, porque ese olvidado ser, que, desde la época de los encomenderos, no tenía significado ni calidad, adquiere en sus producciones un sello de humanidad que antes era desconocido en la literatura de Chile.

En Gana el campesino cobra existencia social, actúa y está presente con un matiz seguro y eficaz, aunque el escritor no se distinga por el cuidado del estilo y sus adjetivos no varíen o sean desmayados y a menudo borrosos y como esfumados detrás de una niebla, en que la frase alarga sus imprecisos contornos.

Dos obras nos legó Gana: "Días de Campo" y "Manchas de Color", en donde se acumulan sus evidentes cualidades de prosista, que pudo prestigiar con una labor más copiosa a nuestra literatura, si hubiera poseído el orden que regula una personalidad y le da sus justas proporciones.

Federico Gana, analizado ahora, después de veinte años de su desaparecimiento, se nos presenta definido en algunos cuentos, entre los cuales "La Señora" es su principal demostración artística, ya que en otras producciones el escritor consiguió solamente trazar episodios campestres, que pudieron haber alcanzado un relieve considerable, si Gana hubiese profundizado en ellos.

"La Señora", recalcamos, puede señalarse como la culminación de la obra de un prosista sugerente y dotado de admirables condiciones, que se malograron y no tuvieron su preponderancia debido a la indiferencia y apatía hacia las cosas terrenales, en que consumió la vida un hombre eminente por su belleza espiritual.

En sus "Manchas de Color" encuentra Gana efectos de dulce melancolía, destellos de legítima poesía, pero este género requiere, para ser cultivado con eficiencia, atributos poéticos de alta selección.

Estas "Manchas" son momentos de su existencia, y en ellas tiembla un soplo de amor y de tristeza, como una mirada al pretérito desde la edad madura, cuando el hombre conoce ya que sus días comienzan a contarse con la gravedad que fija el destino.

En estos poemas escritos con sencillez el prosista alcanza el tono poético muchas veces, aunque la adjetivación que exige este género debe cuidarse y superar el nivel de la prosa, hasta esa latitud de vuelo que se confunde con la poesía, como en los poemas en prosa de Baudelaire, que podrían citarse como maestros.

El autor de las "Flores del Mal", poeta mágico, era dueño de todos los dones para realizar el poema en prosa, y darle el colorido y la consistencia necesarios para hacer de él una acabada obra de orfebrería.

El poema en prosa es de difícil ejecución, ya que para hacerlo el escritor debe estar

premunido de una inspiración que penetre en los linderos de la poesía, como en los maestros que dejaron esclarecidos modelos: Aloysius Bertrand, en "Gaspard de la Nuit"; Arthur Rimbaud, en "Illuminations", y Charles Baudelaire, ya mencionado, en "Spleen de Paris".

El poema en referencia se convierte, en estos casos, en una poesía que fluctúa entre el verso libre y la prosa, y requiere, por consiguiente, para conseguir su exacto nivel, la ayuda vigorosa del adjetivo y un léxico de sutiles contornos.

Para ahondar con más ahinco en estos sencillos buceos de la personalidad de Gana, transcribimos su poema "Londres":

"Fué allá, ¿te acuerdas?, en la ciudad inmensa y famosa que envuelven brumas y nieves, donde floreció nuestro amor.

"¿Te acuerdas? En nuestro incierto paseo, dejamos atrás el gran río sobre cuyas aguas oscuras y silenciosas reverberaban las llamas inquietas de los faroles como una fragua enorme y fantástica.

"Y en aquel anocheecer de invierno tú murmuraste a mi oído, con una voz perfumada de amor, estrechando mi brazo tembloroso contra tu corazón.

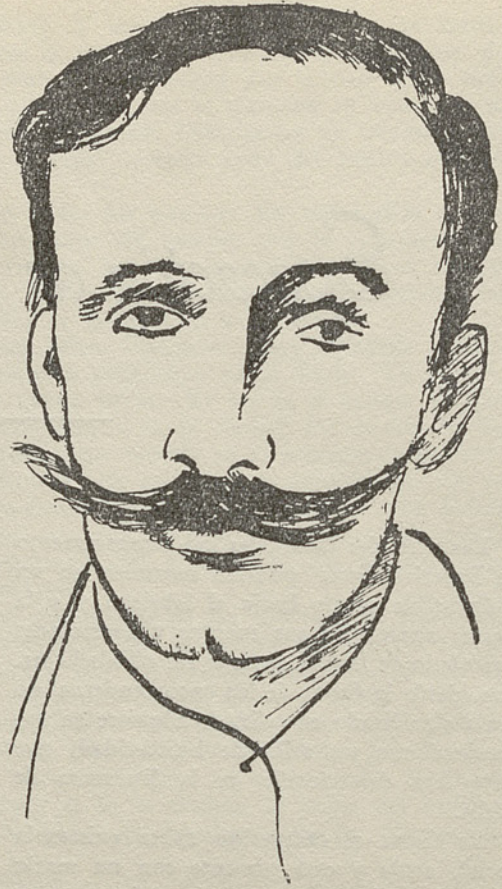
"Huyamos muy lejos, no sé adónde. Y como poseídos de un vértigo, marchábamos rápidamente un instante por las callejuelas oscuras y pobres de aquella ciudad extranjera.

"Después, fatigados y tristes, regresamos. ¡Esa ha sido nuestra historia!"

Federico Gana falleció en Santiago el 22 de abril de 1926, cerrando con su muerte el círculo de una personalidad de hondos rasgos en la literatura de Chile.

Federico Gana y Gana era vástago de una de esas antiguas familias de la Colonia, en las que aun persiste cierta dulce atracción por el campo, en cuyas tierras los antepasados gozaron de los beneficios de la fortuna a la sombra de los monarcas que lentamente encaminaron a la ruína el patrimonio de las Españas.

Este escritor sintió en su alma el aroma de los valles y de los montes de su país, y se acercó sin recelos al labriego abriendo esa puerta de la amistad que tantas veces



está cerrada para siempre entre los descendientes de una aristocracia que no tuvo la generosidad que va al pobre dándole su calor de vida y con él la comprensión humana que es misericordia y ejercicio del bien. La existencia de Gana, transcurrida su juventud, estuvo como en éxtasis evocando su permanencia en Inglaterra, en donde su corazón se bañó en el clima de Londres, su encanto en la bruma, el perfil de sus mujeres y el sueño embrujado de los mástiles que señalaban el vaivén de los siete mares.

Federico Gana es un narrador cuyo estilo sobrio llega directamente al lector y traza en pocas palabras el retrato de sus protagonistas, sin profundizar en sus figuras ni extender ante nuestros ojos un paisaje de tonos recargados; da su visión en breves frases y su vocabulario carece de riqueza, sin que destruya, sin embargo, el interés de sus

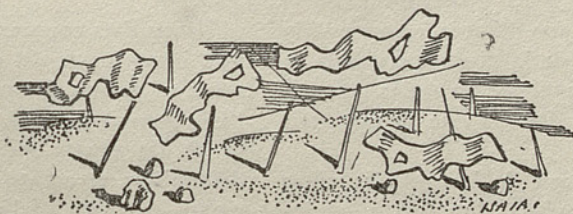
cuentos, que pudieron, no obstante, haber animado sus producciones con un brillo idiomático superior adquirido en una continua práctica del lenguaje.

Su estilo, como hemos dicho, no posee abundancia verbal, pero emociona al lector con sus relatos sencillos que pudieron, al ser tratados con más efectividad, haberse convertido en auténticos cuentos: así podríamos referirnos a "En el Crepúsculo", "Un Carácter", "Candelilla" y otros que son narraciones interesantes en las que el paisaje de Chile ostenta su tranquila hermosura.

Pudo Gana habernos dejado una extensa labor literaria, pero deslizó su existencia en un ambiente de apresurada inquietud, reflejando en sus "Manchas de Color", en las cuales vertió su melancolía, su evocación de un pretérito de amor, siempre do-

minado por el rostro de la soledad y de la muerte, y ante él pasaban las estaciones del año trayendo desesperanzas, lejanos brillos de árboles, hasta ese momento en que el hombre entrega su visión del mundo al reposo sin riberas.

Nuestros ojos, al contemplar ahora la silueta espiritual de Federico Gana, se humedecen más allá del afecto que profesamos al artista y al amigo, de una encendida ternura ante el hombre que siempre anduvo en actitud de mirarse el corazón para extraer el sufrimiento propio que ya amoldaba en sus breves "Manchas", o expresaba en sus cuentos o narraciones, con un cariño cordial hacia el pueblo, en especial a esa gente que cultivaba el agro y constituye un elemento de tanta trascendencia para la colectividad.



La
PINTURA ESPAÑOLA
en la
LITERATURA RUSA

Existe en Rusia abundante literatura sobre la pintura española. Ha servido de tema a los literatos, artistas y críticos rusos que visitaron España.

A mediados del siglo pasado, la revista "Sovremennik" ("El Contemporáneo"), que se editaba en San Petersburgo, empezó a publicar las notas de viaje del literato ruso Botkin, que se hallaba por aquel entonces en España. Botkin dedicó muchas páginas al arte español, especialmente a la pintura.

El gran crítico ruso Vissarion Belinski elogió a Botkin por "haber comprendido de veras la poesía de la pintura española, y por haber sabido expresar en todos sus matices el estilo y la factura que la caracterizan".

También hablaron de las grandes obras de la pintura española literatos y periodistas rusos, como Grigorovich, Skalovski, Efron y Salias, que viajaron por España después de Botkin.

* * *

Poco a poco empezaron a publicarse en lengua rusa obras consagradas a la pintura española en general o a algunos de sus mejores representantes. En 1900 Alexander Somov, conservador de la galería de pinturas "La Ermita", de San Petersburgo (hoy Leningrado), publicó un libro intitulado

"Escuelas españolas". Somov traza las características de las obras de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Alonso Cano y Morales. A la vez describe algunos de los cuadros de estos pintores, que se conservan en "La Ermita".

En 1908, la editorial "Shipovnik" ("Escaramujo") publicó una monografía consagrada a Goya, escrita por el notable artista ruso Alexander Benua. Relata la vida de Francisco de Goya en relación con su época y lo estudia detenidamente como artista.

Benua da a conocer al lector ruso las obras más importantes del gran español: cuadros, retratos y aguafuertes ("Los Caprichos", "Los Proverbios", "Los Disparates"), y trata de las causas sociales y personales que determinan el acento pesimista de las creaciones de Goya. Adjuntas a la monografía van treinta espléndidas reproducciones fotográficas.

A continuación publicó Alexander Benua su obra capital: "Historia de la pintura en todos los tiempos y en todos los pueblos", primorosamente editada y con ricas ilustraciones. Damos a continuación los temas del capítulo que Benua dedica a la pintura española de los siglos XVI, XVII y XVIII: Rasgo general de la pintura española del siglo XVI. Sinceridad de los artistas y contenido limitado, fundamentalmente religioso. Carencia de paisajes como aspecto autó-

nomo del arte: Desarrollo artístico de los españoles. Paso del realismo al naturalismo. Penetración del Renacimiento en España. Imitadores de Rafael: Juan de Juanes (Mucip) y otros. Influencia del Greco y de Caravaggio sobre la pintura española a fines del siglo XVI. Escuelas de Sevilla y Valencia. Carácter de la obra de Ribalta, Ribera, Zurbarán y Velázquez. Albores de la decadencia de la pintura española. Murillo y Valdés Leal. Goya como artista escéptico y anarquista.

Antes de la primera guerra mundial aparecieron en las revistas de arte rusas varios trabajos sobre la pintura española, clásica y contemporánea. A continuación mencionaremos los más estimables.

En la revista "Ápolo" se publicó un artículo de Yakov Tugendhold acerca de la exposición internacional de pintura de Roma. Tugendhold analizó con bastante detalle las obras de Zuloaga, de Anglada Camarasa, de Sorolla, de los hermanos Zubiaurre y de otros pintores españoles de fines del siglo XIX y de comienzos del XX.

En la misma revista hallamos también un artículo de otro crítico de arte, Vsevolod Voinov, acerca de los lienzos españoles de la colección privada Janenko: "Naturaleza Muerta", de Zurbarán, y los cuadros de Carreño de Miranda: "Carlos I y Pedro de Moya" y "Retrato de un viejo dignatario".

La revista "Starie Godi" ("Antano") publicó un trabajo de Nikolai Vrangél sobre los cuadros españoles de "La Ermita", y otro de Emil Lipgart sobre los cuadros de Juan de Juanes (Mucip) y Morales que poseía el príncipe ruso Xochubei.

En abril de 1914, Iuri Nikolski publicó en "Ruskaia Misl" ("El Pensamiento Ruso"), un trabajo dedicado a la obra de Ignacio Zuloaga. Da una breve biografía del artista y analiza detenidamente sus cuadros: "El Enano Gregorio", "El Peregrino" y algunos más.

* * *

Después de la Revolución soviética de 1917 se ha escrito mucho acerca de la pintura española. En 1923, el crítico Yakov

Tugendhold analizó en su libro sobre el Museo de Arte Moderno Occidental de Moscú la obra de Picasso, explicando detalladamente su paso al cubismo y cómo resuelve los problemas del color en sus lienzos. Después de este libro aparecieron varios artículos consagrados a Picasso en la revista "Sovremeni Zapad" ("El Occidente Contemporáneo").

El distinguido escritor ruso Lev Nikulin se hallaba en España, en el verano de 1929, cuando se celebró en Barcelona la Exposición Internacional. Nikulin visitó la Exposición y se trasladó a Madrid, pasando por Zaragoza, y recorrió Toledo, Sevilla, Granada y otras ciudades españolas.

En 1930 se publicaron en Moscú las "Cartas de España", de Nikulin. El escritor dedica, al hablar de las ciudades españolas, muchos párrafos a las pinturas que en ellas se guardan, a los cuadros y frescos de los grandes maestros españoles de los siglos XVI y XVII.

Resulta de gran interés uno de los últimos capítulos del libro, en el que Nikulin habla de su visita al Museo del Prado de Madrid, "donde pueden verse casi todos los cuadros relevantes de Velázquez y de Goya".

Entre los lienzos de los grandes pintores españoles halló Nikulin un espléndido retrato del embajador ruso Piotr Potemkin, pintado por Juan Carreño en 1676. (En el Museo Histórico de Moscú se halla una copia de dicho retrato.)

Al comienzo del tercer decenio de nuestro siglo se dió a la estampa el libro de la escritora Yavorskaia sobre Pablo Picasso, con numerosas reproducciones fotográficas de las obras del pintor. El contenido del libro puede resumirse de la manera siguiente: Influencia de la pintura francesa en las primeras obras de Picasso. Influencia del Greco y de Morales en sus trabajos de 1900 a 1904. Los temas de las obras de Picasso en los diversos períodos de su vida. Picasso y el cubismo. Su evolución hacia una representación más real desde 1914. Predominio de los elementos decorativos en las obras del artista al final del segundo decenio de nuestro siglo.

Durante la heroica lucha del pueblo español contra los franquistas, la revista mensual de Moscú "Iskusstvo" ("Arte"), dedicó uno de sus números al arte de España. Korsunski desarrolló el tema "La Pintura Española". Traza brevemente la historia de la pintura española a partir de su origen, en el siglo XI. Para el lector ruso resulta de especial interés la parte del ensayo en que Korsunski habla de la pintura medieval española, completamente desconocida en Rusia, pues Benua, en su "Historia de la Pintura", da sólo noticias fragmentarias de algunos artistas españoles del siglo XV.

* * *

Ponemos fin a nuestro artículo, recordando los trabajos consagrados al más grande de los pintores españoles, a Diego Velázquez. La editorial "Iskusstvo", publicó en 1939 una monografía de la historia de arte Málitskaia, cuyo contenido es, en resumen, como sigue: Vida de Velázquez. El realismo de su pintura. Los temas religiosos, históricos y mitológicos en la obra de Velázquez. Pintura de género y retratos. Valor psicológico de los retratos. Cómo resuelve Velázquez los problemas del color y del aire. Valor de la obra de Velázquez.

Uno de los mejores críticos de arte soviéticos, Alpatov, ha escrito sobre Velázquez varios trabajos a cual más interesante. En el primero, publicado en la revista "Iskusstvo", habla de Velázquez como pintor de retratos y de su cuadro "Las Meninas". Refiriéndose a la composición del cuadro y analizando sus detalles, Alpatov apunta la idea del parentesco temático y estético entre

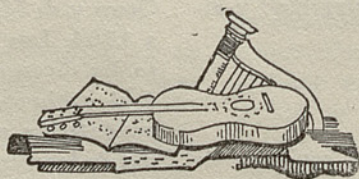
el cuadro de Velázquez y el Don Quijote, de Cervantes.

"Uno de los temas fundamentales de Velázquez y de Cervantes —dice Alpatov— era el de las imágenes, el de las representaciones. De ahí que se hallen muchos rasgos comunes a ambos genios. Así como puede considerarse a "Las Meninas" como el retrato de los retratos, el Don Quijote es la novela de la novela, la poesía de la poesía...

* * *

No hemos citado más que una pequeña parte de las obras rusas consagradas a la pintura española. Pero basta para demostrar que en la U.R.S.S. existe un gran interés por las obras inmortales de los grandes pintores españoles. Séanos permitido citar aun otro ejemplo del gran entusiasmo que despiertan en la U.R.S.S. El insigne crítico y académico soviético Igor Grabar, en su libro "Mi Vida", dice acerca de la pintura española y de su "rey", el inimitable Velázquez:

"Es difícil expresar lo que sentí al hallarme ante "Las Hilanderas", de Velázquez, y ante su autorretrato de "Las Meninas", junto a las infantas y a los cortesanos que visitan su estudio. Todas mis impresiones de España palidieron y se esfumaron ante el gran "rey de los pintores, ante Velázquez. Siguió tan sólo el recuerdo de las soberanas armonías de color de los cuadros de El Greco. La impresión que sobre mí ejercieron las obras maestras del Prado fué tan intensa, que casi no puedo recordar nada de mis dos permanencias en París. El París contemporáneo había sido relegado a un segundo plano por Velázquez..."



Los LIBROS

La crítica literaria de la revista ANTARTICA está a cargo de nuestro colaborador don Juan Uribe Echevarría. Los libros y revistas nacionales y del extranjero pueden ser enviados a Secc. Publicaciones. Revista ANTARTICA, Alameda Bernardo O'Higgins 528, Santiago.

"LA MUJER, EL DELITO Y LA SOCIEDAD"

Por

Felicitas Klimpel Alvarado

(Ed. "El Ateneo"
Buenos Aires - 1946
R. A.)

En la falange cada vez más nutrida de las escritoras nacionales, formada hasta ahora casi exclusivamente por poetisas y novelistas, comienzan a tomar colocación las primeras ensayistas y sociólogas.

La señorita Klimpel Alvarado hace en su tesis, "La Mujer, el Delito y la Sociedad", una jugoso, documentado e indignado alegato en contra de la situación precaria en que se encuentra la mujer chilena ante las leyes penales del país.

Su feminismo es documentado y científico.

Apoyada en firmas inobjetables, resume la señorita Klimpel Alvarado la historia sexual y jurídica de la mujer desde los más lejanos tiempos hasta enfrentarse con pensadores modernos, como Otto Weininger, cuyas opiniones se han hecho mundialmente famosas. Dice Weininger:

"La mujer no es generosa ni profunda, ni aguda ni exacta en sus pensamientos; es precisamente lo contrario. Carece de reflexión, representa la completa falta de sentido, la insensatez. La mujer no se halla en relación alguna con la idea, no la afirma, ni la niega, no es moral ni antimoral; hablando matemática-

mente, no tiene ningún signo; no la guía ni el bien ni el mal, ni los ángeles ni los demonios (por eso podría considerársela como altruista); es simplemente tan amoral como alógica" ("Sexo y Carácter").

La señorita Felicitas impugna estas afirmaciones con indignada elocuencia:

"Los hombres si fueran realmente justos, no podrían condenar a la mujer sin sentirse verdaderamente avergonzados. Si ellos tomaron para sí la organización de la sociedad, ¿por qué no previeron entonces las consecuencias que traería la falta de educación y cultura en la mujer?"

"Pero los hombres, con el egoísmo que los caracteriza, y hasta cierto punto con un poco de temor, no quisieron darle a la mujer oportunidad alguna para que su mente se desarrollara."

El planteamiento no nos parece rigurosamente exacto. La señorita Klimpel cree que ha existido una especie de compromiso secreto, masculino, a través de las edades, para colocar a la mujer en un plano inferior, de semiesclava con relación al hombre.

La autora denuncia una implacable guerra de sexos a través de la historia, por encima y por debajo de la lucha de clases.

La señorita Klimpel defiende en forma inesperada ciertas actividades femeninas:

"La falta de evolución mental de la mujer dió cabida a toda clase de misterios y supercherías. Las mujeres cayeron en la hechicería y en la magia casi inconscientemente.

"La historia tiene páginas ennegrecidas por el humo de tantas y tantas hogueras que se levantaron para castigar a las ignorantes y miserables hechiceras. Los hombres, en vez de darles alguna oportunidad para acallar la inquietud intelectual que significaba el introducirse en las artes de la hechicería, procedieron lisa y llanamente a la destrucción total de sus vidas. Tal vez esta actitud de los hombres, de salvaje incompreensión, ha detenido por años

el espíritu de investigación de la mujer." (Pág 134.)

¿Concibe acaso la autora una ciencia femenina diferente de la masculina? ¿Es que los hechiceros eran protegidos?

Todo aquello que en las primeras 200 páginas de este libro, ricas en citas felices y sugerentes de todo orden, pudiera ser objeto de discusión y rectificación, se torna seguro y científico en la segunda parte, cuando la autora da e interpreta las fichas y estadísticas, fruto de las investigaciones realizadas por ella en la Casa Correccional de Santiago y en la Dirección de Institutos Penales de Argentina.

En su generoso afán de arrojar luces sobre los problemas femeninos, la autora, a menudo, se contradice.

En el capítulo II trata de demostrar que la mujer es o ha sido, por lo menos, tan fuerte físicamente como el hombre y nos recuerda a las amazonas del rey del Dahomey y a otras feroces ciudadanas. Pero cuando se trata de corregir la igualdad ante la ley y la señorita Klimpel aboga por la disminución de la pena, si el delito es cometido por mujeres, entonces no pierde oportunidad de recordarnos que "la menstruación, la menopausia, los trastornos de carácter psíquico, etc., son estados que pueden llevar a la mujer a toda clase de delitos" (Pág. 193.)

Con todo, "La Mujer, el Delito y la Sociedad" es un libro rico en enseñanzas de toda especie, que se torna, a ratos, apasionante cuando la autora abandona por momentos la frialdad de sus fichas estadísticas e irrumpe en recriminaciones contra los hombres en general y los juristas en especial. Son páginas confesionales, cargadas de tono afectivo, que prestan amenidad a su obra. Hay en la señorita Klimpel Alvarado una personalidad científica y otra que podríamos denominar de reformadora elocuente y apasionada defensora de los derechos cívicos de la mujer. En sus futuros libros se verá cual de estas personalidades sale triunfante.

"VICENTE PEREZ
ROSALES"

Por

Guillermo Feliú
Cruz

Ensayo crítico.

(Imprenta Chile
Santiago - Chile - 1946)

Nos encontramos a la distancia justa para intentar una revisión absoluta de los grandes escritores de nuestro siglo XIX.

Se hacen ya imposterables los estudios críticos y las monografías que nos den una visión real, más o menos definitiva, de escritores como Benjamín Vicuña Mackenna, José Joaquín Vallejo, José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Daniel Barros Grez, etc. Tal suerte ha correspondido hasta ahora sólo a personajes históricos, como Portales y O'Higgins, y también al novelista Alberto Blest Gana.

El distinguido historiador Guillermo Feliú Cruz parte del prólogo de don Luis Montt a los "Recuerdos del Pasado" y de las páginas que le dedicara don Benjamín Vicuña Mackenna para ampliarnos fundamentalmente la imagen histórica y sociológica de la época en que vivió tan extraordinario chileno.

El presente estudio, que servirá más tarde de prólogo a la edición del "Diccionario del Entrometido", aporta algunas novedades de peso sobre la vida de Pérez Rosales, lo que no es poco decir en relación a un escritor de memorias que nos ha dejado, con la crónica de su propia existencia, la de la vida chilena en un periodo de más de cincuenta años.

Feliú Cruz refuta algunas afirmaciones inspiradas en el clásico y explicable antiespañolismo decimonónico del que no logra liberarse Pérez Rosales cuando enjuicia a la educación santiaguina del siglo pasado.

"Los odios han podido más que la reflexión, y el sentimiento antiespañol ha prevalecido a través de un siglo repitiendo con rara pertinacia un hecho que no es cierto. La enseñanza en Chile ni estaba en la deplorable decadencia con que la ha pintado el liberalismo de nuestros historiadores del siglo XIX, ni había llegado a ese grado de superioridad que se complace en hacer resaltar la escuela conservadora... Estaba a la altura de lo que era el país, respondía al medio en que se desenvolvía, satisfacía las exigencias sociales e intelectuales de los que llegaban hasta las aulas. ¿Era mejor esa enseñanza en España? ¿Los métodos no eran los mismos en Francia?" (Pag. 23).

Feliú Cruz va verificando algunos aspectos de la autobiografía de Pérez Rosales, y a su paciencia de investigador debemos una suma de noticias que enriquecerán cualquiera futura edición crítica de los "Recuerdos del Pasado". Así nos redondea la imagen de un Pérez Rosales pintor:

"Este es uno de los aspectos más desconocidos de Pérez Rosales. Hace falta una edición de los "Recuerdos

del Pasado" con los dibujos, acuarelas, pinturas, bocetos al lápiz y a la pluma de las diversas escenas que trazó su mano. Nosotros conocemos algunos de sus trabajos pictóricos. Para el Museo Histórico Nacional, cuando fui Conservador de ese establecimiento, conseguí sus apuntes del viaje a California (forman parte de los "Recuerdos"), que aparecen ilustrados a pluma por Pérez Rosales. Son célebres esos dibujos por sus obcenidades." (Pág. 53.)

Feliú Cruz pasa en cámara lenta algunas páginas de los "Recuerdos" y nos amplía éste o aquel aspecto interesante que a veces se pierde en las páginas tumultuosas del extraordinario libro.

Feliú incluye en su ensayo un paralelo entre Pérez Rosales, Isidoro Errázuriz y Vicuña Mackenna, los tres chilenos importantes formados en los colegios franceses, ingleses o alemanes, y pone en evidencia la orientación práctica, dinámica, de su cultura.

El libro termina con una comparación entre los "Recuerdos del Pasado", los "Recuerdos de Treinta Años", de Zapiola; "Raza Chilena", de Nicolás Palacios, y "Sinceridad", de Alejandro Venegas.

A través de los cuatro libros, el autor va captando el desarrollo de la nacionalidad chilena a través de sus periodos de euforia, esperanza o pesimismo.

Feliú Cruz nos sugiere también la influencia que pudieran haber ejercido dos autores españoles en la obra de Pérez Rosales. Se refiere a las "Memorias de un Setentón, Natural y Vecino de Madrid", por Ramón de Mesonero Romanos, reeditadas en Valparaíso en 1846, y a don Antonio Alcalá Galiano, autor de "Los Recuerdos de un Anciano".

J. U. E.

Noticiario y Revista de Revistas

Libros recibidos

Gonzalo Drago: "Una Casa Junto al Río".
Ediciones "Cultura".
Colección "La Honda". Santiago, 1946.

Juan Donoso: "Tierra en Celo".
Ediciones "Cultura".
Colección "La Honda". Santiago, 1946.

Nicasio Tangol: "Las Bodas del Grillo".
Ediciones "Cultura".
Colección "La Honda". Santiago, 1946.

Noticiario de revistas

ATENEA N.os 253-254. Concepción.
Director: Luis Durand.

Alone: Aprender a escribir.
Gonzalo Drago: El bote embrujado.
Jacobo Danke: Estancias de Hiperión.

Norberto Pinilla: Cervantes y Baty.
Clarence Finlayson: Porfirio Barba-Jacob.

AURORA DE CHILE. N.º 23. Santiago.
Director: Tino Jorge.

Pablo Neruda: Italia, tesoro universal.
Rubén Azócar: Eduardo Barrios, novelista.

Rosamel del Valle: Verónica.

POLITICA Y ESPIRITU. N.º 14. Santiago.

León Bloy: El gran pobre.
Jacques Maritain: La vocación de León Bloy.

ZIG ZAG. N.º 2161. Santiago.
Ricardo Latham: La poesía popular chilena.

José M. Navasal: Nicolás Guillén.
Milton Rossel: Marta Brunet.
Dr. A. Goldschmidt: Exposición Czeney.

BOLETIN INSTITUTO NACIONAL. N.º 25.

Milton Rossel: Esquema psicológico del pueblo chileno.
Armando Lira: Richon-Brunet.
Ramón Pérez de Ayala: Conceptos.

J. U. E.

BIBLIOGRAFIA

LITERATURA Y BELLAS ARTES

- EDICIONES NACIONALES TURO". (Cuando mi tierra fué moza. III.) *Ed. Nascimento. 1946.—370 págs.*
- ALONE: "GABRIELA MISTRAL". *Ed. Nascimento. Santiago, 1946.—111 págs.*
- CAMPO (SANTIAGO DEL): "NO SIEMPRE AMANECE". *Ed. Zig-Zag. Santiago, 1946.—278 págs.*
- CAVADA C. (DARÍO): "ULTIMA JORNADA". *Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1946.—39 págs.*
- D'HALMAR (AUGUSTO): "CARLOS V EN YUSTE". *Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1946.—105 págs.*
- HELGUERO DE LETZER (TERESA): "POEMAS". *Ed. Zig-Zag. Santiago, 1946.—53 págs.*
- IRIS: "UMBRALES DEL FUTURO". (Cuando mi tierra fué moza. III.) *Ed. Nascimento. 1946.—370 págs.*
- LABARCA (AMANDA): "DESVELLOS EN EL ALBA". *Ed. Cruz del Sur. Santiago, 1945.—133 págs.*
- LEYTON VIDAL (CELIA): "ARAUCANIA. ROSTRO DE UNA RAZA ALTIWA". *Ed. Zig-Zag. Santiago, 1945.—48 págs.*
- OYARZÚN AMPUERO (CONRADO): "FLORES DE PRIMAVERA". *Imp. San Francisco. P. Las Casas, 1946.—203 págs.*
- PIWONKA (MARÍA ELVIRA): "INTIMA". *Poesías. Ed. Tegualda. Santiago, 1946.—89 págs.*
- PIZARRO (ORLANDO): "SANGRE CRIOLLA". Prólogo de Luis Durand. *Imp. Cultura. Santiago, 1946.—163 págs.*
- ROA B. (ALEJO): "SELECCION DE AUTORES NACIONALES". 3.^a ed. *Imp. Salesiana. Valparaíso, 1945.—152 págs.*
- SIM (ENRIQUE): "CUENTOS CRIOLLOS". *Imp. Londres. Valparaíso, 1946.—45 págs.*
- SOLAR (CLAUDIO): "LA CIUDAD DETENIDA EN EL TIEMPO". *Ed. Tegualda. Santiago, 1946.—69 págs.*
- SOLAR CORREA (EDUARDO): "TECNICA LITERARIA". 4.^a ed. *Ed. Nascimento. Santiago, 1946.—144 págs.*
- TESTORE (C.): "EN LAS GARRAS DEL LEOPARDO". *Ed. Zig-Zag. Santiago, 1946.—103 págs.*

HISTORIA Y GEOGRAFIA

- EDICIONES NACIONALES EYZAGUIRRE (JAIME): "O'HIGGINS". *Ed. Zig-Zag. Santiago, 1946.—477 págs.*
- ADOU M. (JORGE): "EL PUEBLO DE LAS MIL Y UNA NOCHES". *Imp. Asiés. Santiago, 1946.—288 págs.*
- ALMEYDA ARROYO (ELÍAS): "BIOGRAFIA DE CHILE". 14.^a Ed. *Imp. San Francisco. Padre Las Casas, 1946.—495 págs.*
- FELIÚ CRUZ (GUILLERMO): "VICENTE PEREZ ROSALES". *Imp. Chile, Santiago, 1946.—114 págs.*
- FUENTEALBA HERNÁNDEZ (LEONARDO): "COURCELLE-SENEUIL EN CHILE". *Prensas de la U. de Chile. Santiago, 1946.—113 págs.*
- GUNCKER LUER (HUGO): "ENSAYOS SOBRE LA LOGIA LAUTARINA". *Imp. Gutiérrez. Temuco, 1946.—77 págs.*
- ROJAS MOLINA (ARMANDO): "SEMBLANZAS". 3.^a Ed. *Imp. Mac Farlane. Antofagasta, 1946.—203 págs.*

FILOSOFIA Y RELIGION

- EDICIONES NACIONALES GONZÁLEZ MARCHANT (GUILLERMO): "CUMBRES ESPIRITUALES". *Imp. Horizonte. Santiago, 1945.—261 págs.*
- BLOY (LEÓN): "PAGINAS ESCOGIDAS". *Ed. Zig-Zag. Santiago, 1945.—146 págs.*
- WEIGEL (GUSTAVO): "PSICOLOGIA DE LA RELIGION". *Imp. Chile, Santiago, 1945.—157 págs.*

EDUCACION

EDICIONES NACIONALES

HERNÁNDEZ DE S. (ARMINDA): "SUGERENCIAS PARA LA ATENCION DIFERENCIADA DEL NIÑO RETARDA-

DO MENTAL EN LA ESCUELA PRIMARIA". Imp. Escuela Especial de Desarrollo. Santiago, 1946.—56 págs.

SABELLA (ANDRÉS): "CHILE, FERTIL PROVINCIA". Lecturas para niños de Chile. Ed. Zig-Zag. Santiago, 1945.—76 págs.

SOCIOLOGIA, ECONOMIA Y DERECHO

EDICIONES NACIONALES

ALVAREZ (ALEJANDRO): "LA RECONSTRUCCION DEL DERECHO DE GENTES". Ed. Nascimento. Santiago, 1946.—542 págs.

ANABALÓN SANDERSON (CARLOS): "TRATADO PRÁCTICO DE DERECHO PROCESAL CIVIL CHILENO". Tomo II. Prólogo de Arturo Alessandri Rodríguez. Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1946.—386 págs.

ANZIETA NOVOA (JUAN): "LA COMUNIDAD DE BIENES". Imp. Salesiana. Concepción, 1946.—97 págs.

ARAGÓN RIVERA (ERNESTO): "EL PODER JUDICIAL EN LAS CONSTITUCIONES AMERICANAS". Imp. Standard. Santiago, 1944.—102 págs.

BANCO CENTRAL DE CHILE: "BALANZA DE PAGOS DE CHILE". Año 1944. Estudio realizado por la Sección Estadística e Investigaciones Económicas del Banco Central de Chile. Imp. Universitaria. Santiago, 1946.—123 págs.

BENAVIDES SALAS (HERNÁN): "LA DESVALORIZACION DEL PESO CHILENO". Imp. Senda. Santiago, 1945.—71 págs.

BOLSA DE COMERCIO DE SANTIAGO DE CHILE: "ESTUDIOS ECONOMICOS Y BURSÁTILES". Imp. Universo. Santiago, 1946.—231 págs.

CAJA AUTÓNOMA DE AMORTIZACIÓN: "INFORME AL MINISTERIO DE HACIENDA SOBRE LAS OPERACIONES REALIZADAS EN EL AÑO 1945".—107 págs.

CAÑAS IBÁÑEZ (EDUARDO): "DE LA RELACION PROCESAL MULTIPLE". Imp. Carabineros de Chile. Santiago, 1946.—226 págs.

CLARO SOLAR (LUIS): "EX-

PLICACIONES DE DERECHO CIVIL COMPARADO". 3.ª Ed. Imp. "El Imparcial". Santiago, 1946.—Vol. IV.

CONSIGLIERE CAPURRO (MARIO): "LA CLAUSULA DE LA NACION MAS FAVORABLE". Sociedad Editora Italiana. Valparaíso, 1946.—98 págs.

CORNEJO LOYOLA (HERNÁN): "LA RESPONSABILIDAD CUASI DELICTUAL DEL MEDICO". Imp. Valdés Hnos. Santiago, 1945.—126 págs.

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA: "COMERCIO EXTERIOR". Año 1944. Imp. Universo. Santiago, 1946.—197 págs.

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA: "COMERCIO INTERIOR Y COMUNICACIONES". Año 1942. Imp. Universo. Santiago, 1945.—168 págs.

DIRECCIÓN GENERAL DE IMPUESTOS INTERNOS: "CONTRIBUCIONES A LOS BIENES RAICES". Imp. "La Nación". Santiago, 1946.—352 págs.

EGUIGUREN ORTÚZAR (JOSÉ MANUEL): "CONTRATOS INNOMINADOS Y PACTOS EN EL DERECHO ROMANO". Imp. Simiente. Santiago, 1945.—58 págs.

EYZAGUIRRE (JAIME): "ELEMENTOS DE LA CIENCIA ECONOMICA". 4.ª Ed. Imp. Universo. Santiago, 1946.—170 págs.

FEDERACIÓN INTERAMERICANA DE ABOGADOS: "CUARTA CONFERENCIA". 20-9 de octubre de 1945.—59 págs.

FUNSTERBUSCH (CARLOS A.): "PROYECCIONES DE LA OCEANOGRAFIA. NUESTRO PROBLEMA PESQUERO". Imp. Victoria. Valparaíso, 1945.—23 págs.

GAJARDO (SAMUEL): "DEFINICIONES Y SINTESIS DE LA MEDICINA LE-

GAL". Ed. Universo. Santiago, 1946.—125 págs.

GALLO CHINCILLA (MARGARITA): "LA MUJER ANTE LA LEGISLACION CHILENA". Imp. Gutenberg. Santiago, 1945.—160 págs.

GATICA P. (LIBER): "SITUACION LEGAL DEL SORDOMUDO". Imp. Instituto Geográfico Militar. Santiago, 1945.—68 págs.

GUTIÉRREZ CARRASCO (OCTAVIO): "LA FEDERACION INTERAMERICANA DE ABOGADOS". Imp. Sánchez. Valparaíso, 1946.

HETTICH ALVEAR (JUAN): "CREDITO AGRICOLA". Imp. Carabineros de Chile. Santiago, 1946.—208 págs.

IBÁÑEZ (BERNARDO): "EL SOCIALISMO Y EL PORVENIR DE LOS PUEBLOS". Imp. El Progreso. Santiago, 1946.—63 págs.

IRISARRI GUZMÁN (ALFREDO): "IMPUESTO A LA RENTA. TABLAS DE CALCULOS". Imp. "La Nación". Santiago, 1944.—21 págs.

JOFRÉ DELANO (LUIS): "UNIFICACION DE LA PREVISION SOCIAL CHILENA". Imp. "La Nación". Santiago, 1946.—106 págs.

LUENGO ESCALONA (LUIS): "EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA. AMERICA. CHILE. CARACTERES. LEGISLACION. SOLUCION. Imp. Dirección General de Prisiones. Santiago, 1946.—177 págs.

MAGNET (ALEJANDRO): "ORIGENES Y ANTECEDENTES DEL PANAMERICANISMO". Imp. Horizonte. Santiago, 1945.—347 págs.

CONTRALORIA GENERAL DE LA REPUBLICA: "MEMORIA CORRESPONDIENTE AL AÑO 1945". Imp. "La Nación". Santiago, 1946.—307 págs.

MENCHACA SALGADO (ENRIQUE): "REGIMEN LEGAL DE LA LINEA AEREA NACIO-

- NAL". Imp. "La Nación". Santiago, 1946.—73 págs.
- MENDOZA (HUMBERTO): "SOCIALISMO, CAMINO DE LA LIBERTAD". Imp. Cultura. Santiago, 1945.—161 págs.
- MONTECINOS GONZÁLEZ (ARTURO): "COLONIZACION EN AYSÉN". Imp. López Hnos. Santiago, 1946.—78 págs.
- MORA W. (MARCIAL): "CONSTITUCION Y LEGALIZACION DE LAS SOCIEDADES ANONIMAS". Imp. Cultura. Santiago, 1946.—127 págs.
- PRIMER CONGRESO PANAMERICANO DE SERVICIO SOCIAL celebrado en Santiago, del 9 al 15 de septiembre de 1945. Imp. Stanley. Santiago, 1946.—303 págs.
- PROYECTO DE REFORMA DEL CÓDIGO PENAL: Libro I. Elaborado por la Comisión designada en el Dec. Supremo N.º 2729, del Ministerio de Justicia. Imp. Dirección General de Prisiones. Santiago, 1946.—158 págs.
- PUENTE (RENÉ DE LA): "EL REGADIO EN CHILE". Imp. Valdés Hnos. Santiago, 1945.—106 págs.
- RODRÍGUEZ ZAPATA (MANUEL): "LA CONSERVACION DE LOS SUELOS DE CHILE". Imp. Stanley. Santiago, 1946.—79 págs.
- SILVA SALAS (DELIA): "LA MUJER ABOGADA". Imp. Gutenberg. Santiago, 1945.—61 págs.
- STOHRER M. (CARLOS A.): "CURSO DE PROCEDIMIENTO CIVIL", 2.ª Ed. Imp. Cultura. Santiago, 1946.—159 págs.
- VALDERRAMA CAMPOS (RAMÓN): "LA COSA JUZGADA". Imp. La Discusión. Chillán, 1945.—172 págs.
- VILLALOBOS VENEGAS (FLOR MARÍA): "DE LOS PROCEDIMIENTOS DECLARATORIOS COMUNES Y DE LOS PROCEDIMIENTOS EJECUTIVOS COMUNES". Imp. Salesiana, Concepción, 1946.—230 págs.
- VIO VALDIVIESO (RODOLFO): "NOCIONES DE DERECHO PUBLICO Y PRIVADO". S. p. i. Valparaíso, 1946.—164 págs.
- ZANARTU PRIETO (ENRIQUE): "TRATADO DE ECONOMIA POLITICA". 2.ª Ed. Edit. Zig-Zag. Santiago, 1946.—294 págs.

POLITICA Y ACTUALIDAD NACIONAL Y MUNDIAL

- EDICIONES NACIONALES
- FERNÁNDEZ LARRAÍN (SERGIO): "EN VIGILIA DE GUERRA". Exposiciones y discursos parlamentarios. Prólogo de Ernesto Barros Jarpa. Imp. "El Imparcial". Santiago, 1946.—238 págs.

CIENCIAS EXACTAS Y APLICADAS

- EDICIONES NACIONALES
- CIENFUEGOS BRUNET (GONZALO): "LA ENFERMEDAD FIBRO-QUISTICA DEL PANCREAS". Estudio experimental acerca de su etio-patogenia en un lactante. Imp. Córdor. Santiago, 1946.—56 págs.
- DONOSO PUELMA (HUGO): "EXPERIENCIA CLINICA CON LA REACCION DEL ORO COLOIDAL EN EL SUERO, ESPECIALMENTE EN EL ESTUDIO DE LAS AFECIONES HEPATOBILIARES". Imp. Stanley. Santiago, 1946.—67 págs.
- ELGUETA RUIZ (BERARDO): "EFECTO INDUCIDO POR LAS DROGAS BOCIGENAS A TRAVES DE LA MADRE, SOBRE EL CRECIMIENTO DE LAS CRIAS DE RATAS". Imp. "El Imparcial". Santiago, 1945.—35 págs.
- LEYTON R. (GRACIELA): "ESPECIFICIDAD Y SENSIBILIDAD DE LAS REACCIONES SEROLOGICAS". Prensas de la Universidad. Santiago, 1946.—20 págs.
- ORREGO GAUTHIER (HUMBERTO): "LA TECNICA DE LA PAPIOSCOPIA. IDENTIFICACION DE RECIEN NACIDOS Y MENORES". Imp. Casa Amarilla. Santiago, 1946.—95 págs.
- QUEZADA FERREIRA (MATILDE): "FRECUENCIA DE LAS PARADENCIOPATIAS EN AFECIONES RENALES Y CARDIACAS". Imp. El Esfuerzo. Santiago, 1946.—27 págs.
- SARTORI ALVAREZ (LUIS): "LA DIALECTICA Y LA INTERPRETACION DEL MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO". Imp. Relámpago. Santiago, 1946.—64 págs.
- TOBAR BUSTAMANTE (VICTORIA): "PENICILINOTERAPIA EXCLUSIVAMENTE LOCAL EN OFTALMOLOGIA". Imp. Ahués. Santiago, 1946.—74 págs.
- VALENTE R. (LUIS): "SISTEMAS PRACTICOS DE CONTABILIDAD". Imp. Molina Lackington y Cia. Santiago, 1945.—103 págs.
- ZIM (JUAN): "LA SALUD POR MEDIO DE LAS PLANTAS MEDICINALES". 5.ª Ed. Imp. La Gratitud Nacional. Santiago, 1946.—701 págs.



NOTICIA

SOBRE ALGUNAS DE LAS PERSONAS QUE ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

Reinaldo Lomboy: Novelista. Autor de "Ranquil" y "Ventarrón". Su posición está a la vanguardia de los nuevos escritores chilenos.

Antonio Acevedo Hernández: Autor teatral y cronista. Sus obras "Chañarcillo" y "Cain" han sido catalogadas como las mejores escritas en América Latina. Es obra maciza y eterna.

Julio Arriagada Herrera: Escritor y cronista. Se ha hecho popular con su seudónimo "Archivero". Fue director de "Zig-Zag" y es actualmente colaborador de las mejores publicaciones chilenas.

Lautaro Yankas: Cuentista y novelista. Su obra "Rotos" ha sido considerada como una auténtica expresión de la vida de nuestro pueblo.

Enrique Bunster: Biógrafo y autor teatral. Premio Municipal 1945 con su obra "La Isla de los Buceaneros". Su "Lord Cochrane" es un magnífico aporte al estudio de la época de nuestra Independencia.

Ernesto Pereda: Profesor de castellano, actualmente en Antofagasta. Sus estudios sobre sociología han sido publicados en revistas nacionales.

Salvador Reyes: Cuentista y novelista. La mayor parte de su obra está moldeada en las luchas del mar.

Grete Mostny: Investigadora científica. Austríaca. Trabaja en la actualidad en el Museo de Historia Natural de Santiago. Ha efectuado profundos estudios arqueológicos en el Norte y Sur de Chile, especialmente en Antofagasta, al interior, y en Tierra del Fuego

Federico Greve: Director del Instituto Sismológico de Chile. Pertenece a diversas sociedades científicas chilenas, americanas y europeas.

Juvencio Valle: Poeta. Junto con Pablo Neruda y Angel Cruchaga, forma una trilogía de los mejores líricos chilenos.

Tomás Lago: Poeta y novelista. Director del Museo de Arte Popular. Escribió, en colaboración con Pablo Neruda, "Anillos", poemas en prosa.

Julio Moncada: Poeta. Autor de "Las Voces". Director del periódico "Anef". Segundo jefe del Departamento de Extensión Cultural de la DIC.

Faustino Jorge: Escritor y abogado argentino, actualmente con residencia en Chile. Es director de la "Aurora de Chile", revista de la Alianza de Intelectuales.

Angel Cruchaga Santa María: Poeta. Presidente de la Alianza de Intelectuales de Chile. Es una de las voces más puras de la lírica chilena. Ultimamente, Losada, de Buenos Aires, le editó una "Antología", a base de una selección hecha por Pablo Neruda. Otras obras: "Las Manos Juntas" y "Job".



10/11

Ayax
ESTA ANGOSTA FAJA
Oscar Aguilar Vidal
FUNDACION DE LA ACTUAL CIUDAD
DE CONCEPCION
Tito Castillo
SEWELL
Tomás Lago
PABLO NERUDA, TRAS EL RASTRO
DE UN PERFIL
Pierre Mabilie
AMERICA Y EUROPA
Juan Larrea
¿DECADENCIA DE OCCIDENTE?
Lenka Franulic
VARIACIONES SOBRE LOS ESTADOS
UNIDOS

12

L. C.
ESTA PAZ
Tito Castillo
UNA TIERRA ARIDA
Jotabeche
VALLENAR Y COPIAPO
E. Cordovez
LA ANTARTIDA CHILENA
Claude G. Bowers
LA POLITICA Y LOS POLITICOS
Robert Salmon
EL DERECHO DE FRANCIA
Enrique Bunster
EL ASILO CONTRA LA OPRESION
Salvador Reyes
LA CALLE BERTON

13

L. C.,
LA HISTORIA
Guillermo Feliú Cruz,
SILUETA MORAL DE O'HIGGINS
Jaime Eyzaguirre,
ESPIRITU DE LA REVOLUCION
AMERICANA
Henry A. Wallace,
AMERICA, RUSIA Y EL MUNDO
Salvador Reyes,
LOS PLACERES DEL MAR
Benjamín Vicuña Mackenna,
LA MEDICINA EN LA COLONIA
Antonio de Undurraga,
POESIA Y EFIGIE DE ANTONIO
BORQUEZ SOLAR

14

Angel Cruchaga Santa María,
UN SENCILLO RECUERDO
DE GABRIELA MISTRAL
Norberto Pinilla,
PERFIL DE GABRIELA MISTRAL
Francisco Hederra,
CRONICAS Y ANECDOTAS TALQUINAS
Jacques Maritain,
FUNDAMENTOS DE LA DEMOCRACIA
Harold J. Laski,
LABORISMO SOCIALISTA
CRONOLOGIA COLOMBINA
Friedrich Gundoll,
INTERPRETACION DE GOETHE
Salvador Reyes,
BAROJA CON LA CHAQUETA
AL HOMBRO

15/16

Gabriela Mistral
CHILE Y LA PIEDRA
Juan Lascorret M.
IMAGEN DE ARAUCO
Francisco Giner de los Ríos
RAZON DE MEXICO Y ESPAÑA
Lord Vansittart
LA TERCERA TENTATIVA DE ALEMANIA
Emile Henriot
ESPLENDORES E INTIMIDADES
DE VERSALLES
Dr. B. A. Houssay
IVAN PETROVICH PAVLOV
COMO FISILOGO
Angel Cruchaga Santa María
RESPLANDOR DE GABRIELA MISTRAL

17

Manuel Guerrero Rodriguez,
FISONOMIA DE MAGALLANES
Neftali Agrella,
DESCUBRIDORES Y EXPLORADORES
DEL ESTRECHO DE MAGALLANES
Julián Huxley,
LA CASUALIDAD EN LA TEORIA DE LA
EVOLUCION
José Gaos,
EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO
Gabriela Mistral,
GENTE NUESTRA
Armando Donoso,
UN POETA CHILENO
Francisco Contreras,
LA ZORRA BRUJA

18

Enrique Labra,
RANCAGUA, PUERTO MINERO
Antonio Acevedo Hernández,
LOS INUTILES
Reinaldo Lomboy,
DIMENSIONES DEL HEROISMO
Frank Geryasi,
FRANCO Y EL EJE
Enrique Bunster,
VIDA Y MILAGROS DE LOS CHILENOS
EN CALIFORNIA
Neftali Agrella,
LA PERSONALIDAD CONTRADICTORIA DE JENARO
PRIETO
Hernán del Solar,
BREVE RECUERDO DE JANUARIO ESPINOSA

19

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL PRESI-
DENTE DE LA REPUBLICA, EXCMO.
SEÑOR JUAN ANTONIO RIOS,
Reinaldo Lomboy,
AYSEN, TIERRA DE FANTASIA
Y REALIDAD
Enrique Bunster.
LOS BALLENEROS DE LA ANTARTIDA,
James F. Byrnes.
UN PLAN DE PAZ,
Félix Schwartzmann.
INMIGRACION Y PLANIFICACION,
Julián Huxley.
¿ES LA GUERRA INSTINTIVA
E INEVITABLE?
Mariano Latorre.
ALCIDES ARGUEDAS

Solicite usted los servicios de la DIC en cualquiera de sus Departamentos.

PUBLICACIONES - EXTENSION CULTURAL - TEATRO

INFORMACIONES ADMINISTRATIVAS - RADIO

CERRO SAN CRISTOBAL - ZOOLOGICO

CINE - DERECHOS DE AUTOR

TURISMO - DEPORTES

MUSICA POPULAR



PRINTED IN CHILE.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

Impreso al cuidado del Departamento de Publicaciones de la
Dirección General de Informaciones y Cultura.

